

EDI ZUNINO

LOCOS

DE AMOR, ODIO Y FRACASO



PODER JUDICIAL



Expediente n°



Novela  Planeta

Locos de amor, odio y fracaso

Locos de amor, odio y fracaso

Edi Zunino

Índice de contenido

Portadilla

Primera parte

I. Las misiones

II. Las pesadillas

III. Las hipótesis

Segunda parte

IV. Las ediciones

V. Las causas

VI. Las ilusiones

Tercera parte

VII. Las desgracias

Epílogo. Las últimas notas

Legales

*A Roberto Arlt, verdadero
culpable de todo este lío*

A ella, en su más perfecta síntesis

PRIMERA PARTE

I

LAS MISIONES

Intro en el espejo

Recién bañado, todavía sin vestir, vio cómo la mascarilla antiage verdosa que trajo de Miami le deformaba las facciones. Anselmo «Mito» Valdivia se juzgó interpelado, sin previo aviso, por la verdadera imagen de sí mismo.

Tratando de hacer foco en lo profundo de esos demoleedores ojos negros, dio por probada su repentina teoría de que los espejos arruinaron al mundo. Y todo por la sencilla sinrazón de que los seres humanos, viéndose reflejados cara a cara, tienden a confundirse, a «fundirse», diría Valdivia, con lo que desean ser o, suponen, deben ser. Qué importa si convencidos o no.

«Los espejos —se dijo, mientras reconocía en su corpachón bien formado al atleta que había sido hasta no demasiado tiempo atrás— son el medio de comunicación menos imparcial que existe. Un sujeto juzgándose desde su propia subjetividad... ¡Habrased visto despropósito más enorme con resultados menos verosímiles! Frente al espejo cualquiera se cree imprescindible. ¡Qué pavada! ¡Imprescindible para quién más? Los espejos son una fábrica de paranoicos. De místicos. De gente aterrorizada con que le roben la imagen que debe devolverles el espejo, ilusión óptica que puede funcionar como un llamado de la Historia, como la antesala de una santificación ficticia, como una maldita ideología.»

Se sintió un poco Séneca y bastante cínico adjudicándole todo el poder del engaño, la ambición y el despilfarro a «ese artefacto de veleidades venecianas que todo lo duplica falsamente al revés, operación que en realidad implica dividir».

—Y así estamos —masculló.

Valdivia no se vio tan mal al quitarse la crema con la toallita humectante de origen francés. Cincuenta y cinco diciembres encima podían haberlo dejado muchísimo peor. Es verdad que la tendinitis crónica en el hombro derecho, producto de su relevante paso por el hándbol hasta 1990, le molestaba para cepillarse los dientes o ponerse desodorante y ni hablemos a la hora de sentarse a escribir largo, oficio gracias al cual se lo consideraba uno de los cuatro o cinco periodistas más respetables (y odiados) del país.

Pero ni la adicción forzosa al diclofenac, ni la adicción compulsiva al tabaco, ni la adicción social al alcohol y las drogas habían derivado aún en complicación digestiva, vascular o pulmonar alguna. Lo único que no coincidía con ese galán avasallante y velludo que le devolvía el espejo, era la angustia que solía masticarle la boca del estómago y oprimirle las sienas hasta taladrarle el cráneo, arrojándolo de inmediato a un pozo de tristeza desesperada.

De hecho, estaba vistiéndose para celebrar su propio salto a la Historia. Eligió para tan significativa ocasión el traje italiano negro, la camisa de seda blanca, el moño bordó, el pañuelo de bolsillo al tono y los zapatos puntiagudos de color guinda que había comprado en Madrid, de

oferta. Por la mañana, le había enviado vía mail a su editor el último capítulo del Tomo IV de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*, una obra de tres mil quinientas doce páginas con las que pensaba sacudir la modorra social, reinventar el debate político, torcer la agenda mediática y para qué proponerse más.

Como quien se desliza por un vertiginoso tobogán hacia la inhóspita aventura de recapitular su vida mirándose al espejo en un día crucial, Valdivia recordó que se llamaba Anselmo en homenaje a un tío de su padre que había tenido que fugarse de Alicante con destino a Sudamérica tras un confuso atentado a una comisaría, donde un guardia civil perdiera un dedo, otro un ojo y otro la vida por obra y desgracia de los clavos y tuercas usados que componían la munición gruesa de una bomba casera republicana. Al tío Anselmo lo llamaban «Metralla», porque, además de ser medio tartamudo, adoraba los explosivos. Se jubiló como delegado de planta en una fábrica de sombreros. Lo velaron en un ataúd cubierto con un trapo rojo y negro.

Sin embargo, más que el mandato anarquista de dicha versión de su nombre, a Valdivia le pesaba el apodo, Mito, que remitía a las lecturas púberes de Homero y, por qué no, de Verne y de Salgari. ¿Debía ser un héroe Anselmo «Mito» Valdivia? ¿Un semidiós de «esta pantanosa mentira llamada democracia»? Pues bien: eso, en el fondo, creía él y estaba a punto de poder lograrlo a fuerza de la titánica faena de haber redactado tres mil quinientas doce páginas filosas, pesadas, refundacionales. Había querido cambiar al mundo, de joven. Ahora se conformaba con creer en que algún sentido tendrá.

Así, sometido a las descargas de su cada día más enredada madeja mental, fue que se impuso celebrar en absoluta soledad el ansiado fin de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* junto con el del año 2015. Impar. Único, de alguna manera. El país hervía de odio en una guerra virtual, en las dos acepciones del adjetivo. Aquí lo ficticio y lo aparente siempre fueron posibles.

Se terminaba esa suerte de pseudomonarquía popular que encarnaron, primero, el risueño Juan Martín Kohendorf y, luego, su sucesora y viuda, Catalina Hortigoza. Es sabido que la era de Ojo de Águila y La Jefa dejó su huella (grieta, si prefieren) y abrió paso a una especie de republicanismo fútil, de baja intensidad, con Patricio «El Ingeniero» Month a la cabeza. En medio del final de un proceso político y el arranque del otro estaba, irresoluble, como el reto sobrenatural de una espada en la piedra, la extraña muerte del doctor Adalberto Gómez Pardo.

—¿Se suicidó El Procurador? —le preguntó Valdivia al hombre apuesto de traje negro que se acomodaba el moñito bordó al otro lado del espejo.

—Más bien... —fue la seca respuesta.

—Ya lo sabía. O sea que, definitivamente, no se trató de un homicidio.

—¿Quién dijo semejante cosa? Mire, amigo: usted parece adiestrado de sobra para las conclusiones tajantes.

—Y usted duda tanto de todo, que nada es nada.

—¡Pero qué raro es usted! Acaba de revelar las putas claves del fracaso nacional y sigue pensando que suicidio y asesinato son cosas distintas. Perdóneme, Valdivia, pero demasiado Código Penal usted...

—¡Ah claro, sí, el fracaso! Ahora mire usted, amigo... Todo debe tener un reputísimo límite en la vida. Yo ya sé que nadie se mata, necesariamente, por honor ni por amor ni por desgano. Hay una clase de fracaso que nada tiene que ver con el error, ¿sabe? Ni con la frustración por aquello que no fue, ni con el arrepentimiento por lo que fue o se hizo a destiempo. Casi nada se ha escrito sobre la condición del fracasado, que se parece mucho a la del insatisfecho y en cierto modo a la del angustiado, pero con una tremenda diferencia: fracasado se nace; insatisfecho se está, se hace. El fracaso es una condición. La insatisfacción puede ser apenas una coyuntura. Casi nadie

reconoce un fracaso, ni el más mínimo, pero al diván vamos a parar todos. Aquel que se anime a decir «yo soy un fracasado» mirará al vacío más allá de la ventana de este piso trece como una meta posible. Tentadora. Salvadora. Purificadora, le diría. La insatisfacción, en cambio, es cosa de niños. Puro capricho. Puede resolverse masticando caramelos de ananá. Cogiendo bien la próxima vez. Tácticas hay a montones. El problema es si falla la estrategia y una insatisfacción desemboca en otra y esa en otra más y así. Entonces, chau: la insatisfacción se adhiere al fracaso. He ahí el gran problema de este país: llevamos el fracaso en la epidermis. Se lo garantizo. Me llevó tres mil quinientas doce páginas resolver el enigma.

Pese a tanta vehemencia, no había logrado enhebrar delante del espejo ni dos palabras sobre la supuestamente falsa dicotomía homicidio-suicidio, planteada por su alter ego en un evidente tono de provocación. Evitó suponer que su indefinible angustia ya se le pegoteaba al fracaso. Le transpiraban las manos. Se las secó peinándose la cabellera negra y la barba negra con los dedos y las palmas. Mejor sería ocuparse de la cena. Era Año Nuevo. Una celebración muy especial, en una soledad a cada minuto más apabullante.

Había pedido el delivery de sushi más elogiado de la Gran Ciudad. Treinta y seis piezas de atún rojo, salmón rosado, langostino y pulpo. Demasiado para él solo, al igual que las tres botellas del mejor cava catalán que aguardaban su punto justo en el freezer. Acomodó los rolls y los sashimis y los niguiris y las geishas en la bandeja de madera. En los cuatro potecitos blancos de porcelana dispuso la salsa de soja, la agridulce con sésamo negro, el jengibre y donde debía ir el wasabi («¿Qué asquete es el wasabi!», se dijo) volcó los cinco gramos de cocaína que le había comprado por la tarde a Willy «Peruca» Salazar en la barra de La Vermutherie del Barrio Crespón, pisco sour mediante, ya pensando en el postre. Al pasar, metió en el polvo blanco apenas las puntas de los palitos de plata (regalo de aquel histriónico sushiman de Nueva York) y, llevándoselas al medio de la lengua con gesto de sommelier experto, cató su máxima pureza tal cual le había enseñado El Comisario Utópico la noche posterior a una requisita memorable.

Por alguna razón que no debía ser la cocaína, dado que esos vicios reconocían otra procedencia, Valdivia se acordó de su padre y avanzó hacia la biblioteca para correr las *Obras completas* del ilustre suicida Lisandro de la Torre. Detrás de los volúmenes de páginas amarillentas estaba la Bersa calibre 22 que le dejara su papá casi por única herencia material. Sacó la pistola de la funda roja de terciopelo, llenó el cargador, lo colocó y la depositó sobre la mesa, junto al smartphone Made in Corea. Hacía falta música. Encendió el smart TV importado ya no interesa de dónde y buscó en YouTube el Concierto N° 2 de Rachmaninoff, en la versión de la pianista china Yuja Wang, que tanto se parecía a Libertad Frontera, alias La Troska, la militante de veintiocho años que, por aquellos días, Mito consideraba el amor del tramo final de su vida. Se sonrió de costado al recordar que, una noche de la primavera anterior, Libertad le había golpeado la puerta con un vestido rojo entallado y estiletos negros, dispuesta a volarle la cabeza, y lo logró. Así de rutilante estaba la pianista pekinesa en el video. Y La Troska tan lejos.

Las sienas le latían con intensidad de tamboril. Sentía la boca del estómago perforada con saña por una motosierra. Destapó una botella. El ¡pum! del corcho lo sobresaltó. Llenó la única copa. Se la bebió de un trago luego de brindar «por el fracaso» y agarró la pistola. Le quitó el seguro, la martilló y la apoyó con fuerza detrás de la oreja derecha, levemente inclinada de abajo hacia arriba...

El clínclín del WhatsApp dio dos alertas. Anselmo apretó los dientes y bufó cual jugador de billar al que le hablan al tiro. Revisó el teléfono con la mano izquierda, torpemente contrariado. Una era Libertad. Decía:

—Hola, Ufffff. Te beso desde Mendoza. Ganas de vos. Me quedo sin señal. Feliz año. —Ella

no lo llamaba Mito, ni Anselmo, ni Valdivia. Le decía «Ufffff», como un suspiro desbocado.

El otro era Marcelo «El Comisario Utópico» Dos Reis:

—Estamos todos en el club. Sería un honor que pases un rato por lo menos. Hay de todo. Si no podés, ¡feliz 2016!

Valdivia miró al techo acaso para confirmar que Dios seguía muerto. De las bovedillas peladas, impecables, pasó a revistar las paredes en octógono y los delicados balcones franceses con carpinterías en roble de Eslavonia y rejas artísticas. Esa era su atalaya. Vivir en una cúpula del centro había sido su deseo más absurdo hasta que pudo juntar unos pesos e interpretar el mensaje arquitectónico de Gaudí. Hacia allá abajo, por el oeste, se veía el Palacio Legislativo. Desde allí arriba, por el norte, giraba el chorro de luz del faro del Edificio Antiguo, que en las noches de niebla prometía batisenales. Tiritaba de angustia. Arrojó el arma con toda su fuerza y un gemido. Al golpear contra el muro, se disparó. El balazo terminó pegando en la esquina superior derecha del espejo y lo astilló por completo. El tirón en el hombro le dolió a Valdivia más que las sogas y los caballos a Túpac Amaru. Corrió hacia el espejo agarrándose el brazo como si el herido fuera él.

—¡Hijo de puta! —gritó llorando ante sí mismo.

—¿Por? —se ufano el otro, acomodándose el moñito, la copa llena y desfigurado en siete pedazos.

—Porque me quedan cosas por hacer... ¡No me dan descanso!

—Jódase, Valdivia... ¡Y que se cumplan sus sueños!

Sin apagar siquiera las luces y con aquellos manjares destinados al tacho de basura, Mito se fue derecho para el club. Su estado, según él, era de infarto. La pistola quedó en el suelo, sucia de revoque. El loft olía a pólvora.

La Logia brinda

Bajó por la escalera los trece pisos en estado de shock. Tenía mucho en qué pensar. El bramido del tiro terminaba de alumbrarle dos decisiones de vida o muerte.

La primera: le iba a añadir un tomo más, de candente actualidad, a su *Primera enciclopedia del fracaso nacional*. Al fin y al cabo, era obra suya. Nadie tendría derecho a cuestionar que la reabriera para ensayar un redondeo con bombos y platillos. Resultaba imprescindible que se animara, como tantas veces en sus notas para medios nacionales e internacionales, a meterse con los vivos y sus disparates. El problema era que, por primera vez, se había involucrado con sus fuentes de información.

—¿Pero qué le hacen setecientas manchas más a un tigre rabioso de tres mil quinientas doce? —se convenció.

Segunda decisión: debía resolver, sí o sí, cómo se suicidó (o fue asesinado) El Procurador.

Recién en el piso siete lo iluminó el rostro de Clara, su esposa fulminada por un cáncer de páncreas dos años y medio atrás. Ella le sonreía como siempre. Y a él, de tanta luz, lo invadió la culpa. La extrañaba, cierto, pero solo en los ratos libres. Le debía casi todo: el equilibrio, la fama, la identificación a tiempo de enemigos voraces y la inmortalidad que le robó muriéndose, además de sus dos únicas hijas, Solange y Marina, quienes en ese mismo instante se aprestaban a despedir el año con sus respectivos concubinos y suegros.

Las «nenas» ya pisaban los treinta. Se parecían a la madre, salvo en las precoces patas de gallo. No soportaban que Valdivia fuese «tan gorila», descalificación que a él lo sacaba de quicio,

y mucho menos que les mirara el traste a sus compañeras de la facultad.

—¡Vos sí que no tenés remedio, pa! —solían reprocharle, indignadas.

Él les respondía recién entonces, escaleras abajo, sin nadie que lo escuche un angustioso 31 de diciembre:

—¡Ay, nenas! ¡Nenas! ¿Saben cuánto las quiere papá?

Cruzó el palier a dos centímetros del piso. Saludó al guardia con un abrazo antes de salir a la vereda. Mito había dejado, quién sabe si a propósito, el Citroën 3CV naranja en la puerta. Por ese coche muy onda setenta lo tildaban de «cool» en el ambiente periodístico, sin importar que le costara un buen rato darle arranque. Antes de hacer contacto chequeó el Facebook, subió a Instagram una foto de la luna entre los edificios del centro y tuiteó desde su cuenta, @MitoVivo:

—¡Gran 16 para todos (y todas)! —y tomó la avenida 9 de Julio hacia el sur...

Había conocido el Club de Dominó y Filantropía de Barrancas allá por agosto de 2013, cuatro noches después de la muerte de Clara, cuando evaluó por primera vez quitarse la vida tirándose al Riachuelo desde el puente viejo. Las ráfagas de aire nauseabundo, viscoso, lo empujaron a descartar la idea ni bien se asomó al vacío. Era indigno amanecer flotando en esas aguas renegridas de porquería. Se le antojó que la identificación lunfarda de los malos olores con la palabra «baranda» debía haberse acuñado en ese mismo lugar. Matarse no debe ser lo mismo que tirarse a la basura, quería suponer, sino darle a la vida un corte apropiado, meritorio, con algún mensaje instructivo. Una clase magistral de valor y sacrificio, de entrega solidaria. Una tajante autocrítica. Una eutanasia preventiva. Eso: un acto quirúrgico de fe.

El reflejo de los faroles en las ondas y más allá en el empedrado lo fueron llevando encorvado de congoja, manos en los bolsillos, silbando, hasta la casona gris de aquella esquina sin ochava en la calle Santa María Elena.

Al club siempre se entró por el restaurante, un bodegón muy recomendable gracias a sus ranas a la provenzal, los buñuelos de acelga, el cochinitillo al horno de barro y los vinos de alta gama y precio de liquidación. Las arañas con tulipas de cristal opaco tallado iluminaban el salón desde 1884, año de la fundación. Se comentaba que por allí habían pasado Juan Manuel de Rosas, Bartolomé Mitre y Carlos Gardel, único visitante ilustre del que quedaba una foto en la pared como prueba: el Zorzal sentado, de bombín y habano en la diestra, cerrando una partida de dominó con ases en ambas puntas de la zigzagueante hilera de fichas.

Todas las mesas eran redondas, salvo una, rectangular y larga junto al mostrador, reservada sin excepción a La Logia del Seis Doble. Cuando Valdivia supo a través del mozo cómo se autodenominaba por lo bajo aquel grupo de hombres mayores de cincuenta años y menores de noventa y cuatro, se le fue el malbec a la nariz de la risa.

—¿Logia del Seis Doble? ¡A la pelota! ¡Esa no la tenía! ¿Vos sabías que las logias fueron un invento de los ingleses para dominar al mundo? Acá se metieron desde mil setecientos y pico para hacer negocios, ¡cómo no! La Gran Logia de Inglaterra. Y escuchá esta: la Grande Loge Générale Ecossaise de France... ¡Escocesa de Francia! ¿Me entendés? Fueron los primeros que hablaron de independencia en este culo del mundo, aun antes de la Logia Lautaro, la de San Martín y O'Higgins y Alvear, que nada de seis dobles: tenían banca de los Caballeros Racionales... Pero antes de esa, hubo una que se llamaba Logia Independencia. A ver, pará... ¿En la jabonería de Vieytes no se reunía La Sociedad de los Siete? ¡Bueno, qué importa! Seis Doble me supera... ¡Jajajajá!

El mozo no entendía ni jota. Y Valdivia necesitaba tiempo para ver la realidad. Al hacerse habitué comprendería por qué debía tomarlos en serio. Llegó a cenar allí cuatro noches por semana. Fue conociendo, uno por uno, a quienes se hacían llamar El Almirante, El Aviador Sin

Hoy, El Capitalista, El Dibujante Místico, El Comisario Utópico y El Juez, apodado también Su Señoría.

Una noche de esas en que el cielo se viene abajo, mientras picaba solo unos buñuelos con salame de Tandil y tenía el WhatsApp a full en cuatro conversaciones simultáneas, se le acercó El Almirante.

—Buen provecho, disculpe que lo moleste —introdujo el hombre de setenta años bien puestos, alto, pecho aún erguido, canoso, piel curtida seguro por el sol en cubierta y voz de mando.

Mito levantó la vista del teléfono, con cara de quien suspende una pelea. O una orgía.

—¡Por favor! Buenas noches...

—Usted es Valdivia, el periodista. Yo lo conozco mucho, desde que escribía en la revista *Vía de Subte* cuando gobernábamos nosotros y usted firmaba con el seudónimo «Tito Vereda». Leí con atención sus once libros. Me los sé de memoria, le diría... El que más me gustó de todos fue el de los piratas del asfalto, pero lejos ¿eh?, ese merecía ser una de Scorsese. ¿No se le ocurrió llevarlo al cine? La descripción del asalto al blindado es abrumadora, ¡la sangre fría de esos malandras! ¡¿Y la fuga del jefe de la banda?! ¡Mamita! La biografía de John William Cooke podía haber estado mejor, aunque cuenta bien cómo se daba con la coca... Se le notó mucho el bichito comunista en ese... Pero sus planteos siempre son inteligentes, ayudan a pensar el país. Pero bueno, perdón... ¿Sus hijas bien, después de la desgracia de perder a su madre? —Hizo silencio el tipo de sonrisa insidiosa y la mano estirada en son de paz.

—Bien, bien... Gracias... —No hacía falta ser uno de los tres o cuatro periodistas más astutos del país para entender que su sorpresivo interlocutor lo tenía recontra fichado. Prefirió no darse por aludido. Esperó, también sonriente, la próxima jugada del otro. Le dolió el hombro en el saludo.

—¡Ah, perdón! Me presento: soy el almirante Sandoval... Gervasio Sandoval. Del Cuerpo Comando, especialista en contrainteligencia, enamorado de la Patria y un poco genocida. ¡Un poco, eh! ¡Ja! Pero no me mire así... Con lo de comunista quise decir zurdo nomás, tengo claro que usted era bastante admirador de Abelardo Ramos, el de la llamada «izquierda nacional».

—Bueno, nadie nació de un huevo de Pascuas en este país... —Volvió a callar Valdivia, incómodo para entrar en detalles que al parecer no hacían falta.

—Quiero decirle que sería un verdadero gusto compartir nuestra mesa con usted una noche de estas, para hablar de estos tiempos tan oscuros. Nosotros nos juntamos todos los miércoles. ¿Ve al señor mayor que está comiendo queso con la mano en mi mesa?

—¿El que llegó con andador?

—Sí, sí, el del tembleque... ¡Ja! A él le debemos juntarnos siempre acá, todos los miércoles desde 1973. Es el capitán Bernardo Willson Aranda. Un héroe total. Llegó en un hidroavión a la Antártida en 1952. Bajó a pesar de unos vientos terribles en la Isla Decepción. Y en el '55 bombardeó la Plaza de Mayo contra la dictadura de Perón, en un Beechcraft AT-11. Le decimos El Aviador Sin Hoy porque se acuerda todo de aquella época, hasta el más mínimo detalle, pero ya no sabe muy bien dónde está sentado. Cumplió los noventa y cuatro la semana pasada. Un grande entre los grandes. Queremos festejarle los cien años acá, con todos los honores. Ojalá llegue. Tenemos pensada una gran fiesta con un despelote de fuegos artificiales...

—¡Ah, qué interesante! —reaccionó un poco Mito Valdivia, sin dejar de sentirse en la mira, pero por esos días enroscado en el final del Tomo III de la *Primera enciclopedia del fracaso*

nacional, uno de cuyos nudos eran las alternativas ocultas del derrocamiento de Juan Domingo Perón.

—Mire que tenemos ideas muy interesantes. Ya habrá notado que, acá, con el reinado corrupto de La Jefa está todo mal. Algunas ideas nuestras son un poco... ¿Arriesgadas...? ¡Ja!

—¡Ah! Sí, sí, me imagino... Hagamos así: un miércoles de estos vengo temprano y me sumo. Hoy no, le pido disculpas. Verá que ando loco de mensajitos. —Lo pateó hacia adelante, obsesionado más que nada en resolver con qué bonita compañía pasaría por alto la soledad asfixiante de aquella noche de perros. Y regresó al chat.

En charlas como esa, de inusitada ocasión, logró entender Anselmo Valdivia en qué clase de reducto se cargaba de proteínas, hidratos, fibras, vino tinto y elucubraciones desopilantes hasta cuatro veces por semana.

Sobrevoló al ras cada centímetro de la Plaza y la CGT tirando bombas, mientras el veterano Aviador Sin Hoy revelaba los más ínfimos detalles de su hazaña y, cada dos minutos exactos, preguntaba: «¿Qué día es hoy?». O: «¿Dónde estamos?». O: «¿Qué comemos?», llevándose a la boca unas carnosas ancas de rana. (Al parecer, El Aviador tenía una habilidad extra, que de algún modo le resultó familiar a Valdivia: el anciano jugaba al dominó como si supiera de antemano el desarrollo de cada partida. Era «una máquina de hacer dinero», según decían. Se apostaba fuerte ahí.)

En las habituales escapadas nocturnas a la fonda del club también conoció el «drama profesional» del uruguayo Martiniano Mondragón. El Capitalista había llegado a regentear succulentas pero poco glamorosas mesas de punto y banca, blackjack y dominó en los confines de la Gran Ciudad, tras haber ido preso en tres circunstancias parecidas: cuando le «reventaron» los garitos clandestinos de Piriápolis, Gualeguaychú y Recoleta, siempre porque alguna distinguida firma internacional de casinos se abría paso en tal o cual lugar, previa visita a los despachos policiales correspondientes con «valijas» más gordas que las suyas y socios locales amigos del poder.

—Okey, no soy el bueno de la película... Igual hay malos que la tienen más larga que yo, mucho más, es muy difícil que lo dejen trabajar a uno en este país —comentó El Capitalista la única vez que Valdivia se prendió en una partida de dominó y terminó pidiéndole plata para la nafta. Había perdido tres mil pesos sin darse cuenta. El gesto lo conmovió. Faltaba mucho para que la angustia le anulara el gen de la gratitud.

El Dibujante Místico era el más teatral de aquellos personajes. Metro sesenta de estatura, un tanto jorobado por los gajes del oficio (lo mismo que los dedos de artrosis prominente), melena entrecana sobre los hombros, barba rala y sonrisa rematada por un colmillo de oro. Su atuendo clásico incluía bombachas de campo azules y alpargatas sin medias, aun en pleno invierno. Alcides Maldelman ostentaba la esquivada confiabilidad de esas personas que rara vez miran a los ojos. Llevaba siempre bajo el brazo una carpeta enorme con sus trabajos, entre los cuales estaban los originales de las tres historietas que había hecho en coautoría con Héctor Oesterheld, creador de *El Eternauta*.

—¡Ah, qué bueno! ¿Así que trabajó con Oesterheld? ¿Cómo era él? —le preguntó Valdivia otra noche, cuando El Dibujante Místico se sentó a su mesa para tomar un mistela con polenta frita y mostrarle la carpeta, interesado en volver a publicar en algún medio gráfico.

—Un hombre serio, agradable, respetuoso, de pocas palabras y mucho talento. Para él las historietas, hasta las menos verosímiles, eran una metáfora de la realidad. De nuestra realidad. La del país, digo, que era su gran desvelo. Su trastorno moral, decía él. Lo veía en la editorial dos veces por mes, le gustaba la impronta con que yo resolvía cada personaje. Un día, el interventor militar de la editorial me preguntó cuando yo estaba saliendo: «¿Qué tipo raro este Oesterheld, no? ¿Andará en algo raro?». Y yo nada más le respondí: «No sé, coronel. Usted sabe que no sé nada». A los dos días, Oesterheld desapareció —se desdibujó El Dibujante, quien nunca pudo sacarse la espina de que sus huidizos ojos claros habían sellado la suerte del colega. Tanta culpa llegó a sentir, que se hizo espiritista para tratar de hallarlo y pedirle perdón por si acaso los hechos hubiesen sido así. Parecía sufrir de veras. Como sufren los delatores forzados. O los hombres tristes en general.

El Comisario Utópico le simpatizó desde el vamos a Mito. Apareció en escena del modo menos ortodoxo: extendiendo su placa policial con tal torpeza que se le cayó en el plato de caracoles al ajillo que Valdivia degustaba con los dedos.

—Tiene derecho a permanecer callado, todo lo que diga puede ser usado en su contra —le dijo, atrincherado en esos bigotes estilo escobillón y sin poder aguantar la carcajada. Valdivia tomó la placa pegoteada de ajo, la frotó con la servilleta y gesto de aquí no ha pasado nada, la olfateó y leyó en voz alta: «Marcelo Dos Reis, comisario de Infantería».

—El gusto es mío —dijo, mientras devolvía la identificación que no estaba en el menú.

—Yo creo que la poli va a cambiar cuando los vigi aprendan a dar los buenos días en la esquina... Así que bienvenido —se recompuso el taquero.

—¡Gracias! Este lugar revienta de sorpresas.

—Y eso que todavía no viste nada...

Justo entraba El Juez, alias Su Señoría.

—Bueno, estamos todos... —provocó El Comisario.

—¡Oh, qué algarabía! —reaccionó con pompa el recién llegado, traje negro a rayitas grises con chaleco, peinado a la gomina, el reloj de cadanita en la mano—. Siendo casi las once, me complazco en saludarlos...

—Él es Anselmo Valdivia, el periodista —lo atajó Dos Reis.

—Ajá —desconfió el magistrado, sin dejar de ver la hora.

—Nos conocemos... ¡Qué sorpresa, doctor Hoyos Bidart! —se incorporó Mito, la diestra extendida.

—Es verdad. Me he enterado de cosas horribles sobre mí mismo firmadas por usted.

—¡Caracoles! —hizo que se sorprendía Valdivia, con el mohín de señalar a mano abierta la exquisitez que se enfriaba sin remedio.

—Siga, siga... Tal vez sea el inicio de una gran amistad —retomó su camino El Juez.

Ya a sus espaldas, El Comisario Utópico lanzó un dardo en voz baja:

—Lindo nene, Su Señoría...

—Sí, sí, todo un sex symbol. ¿O me equivoco? —editorializó el periodista.

—Ponele...

Las charlas casuales y otras no tanto se fueron sucediendo en el bolichón. Hasta que alguien

consideró que había llegado el momento preciso y El Capitalista le pidió a Valdivia que, por favor, los acompañara a la sala de atrás, donde solían jugar al dominó por mucha plata, mientras debatían su «plan de operaciones para salvar al país». A ello había quedado reducida la parte «filantrópica» de la institución, famosa, en otros tiempos, por organizar más acciones de beneficencia que timbas y conspiraciones.

En la puerta de entrada a esa trastienda lúgubre, alumbrada en acontecimientos especiales por candelabros de palo santo con velas, un cartel indicaba: «Se prohíbe el ingreso de mujeres, drogas y celulares».

Adentro las paredes estaban tapizadas con las caricaturas a lápiz que les había «regalado» El Dibujante Místico a los setenta y siete socios vitalicios e invitados especiales que desagotaban su ludopatía, sobre todo los fines de semana, en ese impensado rincón de Barrancas.

La síntesis de lo que había por decir corrió por cuenta del verborrágico almirante Sandoval. A todos los nombrados más arriba, la luz de vela los volvía etéreos, volátiles.

—Sin rodeos, Valdivia: lo necesitamos. Sin importarnos sus berretines izquierdistas, que hemos evaluado sin prejuicios, usted ha sido una pieza crucial en el combate contra La Jefa, La Bruja, La Yegua, La Fulana o como quieran llamarla. Ella conduce una manga de ladrones que pretenden llevarse puesta a la República. En ese único aspecto, tenemos probado que usted es, por así decirlo, uno de los nuestros.

El Aviador Sin Hoy interrumpió desde su confuso sentido de la oportunidad:

—¿Qué hora es?

—¡Casi la una de la madrugada del martes 13 de octubre de 2015, señor! —respondió, luego prosiguió El Almirante—: Estamos evaluando, Valdivia, que esa mujer debería llevarse el susto de su vida. La idea no es matarla, cambie la cara, despreocúpese. Somos gente de bien. Pero si su candidato gana las elecciones, cada uno desde su lugar va a tener que hacer algo para que la tipa no lo influencie y no vuelva nunca más. Recién entonces vamos a poder pensar en un país en serio, con orden, educado y sin despilfarros... Solo pretendemos darle una señal preventiva, emboscarla simbólicamente, es decir, no tanto como a Quiroga en Barranca Yaco... ¡Ja! Usted sabe, porque leyó a Marx, que la historia es irrepetible a no ser como farsa. ¡Jajajaja!

—¡Je! —se dio por aludido Valdivia y, ya que había emitido un sonido, metió su bocadillo—: No termino de entender cómo creen que podría serles útil, dado que no me dedico a ese tipo de asuntos...

—Fácil: con información. Es la commodity más valiosa de estos tiempos.

—Perdón, pero usted ha demostrado conocer mi vida incluso más allá de lo que considero importante saber. Información no le falta, quiero decir.

—¡Ja! ¡Calma! No se persiga, hombre. Le acabo de decir que con usted tenemos la mejor predisposición. Pero hay algo que no sabemos: cómo es que a veces tiene tan buena información sin que se intuya, siquiera, quiénes son sus fuentes.

—Bueno, es que soy un profesional. El secreto de tener buenas fuentes es precisamente ese, saber mantenerlas ocultas. ¿Qué debería hacer, en concreto, según ustedes?

—Por el momento, seguir viniendo como si no supiera ni una palabra de esto. Decidimos tenerle confianza. Ya llegará la hora de contarle todo el plan, incluido el rol de cada uno de nosotros. Piénselo con detenimiento.

Doble aprieto para Valdivia. Algo pesado se estaba amasando ahí. Quería saber. Era su vida saber. Y temía que cualquier paso en falso pusiera en peligro a las «nenas». Por algo El Almirante las habría metido en la conversación cuando se conocieron.

Las mesas fueron dispuestas en óvalo, cubriendo casi todo el salón, para la cena del 31 de diciembre de 2015. La rectangular larga, exclusiva de La Logia del Seis Doble, funcionaba como la presidencia de una velada del Rotary Club, incluida la campanita dedicada a llamar la atención de los comensales. Apenas Valdivia entró al local, El Comisario Utópico gritó:

—¡Ohhh!

Y propuso:

—Yo que siempre les digo que los policías debemos hacer un verdadero culto de los buenos días... ¿Qué decimos?!

Todos los presentes canturrearon a coro:

—¡Bue-nas-no-ches-se-ñor-Val-di-viaaaaa! —Con el correspondiente aplauso.

Mito evitó sentirse el Gardel de la foto mientras saludaba, sin entender por qué debería ser ese, justo ese, su público. Buscó dónde sentarse sin costos innecesarios. Lo invitaron a la presidencia, donde le reservaban un lugar por más que nunca hubiera llegado a la celebración. Accedió respetuoso. Manso.

A lo largo de la velada corrieron, en exceso, el champán nacional y las confesiones. Cada miembro de La Logia fue acompañado por su familia, excepto Su Señoría, que llegó con un joven de escasos treinta años, rubio, engominado, bello y vestido exactamente igual que él. Se brindó a rabiarse por el «histórico triunfo» de El Ingeniero, sin mencionar siquiera que se había impuesto en el balotaje por apenas un voto. Teníamos un nuevo presidente, gracias a Dios. O al Diabolo. Entre los invitados resaltaban las veteranas autoridades del Partido Constitucionalista Republicano. Se entonaron las estrofas del Himno Nacional. El Comisario Utópico alzó su copa por la educación y el respeto. El Dibujante Místico, por los ausentes que están entre nosotros. Su Señoría brindó por un futuro hermoso y le hizo un guiño imperceptible a su acompañante. El Aviador Sin Hoy gritó ¡viva la Patria! A las tres en punto, mientras orinaban uno al lado del otro, El Almirante se animó a tirarle la pregunta del millón a Mito sin apartar la vista de los azulejos del toilette:

—Mire que el plan sigue adelante, ¿eh?

—La Jefa ya se fue. ¿Por qué no dejan que ahora los melones se acomoden en el viaje?

—Porque si no va presa con todas las de la ley, alguien va a tener que sacarla de la cancha. Quiere armar lío para volver, eso todo el mundo lo sabe. Pero dígame la verdad, Valdivia...

—¿Cuál de ellas, maestro? —sonrió de reojo.

—¿Es cierto que usted consigue sus primicias más rimbombantes soñando?

—¡¿Eh?! ¿Quién le contó semejante barbaridad?

—¡Vamos, Valdivia! Yo no tendré un «esmarfón», como dicen ustedes, porque conservo mis principios, pero en pleno siglo xxi uno no se entera solo de lo que no se quiere enterar...

—¿Me permite, Sandoval?

—Diga, diga...

—Creo que debería buscarse informantes que no anden por ahí fumando cosas raras.

—¡Ja! ¡Connigo no joda! —le tiró El Almirante al salir del baño.

Mientras se lavaba las manos, Valdivia creyó ver que desde el espejo le sacaban la lengua. Estaba pasado de copas.

Libertad condicional

Dejó el club a las seis menos cinco de la mañana, tambaleante y sin moño. Buscó su auto naranja estacionado a media cuadra, manos en los bolsillos, el himno dándole vueltas en la cabeza,

inquieto sin remedio. Enfiló hacia el puente viejo. La niebla del Riachuelo hizo flotar al Citroën entre los hedores infumables. Prendía un cigarrillo de sobra cuando el clinclín del WhatsApp lo hizo volver en sí. La Troska otra vez:

—¡Feliz año, Ufffff! Ganas de vos.

—¡Uh, yo también! ¡Felicidades, corazón!

—Mi mamá me habló de vos hoy, casi me muero...

—¿Eh?

—Te vio en la tele los otros días, analizando la derrota de La Jefa. Me dijo: «¡Qué inteligente y qué buen mozo ese señor!». ¿Querés que te la presente? Por ahí te garcha mejor que yo. ¡Juaaa!

—Boba. Je. Lo único que me falta.

—¡Te mato si te cogés a mi vieja! Sabelo.

—Vos sí que vas a morir por exceso de Libertad.

—¡Uy, pensé que ese eras vos!

—Y... sí...

—¿La pasaste lindo con tus nenas?

—Con unos amigos la pasé, ellas estaban en lo de los suegros. Escuchame...

—Sí, bombón...

—Quiero que vivamos juntos.

—¡Ah, chupaste con los muchachos! ¡Juaaa!

—Te digo en serio, lo pensé bien.

—Dejate de joder, dale. Ya lo hablamos. Sabés que al Flaqui no lo dejo ni a palos, es mi vida, lo amo. Vos sos otra cosa. ¡Sos Ufffff!

—Sabés que no doy más.

—Aprovechemos que hay señal, dale. ¿Comiste rico?

—Sí, unos cochinitillos espectaculares y champán a rolete...

—¡Wowww! Qué gorilas los amigos... ¡Juaaa! Oíme...

—Sí.

—Hablé con los pibes hoy. El Ingeniero está hasta a las manos. ¡Si la tocan a La Jefa qué quilombo se va a armar!

—¡Epa!

—Boludo, no te pongas institucionalista en Año Nuevo.

—Dije ¡epa! nomás.

—Te conozco, boligoma. Nos la van a poner hasta la garganta... Bueno, eso no estaría tan mal... ¡Juaaa! Digo que nos garcha El Ingeniero.

—¡Bueh!

—¡Juaaa! Digo que se viene el saqueo total.

—No hables de esas cosas por acá, no es seguro.

—¡Que la chupen! Y que sepan que los vamos a hacer mierda si se zarpan. ¡Salute! Fijate bien los tuits de los pibes. ¡Vamos por todo!

—¡Ajá! ¿Qué sería todo?

—No te pongas jodido, dale...

—Vos te ponés re @LaTroska.

—Soy peor que el personaje, me conocés.

—En la cama, sí.

—Ufffff...

—¿Ufffff, qué es Ufffff?

—Es más exhalar que aspirar, tirar todo el aire hasta quedar sin aliento. Más que un suspiro, es añoranza. Motiva, altera el Ufffff... Eso sos vos.

—Te escribí algo, bancá...

—A ver...

—Cuando estos nubarrones / de lluvia y pedo se disipen / huracanes de luz y tu mirada / marcarán el camino / que será cuesta arriba / mas no de obligación / ni esfuerzo / y de condena mucho menos. / Arriba / bien arriba / queda el remanso donde vamos. / Tenemos una cita en esa dimensión de altura. / Te invito a que volemos de la mano / y proyectemos una sola sombra / chiquitita / que arrase de frescura / los temores humanos.

—Hermoso sos, vos y tus «puemas». Con este me debés haber mandado como ciento cincuenta ya... Acá en Mendoza sobran alturas. ¡Juaaa!

—Sí, pero yo no estoy.

El doble tilde del WhatsApp quedó celeste un siglo. Al menos lo suficiente para dejarlo inmóvil, ansioso, mirando el aparato gracias al cual había conocido a la chica junto a ese grupo de jóvenes confiados en hacer una revolución vía Internet.

Aún gobernaba Ojo de Águila, esposo y antecesor de La Jefa, cuando el fenómeno global de sacar gente a las calles a través de las redes sociales llegó al país. La idea se le cayó al primogénito de los máximos líderes del Movimiento 73, un gordito de pocas luces y muchas horas frente a la PC a quien todos le decían El Pibe, pero se llamaba Rodrigo Kohendörf: una comitiva semioficial de treinta blogueros fue trasladada a Madrid a mediados de 2005 para conocer a los principales referentes de las revueltas de un año antes contra «el giro a la derecha del régimen» español. Volvieron al país impactados por los novedosos conceptos de «ciberactivismo» y «ciberturbas», y decididos a que El Pibe los organizara desde las entretelas del Estado en la Juventud Movimiento 73 (JM73 o La Jotaeme). Eligieron a La Corporación Informativa como su enemigo principal. Y allí ubicaban a Valdivia, pese a que el periodista consigné aquella tendencia en alza, con precavido entusiasmo, en su polémico ensayo *El regreso de las nuevas generaciones a la militancia política*. Lo acusaban de «falso neutral» y de «canalla», porque a la vez cuestionaba los pormenores fantásticos y corruptos del gobierno. «A los tibios los vomita Dios», habían llegado a prometerle, en el mejor de los casos. Cuando le decían eso, Mito se sacudía las solapas con cara de asco. Aun así, desde un principio quiso hacer contacto con ellos. Renovó su angustiado interés al morir Ojo de Águila, estallido coronario mediante. Las multitudinarias exequias en torno al desconsuelo de La Jefa concentraron a miles y miles de jóvenes conmocionados, entre los cuales sobresalía un alto componente femenino.

Nunca le había costado tanto hallar fuentes directas para seguir un tema. Hasta que algo pareció indicar un cambio allá por mediados de 2014: varios fans de @CatalinaHortigozaOficial empezaron a seguirlo en Twitter. La JM73 tenía su correlato más aguerrido en esa pendenciera red social a través de la cuenta

@ResistenciaTotal, especie de columna vertebral de una táctica contrainformativa dedicada a defenestrar, cuando no amenazar, a opositores y periodistas. Decidió darles *follow*, a ver si le devolvían la gentileza. Y así ocurrió. Una madrugada de insomnio, como quien arroja una botella al mar, se comunicó por mensaje directo (canal tuitero más bien dedicado a las propuestas indecentes):

@ResistenciaTotal: Buenas. Te escuchamos.

@MitoVivo: Me gustaría entrevistarlos para hablar de la militancia en redes sociales, de

cómo eso se traduce en movilizaciones en la calle, de lo que llaman «resistencia». Doy por hecho que no son mis fans, pero si me conocieran podrían llevarse alguna sorpresa. Quiero escribir sin preconceptos sobre este fenómeno que nadie trata con imparcialidad.

@ResistenciaTotal: Te aclaro que nosotros no necesitamos mostrar nuestras identidades reales, ni leer tus historias «reales».

@MitoVivo: Puedo entender eso. Pero por acá es difícil explicar bien mis intenciones. Si nos viéramos...

@ResistenciaTotal: Ok. Expongo al resto lo que me estás contando y ya responderemos. Gracias.

La conversación continuó tres días después.

@ResistenciaTotal: Buenas. Hay opiniones divididas en el grupo. ¿Nos podrías detallar un poco más lo que andás buscando? Como bien dijiste, no somos precisamente tus fans. No estaríamos muy confiados en que los testimonios que te podamos dar sean respetados. Si aceptamos, estaríamos avalando algo de lo que podríamos arrepentirnos después.

@MitoVivo: Busco saber cómo trabajan, cómo piensan, qué quieren... Prometo reserva de nombres y lugares precisos, si les hace falta. No tengo otro modo de decirles que soy confiable que diciéndoles: soy confiable. Si les parece, los invito a tomar mate a mi casa.

@ResistenciaTotal: Tranqui. No vamos a sorprendernos a esta altura de la vida con lo que el periodismo pueda hacer con un testimonio. No es nada personal. Evaluaremos y daremos la respuesta. Saludos.

Pasaron dos días más.

@ResistenciaTotal: La respuesta es negativa. Por mayoría votamos que tus notas y tus libros hicieron mucho daño. Claramente no creemos que seas el enemigo en sí, dados los tiempos que corren. Pero vos y tus escritos nos hicieron creer que tu pensamiento es muy mala leche y ha servido para demonizarnos.

@MitoVivo: Se equivocan. Obvio que no leyeron mis libros. Ni siquiera vieron mis exposiciones públicas, incluso en la tele, sobre los aspectos positivos de la militancia desde lo político, lo social y lo generacional. Lo entiendo, porque serás muy joven, pero me parece que se basaron solo en prejuicios para no hablar conmigo. Hablar sirve. Siempre. Salvo que justifiquen lo que se robó desde el gobierno en estos años.

@ResistenciaTotal: A título personal, es cierto: no leí tus libros ni te sigo la carrera, menos en TV. Y sí, soy joven pero tal vez no tanto como suponés. Pero de veras no encontramos beneficio alguno en esto para nosotros ni para quienes representamos. Así que gracias y volvé a escribirnos cuando quieras.

@MitoVivo: ¡Qué pena! Gracias por la votación, de todos modos. ¡Viva la democracia!

Pese a las increíbles ironías de la despedida, la asamblea para decidir si lo recibían había existido. Lo comprobó una semana más tarde, cuando por el mismo chat de Twitter lo mensajó un tal Pepe Pueblo.

@PepePueblo: Hola, ¿estás por ahí?

@MitoVivo: Sí, sí... ¿Quién sos? —respondió Valdivia, que casi siempre estaba.

@PepePueblo: No importa por ahora. Somos un grupo que votó a favor de verte.

@MitoVivo: ¡Ah! ¿Se arrepintieron?

@PepePueblo: No, nada que ver. Digamos que es un contacto extraoficial. Queremos hablar con vos, si seguís interesado.

@MitoVivo: Sí, sí, vos dirás cuándo y dónde.

@PepePueblo: Este domingo te pasamos a buscar por la estación de servicio de Gaona y

Centenario, en Ramos Mejía. Estate ahí a las nueve de la mañana. Andá solo, sin fotografía ni nada.

@MitoVivo: Hecho.

@PepePueblo: Genial. Vamos a confiar en vos. Nos vemos.

Era jueves. Lo que había empezado como un jueguito histérico para charlar un rato en una improbable ronda de mates, iba tomando el color de una cita clandestina con un grupo guerrillero de otra época. A Valdivia no le daban miedo esas cosas. Más bien todo lo contrario. La espera lo aburría, eso sí. Y el aburrimiento lo ponía ansioso. Y la ansiedad se le volvía angustia. Y la angustia, tristeza. Un estado para el cual tenía una batería de antídotos: alcohol, drogas, mujeres y sueños reveladores. Claro que, para encontrar alivio en estos últimos, que eran su don oculto, primero debía poder dormir.

El domingo prefirió viajar en tren a Ramos Mejía. ¿Dónde iba a dejar el auto? Los lentes oscuros evitaban que pasara desapercibido en aquella mañana invadida por una neblina lechosa, pero al menos le tapaban las ojeras. Mientras caminaba rumbo al punto de encuentro desde la estación se imaginó poseído por Remo Erdosain en busca de los Espila, la familia dedicada a fabricarle la rosa de cobre muy cerca de allí al protagonista de *Los siete locos*. Ya en la esquina señalada, cambió Arlt por Borges: «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», el cuento de los espejos monstruosos y las enciclopedias falaces, comenzaba en una quinta de la misma avenida Gaona y él tenía esa relación tan simbiótica con el espejo y estaba obsesionado con terminar la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*.

La espera en la estación de servicio se le hizo *déjà vu*. Tres décadas atrás había pasado por una situación similar, cuando El Comandante Calvo lo quiso conocer y envió a dos lugartenientes a recogerlo en una estanciera blanca, hermética, por Estación Sur. Aquella reunión secreta se había llevado a cabo, tal vez, en los alrededores de Villa Rocha. El viejo ex guerrillero tenía decidido retornar al país. Fruto de los secuestros extorsivos y asaltos a bancos que hicieran famoso al Ejército Popular para la Revolución en los setenta, contaba con el dinero suficiente para financiar un diario, una revista y una radio, que pretendía poner en manos del joven Valdivia con el fin de «preservar la naciente democracia». Mito rechazaría la oferta, temeroso de que una trasnochada contraofensiva revolucionaria frente a un gobierno civil enclenque resultara el matadero para una nueva generación de militantes. Imposible olvidar, no obstante, las temerarias peripecias narradas por Haroldo «El Comandante» Calvo. Los entretelones de la emboscada en que asesinaron con un lanzagranadas al Gran Dictador Centroamericano exiliado en Asunción, en septiembre de 1980, le habían hecho vibrar las tripas.

Con la piel de gallina por la vívida remembranza estaba Valdivia cuando una pickup negra de doble cabina, medio destartada, se detuvo sobre Gaona en la estación de servicio frente al colegio de curas. Un muchacho de gorrita verde, no más de treinta años, el rostro semicubierto por un pañuelo estilo palestino, bajó la ventanilla polarizada del acompañante y lo invitó a subir con un gesto seco. La puerta de atrás se abrió desde adentro. Los ocupantes eran tres varones más o menos de la misma edad. El chofer llevaba puesta la capucha de la camperita gris y la voz cantante. Quien iba ubicado a su izquierda en el asiento trasero tenía el cuello del buzo de polar azul subido hasta la nariz. Le hicieron cambiar los lentes oscuros por otros estilo esquador, de esos que cubren los ojos bien hasta los costados, pero con los vidrios pintados de negro para que Mito no viera el camino. Ni a ellos.

—Yo soy Pepe Pueblo, te escribí el jueves. Acá está El Hijo del Hombre. Ahí con vos va El Loro. Por ahora es lo único que vas a saber de nosotros. Después, en el «campito», va a haber otros compañeros. Ya hablaremos —dijo el conductor, antes de enredarse en una conversación

entre ellos sobre lo tarde que se habían acostado, lo mucho que habían bebido, las «flores» que habían fumado y las hazañas sexuales con que se habían entretenido hasta casi el amanecer, cuando decidieron dormir una hora para encontrarse y pasar a buscarlo.

Valdivia percibió que se dirigían hacia el oeste, casi seguro por la autopista. El «campito» debía quedar en esa dirección. ¿Cruz de Luján, tal vez? Cabeceaba de sueño, aunque alerta. Alguien lanzó entre risas algún comentario incomprensible sobre «el puto de Cristian». Los tres desconocidos se rieron fuerte. Y el periodista, sin tener claro aún en qué se estaba metiendo, volvió a dejarse ganar por los recuerdos.

Otra vez se le vinieron a la mente las peripecias narradas por El Comandante Calvo durante aquel encuentro secreto en que había querido contratarlo para fundar un multimedio. La historia merecía ser cierta. Resulta que a fines de 1979, apenas los sandinistas tomaron el poder en Nicaragua, un día el país centroamericano amaneció con la noticia de que la Virgen del Valle de Jinotega estaba llorando. Millares de fieles habían viajado incluso a pie para ver llorar a la estatua de la Madre Santísima que daba nombre a la catedral del lugar. Hasta que, a plaza llena, el obispo dio una homilía en la cual adjudicó los llantos virginales a que «el marxismo leninismo se adueñó de la nación». De inmediato, el gobierno revolucionario envió a un grupo encabezado por El Comandante Calvo para que la Virgen dejara de llorar. Los resultados de la misión se plasmaron tras reunirse con el cardenal, quien había sido fotografiado («fruto de una semana de intenso trabajo») intimando con unos monaguillos menores de edad. «Al entregarle las fotos en una reunión oficial, los ojos de la Doña dejaron de largar agua inmediatamente», concluía el relato del guerrillero.

—¡Esas sí que eran misiones! —festejó en voz alta Valdivia, llamando la atención de sus compañeros de pickup que seguían su charla intrascendente.

—¿Misiones? ¿Qué misiones? —preguntó Pepe Pueblo.

—Nada, nada... Me acordé de algo impresionante que me contó El Guerrillero Calvo una mañana como esta, digamos...

—¿Qué? ¿Lo conociste? —se extasió El Hijo del Hombre, por razones casi genéticas que más adelante se revelarán.

—Sí, claro. Hasta me ofreció trabajo —se puso intrigante Mito Valdivia, antes de contarles la anécdota con detalles de lugares, fechas, olores y colores.

—¡Naaaaaaa! —soltaron en trío al final, a cara descubierta, mientras la camioneta se aproximaba a destino.

El «campito» era, en realidad, un viejo casco de estancia en algún lugar del oeste bonaerense. Por el tiempo de marcha del vehículo, la sensación de autopista y cómo se salió de ella (por la derecha, disminuyendo la velocidad el resto del camino), Mito especuló que estarían entre Julio Keen y Parada Ruiz. Al cruzar la tranquera le permitieron quitarse las gafas impenetrables. El sendero de tierra bordeado de eucaliptos llevaba a una casona blanca descascarada de estilo inglés con aberturas altas de barrotes antiguos y gran alero de chapa en galería con postes de madera. Estaba rodeada de cítricos, sobre todo quinotos. Atrás, hacia la izquierda, sobresalían un añoso gomero sanmartiniano, cuatro palmeras y un monte de tilos junto al cual un hombre con sombrero encendía leños en un asador. Le dieron agua fresca de la bomba en un cacharro de latón enlozado y juntaron más en una pava enorme.

—Vamos a tomar esos mates al final, ¿viste? —le avisó el morrudo y enrulado Pepe Pueblo, llevándose el pulgar a los labios con el puño cerrado. Mantuvo el gesto de la mano en señal de «like».

A la casa entraron por la cocina, típica de campo. Mandaban los aromas del pan recién

horneado.

—¡Hola! Yo soy Bala Perdida... —saludó la aparente dueña del lugar, una joven esbelta y rubia de calzas y bandana negras que, con el pelo estirado hacia atrás, liberaba unos electrizantes ojos verdes.

Sentadas a la mesa con mantel de hule floreado, se sumaron a la bienvenida las otras dos chicas de veintipico:

—A mí me dicen Luna Feroz, pero Luna a secas está bien —abrevió la pelirroja de amplia sonrisa y pechos visiblemente operados que se pintaba las uñas largas de un fucsia flúo, piernas cruzadas.

—Y yo soy La Troska, pero no lo tomes literal porque soy peronista.

—Dicen que acá todos somos peronistas... De alguna manera... —intentó ser gracioso Valdivia, mientras aceptaba un mate de La Troska, rasgos achinados, mirada penetrante, pelo azabache con melenita lacia carré y flequillo corto a lo rolinga, tatuaje de seis estrellas pequeñas en la mano derecha y otro insinuado por sobre el cuello de la remera.

Por indicación de Pepe Pueblo decidieron salir al jardín, para «aprovechar el sol». Al parecer, quien preparaba el fuego para un asado a unos quince metros era el marido de Bala Perdida. O algo así, pues marido ha dejado de ser una referencia plausible. Agitó la mano desde lejos, el asador. Los seis anfitriones y el invitado se sentaron sobre unos troncos dispuestos como un living bajo un toldo de glicinas. En el fondo, dos muros paralelos de ladrillos parecían dibujar una línea de tiro que arrancaba en una mesa rústica y terminaba en un montículo de tierra con pasto. A lo lejos se divisaban las siluetas humanas de cartón con blancos en las cabezas y los pechos, adheridos a unos tanques azules enormes repletos de agujeros.

—¡Ah! ¿Nos estamos entrenando para la revolución? Aquello es un polígono. —Miró a todos Valdivia.

Una multitud de cotorras tapó el silencio desde los eucaliptus.

—No prejuigue, señor periodista. Yo sola practico desde chica. De ahí viene @BalaPerdida. Los tanques son de agroquímicos, para no olvidar quiénes arruinan este país. Tengo una 22 automática. Y también una escopeta con la que, a veces, espanto a los pajarracos esos. Una verdadera plaga —endureció la voz la muchacha de bandana, entrecerrados los ojazos.

—Ya que estamos hablo yo: ¿vamos a lo nuestro? —se metió El Loro, a quien llamaban así porque siempre tenía a mano alguna máxima de Arturo Jauretche o de Juan Domingo Perón—. Sabemos, como Don Arturo, que «no existe la libertad de prensa, porque es tan solo una máscara de la libertad de empresa». Igual resolvimos juntarnos con vos a ver qué onda. Lo discutimos mucho, pero nos parecés un tipo interesante...

—A mí me encantás. —Lo miró fijo La Troska.

Mito carraspeó. Lo mismo Pepe Pueblo, aunque para «tomar el uso de la palabra» durante un buen rato. El monólogo sonó a manifiesto:

—Al revés que los compañeros de la conducción, creemos que podés sernos útil. Si El Pibe y los demás supieran que estás acá, nos matan. Queda clarísimo que sin un poco de verticalismo cualquier organización es imposible. Decidimos correr el riesgo, incluso de que vos nos cagues, porque La Corporación Informativa nos bloquea, nos viene desprestigiando desde que Ojo de Águila murió y La Jefa quedó expuesta. Quieren voltearla como sea para cortar la revolución en marcha, con elecciones o como venga. El Ingeniero es el punto de la derecha. Entre la gente y La Jefa solo estamos nosotros. Seremos unos quinientos mil en todo el país armando la resistencia, algunos más estructurados y otros menos. Estamos en los barrios, en las escuelas, en las universidades... y nos movilizamos desde las redes sociales, donde además combatimos el

discurso hegemónico del régimen, que nos deforma, nos estigmatiza y nos invisibiliza. Resistir es prepararnos para ganar en las urnas o para volver lo más pronto posible desde el desorden social que se va a armar, si llegamos a perder. La mecha está, somos el fósforo...

Se metió El Loro:

—Ya lo dijo Perón en el *Manual de conducción política*: «El problema fundamental de la juventud es organizarse».

Cortó Valdivia:

—Todo muy lindo, muchachos, pero hay demasiada corrupción en su movimiento...

Saltó El Hijo del Hombre:

—No seamos ingenuos, la corrupción democratiza la política. De un modo espeluznante, puede ser, pero la democratiza. Está mal desde un punto de vista cristiano, pero sin corrupción solo pueden financiar sus campañas los que tienen la plata de antemano, los dueños del país. Evadir impuestos y fugar divisas también es robar. Dejemos de ser hipócritas. Sin plata no hay política y sin política no hay liberación.

Retrucó el periodista:

—La resignación y el cinismo no parecen ser los mejores caminos para superar la hipocresía.

Subió el tono Luna Feroz:

—¡Tampoco el insulto!

Recitó El Loro:

—«En política, todos tienen que tragarse un poco el sapo», ya lo dijo Perón.

Insistió el visitante:

—Yo los leo con atención, creanme. Y si me leyeron a mí, ya saben que no me asusta que la juventud participe, al contrario, me parece saludable. Pero de ahí a elogiar el fanatismo... Eso resta, enceguece.

Repasó Luna feroz, ácida, contando los epítetos con los dedos:

—Resignación, cinismo, fanatismo, ceguera... ¡¿Qué más?!

Avisó Bala Perdida, cuando el ping-pong pasaba de castaño oscuro:

—Ahí me hacen señas de que ya está el asado.

Valdivia preguntó dónde quedaba el baño. Mate y próstata se habían confabulado en un nuevo apuro. Aprovechó la incursión para un par de saques leves. Tenía sueño y angustia. Antes de entrar a la cocina se cruzó en el estrecho distribuidor con La Troska, que traía una ensaladera llena en cada mano. La chica le hizo espacio dándole la espalda de puntillas. Sintió la firmeza de sus nalgas en el bajo vientre.

—Me llamo Libertad... Libertad Frontera.

—¡Ah! Se ve que la libertad tiene sus límites.

—¡Juaaa! Ponele que la contradicción es una de mis especialidades... —dijo ella, volviéndose por encima del tatuaje en el cuello: era un tribal que le subía desde el hombro izquierdo, definitivamente. Olía a menta.

Los siete compartieron chorizos de puro cerdo y un costillar vacuno tiernísimo con vino tinto de damajuana. El asador ni apareció. Valdivia comió poco. Los militantes brindaron por él «a pesar de la desconfianza» y muy sueltos de cuerpo por «la liberación». Lo interrogaron sobre su pasado de izquierda y su experiencia en los medios, sobre sus fuentes (les mintió bastante), sus amigos, su familia y su patrimonio, mientras le contaban algo más sobre la estrategia de La Jotaeme, sin entrar en detalles precisos. Fumaron marihuana (en el fondo, junto a la línea de tiro, sobresalían siete plantas de cannabis bien cuidadas). Le pidieron el número de teléfono para incluirlo en un grupo de WhatsApp. Salvo @PepePueblo, que ya lo había hecho, todos siguieron a

@MitoVivo en Twitter para estar al tanto de los posteos y usar el DM como vía alternativa de comunicación.

—Bueno, vamos. Es domingo y la autopista va a estar infernal —se le escapó el dato vial a Pepe.

Mito le aceptó los lentes negrísimos y pidió un minuto para una pasada más por el baño. Menos Bala Perdida y su marido, o algo así, todos subieron a la pickup. Luna Feroz se ubicó en el asiento delantero, flanqueada por el conductor y El Hijo del Hombre, aún incómoda por la discusión. La Troska quedó atrás, entre el periodista y El Loro, que citó a Jauretche:

—Ojo, Valdivia, que «los intelectuales suben al caballo por la izquierda y bajan por la derecha».

Hubo risas. No se habló más. Durante todo el viaje, los jóvenes fueron cantando canciones de Quilapayún, de No Te Va a Gustar y de Rashplash. La camioneta hizo la última parada en el Obelisco. Ahí bajaron La Troska y Mito.

—Bueno, señor, lo veo pronto...

—Dale, vamos viendo.

La chica de rasgos orientales se calzó la mochila y tomó la avenida hacia el sur, con los auriculares puestos. Valdivia encaró la diagonal, tras escanearle el culo de reojo. El domingo se apagaba de tristeza.

El vértigo lo devolvió de los recuerdos. Tenía medio cuerpo asomado por la baranda del puente viejo. Vomitó el cochinillo, el champán, el Riachuelo entero. En ese estado deplorable se le ocurrió la primera teoría del año. Pensó que comer con los viejos de la Logia y meterse a la cama con aquellos ciberactivistas de la JM73 era como nutrirse de una mirada retrógrada del futuro para descargarse luego con una visión infantil del pasado. Por distintas razones, ambos le provocaban una mezcla de entusiasmo, curiosidad y espanto. El smartphone se le había caído en el auto. Estaba en silencio, sin clinclín del WhatsApp ni nada. En un mensaje de voz, La Troska hablaba, ebria, sobre un coro desbocado. Escuchó el «¡a volver, a volver, vamos a volver!» recién una hora después, con el sol y la angustia partiéndole los ojos.

—(Audio) ¡Qué bien nos calzarían tus sueños raros para anticiparnos a lo que viene!

Al parecer, sus habilidades secretas estaban a punto de convertirse en tendencia.

II

LAS PESADILLAS

Clara

El precipitado final de su esposa lo partió al medio. Clara dejó de respirar en sus brazos una tarde de perros, en coma farmacológico, la piel ajada y de un color gris amarillento. Pesaba menos de cuarenta kilos, envenenada por el cáncer. Gracias a las influencias del periodista en el Sanatorio Central, célebre por salvar las vidas de dos presidentes infartados y dirigido en ese momento por un ex ministro de Salud Pública, la habían desentubado para inyectarle por goteo una sobredosis de morfina y pentotal sódico. La animó a «emprender el viaje» con palabras tiernas y acariciándole la cabeza rapada por la quimioterapia. Ni bien ella partió, Mito Valdivia se dejó caer en un tumulto de pesado alivio, desazón y culpa.

—Ya no sufrís. Ya no estás. Yo te maté... —Jamás pronunció ante las «nenas» la palabra eutanasia.

Desde que se conocieron en la Facultad de Derecho, en 1979, Clara había sido su estímulo, su sostén, su inspiración, su luz roja de alerta y el indulto asegurado a sus deslices furtivos, que algunas veces compartieron para experimentar emociones.

En las cinco (¿seis?) noches que intimaron juntos con alguien más a lo largo de treinta años, Clara desplegó unas ardientes y meticulosas condiciones de meretriz *ad honorem* que, en rigor de verdad, lo incomodaban. Sus activas interacciones con el eventual «tercero en concordia» (así lo nombraba ella, risueña, provocativa, en un masculino genérico) desataban en Mito, como multiplicándolo en varios seres, al niño inseguro, la bestia perversa y el machista posesivo que llevaba adentro. Esa enmadejada celotipia de mujeriego angustiado le vendría muy bien, años después, ya sin su amada presente para conversarlo, cuando le llegó la hora de interpretar por qué pudo haberse suicidado El Procurador.

Cordobeses «exiliados» ambos, Clara se reveló como su ángel guardián desde el minuto cero: en la primera tertulia estudiantil se ofreció a redactarle completo, con gráficos y todo, un trabajo práctico de Historia Moderna y Contemporánea para que Valdivia pudiera jugar una final metropolitana de hándbol. Así lo conquistó.

En plena dictadura, armaron diversos grupos de estudio. De Carlos Marx, de Antonio Gramsci, de Louis Althusser, de Michel Foucault y de Juan Domingo Perón. Allí se hicieron grandes amigos de un estudiante de Derecho, Silvio Santacroce, alguien que cobraría gran relevancia en sus vidas y en los momentos más álgidos y definitivos de esta trama.

Durante una de esas reuniones en el departamento de Clara, mientras se debatían las teorías del amor libre y la liberación sexual de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir entre vahos de

ginebra y humo de cigarrillos, un llamado telefónico desde Córdoba derrumbó a la chica: su primo mayor había desaparecido.

Dos días después, Valdivia tomó el gravísimo episodio para redactar su primera nota profesional. La publicó el *Buenos Aires Tribune*, en inglés y sin firma. El mismo texto, ampliado a otros casos similares y en español, salió firmada por «Tito Vereda» en la edición uno de la revista *Vías de Subte*, surgida de aquellos grupetes estudiantiles noctámbulos. La distribuían a mano por los puestos de diarios, con miedo. Clara le salvó la vida dos semanas más tarde.

—Si vas no me ves más. Mejor cojamos, dale —lo convenció. Tenía una cita clandestina en el bajo con dos compañeros de Derecho, mayores que él. Querían incorporarlo a la guerrilla en retirada. Nunca se supo nada más de ellos.

Estaban empezando a planificar la convivencia cuando las Fuerzas Armadas suspendieron de facto la prórroga al servicio militar que había tramitado «por razones de estudio». Arrancaba 1982. Los jerarcas del régimen tenían decidido eternizarse en el poder invadiendo las Islas del Sur, apropiadas por los británicos en 1833.

Le quedaba ridículo el uniforme de marinero. Lo destinaron a la sede del Comando Superior Unificado, dependencia que coordinaba las operaciones del Ejército, la Armada y la Aeronáutica. En su efímero paso por la guardia del edificio, tuvo de jefe a un joven capitán que era hijo de El Chacal Cordobés, aquel general temible que asoló el territorio donde vivían su familia y la de Clara. Al mes fue reubicado en el octavo piso, donde, tras declararse la guerra, pasó a funcionar el Estado Mayor de las tropas con el Presidente de la Nación a la cabeza.

Por lo bajo, al mandamás anticonstitucional lo apodaban El Mariscal Etílico. El «soldado clase 61 Valdivia Anselmo» comprobaría muy pronto la razón, ya que pusieron a su cargo el armado de las bandejas para las cumbres bisemanales de la comandancia superior con sándwiches de miga, gaseosas y una botella de whisky escocés que volvía siempre vencida, no tanto por las certezas de batir al enemigo sajón.

Apenas completó el primer servicio, a Mito lo asaltó la idea fija de asesinar al Presidente: el teniente general Alfonso Madero era el único bebedor de whisky. Clara lo trataba de chiflado por la ocurrencia. Aunque se divertía especulando, los dos desnudos en la cama durante las noches de franco, sobre si la mejor alternativa sería la estricnina, el bórax, la warfarina o el cianuro.

—En cualquier caso, moriría como una rata —se reían.

Pero lo del concripto Valdivia iba en serio. Se inclinó por inyectar estricnina en el servidor plástico de la botella. El efecto de dolores, arcadas y convulsiones sería fulminante, pero los médicos tardarían en determinar que no se trataba de un síncope cardíaco. Debía planificar las cosas paso a paso, con horarios estrictos y las rutinas habituales del personal de turno en la cabeza; conseguir el producto, la jeringa, la aguja, los guantes quirúrgicos y algo más importante aún: la firme determinación de fugarse y cómo hacerlo. Eligió la escalera de incendios hasta el garaje, escurrido entre los autos hasta la puerta de chapa del fondo que daba a las otras cocheras, las del Ministerio de Hacienda, y de ahí a la calle y a la terminal en un taxi y al exilio en ómnibus y al fin a pie por el Puente Internacional entrerriano, lo más tranquilo. Tal vez en poco tiempo podría regresar como un héroe. Dejar a Clara sola y expuesta lo frenaba.

Tomó coraje bajo una premisa convincente. Alguien debía terminar con toda aquella locura de sangre y fuego, marcar un antes y un después en la historia del fracaso nacional. Estuvo más de dos meses masticando cada movimiento. La derrota en las islas cayó como una bomba. En el país y en el centro de su plan. Decidió ejecutarlo en la primera reunión del Estado Mayor posterior a la

capitulación.

Estaba ansioso. Angustiado. Llegó antes del amanecer al edificio militar, con todos los implementos necesarios para su obra en una bolsita dentro del morral. Lo guardó en el gabinete con candado del vestuario donde se cambiaba, entre los baños y la cocina del octavo piso, y aguardó con unos mates, ahí mismo, la hora de armar las bandejas.

Era la segunda vez en su vida que tenía ganas de matar a alguien. La primera había sido aquel domingo del '76 en que su padre, sacado de celos y alcohol, tomó del cuello a su mamá y estaba a punto de pegarle una trompada: lo retiró apuntándole a la cabeza con la Bersa 22 que el viejo guardaba en la biblioteca, tapada por las *Obras completas* de Lisandro de la Torre. Con eso se torturaba cuando el suboficial de turno trajo las cajas con el catering. Extrajo de una de ellas el paquete de los sándwiches. Un sudor pastoso, helado, le corría por la espalda y la frente. En la caja de las bebidas había tres gaseosas y una botella de chablis frapé, de esas marrones con cuello largo. Ni rastros del whisky. No entendía nada. Corrió alterado a preguntarle al sargento, con la excusa de evitar que lo castigaran a él por el error.

—Menos mal que va a ser periodista, milico... ¿No escuchó la radio? El Mariscal Etílico ya no es más presidente. Lo voltearon. Bien hecho. ¡Con la vergüenza que nos hizo pasar el hijo de una gran puta!

Casi lo desmaya la noticia. Los ingleses y las internas castrenses habían resultado un veneno más veloz que la estricnina para la carrera del teniente general Madero.

—Hay fracaso nacional para rato —se animó a decir, con depresivo alivio, antes de acomodar en la bandeja el vino blanco para Remigio «El Comodoro Pacto» Avignolo, que estaba entrando a la sala de reuniones con la banda presidencial recién puesta sobre el uniforme de gala de la Fuerza Aérea.

—¡Festeje, milico, usted es civil! ¿O no quiere debutar en las urnas? Ahora se viene la apertura, nosotros ya fuimos —toreó el suboficial.

—Sí, sí, sargento... No me dé bolilla.

Mito y Clara se casaron el 9 de diciembre de 1983, horas antes de que asumiera el primer presidente constitucional en años, Ricardo Alfonso Antúnez, electo con el cincuenta y dos por ciento de los votos populares. El Doctor Democracia contagiaba entusiasmo cívico. El país era una fiesta. Y Valdivia, el cronista más joven de policiales en *El Heraldito*. En el '87 nació Solange. El flamante papá llegó tarde al parto: había cubierto para la cadena estadounidense CBN, ya especializado en temas políticos, una sublevación militar encabezada por «héroes» de la Guerra del Sur. El país volvió a ser una caldera. Catorce meses más tarde llegó Marina. Entonces sí participó con creces en el milagro del alumbramiento. Había faltado el neonatólogo y el obstetra le pidió que lo asistiera. Por sorpresa, una vez que la cabeza de la beba se asomó entre las piernas de Clara, el médico le dijo:

—Manos a la obra, sacala vos...

Siguiendo con temor las indicaciones, tomó la cabecita por la nuca con la mano derecha y rodeó el cuello con los dedos índice y mayor. Entre las risas, los llantos y las puteadas de la madre para que se apurara, tiró con fuerza girando en sentido contrario a las agujas del reloj. Esa vulva estirada cual tela elástica, blanquecina, sangrante y ocupada por un cráneo peludo le sugirió una escena de ciencia ficción. Marinita salió como escupida, con ruido de jugos espesos. Chilló a lo gato. La veía nublada por las lágrimas, mientras la enfermera la atajaba sobre una pañoleta y el partero sellaba el cordón y pegaba el tizeretazo. Era un sol entre los pechos de Clara, que la besó,

celestial, con esos labios hinchados a más no poder.

En el verano del '89, un escuadrón de militantes izquierdistas, adoctrinados a distancia por Haroldo «El Comandante» Calvo, intentó copar el Cuartel de Caballería Blindada N° 7 de La Hondonada. Un camión de mudanzas estilo capitoné volteó el portón de ingreso a la unidad a las seis de la madrugada y, ciento cincuenta metros más adelante, las treinta y cuatro personas escondidas en la caja tomaron posesión del casino de suboficiales. El tiroteo era incesante media hora después.

Los sobrevivientes de las guerrillas de los setenta se venían reagrupando en movimientos de prédica democrática e infiltrándose en los partidos políticos tradicionales, a la espera del momento propicio para coordinar fuerzas y lanzar una contraofensiva contra los focos residuales de la dictadura. De paso, se planteaban tomar el poder. Habían tendido un puente solidario con la revolución sandinista por el cual, bajo la noble excusa de ayudar a la economía de aquel pequeño país castigado por los efectos de una tiranía familiar de medio siglo, se enviaban brigadas de voluntarios juveniles a la cosecha de café que, en parte, encubrían a subgrupos que se introducían en El Salvador por las montañas y se enrolaban en la insurgencia de ese país, a fin de entrenarse. Encerrados en un microclima nostálgico y culposo, no veían que el mundo era otro. Caía el Muro de Berlín, se desguazaba la Unión Soviética, Cuba se quedaba sin la financiación de comunismo europeo y empezaba la posmodernidad, una era donde la única revolución posible y atractiva para la nueva generación sería la tecnológica.

Lo del cuartel fue una matanza originada en tres frentes: la carne podrida sobre un supuesto golpe militar en marcha que le vendieron a Calvo los servicios de inteligencia, el anacrónico ensimismamiento de la izquierda y el odio revanchista que reinaba en las dependencias militares. Era dantesco el espectáculo de tanques pasando por encima de esos muchachos y muchachas de armas escasas, pobre adiestramiento e ideales libertarios, fanáticos.

Clara reaccionó con espanto y poco más le pega un trompazo a Valdivia, con casi un lustro de retroactividad:

—Mirá si aceptabas la oferta de dirigir el diario y la radio que te hizo el chiflado ese, aquella vez que te llevaron medio secuestrado a la zona de Villa Rocha. Decí que te lo advertí a tiempo. Cuando te fuiste a verlo me quería matar.

—Nunca te conté que casi voy a una brigada del café —le confesó Mito aquel terrible 23 de enero.

—¿Cómo que casi vas?!

—Bueno, sí... Casi, estaban invitando a periodistas... Pero al final no fui, ¿te acordás?

Solange y Marina tenían trece y doce años cuando las llevaron a la Aldea del Confín, donde visitarían a dos personajes que, por las vueltas del destino, años después llegarían a presidir el país. A Juan Martín Kohendörf y Catalina Hortigoza nadie los ubicaba todavía como Ojo de Águila y La Jefa, ni se sabía hasta dónde serían capaces de llegar. Él era gobernador de la provincia y ella, diputada local. Estaban en campaña para que se los conociera más allá de su terruño y organizaban visitas «informales» de periodistas a su casa, donde se comía un exquisito cordero sureño y se tomaban buenos tintos. El viaje, con todos los gastos pagos, incluía paseos en lancha por el Lago Andino y caminatas por el majestuoso glaciar.

Mientras el gobernador le contaba sus proyectos a Valdivia, la legisladora llevó aparte a Clara para conversar sobre «cosas de mujeres». Catalina sufría de una molesta rosácea que la obligaba a usar cremas dermatológicas y maquillajes hipoalergénicos. Sufría por eso, le dijo, pero mucho más por vivir aislada tan lejos de la Gran Ciudad. Quería que Clara le contara su experiencia en la capital, los lugares que se podían visitar, las galerías de compras, los cines y teatros, los restaurantes. Era una hermosa mujer, sagaz, ambiciosa, infeliz en la Aldea del Confín. Las nenas habían salido al parque con los hijos de los anfitriones, Candelaria (La Piba) y Rodrigo (El Pibe), que se aburría como un hongo. La excursión política duró un día y medio.

En el avión de vuelta, ya sin moros en la costa, Clara le habló al oído a Mito:

—Guarda con esta señora. Dice justo lo que una quiere escuchar. Va a llegar lejos. Es brava. No te enganches...

La historia le daría la razón, como de costumbre. Se lo hizo notar en más de una oportunidad cuando el gobernador se transformó en Ojo de Águila y ella pasó a ser La Jefa tras sucederlo en el trono.

¡Qué oscura la vida sin Clara! ¡Cómo sobrevivir a su ausencia!

Hormonas

Es imperioso echar luz ahora mismo sobre la angustia crónica de Anselmo «Mito» Valdivia. De lo contrario, sería ocioso persistir en la articulación de este relato. Porque ese mal llegó no solo a ocupar el centro del torvo universo mental valdiviano, sino también a convertirse tanto en el eje de su desgracia íntima como en el motor velado de sus mayores éxitos profesionales y, por qué no, amorosos. Ese constante desasosiego había sido desde siempre su más cruel enemigo y, a la vez, un aliado colosal. (1)

Hijo de una pianista frustrada y un martillero mediocre que parecían odiarse, Anselmo se crio refugiado en la sobreprotección de su hermana Estela, diez años mayor que él.

De la madre atesoró un gusto refinado por la música y el boquete de caricias agrandado a lo largo de tardes y tardes de ausencia materna por las clases en el Normal N° 7, los ensayos sin sentido con un quinteto que ni cumpleaños de barrio animaba, las salidas con amigas y, seguramente, uno que otro amante.

Además de los libros y la Bersa calibre 22, heredó del papá el anillo del zafiro redondo y el temor a los cintazos en las nalgas y las piernas. Debería inferirse que también los celos contenidos.

Las peleas dominicales entre el padre y la mamá eran un clásico. Empezaban en discusiones políticas, dada la admiración de Doña Mercedes por Evita y de Don Ángel por De la Torre y Sabattini; seguían por cuestiones domésticas de la semana y terminaban, de cajón, en violentos arranques de posesividad paterna.

Uno de esos domingos, tarde ya, debía ser marzo o abril de 1976, Mito veía fútbol en la tele pequeña del estudio y lo alteró un estallido de vidrios que venía desde la cocina, al otro lado de la casa. La madre lavaba los platos de la cena y, harta del hostigamiento del padre por lo tarde que había regresado la noche anterior del cumpleaños de una prima, se dio vuelta y, con todas sus fuerzas, le arrojó un vaso que no dio en el blanco y reventó contra los azulejos. Don Ángel se le abalanzó, la tomó de los pelos, luego del cuello y, cuando estaba por golpearla en el rostro con el puño cerrado, el chico, de catorce años, interrumpió la escena pistola en mano y al grito de: «¡Largala que te mato, hijo de puta!», sin exagerar un ápice su intención. El viejo se fue a vivir

diez días a un hotelucho cerca de la cañada.

Otra gresca memorable se dio en medio de un asado familiar. Los tíos de Villa María y los de Río Cuarto habían viajado a Córdoba un día antes para la ocasión. El vermú, el fernet y el vino empezaron a correr desde temprano. Anécdota va, chiste verde viene, a Doña Mercedes se le ocurrió tocar el piano y cantar y después poner música en el combinado y bailar. Era sensual la vieja, morocha, pechugona, solía morderse el labio al danzar, jugando a la provocadora en un ambiente de absoluta confianza. Sonaban boleros. Don Ángel detestaba que su mujer llamara la atención de esa manera. Vaya uno a saber lo que tenía en la cabeza cuando, hecho una tromba, decidió quitar del tocadiscos y tirar a las brasas el longplay de Nat King Cole en castellano, justo cuando sonaba «Ansiedad», el tema preferido de mamá.

—¡Cómo te calienta este negro de mierda! ¡Ni que fuera peronista! —balbuceaba, entre la humareda ácida de su obra maligna. Los tíos no volvieron más a la casa desde entonces. Ahí decidió Mito que, cuando llegara el momento, seguiría sus estudios universitarios en la Gran Ciudad.

Desde los siete u ocho años, en la pesadez del primer sueño lo sobresaltaba una pesadilla recurrente. Transcurría en una oscuridad total asaltada por formas grises, indefinidas, que se agrandaban y achicaban al ritmo de gemidos, gruñidos y gritos exasperados, en su mayoría femeninos. Mito salía de esa dimensión hecho sopa, llorando y sin poder hablar, asistido por los abrazos de Estela. Llegó a sufrir ese martirio setenta noches seguidas. Lo mandaron al psicólogo. Se despachó largo y tendido sobre su necesidad de dormir «aunque sea revolcado por una ola marina, con arena en los ojos».

Sin embargo, fue la hermana quien acertó con el antídoto indicado:

—Yo me acuesto con vos y te ayudo. Pero vos, antes de dormirte, pensá en lugares lindos, en personas lindas, en cosas lindas y armate una linda historia con eso. Si soñás lo que querés, eso feo no vuelve más. Te lo prometo.

Así fue que empezó a delinear de antemano los argumentos de sus sueños, siempre contaminados por algún componente de la realidad cotidiana. Durante años, Estela estuvo de uno u otro modo en ellos. Hasta que los sueños comenzaron a anticiparle, con caótica precisión, los términos generales de lo que iba a pasar. Se enteró, un día antes, de que a la hermana le iban a regalar el vestido negro que deseaba para la fiesta de egresados. La convenció de no tomar el colectivo que horas más tarde saldría en los noticieros, incrustado sin frenos en la concesionaria de autos con el trágico resultado de dos muertos y tres heridos. Le avisó que Juancito se le iba a tirar. Vaticinó que estaba encinta, antes de que se lo confirmara el test. Cuando la hermana se casó de apuro, a Mito ya no le sobraban motivos para permanecer en Córdoba. Ella jamás reveló su secreto. Y él, con el paso del tiempo, se fue adiestrando más y más en la «edición de sueños», un arte increíble que a la larga explicaría el trasfondo de sus éxitos periodísticos. Porque así resolvería, dormido, los casos de más resonante actualidad.

Aunque arrinconada en espacios diurnos, la angustia permanecía en él como un fierro ardiente. Hizo terapia tradicional, con o sin diván. Logró matar al padre, freudianamente. Leyó a Lacan. También practicó la gestáltica, sin ordenar del todo sus circunstancias. Fue al psiquiatra. Tomó clonazepam y alplazolan, con receta. Gracias a ligeras dosis de heroína obtuvo cierto alivio y cierto desapego al miedo con la cocaína, el alcohol lo ponía creativo. Pero nunca se liberó tanto como clavando un gol al ángulo con su manaza diestra, volando sobre la defensa y despatarrando al arquero hacia el rincón equivocado. El hándbol era su cable a tierra, su mundo aparte, hasta que le dolió el hombro y la tendinitis en el manguito de los rotadores se le hizo recurrente. La padeció como una raja en la armadura que tanto sacrificio le había costado soldar y en tantos eventos

sociales lo había protegido de los otros. De los demás.

Un gurú esotérico intentó convencerlo en la sala de espera del traumatólogo de que, en realidad, la angustia depende de una combinación de sustancias químicas disueltas en el aire. Bajo determinadas condiciones atmosféricas, según le explicó, dichas partículas se condensan en una nube invisible que puede descender hasta un metro y medio del piso, lo cual explica la epidemia de angustia reinante. El personaje de bastón con la túnica tornasolada le aseguró que, en primavera, «la polinización complica el cuadro masivo, con diferentes síntomas individuales». Valdivia descartó la teoría que emparentaba las angustias con las alergias por considerarla demasiado floja de papeles científicos. Su formación era materialista, en el sentido marxista del término.

«¡Qué chantas somos!», se ofuscó sin abrir la boca, tan predispuesto filosóficamente a consentir en primera persona del plural que nada de lo humano le era ajeno.

Las neurociencias le inspirarían más confianza. En un viaje a Suiza, invitado por la Universidad de Lausana para exponer su premiado ensayo *El fracaso del homo politicus* (germen de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*), conoció a la eminencia de moda en dicha casa de altos estudios: el neuropsiquiatra Ronald Stop. Después de las ponencias y la mesa redonda en el aula magna y de la cena de gala en el Hotel Angleterre, junto al lago Lemán, la trasnoche los encontró bebiendo cervezas de todos los colores en la barra de White Horse, el mejor pub de la ciudad.

—Creo, sin demasiada convicción, que el fracaso es un síntoma. El mal de fondo colectivo podría ser la angustia... Es su especialidad, ¿no? —buscó respuestas en francés, Valdivia, sin exponerse a nivel personal más allá del copito de espuma blanca, cremosa, en la punta de la nariz.

—Digamos que sí. La angustia es una variante del miedo. Lo descubrimos gracias a que ambos se manifiestan con las sensaciones conocidas popularmente como «nudo en la garganta» y «corazón en la boca». Eso depende de una hormona, la oxitocina, que actúa sobre las amígdalas y la frecuencia cardíaca para enviar señales de alerta al cerebro. La oxitocina es, en realidad, un inhibidor de la parálisis. Digamos que el nudo en la garganta y las palpitaciones evitan que los efectos paralizantes del miedo se propalen a la médula y los nervios periféricos...

—A ver si entiendo, doctor: ¿el miedo y la angustia vendrían a ser lo mismo, pero uno sería la reacción defensiva a factores externos y la otra, a factores internos?

—¡Jajajá! Digamos...

—¿O sea que la angustia sería una especie de miedo a los fantasmas?

—Buena síntesis periodística... ¡Jajajá!

—Y dígame: ¿una baja producción de oxitocina podría agravar los efectos paralizantes del miedo y la angustia?

—En teoría, sí. Pero no lo hemos comprobado aún.

—¿Qué glándula la produce?

—La hipófisis, que funciona regulada por el hipotálamo...

—Ahá —se perdió Valdivia.

—El hipotálamo es la región del cerebro más importante para la coordinación de conductas esenciales, vinculadas al mantenimiento de la especie. Regula la liberación de hormonas de la hipófisis, mantiene la temperatura corporal y organiza conductas como la alimentación, el apareamiento y la agresión.

—¿O sea que el hambre, la sed, el amor y el odio dependen de la hipófisis, como el miedo y la angustia? Cuando digo amor y odio también digo deseo sexual y ganas de matar, por supuesto...

—Es usted muy creativo, pero digamos que sí.

—¿Dónde queda la hipófisis?

—Está en la base del cráneo hacia atrás, protegida por una cavidad del hueso esfenoides llamada silla turca. Tal vez la haya sentido nombrar más como glándula pituitaria.

—¡Ah, sí! ¿Es muy grande?

—Unos diez milímetros.

—¡Qué interesante! Pensaba si una malformación de la silla turca podría alterar el tamaño de la pituitaria y la secreción normal de oxitocina...

—Pregunta extraña. Nunca vi algo así. Me llama la atención su interés —sospechó algo el neurocientista.

—Soy curioso, gajes del oficio... ¿Otra cerveza? Yo estaría necesitando una negra fuerte... ¡En todos los sentidos!

Mito regresó al país encaprichado con pedir un turno en el endocrinólogo. Era urgente chequear el estado de su hipófisis. Pese a que se alimentaba con ganas y a que su apetito genital era, por temporadas, excesivo, la novedad de haber emparentado a ciencia cierta su angustia perpetua con el miedo lo ponía de pésimo humor, ensimismado y disperso. Ese morocho infartante visto como ejemplo de valentía, inteligencia y éxito bien entendido por parte de un amplísimo público se sentía un envase vacío. Un desgraciado. Un error de la genética. Pasar los cincuenta fue un flash. Y sin Clara todo empeoró, cierto, pero hay que decirlo: ni ella había logrado dar en el clavo de la angustia, dejándolo ser y todo.

El periodismo y las mujeres le servían a Valdivia de distracción y de placebo. En ambas disciplinas se movía con astucia de guerrero, paciencia de labriego y concentración de cazador. Una noche, mientras picaba salame tandilero con malbec en el boliche del Club de Dominó y Filantropía de Barrancas, quedó en verse por primera vez con una chica que había conocido en Twitter, frecuentado en Facebook e incorporado por último a los contactos del menos tumultuoso WhatsApp. (2) La tenía stalkeada del derecho y del revés. Lo hacía por precaución: buscaba partenaires, a lo sumo un amor, nada de riesgos innecesarios en manos de una Mata Hari. La galería del Face devolvía cuadro por cuadro una belleza de formas perfectas, ojos profundos, labios carnosos y gestos insinuantes posando tipo modelo fashion en contraluces y exteriores, en bikini, con escotes furiosos, minifaldas al límite o calzas descriptivas. Mientras Valdivia picaba y bebía, el chat fue incrementando el voltaje. La muchacha comenzó a enviar fotos íntimas de sus preparativos apenas arreglaron la cita para un rato más tarde. Un primer plano del arito de plata en el pezón izquierdo, durante el baño de inmersión. Otra acariciándose el pubis aporcelanado por la depilación definitiva. Otra en ropa interior, ostentando unas nalgas perfectas de espaldas al espejo. Otra de la lengua húmeda sobre la boca pintada de un morado brillante... Valdivia se divertía con esas sesiones de exhibicionismo hot que las redes pusieron de moda entre mujeres de todas las edades y estados civiles. Sabía valorar el erotismo, la desfachatez y el desafío al ridículo de esas imágenes impensables en tiempos analógicos, a las que reaccionaba excitándose, riéndose o lanzando un «¡uhhhhh!» de tierna y piadosa complicidad. Al abrir cada foto de la joven, Mito se percataba sobre sus hombros de que nadie más estuviera mirando. Las reputaciones están para defenderlas.

El Citroën anaranjado cruzó la Gran Ciudad bajo un diluvio. Llegó a su impactante cúpula en loft cuarenta minutos antes que la invitada, suficientes para ordenar un poco, cambiarse, iluminar el ambiente a tono con la ocasión, rociar los almohadones del sofá y el cubrecama con sutiles ráfagas de Jungle (by Kenzo) y poner música suave. Joaquín Sabina. En «Pastillas para no soñar» golpearon la puerta.

—Perdón, me le colé al de seguridad. ¿Tenés hielo? —Revoleó ella los ojos, empapada, los

brazos estirados con una botella de Campari en una mano y un tetrabrik de jugo de pomelo rosado en la otra. Valdivia enmudeció cinco largos segundos.

—Deberías secarte...

—¡Uy, Sabina! Mi papá se mata con Sabina. Dejalo, ¿eh? Me gusta. —Y lo besó con una mordida tibia, perturbadora, tanto como la evocación del padre.

La chica salió del baño con el toallón blanco en turbante y la bata blanca de Mito, enorme, semiabierta. Bebió un sorbo, dejó el vaso en la mesa ratona y, con un cubito entre los dientes, volvió a besarlo. Lo tomó de la nuca con los dedos en garra, la palma izquierda en el hombro resentido del ex atleta, pronto en el pecho y más abajo, hasta llegar a la entrepierna y caer de rodillas en busca del miembro despabilado. La boca fría hasta la garganta surtió efectos térmicos inversos. Valdivia le arrancó el toallón y se dejó llevar, entre incrédulo y victorioso. Casi lloraba cuando ella recuperó el vaso y apuró un buche de aperitivo rojo, pomelo y semen.

—Hacen buenos tragos acá. —Lo invitó a sentarse en la alfombra peluda. Siguieron el raid en la cama. Se quedaron dormidos bien avanzada la mañana. Llovía sin parar.

Compartieron otras cinco noches, todas ardientes de creatividad. Preferían dialogar por chat antes que cara a cara, porque las citas eran cuerpo a cuerpo. Los encuentros físicos se mostraban más propensos para un concierto de monosílabos («¡sí!», «¡ay!», «¡más!») que ella podía intercalar, llegado el caso, con un «¡hermoso!» o algún «¡hijo de puta!» desbordante de tierna brutalidad. No había espacio para preguntas ni promesas. Estaba ahí porque le parecía «divertido» entregarse a «vivir cada momento como si fuese el último» y despedirse con un beso y dos palabras: «vamos viendo». El pasaje más romántico de la relación lo provocó Valdivia mientras recorría con el índice cada una de las pecas que inundaban la espalda de la joven. Eran su único defecto, por llamarlas de alguna manera.

—Voy a inventar un contador de pecas, me pierdo...

—A ver, ¿cómo sería eso?

—No sé, será una lupa montada sobre unas varillas para dividir la espalda por cuadrantes. Mejor digámosles constelaciones... Ya veremos.

Un día la muchacha desapareció. Del WhatsApp, del Facebook, del Twitter, de todas partes. Mito creyó que le habría molestado la cursilería poética, tan directa ella. Tan práctica. Quedó ansioso. Alerta. Taciturno. Angustiado. Sin vocación de recorrer la extensa lista de mujeres que lo buscaban. Más o menos al mes empezaba a quitársela de la cabeza cuando sonó el celular. Nunca antes lo había llamado por teléfono.

—Soy yo. Disculpá que me borré, pero tenés que saberlo...

—¿Qué pasó?

—Te lo digo de una: estoy embarazada, me quiero matar.

—¿Cómo puede ser?

—Sos un hombre grande, no podés preguntar eso.

—No... Digo que... No sé qué digo. ¿Dónde estás? ¿Qué vas a hacer?

—Hay una pastilla que se toma y chau. Pero no puedo hacerlo en mi casa, mis viejos me asesinan. Te necesito.

—¿Querés venir a mi casa?

—Sí. Por favor. No sé dónde ir para hacer esto. Te aviso: no va a ser mi mejor actuación...

—Venite, dale. No hables de estas cosas por teléfono...

Ella temblaba como una hoja. Él, como una multiprocesadora. Por dentro. Cumplió el pacto de eludir las preguntas incómodas: ¿qué importaba de quién sería? Esa chica era menor que sus «nenas». Bastante, sino muy. Sí o sí tenía que hacerse cargo de la situación. Le propuso tenerlo.

Ella lo trató de loco.

—Yo no me voy a cagar la vida a esta edad. La concha de tu madre, Valdivia...

El uso de misoprostol no es soplar y hacer botellas. Nada de que se toma y chau. Se trata de una droga semisintética utilizada, originalmente, para el tratamiento de úlceras gástricas. Sus efectos abortivos fueron descubiertos de rebote. Tiene un alto porcentaje de seguridad en embarazos de pocas semanas. Se ingiere una píldora de doscientos miligramos y se introducen en la vagina profunda otras tres, humedecidas entre los dedos índice y mayor, hasta donde comienza el útero. Seis horas más tarde, se meten cuatro pastillas más. Los calambres son dolorosísimos. Las náuseas, insoportables. El sangrado posterior duplica o triplica el de una menstruación abundante. El organismo de la joven reaccionó como si el prospecto adjunto fuese un guion teatral, con el agregado de alaridos, gimoteos, llantos acongojados y revolcones espasmódicos, dignos de esos largometrajes de terror con exorcistas. Mito estaba listo para llevarla de urgencia al Sanatorio Central sin medir consecuencias personales cuando los dolores cesaron y ella se durmió, plácida y sin fiebre. Fueron ocho horas infernales. El «vamos viendo» de la despedida incluyó lágrimas y el compromiso de un rápido control ginecológico. Ella lo contactó en el chat cuatro días después con un «señores pasajeros, la nave está intacta». Jamás volvieron a encontrarse. El contador de pecas murió proyecto.

Lleno de culpa, Mito decidió someterse a una vasectomía sin que nadie se enterara. Se trataba de una operación sencilla, de efectividad garantizada, en la mayoría de los casos reversible y, según el cirujano, muy de moda. Al confirmar que sus espermatozoides ya no tomarían contacto con el mundo exterior ni siquiera vaciados en un preservativo, se deprimió. Era como haberse mutilado el futuro, la posibilidad de trascendencia. Menos mal que, según todos los estudios endocrinológicos, su glándula pituitaria estaba en inmejorables condiciones. Menos mal es un decir. Su enfermedad existencial iba en ascenso, sin diagnóstico confiable.

Soñar primicias

Quedamos en que Mito Valdivia aprendió a elegir lo que iba a soñar batallando durante largo tiempo contra unas pesadillas infantiles espeluznantes. Se dijo también que perfeccionó esa para nada ortodoxa técnica tras un largo y obsesivo entrenamiento, hasta incluirla entre sus herramientas profesionales básicas. Logró darle al valor anticipatorio de sus sueños un sentido retroactivo que le permitía «predecir hacia atrás», concentrándose más en lo que supuestamente había sucedido que en lo que tal vez iba a pasar, en base a los datos sobre tal o cual caso aportados por sus fuentes y lo publicado por otros colegas. Así, gracias a sus «sueños editados» llegó a definir, redondear, concretar y/o rematar sus más celebradas investigaciones periodísticas. Él lo explicaba con estas palabras:

—Antes que nada, no soy mago ni brujo. Tampoco adivino ni pretendo ser un gurú de nada. No creo en esas pavadas. Soy un hombre común que ha tratado de otorgarle un sentido productivo a la angustia y, en esa búsqueda, se topó con este don. Nada más. Me subleva la metafísica. Detesto el esoterismo y la superchería. Rechazo las respuestas dogmáticas y oscurantistas de las religiones y las ideologías autoritarias. Somos materia. Fuentes de energía somos. En eso sí tiendo a creer. En que todo es conectable con todo, ya que si somos básicamente agua y los astros regulan las mareas por atracción física, en conjunto vendríamos a ser algo así como un mar que se mueve por impulsos simultáneos. Es falsa la teoría de que usamos apenas el diez por ciento del cerebro, pero que lo entrenamos muy poco parece irrefutable. La única fórmula oculta de esta habilidad que

tengo es el empecinamiento. ¿La obsesión? Tal vez. Pero me inclino más por la disciplina, por el poder material de la concentración. Soy un perfeccionista. Está bien: un obsesivo compulsivo, pero de la excelencia. Mis sueños ya no son premonitorios ni predictivos. Amenazaron serlo, pero vencí la tentación. Mis sueños ordenan sucesos ya ocurridos y, solo en virtud de ello, resultan reveladores. Y son lógicos. Muchos colegas se limitan a publicar aquello que les dictan sus fuentes. Yo uso a las mías, que suelen ser variadas y calificadas, como fichas de un Tetris. Las fuentes son personas que tienen intereses. Actúan. Pretenden. Operan. Las piezas de un puzle no saben especular. Encajan o no encajan donde deben para componer el cuadro y ya. Obvio: no lo hacen solas. Yo las acomodo, reconstruyo los hechos dato a dato. Mis «sueños editados» son ejercicios de hiperconcentración a tales fines. Para decidir lo que uno ha de soñar hace falta muchísima información previa sobre el asunto. Testimonios precisos con puntos de vista diferentes. Documentación irrefutable. Archivos periodísticos y oficiales... Todo eso debe ser estudiado de memoria y hay que organizarlo en una hipótesis verosímil, que necesariamente será un prejuicio. Pues bien: en ese prejuicio construido con información hay que concentrarse antes de soñar, en sus protagonistas, en sus acciones presuntas y en las supuestas circunstancias, en los hábitats donde ocurrieron las cosas con sus colores, sus olores y sus ruidos... Rara vez un «sueño editado» confirma una hipótesis de pe a pa. Lo habitual es que la corrija, la complete y hasta la niegue y la dé vuelta. Por eso hay que predisponerse a soñar con libertad, empezando por ser libre de uno mismo, del ego, de los fanatismos, de las sañas y los encaprichamientos que a todos nos animan. No se descansa bien soñando así. Pero, de paso, se alejan malos sueños. De eso también estoy seguro. Y queda la satisfacción del deber cumplido. (3)

La técnica se completaba con una postura corporal muy peculiar. En principio, Valdivia editaba sueños con toda la ropa puesta, menos los zapatos, y sin quitar el acolchado. Como quien cae rendido después de una juerga, digamos. Se ponía de rodillas en la cama, entrando desde los pies, y quedaba en cuatro patas con los antebrazos y los puños cerrados sobre la almohada. Luego iba deslizando las piernas hasta tenderse panza abajo, con los ojos cerrados y la frente apoyada sobre los puños. Nada que ver con un rezo ni extraño ritual alguno, esa sucesión de movimientos se daba en cuestión de segundos. Alcanzar un ritmo respiratorio lento y hondo inhalando por la nariz, como cuando elongaba para el hándbol, le resultaba fundamental para concentrarse en cada detalle de la trama a soñar. Solo dos personas tendrían el privilegio de conocer sus artes ocultas y observarlo con detenimiento en semejante faena: su esposa Clara y Libertad «La Troska» Frontera. Ambas coincidirían, sin conocerse, en que Mito, ya en trance, por momentos arqueaba la espalda, movía la cabeza como diciendo «no, no, no» sin apartar la frente de los puños, movía los pies en círculos y de atrás hacia adelante, y emitía unos quejidos similares al rechinar de una puerta vieja. Las dos le contarían en épocas diferentes, según él, que transpiraba mares durante el operativo y al rato despertaba sobresaltado, la mirada perdida y los puños tallados en la frente, a veces sollozando. Entonces anotaba todo sin perder un segundo ni recuperar el aliento, con precisión fotográfica y magnetofónica.

Clara gozaba de muy buena salud y La Troska todavía no significaba nada de nada en su vida cuando Mito Valdivia reveló ciertas alternativas inéditas de la extraña muerte del viceministro de Asuntos Contables de La Jefa, más conocido como El Joven Brillante.

La versión oficial de la tragedia era escueta, mezquina, evasiva. Casi naturalizaba la circunstancia de que hallaran a un alto funcionario ahogado con la cabeza dentro de una bolsa de nylon, en un hotel cinco estrellas de Valparaíso, durante el intervalo nocturno de la segunda

jornada del V Seminario Latinoamericano de Finanzas Públicas. El cable dejaba suponer que Igor «El Joven Brillante» Hendrich, candidato cantado a próximo ministro de Hacienda debido a los reiterados elogios públicos de La Jefa ensalzando sus «capacidades técnicas y patrióticas», al fin y al cabo no era otra cosa que un simple onanista capaz de llevarse puesto el prestigio del país en un acto privado, lisa y llanamente masturbatorio.

La carátula del expediente preconfiguraba un dudoso «suicidio accidental por exceso de hipoxifilia». De tal modo se denomina la práctica sadomasoquista que consiste en buscar mayor placer erótico en la sensación de asfixia. También se la llama hipofixiofilia. Se afirma que chinos y japoneses la utilizaban desde la antigüedad, al constatar que muchos delincuentes ajusticiados en la horca eyaculaban con el último suspiro y el pene les quedaba erecto hasta minutos después de la muerte. El artista plástico e historietista Vaughn Bodé, impulsor del movimiento underground estadounidense durante los años sesenta, llegó a decir que gracias a la autoasfixia erotizante había «visto a Dios». Bodé, quien además era un consumidor excesivo de marihuana, se había entusiasmado a tal punto con el hallazgo que se colgó de una soga tratando de volver a encontrarse con el Supremo, quién sabe con cuánto éxito: falleció. La comprobada peligrosidad de este ejercicio hizo que los cultores del fetichismo recomendaran su práctica en compañía, dejándose ahogar por el otro, pero pactando previamente una señal indicativa de que se ha llegado al límite.

¿El Joven Brillante se había matado solo con sus fantasías en ese cuarto de hotel cinco estrellas? ¿O había buscado la recomendada compañía? ¿Quiso hacerlo? ¿Se pasó de rosca? Amigos, parientes y los compañeros de militancia más cercanos sostenían por lo bajo que les resultaba inimaginable cualquier clase de suicidio. Hablaban de una dura interna política, que de hecho existía. Y de asesinato, acaso condicionados por el afecto a negar los desenfrenos íntimos sobreexuestos por aquella indecorosa escena fatal.

Valdivia cruzó la Cordillera convencido de que había gato encerrado. De que el Caso Hendrich (o Caso Joven Brillante) superaba las barreras de la esfera privada, para proyectarse a una manera de internalizar el ejercicio del poder, sin desmerecer las lobregueces de una intimidad desenfrenada. Sabía por experiencia que, detrás de los partes gubernativos, suele haber un batallón de gente dedicada a que se sepa lo menos posible. La mentira, la verdad a medias, la distorsión y la evasiva son herramientas políticas de probada efectividad. También conocía las indulgencias que pueden ofrendarse desde los sentimientos.

«En nuestro país, la muerte siempre simboliza y esconde algo. En la metáfora va el engaño. No olvidar: necrofilia, necrofagia, necrofobia...», anotó en pleno vuelo sobre las nieves eternas. Usó para ello el reverso de los papeles que le habían dado, antes de salir, sus fuentes calificadas.

El décimo piso del Hotel Internacional estaba bloqueado por los investigadores policiales. Un guardia de civil, armado y con intercomunicador tipo vincha, a la salida del ascensor y otro en el hueco de la escalera. Dos más, de uniforme, a cada lado de la puerta de la habitación 1004, vallada con cintas. Valdivia consiguió alojarse justo debajo, en la 904, ideal para soñar en base a espacios, tonalidades y aromas gemelos a los que rodearon los hechos. Entrevistó en off the record a cuatro mucamas, tres botones, otros tantos recepcionistas y al mozo que descubrió la puerta entreabierta, trabada por el cuerpo sin vida de Igor Hendrich. También a tres agentes, dos suboficiales, un jefe y un perito de Carabineros, además del fiscal a cargo y dos secretarios del juzgado. Se acreditó en el V Seminario, donde captó los runrunes de la delegación nacional. El caso era la comidilla de todos los asistentes. Visitó las webpages de los «servicios de acompañantes» más exclusivas de la ciudad y cenó con cuatro escorts de notable refinamiento, en una ocasión con dos juntas. Pagó las adiciones con tarjeta de crédito y los honorarios, cash. Hizo consultas por chat, por mail y por teléfono a funcionarios, familiares y compinches de la víctima.

Soñó tres noches seguidas en el somier doble king sin desarmar, vestido y en medias.

A los diez días de haber llegado a Valparaíso, convulsionó a la opinión pública de aquí y de allá con los resultados de su pesquisa. Al patear el tablero, hizo torcer el curso de la investigación judicial. El guion que sigue sirvió de base para tres informes televisivos en prime time y, gracias al revuelo, fue incorporado al expediente:

Título: Morir en Valparaíso. Contenido: Los detalles desconocidos del Caso Hendrich. La escena del final. Los acompañantes que nadie vio, los juegos eróticos y los restos de polvo blanco. Testimonios reveladores.

El Joven Brillante estaba acompañado cuando murió. Había por lo menos tres personas más en la habitación, dos de ellas prostitutas VIP. Debería inferirse que el cuarto individuo era conocido de la víctima y acaso huésped en otra suite, porque nadie vio entrar al hotel a ningún hombre, fuera de los pasajeros registrados. Tampoco se había visto ingresar a ninguna mujer extraña, pero era lo habitual. El personal estaba muy bien adiestrado por la gerencia, incluso bajo amenazas de despidos y otras represalias, para «preservar el buen nombre y la honorabilidad» del hotel.

En el bolsillo superior externo del saco y en el vello nasal, el difunto tenía rastros de cocaína. También se encontraron partículas en el vidrio de la mesita de luz, dispersas, como si las hubieran querido limpiar, porque además se las halló en la moquette. La ropa interior de Hendrich y una toalla tenían restos de semen, y en su pantalón, a la altura de la cadera derecha, se descubrió una pequeña mancha seca de lápiz labial, supuestamente carmesí. Los exámenes periciales se extraviaron, los dieron oficialmente por fallidos, hubo que realizar otros nuevos y arrojaron resultados negativos. A ningún gobierno le convenía hundir las auspiciosas repercusiones de una cumbre internacional en el fango de un escándalo diplomático salpicado de sexo y drogas, y tal vez de narcotráfico al más alto nivel.

Hendrich había recibido amenazas previas al viaje. El sobre con los tickets aéreos, el voucher del hotel y el efectivo para los viáticos contenía, prendida con un clip, una hoja de cuaderno con letras de diario recortadas y pegadas: «Va al paraíso», leyó. Tiró el papel hecho un bollo al tacho de basura. Prefirió tomarlo como un juego de palabras de algún gracioso y lo comentó apenas al pasar con una secretaria del Ministerio, que ahora estaba paralizada por el miedo y se negaba a declarar. En la conducción de la Juventud Movimiento 73, liderada por Rodrigo «El Pibe» Kohendörf, hijo mayor de Catalina «La Jefa» Hortigoza, combatían el fulgurante ascenso del viceministro en el entorno presidencial. Lo mismo que desde el ala tradicionalista de la administración, conducida por el Vicepresidente de la Nación, Luciano «La Araña» Bordeu. Los restos de Igor Hendrich fueron repatriados en el avión insignia de la flota gubernamental. Referentes de uno y otro sector interno del oficialismo cubrieron la primera fila del funeral, visiblemente acongojados, y despidieron el féretro de lujo con voces de combate: «¡Igor!», gritaban los de La Jotaeme. «¡Presente!», respondían los tradicionalistas. «¡Ahora!», sumaban unos. «¡Y siempre!», completaban los otros, uniéndose todos en el «¡Hen-drich! ¡Hen-drich! ¡Hen-drich!» final.

Semanas más tarde, la causa quedaría empantanada entre chicanas de abogados, pistas falsas de soplones anónimos, acusaciones por presunto encubrimiento contra dos peritos, recusaciones a dos magistrados y aprietes políticos varios. Cancha embarrada, que le dicen.

Ni bien estuvo de regreso, el periodista corrió a encontrarse con El Vendedor de Fragancias, su fuente original del Caso Hendrich y de tantos otros anteriores y por venir. Era domingo por la tarde, horario en que siempre se lo cruzaba en La Puerto Rico, el café más antiguo del Barrio Histórico. El hombre ocupaba, como de costumbre si había sol, una de las mesitas para dos en la vereda con el maletín en la otra silla, de traje negro raído y corbata, el pelo largo canoso peinado hacia atrás. Mito lo miró de lado al pasar, en señal de «vamos, tenemos que hablar», y enfiló hacia la puerta vaivén de entrada. Se acomodó en la mesa ubicada entre el piano y la estatua evocativa del tanguero Enrique Cadícamo tomando anís. El mozo llegaba con el habitual café doble apenitas cortado y la medida de grapa con hielo que ya ni necesitaba pedir, cuando se arrió El Vendedor de Fragancias con su clásico: «Los mejores perfumes para usted...».

El viejo apoyó el portafolios en la mesa de granito con el logo del local incrustado en estaño, lo abrió, le acercó por la derecha tres cajas de perfumes importados falsos de contrabando y, por el otro lado, el sobre color ocre de rigor. Esa vez no contenía ningún parte de inteligencia en papel, ni un pen drive, ni un minicassette de los de antes. Nada más una tarjeta pequeña escrita a máquina: «Ya quedará probada la verdad con todos sus condimentos. Hizo lo correcto. Felicitaciones, nadie se animó a tanto».

Valdivia confiaba en El Vendedor de Fragancias y lo que traían sus sobres desde que una tarde como esa, tres años antes, se le había acercado con acento imperativo: «Hoy sí va a aceptarme algo...».

Era un informe pormenorizado sobre el pago de sobornos para el tendido del Gasoducto Sur, que involucraba a seis altos funcionarios del gobierno y a trece gerentes de la constructora SkombroCorp, de capitales eslavos. Valdivia trabajó dos meses en el tema y tuvo que soñar cinco noches para dar por chequeada la data. La publicación definió el despido de los gerentes por parte de la casa matriz de la empresa y una denuncia federal contra los funcionarios. El Caso Skombro quedaría abierto durante más de una década, con avances y retrocesos esporádicos a merced de los vientos políticos. A Mito le otorgaron el prestigioso Premio Argentum a la mejor investigación periodística del año. Para festejarlo, le compró a Clara un Chanel N° 5.

—Gran elección —le agradeció el pintoresco vendedor, correveidile del espionaje vernáculo, quien aseguraba llamarse Antonio Fernández y haber nacido en las Islas Canarias.

Su amada esposa «dejó este mundo sin haberse vestido una sola vez con el perfume predilecto de Marilyn Monroe». Ni bien se mudó a la cúpula del centro, puso el emblemático frasquito de adorno en la repisa. Valdivia estaba partido en dos cuando llegó 2015. Lo mismo el país. Un atardecer de angustiosa llovizna dominical, El Vendedor de Fragancias se acercó como de costumbre, maletín en mano, a la mesa de la cafetería para darle un sobre de papel madera con el caso de su vida, o todo lo contrario, adentro. Era una larga y puntillosa minuta de inteligencia titulada «Así murió El Procurador». Olía feo.

Renacimiento mortal

Los custodios, alterados por la falta de comunicación durante todo el día, forzaron la entrada a la mansión poco antes de la medianoche. Debieron usar amoladora con discos para acero: la puerta era blindada y la llave inteligente accionaba seis cerrojos hacia ambos marcos, también metálicos. Mientras intentaban abrirse paso, fueron llegando el fiscal, el secretario del juzgado de turno, el ministro de Justicia, tres patrulleros más y un camión de bomberos.

El vestíbulo con pisos de mármol y palmeritas en cuatro enormes jarrones de la India, el living señorial con dos Van Gogh auténticos y el comedor con dieciocho sillas Luis XV laqueadas en blanco lucían ordenados. Una taza de té llena, ya fría, y el azucarero de terrones abierto descansaban sobre la mesada de la cocina, amplia, equipada con lo último en tecnología. El desparramo de papeles, la lámpara encendida y los resaltadores flúo en el escritorio de roble del primer piso daban señales de trabajo intenso hasta no mucho antes. Al final del corredor, la cama de dos plazas con cabecero de piel estilo vintage, deshecha de un solo lado, dominaba la suite principal. Todo parecía más o menos en su sitio hasta que los agentes divisaron el charco de sangre que asomaba por debajo de la puerta del baño, trabada desde el interior por el peso de lo que parecía ser un cuerpo humano. Tras empujarla entre dos para poder entrar, los policías desencadenaron un descontrolado enchastre de pisadas en cadena. Adalberto Gómez Pardo yacía

en el piso recostado contra el bidet con un balazo en la boca con orificio de salida en la nuca y un revólver Smith & Wesson calibre 38 en la mano izquierda, de remera originalmente blanca, bermuda celeste deportiva y pantuflas de cuero.

El Procurador era el hombre del momento. El país entero aguardaba la conferencia de prensa que había prometido para la mañana siguiente, donde ampliaría con lujo de detalles una denuncia por «asociación ilícita» y «traición a la Patria» contra Catalina Hortigoza, originada en una supuesta triangulación de armamentos de guerra con los aliados de Gran Bretaña en el corazón petrolero de Oriente Medio.

Según lo adelantado por Gómez Pardo en la televisión, seis días antes, La Jefa no solo debía estar al tanto de la maniobra, sino que la habría encargado y conducido en persona junto al ministro de Defensa, el canciller y dos funcionarios de baja monta y altos contactos.

Y ahí estaba El Procurador. Muerto en el baño de la casona iluminada de azules, verdes y rojos intermitentes por los patrulleros, el autobomba y las ambulancias que comenzaban a llegar, cuando uno de los uniformados notó que la salida trasera al parque estaba entreabierta...

Esa misma noche, antes de que circulara la trágica noticia (los primeros flashes informativos estallarían por internet recién al alba), Mito Valdivia participaba de un debate televisivo sobre los alcances de la bomba judicial preanunciada por El Procurador. La información era escasa todavía, pero el inicio del año electoral se recalentaba más por el clima de escándalo diplomático, político y mediático que por los efectos de un febrero sofocante. Trató de ser cauto, a la espera de la denuncia con todos sus ingredientes. Dijo que el estilo demagógico de La Jefa se caracterizaba por el abuso de poder, lo cual implicaba una actitud demasiado displicente, sino cómplice, con la corrupción; pero que los opositores encolumnados tras Patricio «El Ingeniero» Month ejercían un exceso de crítica que los volvía permeables a cualquier clase de acusación, por más banal o arbitraria que pudiera ser.

—La lucha por el poder se define por distorsiones discursivas de la verdad. Todos nos proponen revoluciones mágicas y republicanismos perfectos que, en realidad, solo terminan imponiéndonos un mismo sistema de alternancia para que cambie algo sin que nada de fondo cambie. Eso, en el mejor de los casos. Porque hemos sufrido rupturas drásticas. La cuestión es que el robo al Estado es un problema grave, pero también es una excusa, una pantalla que sirve para justificar cualquier acusación real, potencial o ficticia. Por otra parte, exigir decencia en el manejo de los fondos públicos está muy bien, pero también es una gran falacia para instalar nuevos gerentes al frente del mismo negocio y vuelta a empezar. En esa dualidad ficticia radica el gran secreto del fracaso nacional. El pueblo quiere ficción, entretenimiento, hacer catarsis de las angustias cotidianas a través de las peleas de sus representantes. Y la Justicia, lejos de haber sido ajena a este mecanismo, fue una pieza fundamental para legitimarlo. Ha sido nada más que el árbitro de una pelea donde no gana nadie. Así que esperemos la palabra de El Procurador, sin perder de vista que este año habrá que elegir un nuevo gobierno y eso lo enturbia todo. —Mito se ganó la desaprobación de los dos lados de la platea.

—¡Pará, pará, pará...! ¿Vos estás queriendo decir, Valdivia, que La Jefa y El Ingeniero son dos caras de una misma moneda? —preguntó el moderador de la polémica en vivo.

—Quiero decir que hablan entre ellos por encima del resto, que ante nosotros son sordos y nos dejan afuera a todos analizando el baile de ellos dos. —Lo tomaron en términos metafóricos, sin entender bien qué quería decir con «hablan». Pensó en que, si supieran la cantidad de charlas «entre ellos» que había confirmado en sueños, el moderador, los polemistas y el público presente se caerían de espaldas. Tenía entre sus planes publicarlas. (4)

La puerta del canal era un tumulto. Seguidores de ambos líderes se desgañitaban en consignas,

separados por un cordón policial.

—¡Che gorila, che gorila, / no te lo decimos más: / si la tocan a La Jefa / qué quilombo se va a armar...! —cantaban los partidarios de ella.

—¡Sí, podemos! ¡Sí, podemos! —retrucaban los de El Ingeniero.

Al verlo salir, lo chiflaron más los unos de lo que lo aplaudieron los otros. El Comisario Utópico encabezaba el operativo de seguridad y se hizo espacio a los codazos para saludarlo.

—Buenas noches, Mito. ¿Vas a comer al club?

—No, hoy no. Mañana El Procurador habla temprano y quiero estar fresco. Vamos a tener un añito de locos. Se van a tirar mierda de todo tipo.

—¿Y cuándo no? Pero acá no va a pasar nada, tranquilo. Es pura espuma. Ya arreglé con los responsables de los dos grupitos. Les aclaré: si tocan a uno de los míos, se pudre la milonga. Me encanta lo bravos que son todos estos de a muchos, ¡pero qué blanditos cuando los apartás y les ponés los puntos! Por ahí anda El Almirante, a las puteadas con este pendejerío quilombero. Te estuvo viendo adentro, en el programa. Yo clavado acá no pude ver nada. Dice que no podés con tu genio comunista, pero se caga de risa. Dice que los zurdos son buena gente si no se dejan descarriar por su perfeccionismo infantil. Te quiere, parece. ¡Jajá! Allá te saluda. Fijate...

—Tipo jodido... ¿Dónde? —Miró a todos lados Valdivia.

A unos treinta metros sobre la vereda de enfrente, bien atrás de los manifestantes, El Almirante Sandoval bajaba la ventanilla polarizada de su auto alemán y le hacía la venia. Se ofreció a llevarlo con un gesto de «¡venga, venga!» que le hizo acordar a la colimba. Con otro movimiento de manos, respetuoso, Mito devolvió el saludo a lo lejos y rechazó el convite, compartió un abrazo de «nos vemos» con El Comisario Utópico y arrancó caminando hacia el otro lado. A los diez pasos le palmearon el hombro desde atrás. Sintió un pinchazo en el tendón resentido.

—¡Pero qué bien te llevás con la cana! —lo sorprendió La Troska. Un poco más allá, Pepe Pueblo y El Loro seguían saltando y entonando una de «los pibes para la liberación».

—¡Qué sorpresa, mi Troska preferida!

—No te equivoques: la única peronista que te prefiere.

—¿Bala Perdida y Luna Feroz no están?

—No te equivoques: ellas no te prefieren... ¡Juaaa! Tenían otras tareas hoy. El Hijo del Hombre también. No preguntaste por él...

—¡Ah! No...

Interrumpió Pepe Pueblo:

—¡El Procurador! ¡Ese es el verdadero traidor! Va a terminar mal, el muy hijo de puta. ¡Decime si no es para matarlo, con todo lo que lo bancaron! Espero que seas objetivo cuando revolee toda esa basura de la traición a la Patria.

Completó El Loro:

—¡Eso! O le vas a terminar dando la razón a Jauretche, cuando dijo que «los medios de información y la difusión de ideas están gobernados como los precios en el mercado y son también mercaderías».

—Bueno, primero veamos qué tira El Procurador. Prometió aportar pruebas contundentes, documentos secretos, partes de inteligencia, escuchas telefónicas... Pero hay mucho ruido acá para conversar. Sigán con lo suyo. Nos vemos pronto, ¿sí? —se despidió con una sonrisa Mito, sin saber que, en la otra punta de la Gran Ciudad, los forenses constataban la identidad de un muerto que ocuparía el centro de la escena nacional a partir de la mañana siguiente, aún más de lo que prometía hacerlo vivo.

La ligera brisa invitaba a caminar hasta el centro. Debía concentrarse en las preguntas para El Procurador. Tratándose de una rueda de prensa, le impondrían un límite de dos, como mucho. Suma precisión requeriría la escena con más rating del año. El desafío le funcionaba como alivio. Fumaba el segundo cigarrillo a paso lento por la avenida cuando creyó que lo seguían. Frenó y giró de golpe. La Troska también fumaba.

—¿Tomamos algo? Muero de sed y ganas de hablar con vos.

—¿Hasta dónde me pensabas seguir?

—Hasta donde te dieras vuelta.

—¿Sabés qué...?

—Libertad. Me llamo Libertad...

—¿Eh? Sí, ya sé. Jamás olvido un nombre y menos una cara.

—No... Como te quedaste callado...

—Te decía que es tarde y se viene un día de mucho trabajo. Parece que para ustedes también...

—¡Jajajajá! No pasa nada. Y si pasa, que pase lo que tenga que pasar. Una copa solita, dale...

Desviaron el rumbo hacia el restaurante vietnamita del Barrio Diagonales, famoso por su barra de tragos. Mito Valdivia pidió un Hoy por Hoy, con maracuyá, jengibre y vodka. Libertad Frontera impostó la voz al elegir el Algo de Pasión, que además de maracuyá llevaba naranja amarga, lima y gin. No aparentaba sus veintiséis años. Daba menos por lo menuda y más por la seguridad en sí misma y los rasgos achinados.

—Voy a serte muy sincera: me contaron que te pagan los servicios de inteligencia.

—Brindo por la sinceridad, entonces. ¡Salud! Y porque digan lo que quieran.

—Otros me dicen que no... Que, en realidad, te banca La Embajada...

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cuál de ellas?

—La única a la que se le dice La Embajada. La yanqui, ¿cuál va a ser?

—¡Ah! Mirá vos... Decime: ¿vas a preguntar tonterías toda la noche?

—No son tonterías...

—Sí. Y te explico por qué: si eso fuera cierto, lo negaría; pero lo niego porque no es verdad. ¿Entendés? De un modo u otro, la respuesta sería que eso no es verdad. Deberías conocerme para darle valor a mi palabra. Aparte de no conocernos, ustedes están llenos de prejuicios y ya veo la seriedad de sus fuentes.

—Me gustaría conocerte, hablar seguido. Sos un tipo muy interesante. Me encantás. Ya te dijimos que también nos sería útil que nos conozcas, porque se boquean muchas huevadas de nosotros y sos un periodista importante que puede... contrarrestar..., ponele. Además voy a ser locutora, estoy estudiando en la Escuela Nacional de Radio y Televisión. Me viene bárbaro interactuar con gente como vos.

—Ahora el sincero voy a ser yo: no sé si me estás queriendo espiar, sumar a la causa o pedirme trabajo. Me seguís calladita, me invitan a reuniones clandestinas para que los ayude a «contrarrestar» y ahora me salís con lo bien que te vendría «interactuar» con un periodista...

—¡Ah, listo! Ganaste tres a dos en la final de preguntar pavadas. Me extraña, señor periodista. ¡Y yo soy la que debe confiar en la palabra! ¿Pedimos más? «Algo de Pasión»... «Hoy por Hoy»... Nada mal...

Tomaron cuatro cócteles cada uno, intercambiándolos de cuando en cuando «para probar». Él se sentía interpelado, inquieto, radiografiado, seducido por la batería de interrogantes y los ojos taladradores de esa chica menor que sus «nenas» y de insinuación fácil. La virtual entrevista sobre periodismo, peronismo, historia del fracaso nacional, revolución, conflictos generacionales y

piscas de literatura, música, bebidas espirituosas y vida privada continuó en la calle, zigzagueando hacia el centro.

—Parece que solo me falta conocer el olimpo de Mito Valdivia —clavó Libertad Frontera un segundo después de que él, mecánicamente, sacara las llaves del bolsillo resuelto a despedirse sin convicción, angustiado, ya en la esquina de su casa. La invitó a subir.

Dijo «¡guauuuuu!» La Troska, fascinada por la belleza octogonal de esa cúpula con aires europeos y vaporosos reflejos de alumbrado público por las ventanas. Previo paso por el espejo, con quien intercambió sonrisas como quien se revisa si tiene algo en los dientes, Valdivia trajo una botella de vinho verde de Amarante.

—Es al este de Oporto, en el centro de Portugal. Una aldea encantadora sobre el río Támea —ilustró Mito mientras descorchaba.

—Debés conocer todo el mundo, vos...

—Nadie conoce todo el mundo. Viajé mucho, sí, más por trabajo que por placer.

—¿Adónde me llevarías por placer?

—A poner algo de música. ¿Te gusta el Flaco Spinetta? —la pegó, era su favorito.

Bebieron del pico, sentados a lo Buda en la alfombra despeinada. Los besos animaron las manos. Valdivia la observó desnudarse al son de «Seguir viviendo sin tu amor», figurándose una de dibujitos animados al descubrir, uno a uno, los diecisiete tatuajes que se contoneaban con la melodía en ese cuerpo de formas y dimensiones adolescentes. El tatoo más llamativo le cubría la columna desde la vértebra prominente hasta el final de las lumbares: siete grafismos orientales bramaban «por una libertad absoluta» (en japonés: «zettai-tekina jiyù»). Debajo, completando la línea, un tablero de rayuela invertido anunciaba la llegada al «cielo» en el límite de la tanga. Aparte de a Spinetta, también admiraba a Julio Cortázar. En la ingle derecha rugía un tigre. Un picaflor verde, rojo y amarillo aleteaba en la nalga izquierda... Lo acarició con curiosa suavidad y, sin prisa, los dedos se hundieron en la entrepierna. Palpó la humedad del clítoris sin ejercer presión y a ella le tiritó la mandíbula al dejarse penetrar con los dedos. Era su espontánea señal de largada rumbo al éxtasis. Encajaban a la más sublime perfección.

Una vez desamarrados, la joven encendió un cigarrillo y se sentó a los pies de la cama:

—Te voy a hacer mal...

—¿Por qué me decís eso ahora?

—Porque no soy buena...

—¡Ah! ¿No?

—Para vos, digo. No vivo sola, tengo novio. Tampoco estamos casados, ¿eh? Tenemos una noción muy abierta de las relaciones, pero nos debemos la vida, te diría. Antes de venirme para acá, yo convivía con una compañera en Mendoza. Nos amábamos, pero se terminó. Soy mucho menor que vos, que encima sos periodista y yo doy la vida por La Jefa. Voy a ser clara, Valdivia: yo garcho con quien me da la gana...

—¡Je! Clara vas a ser...

—No entiendo la ironía.

—Nada, nada... ¿Te propuse matrimonio yo?

—No. Pero ya he visto caras como la tuya de ahora...

El clinclín del WhatsApp tajeó el ambiente. Ningún mensaje podía superar la trascendencia de esa escena, los dos desnudos iniciando el tempestuoso peregrinaje del amor. ¿En qué estaría pensando Dos Reis, chateando a esas horas? «Gómez Pardo apareció muerto en el baño de su mansión, sobre un charco de sangre», tiró El Comisario Utópico. Aturdido, borracho, sin dormir, a Valdivia lo asaltó el instintivo alivio de no tener nada que hacer cuando saliera el sol. Le llevó

dos minutos caer en la cuenta de que el país estaba en llamas. La Troska se indignó al enterarse. Él logró contenerla en un abrazo enérgico, desbordante de dulzura.
—Cojamos, que se acaba el mundo —le dijo al oído.

1- NOTA DE LA COMENTADORA: Valdivia me hizo sus atormentadas confesiones mientras estuvo «guardado» en mi departamento. Lo alojé durante cuatro días con sus noches a pedido de mi hermano, Silvio Santacroce, su abogado y único amigo de veras desde los tiempos de la universidad. Habló todo ese tiempo sin parar para comer ni dormir, tal era su estado de shock. Y yo, primero tomé notas y luego lo grabé con la tablet sin que se diera cuenta.

2- NOTA DE LA COMENTADORA: Se trata de la misma noche tormentosa en que se le apersonó El Almirante para presentarse con modales amenazantes y en que Valdivia tenía cuatro canales de chat abiertos al mismo tiempo, con la esperanza de no dormir solo. Evitamos mencionar el nombre de la voluptuosa joven por las circunstancias en que derivó el encuentro y debido a que no aparentaba los veintiún años declarados, dato que el periodista sugestivamente olvidó confirmar.

3- NOTA DE LA COMENTADORA: El lector debería permitirse poner en duda la veracidad de dicho procedimiento. Primero, porque Valdivia develó su supuesto secreto en una deplorable situación anímica y mental. Segundo, porque se sabe que los periodistas suelen guardar bajo siete llaves las identidades de sus fuentes. Las cubren, las disfrazan, las distorsionan... Por otra parte, también podríamos estar ante una especie muy particular de sonambulismo. Pero lo concreto es que hasta el periodista más confiable sabe mentir.

4- NOTA DE LA COMENTADORA: Por primera vez, se publica en el Capítulo 4 una síntesis de esos diálogos entre La Jefa y El Ingeniero. Podrían haber sido insertados aquí mismo, pero entorpecerían la cadencia narrativa.

III

LAS HIPÓTESIS

Sangre

Hasta el habitante más aislado del territorio nacional tiene presente qué le pasó en la piel, en el estómago y por la cabeza mientras se anoticiaba de que, en inescrutables circunstancias, había muerto El Procurador. Cada cual escuchó lo que pretendía oír, sacó la conclusión que mejor se ajustaba a su postura política previa y salió a decir lo que se le cantaba la gana, empujado de uno u otro modo por la fractura política del país y las pasiones primitivas que aquella división estimulaba.

«Lo mandó a matar Catalina Hortigoza, porque Gómez Pardo había reunido pruebas más que suficientes para meterla presa», se abroquelaron los opositores.

«Se suicidó para perjudicar a La Jefa, porque no tenía ni siquiera indicios firmes para sostener su estrambótica denuncia», reaccionaron los oficialistas.

Nadie albergaba la menor idea de cómo habrían sucedido las cosas, ni de cuáles podrían ser las circunstancias ocultas que desembocaron en la tragedia. Sin embargo, todos lo intuían desde el deseo en un país de ansias desencontradas. Casi todos. Mito Valdivia ensayó una metáfora deportiva para definir lo que estaba sucediendo, en una entrevista radiofónica matutina por teléfono que lo había pillado una vez más sin dormir. Imaginó una macabra final metropolitana de hándbol con el cráneo baleado de El Procurador oficiando de pelota, ante dos hinchadas ardientes de fanatismo. Se vio a sí mismo avanzando y retrocediendo calavera en mano, con la excluyente ambición de perforar la valla rival. Porque lo importante era ganar, no saber. Cuestionó, por vagas e indocumentadas, tanto la óptica del «local» como la del «visitante». Le puso ribetes académicos al ejemplo:

—La caída del Muro de Berlín marcó el auge inicial de la posmodernidad, definida por una gigantesca ola global de desapego a las grandilocuencias ideológicas del siglo xx. Algunos intelectuales llegaron a anunciar, incluso, el fin de la historia. Hoy transitamos su etapa superior: la Era de la Posverdad. Es la muerte de los hechos. El acabose de la objetividad. Ya no importa lo que sucede, sino la popularidad de quien lo cuenta. Valen más la especulación, la opinión y la voluntad de destruir al rival que la información. Ello implica un triunfo a gran escala de la manipulación, de la mentira, en el cual cobran una tremenda influencia la revolución tecnológica y el boom de las redes sociales. El receptor ha dejado de serlo, abandonó el confort de la pasividad para sentirse protagonista, asumiendo como propia la histeria del emisor. La vieja lucha entre individualismo y colectivismo se sintetizó en un egoísmo colectivizado, en una suerte de mezquindad organizada solo en apariencia. Ya que no somos quienes quisiéramos ser, pretendemos que los otros sean, y las cosas sean, como se nos antoja que son. Es un fenómeno apasionante y angustiante al mismo tiempo. Porque, así, todo es nada, nada es todo y ni siquiera

algo es algo. Es el fin del periodismo, por otra parte... Lo lamento por mí, ¡je!

—Está bien, Valdivia, ¿pero Gómez Pardo se suicidó o lo asesinaron? ¿De qué lado está usted? Hágame una síntesis, por favor... —salió al cruce, a las 8:25 a.m., el impaciente conductor del programa.

—Lamento abusar de los ritmos de la radio a estas horas, pero eso es lo que está por verse. La escena indica un suicidio. Hasta el momento, no hay pruebas para suponer otra cosa. Pero el contexto permite pensar en un homicidio, porque objetivamente había, por un lado, interesados en que Gómez Pardo no hablara y, por el otro, interesados en perjudicar al gobierno en un año electoral. Por ahora solo puedo decir que, según los datos de que dispongo, El Procurador no era tan santo como desean creer sus repentinos admiradores post mortem. Ni tan demonio como pretendieron instalar sus detractores recién desde el instante que anticipó su denuncia por «traición a la Patria» contra la doctora Hortigoza. El tiempo es el peor enemigo de este caso. Hay demasiados intereses políticos en juego. Muchas manos en un plato hacen mucho garabato...

—Gracias, Valdivia... ¡Vamos al informativo!

Una semana después del explosivo suceso, Mito pretendió despejar la confusión reinante soñando los acontecimientos a partir de las informaciones que había recabado de sus fuentes y leído de otros colegas. Se arrepintió, espantado.

Hacía como dos décadas que no se le repetía la tremebunda pesadilla infantil de la oscuridad más oscura y los gritos y gemidos, mayormente femeninos, atrapados detrás de indefinidas formas grises que se agrandaban y achicaban, amenazantes. Temió haber perdido para siempre su arma secreta contra el pánico nocturno y el crimen organizado.

Estela, su hermana, que ya era abuela, viajó a las apuradas desde Córdoba con la misión de ayudarlo a dormir acariciándole los rulos negros entre palabras tiernas. A la tercera noche de tratamiento intensivo, soñó sin proponérselo con El Procurador, revólver en mano, esfumándose frente al espejo empañado de un baño. Saltó de la cama tosiendo, atragantado. Se había dado vuelta sin querer en un momento de la noche y durmió el resto boca arriba. Había fracasado, pero sin pesadillas y con el objeto de su frenética búsqueda en el radar.

—Ya podés volver, Estelita. Voy a estar bien... —tranquilizó a la hermana, que había dejado sus ocupaciones caseras para ir tras él y consolarlo. La convenció de tomar el primer vuelo.

Aceptó antes de reprocharle, con su especial mano de seda:

—Andá un día a ver a la vieja, Mito...

—¿Está mal?

—No, no... En el geriátrico la tratan muy bien y hacés muy bien vos en hacerte cargo de todo, yo sé que sos un buen hijo y un buen hermano y todo bien. Pero te nombra mucho y la llamás poco. Sueña con el papi, ¿sabés?

—Le sigue pegando...

—Sí.

—¡Qué reverendo culeado!

El domingo siguiente, llegó más tarde que lo habitual a La Puerto Rico, demorado por una llovizna densa. Al igual que las cenas en el Club de Dominó y Filantropía de Barrancas durante la semana, la rutina dominical del doble cortado y la grapa en ese bar antiquísimo le otorgaba cierta sensación de seguridad y lo conectaba con el pasado de la Gran Ciudad y del país. Se distraía con el entrar y salir de turistas, más aún si eran mujeres bonitas. Había conocido allí, entre murmullos multilingües, ruidos de vajilla y tangos permanentes, a cinco brasileñas, tres colombianas, una

francesa y una fotografía estadounidense de piernas memorables, a quienes continuó frecuentando en Facebook cuando regresaron a sus casas. El Vendedor de Fragancias se interpuso en un cruce de miradas con una holandesa rubia de arito en la nariz. Sonaba «Cuartito azul», en la voz de Ángel Vargas.

—Los mejores perfumes para usted...

—Mire que hoy necesito algo bueno de veras, vengo de capa caída.

—Siempre para servirle, caballero. —El mensajero canoso de traje negro sacó del maletín el último Armani, el último Rochas y el último Dior para hombres, truchos todos, y por el otro lado extendió, con disimulo de ilusionista, un sobre de papel madera más grande que los habituales. Contenía treinta y seis carillas escritas a máquina, sujetas con un piolín. A la antigua. Valdivia las asomó del sobre hasta el título: «Así murió El Procurador». Agradeció. Y el vendedor se retiró sin vender, aunque cobró cincuenta dólares.

Le temblaban las manos a Mito. Quemaban esos papeles. Se los devoró con otra vuelta de café y aguardiente: (5)

Asunto: Muerte de «Gómez Pardo, Adalberto». Fecha del deceso: Sábado 21/02/2015 - Domingo 22/02/2015. Hipótesis de trabajo: alguna clase de homicidio. Fuentes: propias.

El Procurador (EP), sabía desde hace tres años lo del contrabando de armas a los aliados árabes de los ingleses. (...) Guardó en la caja fuerte los borradores de un protocolo secreto de colaboración con los jercas musulmanes anglófilos y más de sesenta horas de escuchas telefónicas entre representantes de estos y el canciller y dos operadores periféricos del oficialismo con cargos menores en la Aduana. (...) Cajoneó la investigación para mantener las buenas migas con el gobierno de «Hortigoza, Josefina», (a) La Jefa, base financiera de sus privilegios. (...) Además de un salario de ciento cincuenta mil pesos y el presupuesto de la Procuraduría General, de tres millones por mes sin contar honorarios del personal, percibía una bonificación anual de un millón ochocientos mil dólares sin recibo. (...) Falta confirmar bien los movimientos de la cuenta 666111666/4 en la sucursal Vaduz (Principado de Liechtenstein) del Bank of Columbia, a nombre de su padre, su hermano mayor y un empleado de la Procuraduría. Recibía órdenes directas del agente «Jerez, Leopoldo Enrique», (a) Garganta 1, (...) ya se sabe: tipo temible y verdadero número uno histórico del Servicio de Inteligencia del Estado Nacional (SIEN) con cuatro décadas ininterrumpidas en funciones. (...) Garganta 1 le abonaba el sobresueldo en efectivo, en moneda estadounidense. (...) En ausencia de aquel, reportaba por orden jerárquico a sus principales asistentes, los funcionarios del SIEN: «Berardi, Hermes», (a) Garganta 2; Camacho, Josué, (a) Garganta 3; y Trullet, Jorge, (a) Garganta 4. (...) En los últimos seis meses, como de costumbre hacia el final de cada ciclo político, Garganta 1 tendió puentes con el político opositor «Month, Patricio», (a) El Ingeniero. (...) La Jefa Hortigoza prometió venganza. (...) EP supo que se le venía la noche, como primer chivo expiatorio de las internas políticas en ascenso. (...) Buscó la protección de sus amigos en el espionaje norteamericano, inglés e israelí, pero estos le bajaron la persiana para evitar «innecesarios conflictos diplomáticos». (Se adjunta cable cifrado con esa misma consideración textual respecto de la repentina «dudosa confiabilidad» de EP.)

Le pidieron la renuncia extraoficialmente dos veces. (...) Recibió amenazas de muerte contra él, sus dos hijos y su ex esposa. (...) Lo apretaron con hacer público su nivel de vida ostentoso, (...) su economía irregular, (...) su adicción recurrente al juego de ruleta, (...) los favores recibidos de empresarios sospechosos: la mansión, el auto europeo de alta gama, el velero, los viajes de placer al exterior; (...) sus frecuentes encuentros con jovencitas en lugares nocturnos de moda, en centros de spa de la Gran Ciudad y en playas top de paraísos fiscales caribeños (...) y las fotos íntimas con esas chicas que él le mandaba por WhatsApp a la licenciada «Epelboim, Carla», (a) La Ex (...) con quien mantenían una relación bastante perversa desde que estaban casados. (...) Cabe recordar que a La Ex se la presentó Garganta 1. (...) El alto cargo administrativo de ella en el Palacio Legislativo es, en realidad, una pantalla de sus funciones encubiertas como agente supernumeraria de inteligencia desde que tenía diecisiete años y era dirigente gremial del Centro Estudiantil en el Colegio Nacional.

Acorralado, (...) EP se resistió a apurar la denuncia contra La Jefa en plena feria judicial de verano, (...)

estaba de vacaciones con sus hijos en Orlando (USA). (...) Lo apuraron bajo pretexto de resguardar su «modo de subsistencia» y su «prestigio». (...) La Ex lo reprendió por chat cuando avanzó con la denuncia contra La Jefa: «Veo que seguís siendo capaz de cualquier cosa por estar en el candelero (...), te importa un pito lo que les pueda pasar a tus hijos (...), que bastante poco los ves»... «de mí ni hablemos, ¿no?».

La denuncia se la redactó Garganta 1, se la acercó Garganta 2 y se la explicaron tres veces Garganta 3 y Garganta 4. (...) AEP no le cerraban los argumentos, le parecían «flojos»... (...) más inspirados en análisis arbitrarios que en una sucesión de hechos concluyentes.

Tenía una personalidad compleja EP: obsesivo, (...) manipulador, (...) autoritario, (...) subordinado al mandato conservador paterno-materno, (...) ciclotímico: pasaba de la euforia en público a la depresión en privado con facilidad, (...) estaba medicado: Rivotril 2 mg, Alplax 0,5 mg, Tryptanol 25 mg; (...) mujeriego y enamoradizo; (...) celoso, no violento; (...) hedonista. (...) Narcisista. (...) Pasar los cincuenta años le pegó mal: gastaba horas y fortunas en el gimnasio y en la peluquería, tintura y manos incluidas, (...) comprando ropa, (...) refrescándose las facciones con microcirugías y botox. (...) Ludopatía grave: habitué de los casinos más distinguidos de la Gran Ciudad y del exterior (...) se lo ha visto desplegando martingalas en la ruleta del salón especial del Casino Flotante por diez mil dólares en una sola noche (se adjunta imagen, cámara de seguridad).

Los registros telefónicos probarán que, antes de morir, habló al menos con seis personas: Garganta 1, Garganta 2, Garganta 3, Garganta 4 y dos legisladores nacionales partidarios del ingeniero Month. (...) El arma mortal pertenece a su secretario privado, «Marcalmo, Ariel», (a) Pupi, también recomendado por los espías. (...) Este ex policía declaró que le entregó el revólver 38 Smith & Wesson en respuesta a su insistente pedido, «para protegerse porque estaba amenazado». (...) Fue la última persona que lo vio con vida, para enseñarle a usar el arma. (...) Es muy extraño: EP podía acceder al armamento que quisiera, con licencia legal. Su cargo le permitía, incluso, la portación de armas largas de guerra.

Adenda/Diagnóstico profesional: se equivocan o mienten con descaro quienes afirman que la tipología del suicida nunca encaja en un temperamento narcisista. Nuestros psiquiatras, psicólogos y neurólogos coinciden en que «un narcisista puede quitarse la vida para enviar un mensaje megalómano»: (...) dar el ejemplo, imponer una idea o quedar bien parado en un sentido histórico, sobre todo, en el último caso, bajo presión extrema.

Valdivia ya había descartado que el escenario de la muerte de Gómez Pardo hubiese sido distorsionado adrede durante la patética labor de los policías y los peritos bajo las órdenes del fiscal y el juez de turno, y la supervisión fuera de lugar del ministro de Justicia. «Sería demasiada gente confabulada», masculló ante la mirada cómplice del espejo. Supuso, entonces, una tercera variante. ¿Y si lo fueron llevando a matarse hasta precipitar el hecho, ayudados por la propia tortuosidad de El Procurador?

Le dio pánico irse a dormir. Hizo gráficos. Trazó flechas. Dibujó asteriscos con dudas en los márgenes del escrito, manchado de café y grapa.

Sudor

Maldita pituitaria. El nudo en la garganta era una roca. Las palpitaciones, un martillo neumático desafilado. Así se manifestaba la chequeada normalidad hormonal, cada día más, en Mito Valdivia. Se perdió con el Citroën anaranjado yendo a Barrancas. La certeza de que el auto ya era capaz de llegar solo al club se le esfumó en una bocacalle forzada a la penumbra por un farol roto. Tuvo que preguntarle a un linyera dónde diablos estaba.

—¿Y por qué le importa tanto saber eso? —lo confundió más el personaje, barbudo hasta el pecho y de impermeable hasta las rodillas pese al cielo estrellado, el asfixiante calor y la humedad viscosa del Riachuelo.

—Porque tengo hambre y llego tarde.

—Nunca es tarde, amigo. Se lo garantizo. Yo acabo de cenar unas costillas de los de mitad de cuadra, con ensalada de papa y huevo de la viuda de allá enfrente. Y si usted me convida un cigarrillo, tenemos fiesta completa...

—Sirvasé, quédese con el atado. En el Club de Dominó y Filantropía me venden otro. ¿Sabe adónde queda, de casualidad?

—¡Y cómo que no! El mejor cochinillo del mundo, ranas a la provenzal extraordinarias... Y con paciencia, uno se puede armar culo por culo una botella entera del mejor vino tinto. Yo prefiero los blends.

—Se lo ve feliz, sin señales de fracaso...

—Soy feliz. Fracasado era antes.

—¿Qué hacía antes?

—Me perdía. El club es acá a la vuelta. Le debo una...

—¿Una?

—Por los cigarros y la charla, digo. Cuando me necesite, acá estoy.

—Bueno, ¿me convida uno para el viaje?

—Perdón, pero yo no regalo para los vicios. Uno le sale cinco pesitos, si no le molesta.

Le dio un billete de cien, sin satisfacción alguna. Desde una superioridad maquinal del ego. Ficticia. Evasiva. Apretaba entre los labios el cigarrillo más caro de su vida, pero no por la plata. Lo tenía todo. Hasta esa horrible angustia sin sentido. Marca invisible en el orillo. Recóndito motor de búsqueda. Alarma antifracaso. Prohibición de ser feliz a toda costa. Cuanto menos le faltaba para llegar al Club de Dominó y Filantropía, más se indignaba con el lumpen vocacional de la esquina sin luz. Solo hablando con el espejo podía ofuscarse así. Más, incluso.

En la mesa larga del fondo contra el mostrador debatía, completa, La Logia del Seis Doble. Gesticulaba Gervasio «El Almirante» Salazar. A su derecha, Martiniano «El Capitalista» Mondragón parecía tomar notas. A la izquierda, Bernardo «El Aviador sin Hoy» Willson Aranda comía queso pepato y longaniza con el andador de apoyabrazos. Frente a ellos tres, de espaldas a la entrada del bodegón, asentían Alcides «El Dibujante Místico» Maldelman, Marcelo «El Comisario Utópico» Dos Reis y Esteban «El Juez» Hoyos Bidart, con un caniche toy acurrucado en los muslos. Tomaban un cabernet franc recién enviado por la bodega boutique de un socio mendocino. Valdivia hizo que leía mensajes en el smartphone y se fue ladeando hacia otra mesa del salón semivacío. El Almirante no lo dejó sentar. Le gritó que se les sumara. Que no podía perderse aquella discusión tan relevante. Que necesitaban su punto de vista ya mismo. Que ellos pagaban la cena, pues «donde comen seis, comen siete». Quedó en la cabecera, entre los caños del andador de Willson Aranda y los jadeos del perrito de Hoyos Bidart. Cerró los ojos al degustar el vino tinto, la nariz hundida en el copón. Le urgía eso. Bajar la excitación. Correrse de la angustia. Después de la picada vendrían unas exquisitas perdices a la toledana, traídas en un caldero por el chef que usaba una sola muleta para suplir la pierna perdida en la Guerra del Sur. Mito se masajeó el hombro derecho. El nudo de la polémica era la desgracia de Adalberto Gómez Pardo. Mejor dicho: cómo La Jefa lo había «mandado a matar» y qué hacer ante la «encrucijada nacional» que se abría paso «como un rompehielos en el Océano Antártico».

—Ya se robaron el país... ¿Y ahora vienen con esto? Los hombres de bien estamos obligados a jugarnos enteros para que esta banda de ladrones asesinos se vaya y no vuelva nunca más —se embolsó El Almirante.

—Lo noto convencido de que fue un homicidio. Y de que la doctora Hortigoza o alguno de los suyos dio la orden. Yo no descarto para nada el suicidio, si me disculpa... —Comía con los dedos Valdivia.

—¡Ni lo sueñe, mi amigo! —le hizo un guiño el rudo marino retirado; el periodista se atragantó con un huesito ni bien escuchó «sueño». El Procurador estaba solo. ¿Vio que los custodios se habían ido? Eso se llama zona liberada. ¿Vio que la puerta de atrás de la mansión estaba abierta? Eso se llama entrega y condiciones para la fuga. ¿Vio el desastre que hicieron los peritos en la escena del magnicidio? Eso se llama borrar pruebas, embarrar el terreno. ¡Por favor! ¡Qué duda puede haber!

—¿Los custodios no estaban, jefe? —Se enjuagó la boca Valdivia, mirando a Dos Reis.

—Sí, pero al frente. Demasiado lejos de la casa. Y es cierto: El Procurador los quería dispuestos así y que no lo jorobaran, porque tenía su vida el hombre. Hubo demasiado tiempo y espacio para entrar, hacerlo cagar y salir corriendo. Un profesional fabrica un suicidio sin problemas, estudié esas cosas yo —concedió apenas El Comisario Utópico, relevando un poco de culpas a los integrantes de la custodia policial.

—Trabajaron nueve peritos y los custodios de turno eran tres. ¿Una docena de personas no son muchas para involucrarlas en el encubrimiento de un crimen? —Mito amagó acariciar al caniche, que le tiró un tarascón.

—Con plata se puede hacer cualquier desastre. Esta gente es capaz de todo, yo por mis funciones lo conozco muy bien... —respondió El Juez.

—Perdón, Su Señoría, pero usted muy bien se llevaba con «esta gente». Su actuación fue fundamental, y bastante cuestionada, por cierto, para que se archivara el expediente por el enriquecimiento ilícito de La Jefa... —se plantó el periodista, relojeando al perro con recelo.

—¡Cosas de los medios de comunicación! Hasta ese momento no había nada. Y eran otros tiempos: todos fuimos rehenes de esta gente. —Superpuso las muñecas El Juez, como esposado.

—Eso es cierto. Los polis nos cansamos de ser usados por los políticos todo el tiempo —dijo El Comisario Utópico.

Se incorporó, marcial, El Almirante. Ceño endurecido. Las palmas apoyadas en la mesa cual jefe de operaciones ante un mapa táctico y estratégico de combate. Voz de mando:

—¡Bueno, bueno, caballeros! ¡Nos estamos yendo por las ramas! Entiendo su obsesión por la verdad y esos berretines, estimado Valdivia, pero el asunto es en qué país queremos vivir. Es tiempo de acción, no de palabrerío bonito. La duda es la jactancia de los intelectuales. Debería pensar más en sus dos hijas, digo, en el país que les quiere dejar. ¿Me explico?

—¡Todo dispuesto para bombardear la plaza! ¡Esta vez no hay margen de error! ¡Si la única verdad es la realidad, cambiaremos la realidad! ¿Qué hora es? —se exaltó El Aviador sin Hoy.

—¡Hora de irse! —liquidó Gervasio Sandoval.

El Capitalista le pasó sus anotaciones prolijamente dobladas al medio y le dio una mano para que, tomado de ambos brazos, El Aviador lograra levantarse. Alzó a la mascota Su Señoría, mientras El Dibujante Místico, mirada esquiva, enrollaba una hoja que Valdivia recibió entre halagado y atónito. Era él, caricaturizado junto a la baranda del Riachuelo en una recreación a lápiz del célebre óleo *El grito*, del expresionista noruego Edvard Munch. Vean el original de Munch y pónganlo en contexto. A cualquiera le inspiraría temor, inquietud, ¿incomodidad? o como gusten llamarlo. Mito mojó el papel con la transpiración de las manos. El desesperado pavor de la pintura y la orden de «pensar más en sus hijas» redondearon en él una flagrante sensación de chantaje que ya no sabía cómo aliviar. Quería esfumarse. Irse lejos. Cruzar el Puente Internacional enterriano a pie, con la misma sensación de fuga que cuando planeaba, con Clara, envenenar al Presidente de la República. Pero estaba jodido. Más quería saber, entender, abarcar con razonabilidad lo que se venía, por encima suyo. Algo grave debía ser, si había tantos nervios.

El comisario Dos Reis se quedó en el boliche. Pidió whisky con hielo y soda. Valdivia siguió

con vino, atribulado. Experimentó el sacudón emocional de juntar los restos de tres botellas en una sola, su primer blend de autor. Charlaron largo y tendido. Se entretuvieron un rato, para distender, con los rigores del clima, con lo buenas que habían estado las perdices y con los recónditos enigmas del dominó. Mito supo por boca de Dos Reis que el juego pudo tener sus orígenes en China, como casi todas las cosas, pero también en Persia o en Egipto, ya que en la tumba de Tutankamón se encontraron algunas piezas. El nombre, de cuño francés, se les debe a los monjes dominicos, ya que sus hábitos blancos y sus capuchas negras semejan el color de las fichas. El vocablo latín *dominare* significa «regla» y «bendigamos al Señor» se dice *Benedicamus Domino* en la misma lengua. En italiano, *dominare* es dominar. Al doble seis, emblema de La Logia, los chinos lo llaman «el cielo» y en algunos lugares de Sudamérica se lo conoce más como «mazorca», pero nada que ver con los parapoliciales rosistas. En términos estrictamente técnicos, las fichas no son fichas, sino baldosas. La versión tradicional de nuestros días tiene veintiocho y van del doble cero al doble seis; pero la variante cubana del juego cuenta con cincuenta y cinco, hasta el doble nueve; la mexicana tiene noventa y una, hasta el doble doce, y las hay hasta de ciento noventa.

—Pero baldosas, lo que se dice baldosas, son las nuestras. Allá, en la parte de atrás, donde jugamos los torneos, hay una reliquia impresionante: un dominó de novecientas treinta y seis baldosas de hueso de elefante guardado en un arcón. Le decimos «El Paqui», por lo de paquidermo, ¿viste? Tiene como mil años. De Birmania es, creo. Lo usamos solo en los cumpleaños redondos del club. Te lo mostraría, pero no tengo la llave del candado. El Aviador sin Hoy es el único imbatible. ¡La lucidez de ese viejo! Jugando, digo, ¿no? Debe pensar que cada baldosa es una bomba sobre la Plaza Mayor... Se ganó seiscientas lucas en la última Final Aniversario. ¡Seiscientas lucas, Valdivia! —El Comisario Utópico chupaba el cubito del quinto whisky.

—Decime, Marcelo: ¿cómo es eso de que la policía se cansó de ser usada?

—¿Sabés qué pasa...? Nosotros siempre terminamos siendo el brazo armado de la política, pero una cosa es estar al servicio de los que manejan el Estado y otra muy distinta sería pasar a ser la fuerza de choque de un proyecto tal o cual para que se queden a vivir en el poder. Esta gente se cebó. Creen que son los dueños del país. Están pasados de rosca. Y en el fondo, nos odian. Con ese mambo de los setenta, ven un enemigo hasta en el uniforme de un portero de hotel. Ya fueron, Valdivia. Game over.

—Me lo contás como quien dice: les dimos la mano y se quisieron agarrar el brazo...

—¡El brazo, las piernas y la caja!

—¿La caja...?

—¡Dale, Valdivia, no te hagás el boludo! ¿Sabés qué pasa...? Se supone que somos una institución de la democracia, pero la democracia paga poco y los políticos son los que garpan, pero los chumbos y la gente capacitada para hacer nuestro trabajo los tenemos nosotros. Ellos saben todo y para no jodernos la vida, piden...

—¿Piden...?

—¡Ay, Valdivia!

—Sí, sí, ¿sabés qué pasa...? ¡Jajajajajá!

—Mirá, la cosa es así... El vigilante está confundido. Hay una masa enorme de vigis con vocación y buen corazón. Pero están confundidos. Cuidan lugares distinguidos, pongamos como este, y los invitan a comer. Al pibe le ponen una mesa allá y le dan de morfar. Pero resulta que, el sábado, te cae con la familia, todos vestiditos de salir, y lo invitan... El pibe no tiene dónde caerse muerto, pero su función le da ese roce y se confunde. Entonces, después pasa algo y él va y

pone el pecho. Y vienen otros vigis más viejos, desencantados, cansados, y le dicen: «¿Vos sos idiota, pibe, tenés un montón de gente que mantener?». El roce y los jefes quebrados lo hacen entrar en la joda, como si la orden fuera vender el orto para ser otro. Acá nos conocemos todos, pero nosotros conocemos más. Conocemos a los pungas, a las putas, a los que levantan juego, a los que venden porquerías y a los que los mandan a todos. Eso es plata, Valdivia. Los políticos lo saben y piden, a cambio de no joder. Cuanto más tiempo están sentaditos en el sillón, más piden. Porque tienen los votos, ¿viste? A mí me dicen «utópico» porque creo que toda esa basura se va a resolver el día que el vigi vuelva a decir «buenos días» en la calle y se le pague bien, por supuesto. Esto se arregla de abajo para arriba. Pero con buenos ejemplos, que no sobran.

—Utópico, sí, pero hablás bien...

—Soy abogado y psicólogo, ¿creías que soy un pata negra?

—¿La incorporación de mujeres no cambió nada en la fuerza? Se supone que tienen otra sensibilidad...

—Las mujeres no son buenas policías. Se te embarazan todo el tiempo.

—Che...

—Sí, pedime otro. A vos se te acabó el vino también...

—¡Dale! ¿Qué anotaba El Capitalista hoy? —Mito chistó y le dibujó en el aire con el índice «otra vuelta» al mozo, que se dormía parado contra una columna.

—¿No me estarás haciendo el dente vos?

—Es que no termino de entender adónde van con El Almirante...

—Yo lo respeto hasta ahí nomás, ¿eh? Pero la revolución que propone no está mal. Quiere recuperar los buenos modales, construir un shock moral para despertar conciencias. Frenar a La Jefa es el inicio. La detesta, es verdad, y eso lo nubla un poco, pero El Ingeniero es una excusa transitoria. Se sabe que es un nabo sin chances de liderar nada serio. El Almirante viene peleando por esto hace años, lo tuvieron frizado un montón, porque estuvo en la joda. Ya sabrás que los de inteligencia naval se quedaron con la leche en el ojo.

—Está bien... Pero ¿qué anotaba El Capitalista?

—¡Ufa! ¡El plan, Valdivia! ¡El plan! Hablábamos de eso cuando llegaste. Y llegaste justo, porque hablábamos de vos...

—¡Ah! Mirá vos... ¿De mí?

—Obvio... Tenemos todo, menos un periodista que tenga «las tres i», como dice Sandoval: información, influencia y chapa de inmanejable. El Procurador asesinado es el disparador ideal. El plan incluye protestas de la clase media con cacerolas, una que otra emboscada callejera, movidas judiciales, rumores de toda clase y mucha prensa.

—¿Y ahí entro yo? ¡Qué contradicción!

—No. Con que seas objetivo en tus comentarios sobre esas cosas, alcanza y sobra. De vos, El Almirante quiere más: dice que te anticipás a las noticias, que tenés un don especial, pero no nos dio detalles. Ya me contarás...

—¿Qué cosa? No sé de qué dones hablan.

—Él dice que podés adelantar cada paso de La Jefa.

—Bueno, allá él. ¿A qué te referís con «tenemos todo»?

—¿Te acordás de los famosos departamentos de Su Señoría, que alquilaba para prostíbulos de categoría?

—¿Cómo no acordarme? Si se salvó del escándalo sobreseyendo a La Jefa por lo del enriquecimiento...

—¡Bueno! Con eso más lo que recauda de las apuestas El Capitalista nos damos por

financiados. Además, El Juez tiene mucha llegada en Tribunales para acelerar causas dormidas, lo que también cuesta plata. El Aviador sin Hoy cumple un rol metafórico: cuenta sus experiencias una y otra vez para no repetir errores. El Dibujante Místico va a dibujar planos, croquis y cuadros sinópticos en base a las informaciones que nos vayas pasando vos...

—Parece que soy de la partida en la planificación de un atentado...

—¡No digas huevadas, querés! ¿A vos te parece que yo quiero terminar en cana?

—¿Ah, no? ¿Y cuál sería tu parte?

—¿La oficial? Controlar lo que suceda en la calle y lo que haga Su Señoría en Tribunales.

—¿Y la extraoficial?

—Esa corre por mi cuenta... ¡Controlarlos a todos ustedes para que no se manden cagadas irremediables! ¡Estamos en democracia! ¡Jajajajajá!

—¿Ustedes pretenden armar eso que quieren armar sin redes sociales? Mirá que La Jefa tiene atrás una banda de pibes muy entrenados ahí...

—Calma, calma... Maldelman tiene una hija en eso, con un montón de gente muy sana.

—¿Viste el dibujo que me hizo hoy? Da miedo...

—¡Ma' qué miedo, Valdivia! ¡Es un artista!

—Susto da El Almirante...

—Vos dejate querer. ¡Y dejate de joder! ¡Jajajá! ¿Sabés lo que me contó Su Señoría?

—...

—Que Gómez Pardo era del gremio...

—¡Chocolate por la noticia! Los dos hicieron carrera en la Justicia. El Procurador...

—¡Uh, Valdivia, Valdivia...! ¡Que era puto, dice! ¡Re puto! Bah, que iba y venía...

—¡Naaaaaaaaa! Si le encantaban las modelitos... Es más: me juran que se enamoró a morir de una de veinte...

—¡A morir! ¡Jajajajajá! Bancá que voy al baño...

Levantó la copa Mito Valdivia, en señal de asentimiento. Clara le hubiera prohibido seguir yendo a comer ahí. Sus «nenas» estaban en peligro. No le importaba si él también. En cierto sentido, el país estaba en sus manos. Le daba gusto eso. El mozo le avisó que no debían nada y Mito percibió que todas las sillas del local, menos las suyas, reposaban patas arriba sobre las mesas. El Comisario Utópico volvió pálido. Era su turno de pasar al toilette. Se orinó el zapato en la sacudida. «¡'Ta madre!», pataleó. Manoteó la cocaína del bolsillo trasero. Aspiró con angustia. Se reconoció en los rasgos del linyera, que lo miraba fijo desde el espejo con evidente lástima. Barbudo. Sudoroso. Infeliz. El Comisario Utópico roncaba desplomado sobre la mesa. Tuvo que llevarlo hasta la casa como pudo. Pesaba ciento treinta kilos.

Lágrimas

Lucían radiantes. Lentes ahumados las dos. Soleras escotadas y sandalias chatas, piernas cruzadas en espontánea sincronía, gaseosas light en vasos altos, bronceadas de Caribe (venían de compartir un crucero con sus novios) contra el rincón aterrazado sobre el río de La Escollera, el mejor restaurante de pescados y mariscos del puerto. Valdivia las observó algunos minutos a través de los ventanales, desde la barra junto a la entrada del salón, sin que lo vieran. Siempre habían parecido mellizas, pese a que Solange le llevaba dos años a Marina. Estaban grandes las «nenas». Treinta y veintiocho. Y él, así de alterado. ¿Cómo advertirles que se cuidaran quién sabe bien de qué y a la vez evitar que se les contagiara esa ansiedad desconcertante? El nudo en las amígdalas

disparó señales de llanto. Con Clara les habían enseñado los peligros básicos de la vida. Desde cruzar la calle hasta discernir en qué casos extremos era lícito desplegar las técnicas letales del taekwondo, pasando por el uso paciente y adecuado del preservativo por más pastillas que tomaran. Ahora le faltaban tres cosas: argumentos, equilibrio y Clara. Se repuso y fue al encuentro. Las «nenas» se dejaron arrumaquear en los abrazos como si lo siguieran siendo. Sin preguntarse la razón, recuperó apenas la serenidad al enterarse por ellas, divertidas, que habían buceado con tiburones y se toparon con una voraz morena en un barco pirata hundido. Marina tenía herida una pantorrilla.

—No fue nada, pa... El guía le metió un arponazo y chau picho. Fue divertido. ¿Vos cómo andás?

—Y... Lo de siempre, pero más. ¿Vieron que murió El Procurador cuando estaban de viaje? Esto se está poniendo feo. Muy raro todo. Hay que andar con pies de plomo. Cuidarse...

—¿La vas a embocar a La Jefa de nuevo? Tenés una obsesión con esa mujer... —increpó Solange.

—Esto es distinto... Dejaron muchas pruebas de lo que robaron, pero acá no hay ni una huella que indique un asesinato. Es gravísimo, de todos modos.

—Todos roban, pa. Ella por lo menos repartió un poco.

—No empieces, dale, Sol... ¿Cuándo fue que empezamos a ser tan selectivos con los amigos de lo ajeno? —Mito clavó su atención en el trasero de una brasileña que se levantaba de otra mesa.

—¡Ay, pa, siempre igual vos! ¡Ese culazo tuyo no es y lo mirás bastante amistoso! ¿Alguna coetánea para presentarnos? —bufó Marina.

—¡Qué pibas, che! ¿Por qué no se arman un grupo de WhatsApp, así estamos más conectados? Incluso podrían sumar a sus respectivos, ya saben que los quiero.

—¡Upa! ¡Pero qué familia tan normal!

—Dale, Sol, no seas mala... A ver si así estamos más en contacto. ¿Lo armás, Marina?

El teléfono de Solange y el de Valdivia comenzaron a lanzar alarmas de aviso, mientras la otra hija iba disponiendo el grupo. A él le sonó dos veces más, que pasaron desapercibidas por el barullo de clinclines. Pepe Pueblo pedía verlo «con los pibes, en el bar a una cuadra del penal a las seis de la tarde». La Troska le decía: «Venite tranqui, nadie preso y ganas de vos». Leyó los mensajes al rato, tras despedirse de las «nenas» y estrenar el chat grupal: «Las quiero. No nos perdamos». Mito moqueó en el auto al partir.

Debían ser las cinco y diez, temprano para la cita. La torre de la cárcel dominaba la postal arquitectónica del barrio con sus evocaciones de fuerte medieval. Atrás, en el pabellón más alto, cinco presos buscaban aire puro sentados en la ventana, torsos desnudos, las piernas colgando a través de los barrotes. Gritaban algo indescifrable a la distancia. En el afán de escucharlos, se transportó en una especie de zoom mental hasta esa reja desbordada de maleantes. Más que un par de medias deportivas y un chocolate, jamás había robado nada. Si hablamos de matar, ya se sabe que tuvo ganas. Flor de ganas, cierto, tratándose de su propio padre y un Presidente de la República, pero del dicho al hecho... Pensó si contarían como asesinatos agravados la cantidad de langostas y mamboretás que había torturado, tomándolos de las patas largas y quemándoles las cabezas con fósforos para gozar el momento del chillido mortal. Se rio. Cosas de chicos aburridos en verano a la hora de la siesta. Y los chicos son inimputables. Aquellos energúmenos debían haber matado y robado en serio, de seguro en más de una ocasión. No soportaría ser uno de ellos,

supuso, aunque mucho menos por moralina o culpa que por haber acumulado méritos para vivir en un zoológico. Fabulaba la prisión desde adentro como una jaula cuando, por la vereda, vio venir a Libertad Frontera dando unos pasos desprolijos, saltitos cortos eran, danzando tal vez, con los auriculares bluetooth colocados estilo vincha sobre la frente, gafas verdes, mochila cargadísima, musculosa negra, calzas al tono cortas y ojotas doradas, la mayoría de los tatuajes al sol. Alzó los brazos, triunfal, al descubrirlo parado ahí. Permanecieron en silencio unos segundos observando la torre. A él se le cruzó una imagen borrosa. Un muro de ladrillos con un grafiti en aerosol rojo: «Libertad a Valdivia». Descartó estar soñando despierto. Uno: jamás le había pasado. Dos: llegado el caso, no hubiera sabido cómo interpretar semejante anticipo. Así que optó por borrar lo que consideró un torpe chascarrillo del inconsciente, surgido de los cosquilleos que le provocaba esa «coetánea» de sus hijas.

—¿Sabías que acá nació El Hijo del Hombre? —lo ayudó a restablecerse La Troska, sin querer.

—¡Ah! ¿Acá? ¿Es del barrio?

—No, señor periodista... «Acá» es ni más ni menos que esta descomunal mazmorra que se nos viene encima.

—¿En la cárcel nació?

—¡Correcto! Le decimos El Hijo del Hombre porque su papá es El Guerrillero Expatriado, hace un mes lo fue a visitar a Badalona. Se llama igual que él: Mario Edgardo Nicetich. Pero la conducción del Movimiento le prohibió usar el apellido para no hacer olas, ya viste cómo se pone la derecha con lo de la subversión y los asesinos y esa mierda. ¡Como si ellos nunca hubieran matado a nadie, pobrecitos! Mario nació acá cuando la madre estaba en cana, al final de la dictadura. Una suerte, porque podía no haber contado más el cuento. Y fijate lo que son las cosas: después, cuando volvió la democracia, soltaron a la madre y cayó preso el viejo, ¿y dónde lo metieron? En en el mismo pabellón. Visitaba al papá en el lugar exacto donde la mamá le había dado la teta cinco o seis años antes. ¿No parece a propósito? Este país es un novelón escrito por un demente. Ahí viene. Ya te contará...

Daba la impresión de ser un muchacho apagado. Él también miraba la torre del penal, en su caso con un aparente dejo de ternura o nostalgia. Manos en los bolsillos del jean, ceño fruncido, paso cansino, Mario Edgardo «El Hijo del Hombre» Nicetich se detuvo a restregarse los ojos con el pulgar y el índice derechos media cuadra antes de alcanzarlos. Saludó a su compañera con un beso en la comisura de los labios y a Mito alzando el mentón en un gesto distante que derivaría en molestia cuando el periodista se confesó «conmovido» por lo que acababa de contarle La Troska. Fue derecho al punto: lo último que esperaba de ese encuentro con «un representante de La Corporación Informativa» era «salir expuesto como una rata de laboratorio» y menos aún cual simple «dato de color de una intriga política protagonizada por jóvenes imberbes». Aclaró su visión de sí mismo: fue jugando con una pelota de plástico en los patios de esa cárcel o comiendo galletitas aupa del papá en el calabozo como había aprendido a darle a su vida «el sentido de una misión histórica». Dijo que su progenitor, exiliado en los suburbios de una villa playera del Mediterráneo desde que lo amnistiaron, no era «ningún demonio». Que «si mató, secuestró y cobró rescates, fue avalado por los códigos violentos de una época que legitimaba» dichos procedimientos. Que «los objetivos y motivaciones generales de aquella revolución frustrada siguen en pie».

—Soy el hijo de alguien que representa una herida social abierta. Es una simplificación pensar que a la generación del setenta le gustaba la muerte. La muerte es parte de la vida y se la supone trágica cuando llega por efectos ajenos a lo biológico. Acá hubo una generación que

decidió dar la vida y hubo un sector del poder que decidió acortar la vida de esa generación, porque no le interesaba que esa ideología pudiera ser una alternativa de gobierno en el país. Ganaron ellos, listo. Pero la historia me condiciona de un modo natural, sí, genético. No lo sufro para nada. Uno naturaliza lo que le tocó vivir. La memoria es un mecanismo psicológico de defensa muy subjetivo. Preservamos lo que nos aporta fortaleza, lo que nos da alegría, y archivamos el resto en el cajón de abajo. Estamos en manos de Dios a partir de nuestras propias determinaciones —se soltó Mario Edgardo Nicetich Junior.

—Dios es manco, bombón —acotó La Troska en un suspiro piadoso.

—¿Sos muy creyente, Mario?

—Muy. Hice el seminario, pero largué porque me enamoré. La vocación no me daba para tanto.

—Se dice que tu padre usó una parte de los sesenta millones de dólares recaudados en los setenta con secuestros extorsivos para pagar su amnistía... —metió el dedo en la llaga Valdivia, sin anestesia.

—¡Mentira! Se los usó para que el peronismo volviera al poder en 1989, cuando fracasó El Doctor Democracia y el pueblo quedó culo para arriba.

—Bueno, es lo mismo...

—Lo mismo, las pelotas. Fue así, tal cual. Te acabo de dar una primicia.

—Okey, gracias. ¿Cómo es eso de que la conducción del Movimiento te prohibió usar tu apellido en la militancia?

—Me lo impusieron para no generar supuestos problemas a nivel nacional. Lo que yo quiero generar son discusiones políticas, pero en el Movimiento no está bien visto discutir ni la coyuntura ni el futuro. Es muy verticalista. Su función es cuidar a La Jefa. Este recambio generacional está organizado estrictamente bajo los lineamientos de ella. Con ese criterio, no dejamos de ser una guardia pretoriana. Pero ya ves: nada es perfecto y no pensamos todos igual. Por eso nosotros decidimos cortarnos solos en algunas cosas, como aceptar tu propuesta de conocernos. A mí me gusta sentarme a hablar con gente que piensa diferente, incluso con los que odian a mi viejo, pero tampoco voy a claudicar en mis convicciones. Vidrio no como. Los hijos de nuestros padres tenemos que cerrar las heridas de la sociedad con una revolución amplia, horizontal, abierta, participativa. Ojo de Águila y La Jefa sacaron al país de la peor crisis de su historia. Los despelotes de principios del siglo parieron a nuestra generación y Juan Martín y Catalina nos dieron lugar, claro que sin ser Lenin, ni el Che, ni siquiera Perón, que fue el hijo de puta más inteligente y distributivo que supimos conseguir. La historia no es un cuentito lineal entre había una vez y colorín colorado... Está llena de idas y vueltas, de aciertos y errores, de victorias y derrotas. Hay que aprender de la experiencia.

—O sea que tienen su interna...

—¡Obvio! Pero no la vamos a andar ventilando en los medios del enemigo. Y te digo más... Es verdad: el Movimiento depende de las dádivas del Estado... Ahora, contame vos de dónde sale la plata para financiar un proyecto de poder. La Jefa sostiene el suyo con látigo y billetera, es totalmente cierto, como que te salís de la raya con alguna crítica un poquito dura y chau billetera. Mi planteo es que la cultura de llevar a la gente de la nariz partiendo a la sociedad en dos sufrió un duro golpe, venimos de perder las elecciones parlamentarias y vamos a una presidencial. Hay que ponerse las pilas de una buena vez para unir a todo el peronismo y resolver, primero, la grieta entre izquierda y derecha que nos dejaron los setenta. Y después la verdadera grieta, entre ricos y pobres. La Compañera Catalina será todo lo que quieras, pero no es una asesina. Por eso decimos que si la tiran a La Jefa al bombo va a haber quilombo... Lo peor que nos puede pasar es que se

imponga El Ingeniero. Si gana se va al carajo lo poco que conseguimos.

—Para mí, la doctora Hortigoza y el ingeniero Month se reinventan mutuamente...

—¡Dejate de pavadas, Valdivia, que La Troska soy yo! ¿Vas a salir con eso de que son dos caras de la misma moneda?

—No exactamente. Digo que son tan contrapuestos como inseparables, pero no en un sentido dialéctico sino político, es decir, conveniente para los dos. Ellos han consensuado su enemistad, me consta... El país casi se queda sin sistema de representación en 2001. Y los políticos casi se quedan sin laburo.

—¡Juaaaá! ¡Qué retorcido! Bueno..., que ellos sigan con su supuesta unidad en lucha, que nosotros vamos a la lucha en unidad... ¡Juaaaá! ¿Y si movemos las piernitas, que ya deben estar esperándonos en el bar? —evitó una discusión eterna Libertad Frontera.

En efecto, Pepe Pueblo, Luna Feroz, El Loro y Bala Perdida tomaban cerveza en El Candado de Oro, un cafetín con billares frecuentado por parientes de presos, abogados, ex convictos, buscavidas, prostitutas y, seguramente, servicios de inteligencia camuflados de todos aquellos.

El primero de los mencionados explicaba el sentido de una campaña de pintadas callejeras y posteos destinados a multiplicar la consigna «El Ingeniero es gato» en las redes sociales. Valdivia se acodó en el mostrador con un vermú y unos maníes, predispuesto a entender la lógica de esa célula semiclandestina que pretendía unir al país consolidando su fractura y planificaba sus acciones como un videojuego de guerra, bebiendo, riendo y mechando frases rimbombantes de líderes revolucionarios difuntos con ocurrencias propagandísticas e insinuaciones eróticas sin mirar a quién. Pepe Pueblo dio una clase de etimología sobre el adjetivo «gato» y el sentido que le pensaban asignar, para descrédito público y ridiculización masiva del principal dirigente opositor.

—Durante los años treinta, a la salida de los teatros de revistas de la Gran Ciudad solía verse a señores muy bien vestidos con ramos de flores o paquetes de regalos o de bombones caros esperando a las figuras femeninas de las obras, a las bailarinas, a las cantantes, a las actrices... Si ellas aceptaban los obsequios, venía la invitación y salían de ronda por bares, restaurantes y salones nocturnos, y tanto el caballero como la dama en cuestión ganaban lo suyo: ellas paseaban gratarola y ellos se exhibían junto a las mujeres más deseadas del momento. A estos hombres adinerados se los empezó a llamar «gatos», figura que no refiere al animal felino, sino al que «gatilla», al que paga la cuenta. Con el tiempo, el término lunfardo «gato» fue trasladándose a las que vivían de arriba y, luego, se fue popularizando como eufemismo de puta. En la jerga carcelaria, que se nutre del lunfardo para hablar en clave, se adecuó el término a las necesidades propias. Digamos que, en la «tumba», el «gato» es el «mulo» del «poronga» de la «ranchada». O sea, el mayordomo, sirviente o esclavo del jefe del pabellón. El «gato» despliega una autoridad delegada, es decir, manda solo en nombre del jefe. Es servil. Recauda y mata para el jefe, vive impiadosamente de esa lealtad. El «gato» siente desprecio por el que está en inferioridad de condiciones y admira a quien lo usa, porque le da plata, poder y protección. La hago corta: El Ingeniero es «gato». Representa a las corporaciones, transfiere recursos a los sectores concentrados de la economía y entre los más desposeídos reparte necesidades. Genera desigualdad. Agranda la pobreza. Quita derechos. Lesiona la condición humana.

Mito anotó en una servilleta:

Jerga tumbera en la otra cuadra del penal.

Cárcel = maternidad.

División = unidad.

Un gato negro del otro lado del mostrador. ¿Mala suerte? ¿Ratas?

Dos «gatos» de solera y colonia barata en la mesa del fondo.
El Ingeniero = gato.
La Jefa = látigo y billetera.

Los pibes redondearon, divertidos, los ejes de su táctica panfletaria. El Loro quedó a cargo de redactar el instructivo «El Ingeniero es gato: fundamentos», en base a los dichos de Pepe, para hacer volantes impresos y banners virtuales. A Luna Feroz y a La Troska les tocó la tarea de contactarse con los demás colectivos de @ResistenciaTotal e impulsar la viralización de la campaña, con eje en Twitter, Facebook, Instagram y Snapchat. Por último, El Hijo del Hombre pronunció un breve rezo en latín y, en el instante del «amén» colectivo, Pepe Pueblo besó su llavero. Bala Perdida se lo pidió para imitar el rito. Era un perdigón de Itaka soldado a una moneda de un peso justo tapando el escudo patrio, de tal modo que el lema «En unión y libertad» circundaba el pedazo de plomo deforme. Había un relato trágico, pero de ribetes épicos y acaso iniciáticos, detrás de ese distintivo metálico.

Agustín José «Pepe Pueblo» Toledano pudo haber sido, como tantos otros en aquel infierno, el fusilado número treinta y nueve durante los gravísimos disturbios del 20 de diciembre de 2001.

Había viajado en tren hasta la Estación Sur, desde Monte Chico, y de inmediato se sumó a los grupos sueltos de activistas, vecinos y desempleados que pensaban llegar caminando a la Plaza Mayor. El motivo central de la protesta era el rechazo al estado de sitio decretado por las autoridades de entonces, impotentes para frenar los reclamos de «pan, trabajo y devolución de los ahorros» que crispaban a la sociedad. A la carestía en alza y a la ola de despidos se agregaba el intempestivo congelamiento de los depósitos bancarios, que arruinó a la clase media e hizo calar hondo una consigna desesperada: «¡Que se vayan todos!». El país parecía entrar en la anarquía, producto de una crisis de representación política terminal. A Hernando Della Sera, el presidente a punto de caer, lo apodaban El Duda. Era un elogio, para como estaban las cosas.

Las fuerzas represivas fueron desplegadas en toda su magnitud e impidieron que la plaza se colmara con un festival de gases lacrimógenos, bastonazos, perros embravecidos y tiros. En el desbande, una patrulla de civil a bordo de un Peugeot 504 blanco dispersó a las diez o doce personas que corrían junto a Pepe, quien quedó arrinconado contra un puesto de diarios detrás del cual intentó atrincherarse. La ráfaga de disparos agujereó las chapas del kiosco y el joven sintió un golpe seco, punzante, a la altura de la ingle. El proyectil pegó sobre la única moneda que llevaba en el bolsillo del jean, se dio cuenta recién al verlo rebotar hasta el cordón de la vereda. Cuando los paramilitares pegaron la vuelta en una coleda y se marcharon tirando a discreción, Pepe lo guardó y se fue.

A los pocos días le pidió a un artesano amigo que le fabricara el llavero-amuleto con la moneda y el perdigón.

—¿Querés besarlo? —convidió Pepe, con tono zumbón.

—No te conviene, ando medio congestionado —se excusó Valdivia, sin quedarse atrás.

—Como digas... Es un símbolo de supervivencia y resistencia. Si viví para contarla, es gracias a esto.

Fueron al grano. El MJ73 estaba convulsionado por El Procurador, su denuncia contra La Jefa

y su escabroso final. Habían escuchado y leído al periodista tomando distancia de quienes se inclinaban por un indudable homicidio. Por primera vez, lo sentían un aliado. Puntual, pero aliado al fin. Él insistió en que nada más le interesaba reconstruir los hechos, caiga quien caiga y cueste lo que cueste.

—Como decía El General... —acotó El Loro. Valdivia intentó contener el mal humor ante la impertinencia y lo miró con una sonrisa forzada.

—¿Tenés una remota idea de quién fue el verdadero inventor del peronismo?

—¡Perón y Evita, compañero! No me vas a venir con el cuentito ese de Mussolini, de Hitler...

—Con ningún cuentito te voy a venir. El verdadero inventor del peronismo fue Roberto Arlt, en 1929, dieciséis años antes de que Juan Domingo Perón fuera preso a la isla Martín García y empezara toda esta gran confusión. ¿Nadie de ustedes leyó *Los siete locos*? No me digan...

—Perdón... ¿Roberto qué? Vos nos estás cargando, ¿no? —se puso en guardia Luna Feroz.

—Ustedes son muy jóvenes...

—¡Dale, Valdivia, ahora también nos vas a culpar por ser jóvenes? ¡Claro! Porque ustedes nos dejaron un país precioso, ¿no? —reaccionó La Troska.

Entonces, con tono de patriarca y el tercer vermú en el vaso, les habló sobre Arlt y la revolución que aquellos siete chiflados de novela pretendían llevar a cabo financiándose con una cadena de prostíbulos y una red de buscadores de oro. Lo escucharon como a un tío contándoles un cuento de terror en una noche tormentosa. Recitó de memoria párrafos completos del libro. Pareció atrapar su atención completa con uno que dice:

¿Quiénes van a hacer la revolución social sino los angustiados, los fraudulentos, toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna? ¿O te creés que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos? La revolución está más cerca de lo que la desean los hombres.

Después, entusiasmado, se puso de pie. Hizo que daba un discurso. Como si El Astrólogo, líder de la «sociedad secreta» inventada por Arlt, hablara por sus labios. Les pidió que lo tomaran como una voz premonitrice de algo aún inexistente y no como un análisis crítico posterior a algo ya sucedido:

Siempre ocurre lo mismo en los tiempos de inquietud y desorientación. Algunos pocos se anticipan con un presentimiento de que algo debe ocurrir... Esos intuitivos, yo formo parte de ese gremio de expectantes, se creen en el deber de excitar la conciencia de la sociedad. De hacer algo, aunque ese algo sean disparates... Nosotros estamos viviendo en una época terrible. Aquel que encuentre la mentira que necesita la multitud será el Rey del Mundo. Todos los hombres viven angustiados... El catolicismo no satisface a nadie, el budismo no se presta para nuestro temperamento estragado por el deseo de gozar. Hay que agregar a nuestros sueños toda la poesía que necesitan, y nos dirigiremos a los jóvenes... ¡Oh!, es muy grande esto... muy grande...

Remató con la camisa arremangada, el cuello abierto sin corbata y gestos ampulosos de balcón:

La inquietud revolucionaria es un desasosiego colectivo que no se atreve a manifestar sus deseos, todos se sienten alterados, enardecidos, los periódicos fomentan la tormenta y la policía los ayuda deteniendo a inocentes, que por los sufrimientos padecidos se convierten en revolucionarios, todas las mañanas las gentes se despiertan ansiosas de novedades, las organizaciones obreras se resuelven y decretan huelgas y la palabra revolución infiltra en todas partes el espanto y la esperanza... Ahora bien, cuando numerosas bombas hayan estallado por los rincones de la ciudad y las proclamas sean leídas y la inquietud revolucionaria esté madura,

entonces intervendremos nosotros. A los bolcheviques, les hablaremos como bolcheviques. A los burgueses, como conservadores...

El Loro se salió de la vaina:

—¡Ah, listo, qué plagio! ¡A mí no me jodas justo con eso! Si eso lo dijo el General Perón, en el *Manual de conducción política*... ¡Como que me llamo Lorenzo Vilas! Y también va de memoria, ¡¿qué te hacés?!:

Tenemos, sí, una ideología y una doctrina, dentro de la cual nos vamos desarrollando. Algunos están a la derecha de esa ideología y otros están a la izquierda, pero están en la ideología. Los de la derecha protestan porque están los de la izquierda, y los de la izquierda protestan porque están los de la derecha. Yo no sé cuál de los dos tiene razón. Pero eso es una cosa que a mí no me interesa.

—¡Qué plagio ni plagio, pichón! En 1929, la palabra peronismo no quería decir nada... —se agotó la paciencia de Mito.

—¡Frenen, che! ¡Paren! Mirá, Valdivia: en esta mesa seremos siete, pero el único loco de remate sos vos. ¡Y vos rescatate, loro desbarranquero! —ordenó Bala Perdida, para sorpresa de todos. El periodista supuso que, por alguna razón, la rubia de ojos verdes y bandana negra necesitaba imponerse. O hacerse notar.

—¡Eso! ¡Ya fue! El tema era otro, acá... Están armando esta bola tremenda con lo de El Procurador Gómez Pardo y que la Compañera Catalina lo mandó matar. Hay demasiada gente con ganas de creer cualquier pelotudez y los medios concentrados no paran de dar manija con toda esa bola. Tenés que ayudarnos, Valdivia. Contar la verdad. Nosotros podemos pasarte información de vez en cuando, tenemos llegada a la conducción de La Jotaeme. El Hijo del Hombre es amigo de uno ahí arriba, no importa quién, y El Pibe habla conmigo. Me debe varias. Hay que moverse rápido, se están armando cacerolazos, operetas de todo tipo en los juzgados, en el Congreso, en la red... La quieren voltear, meterla en cana, lo que sea... —se tensó Pepe Pueblo.

—Todo bien, pero miren que yo chequeo cada dato que recibo. Y de ninguna manera descarto que lo hayan asesinado, quiero serles absolutamente franco, aunque por ahora no me cierra —dijo Valdivia.

—¡Vamos, señor periodista! Ya sabemos que no vas a mover un dedo por La Jefa ni por nosotros. Hacelo por el país. Tenés dos hijas de nuestra edad, hacelo por ellas... —lo inquietó La Troska.

—¿Mis hijas...? ¿Cómo sabés...?

—... Ehhh... Vos nos dijiste... La otra vuelta, en el campo de Bala...

Valdivia percibió una andanada de carraspeos, reojos y caras raras en la mesa. No escuchó nada más en la media hora restante de reunión. El ruido ambiente pasó a ser un silbido grave con lejanos cascabeles de vajilla. Y los militantes de la JM73, frenéticas marionetas mudas.

Cayó en la cuenta de que no solo en ese ambiente oficiaba de séptimo loco: lo mismo sucedía, en una electrizante simetría, cuando se juntaba con los veteranos de La Logia del Seis Doble. El Almirante había puesto la mira en las «nenas». Y ahora La Troska le salía con las «nenas». ¿Se había enterado, en efecto, de la existencia de sus dos hijas durante aquel primer encuentro rural? ¿Se lo habría contado él la noche que pasaron juntos y ella metió la pata? ¿Ambas «sociedades secretas» lo espían e intimidaban al pasar para sacarle información, tenerlo bajo control y disputarse, sin saberlo, sus oficios de periodista influyente?

Tomó el smartphone con reflejos de autómatas y escribió al grupo de WhatsApp creado al

mediodía con Marina y Solange: «¿Cómo van?». Aún no habían leído su mensaje anterior. Se extrañó. Volvió a la realidad ante la mano de Pepe Pueblo, extendida en señal de pacto sellado. El Hijo del Hombre juntó las palmas de las manos sobre el pecho e inclinó la cabeza con pinta de seminarista franciscano. Luna Feroz le sonrió callada, como todo el tiempo. Bala Perdida le susurró un «nos vemos», tirado a la par de un beso en la mejilla, y al retirarse le apuntó al entrecejo con el dedo índice. La Troska se lo dijo de frente:

—Nos vemos...

El Loro citó a Perón, una vez más:

—«Para un peronista no hay nada mejor que un peronista», pero «para un nacional no hay nada mejor que otro nacional».

Era de noche. Una cuadra más allá, los presos continuaban colgados de la reja del penal en busca de aire libre. Creyó que le gritaban a él: «¡Gatooooo!». O algo así.

Paranoias

¿Fue William Shakespeare quien escribió «El que ha sido robado y sabe sonreír le roba a su vez al ladrón»?

Hacía mucho que se venía riendo poco y nada. Tenía claro Mito Valdivia, de puro culto, que la incapacidad de reír es el indicador más antiguo de la paranoia.

¿Fue Homero quien describió a Telamón como «un hombre que no sabe sonreír ni siquiera cuando es feliz»?

Los griegos, por ejemplo, exponían en público sus conflictos con la sabiduría triste de la tragedia y los exorcizaban con la carcajada emancipadora de la comedia. A cada tragedia le sucedía una comedia, que viene de *komos*: así llamaban en Atenas a los grupos de jóvenes que, de noche, por lo general borrachos, desparramaban por las calles su entusiasmo colectivo. La comedia transforma la ironía destructiva de los otros en la sonrisa sabia, piadosa, de quienes desean sobrevivir a sí mismos. Los judíos, que vaya si han sufrido, saben reírse. Pero Carlos Marx vino a complicar las cosas cuando, en sociedad con Federico Engels, impuso aquello de que la historia se da primero como drama y luego se repite como farsa.

Valdivia deambulaba por la cruda realidad del país con su creciente déficit de sonrisas, yendo y viniendo entre las oscuridades trágicas de La Logia del Seis Doble y el farsesco brillo de los tuiteros agrupados en torno a la Juventud Movimiento 73. La paranoia lo invadía desde dos frentes. Él, obsesionado con perseguir y revelar en una enciclopedia los secretos del fracaso nacional como prenda de paz y aporte al futuro, pasaba a ser botín de guerra. Territorio en disputa. Presa tironeada por las fieras. Así se figuró mientras esperaba el semáforo para cruzar la Diagonal Oeste, bajo un sol atroz. El conductor de un auto que circulaba contra el cordón de la vereda lo increpó: «¡Matate, traidor vendepatria!».

Debía tener unos veinticinco años. Le devolvió una discreta pero inconfundible seña de ¡fuck you! por el espejito de la puerta para no correr a bajarle los dientes con esas manazas de handbolista. A él, precisamente a él, alguien sin rostro ni pasado ni angustia venía a decirle «¡traidor vendepatria!», así, de la nada, con todo lo que había hecho, hacía y estaba por hacer para salvar las papas nacionales del horno de la frustración crónica y, encima, descubrir cómo murió el tortuoso Procurador. Eran los mayores compromisos asumidos consigo mismo.

Seguía embroncado al doblar la esquina de su casa. Hablaba solo. «Traidor fue Bruto: yo nunca le clavé a nadie una daga por la espalda. Traidor fue Judas, desde ya: yo nunca delaté a

nadie por treinta dineros ni por uno ni por trescientos millones. Vendepatria fue Margaretha Zelle, la Mata Hari: yo nunca fui soplón de ninguna potencia enemiga y si quise matar a un presidente aplaudido porque nos llevó a pelear contra los piratas ingleses fue porque era un dictador que nos estaba mandando al muerte sin destino y con cebitas, y así terminó aquella locura. ¿Quién decidí quién es el leal y quién es el traidor, acá? ¿Traidor a quién? ¿Traidor a qué? ¿A la Patria? ¿Y vos sos la Patria? ¡¿A quién le ganaste, pendejo hijo de puta?!»

El portero de su casa iba a hacer unas compras, lo saludó y lo volvió a la Tierra. Frente a la entrada del edificio, en la parada del colectivo 74, La Troska conversaba con un hombre de anteojos oscuros bastante mayor que ella. Creyó ver que, en un momento, la chica señaló el domicilio con el pulgar. Pasó ante ellos sin mirarlos. Ya en su cúpula del piso 13, apuró un mensaje de WhatsApp para ella, sin cerrar la puerta siquiera:

—¿Vos me estas «estiusando»? (6)

—¿Qué decís? —tardó en responder Libertad Frontera.

—Que estabas con un tipo raro en la puerta de mi casa, señalando la entrada... ¿Me están caminando?

—¿Eh? ¿La puerta de tu casa?

—Sí, en la parada del colectivo...

—¡Jajajajá! ¡Qué loco estás! Ni idea tenía: la única vez que fui era de noche y estábamos ebrios. Si querés hoy repito. ¡Ganas de vos!

Las definiciones más benévolas de la paranoia identifican a este mal como una forma extrema e irracional de desconfianza hacia los demás. Valdivia se aceptaba extremo, jamás irracional, claro, pero sospechaba que su angustia inveterada también podía estar siendo el caldo de cultivo de una psicosis persecutoria. El haber hablado durante años con los mejores profesionales de la salud mental, tanto desde el diván como para sustentar sus investigaciones periodísticas, le habían enseñado que los portadores de la enfermedad tienen sus tretas para mostrarse normales y hasta superiores, y que muchos de ellos lo lograron a tal punto que marcaron a fuego la historia del país y del mundo. El buen paranoico es, básicamente, un negador experto: sabe identificar cuáles de sus ideas pueden ser consideradas patológicas, de modo que aprende a ocultarlas, atenuarlas y disfrazarlas, pero está seguro del contenido de sus delirios, es claro y ordenado y, pese a la desproporcionada dimensión de los obstáculos y hostilidades que se inventa, resulta difícil descubrirlo, diagnosticarlo, mejor dicho, debido a su habilidad para embaucar a los demás. La soledad aumenta sus sospechas, las sospechas incrementan el número y la importancia de los enemigos, estos agrandan el aislamiento y vuelta a empezar el círculo vicioso. «¿Cuántas de estas circunstancias me definen? —se preguntaba Valdivia—, ¿por qué no podría tocarme a mí, si tanto Perón como Mussolini o Mao fueron paranoicos y hasta La Jefa lo es? ¿O no somos un producto de nuestra historia y nuestra cultura?» Cada vez más seguido pensaba si no estaría perdiendo la razón. Es que Valdivia sabía que no estaba en su eje, pero vivía de mostrarse seguro, aplomado, mejor que nadie, en fin, y más lúcido. Debía confirmar si lo suyo era un síndrome paranoico o apenas un justificable, aunque angustioso, estado de alerta. Le avisó por el chat a Libertad que la esperaba a las diez, con empanadas y malbec.

Las comerían frías. El primer brindis fue un apresurado pretexto para sentarse a lo indio, descalzos, en el centro del enorme somier. Se pasaron el vino tinto boca a boca. A él se le salpicó la camisa blanca y ella aprovechó para quitársela y meter los dedos en el copón, como si estuviera cargado con un ungüento erotizante. Le masajeó las tetillas, se las besó con leves mordiscos y lo dejó tendido a su merced. Los reflejos lumínicos de la calle constituían una escena en blanco y negro, y daban a los diecisiete tatuajes de La Troska un efecto de sombras chinecas

simultáneas al que contribuían, sin dudas, los rasgos orientales de la joven. Era hipnótica. Le provocaba instintos animales, impulsos sádicos, ternura, sobreprotección, espasmos paranoicos, en fin, todas y cada una de las facetas del amor. Repuestos tras dos horas corridas de agitación inolvidable, volvieron a sentarse en la cama y conversaron hasta el amanecer. Mito le clavó los ojos negros, dispuesto a traspasarla con la pregunta de rigor:

—¿Hoy me estabas marcando la casa vos?

—Te voy a decir la pura verdad: no, pero sí...

—¡Ah, bueno! ¡¿Cómo es eso?!

—Es así... El que estaba conmigo se llama Braulio Quiles, es un cuadro importante del PTR de Mendoza y está en la mesa nacional. Debés haberlo sentido nombrar. Le dicen El León, por Trotsky. El León Quiles. Lo adoro. Yo hice mis primeros palotes militantes con él, allá...

—¿En el Partido del Trabajo y la Revolución estabas?

—¡Claro! Él me formó y me mandó acá, a la capital, para reforzar la juventud del partido. Nos hicimos muy amigos. Casi me mata cuando di el portazo y me pasé a La Jotaeme, soy su gran frustración, pero entre que me ama y no se resigna a haberme perdido, me baja línea todo el tiempo como si fuese su discípula preferida y, además, me cuida como a una hija. Viene tres veces por semana a la Gran Ciudad, a las reuniones de la mesa, y le conté que había estado con vos y que seguro iba a volver a tu casa.

—¡Ah! ¿Y para qué?

—Vos me encantás, Valdivia, ya te lo dije, pero una nunca sabe dónde hay un enfermito: la violencia de género está de moda, ¿viste? Así que le prometí que le avisaba cada vez que entre o salga de tu casa. ¡Tranqui! ¡Es de confianza! ¡Una tumba!

—Está muy bien que te cuides, pero no sé si me cierra mucho la idea.

—Bueno, podemos no vernos más... O vernos como amigos en un bar, hasta que nos conozcamos bien. ¡Juaaaá! Sería un desperdicio, pero qué sé yo. ¿No?

—¿Y ahora le avisaste que venías?

—Sí, sí... Me dijo que no me cuide de vos, nada más de tus ojos.

—¡Je! ¿Así que lo de La Troska viene de ahí, del PTR?

—Un poco sí, para los demás puede ser, pero es más un homenaje a mi abuelo. ¡Un viejito increíble! Fue delegado bancario, el hombre más combativo, más solidario y más dulce del mundo. La mamá, mi bisabuela, era evangelista y el papá, peronista de la primera hora. Siempre dice que se hizo trotskista para salirse de las liturgias de su casa por una vía científica. Me habla todos los días por WhatsApp el viejo y cuando nos vemos en Mendoza me sienta en las rodillas como cuando era una nena y me cuenta sus peripecias militantes como cuentos fantásticos, de aventuras, de misterio... Él ya perdonó a su padre, banca mi peronismo como un regreso marxista a las fuentes. Yo pienso que me hubiera bancado aunque me hiciera pastora del Reino de Dios con acento brasuca y todo, mirá... ¡Juaaaá!

Valdivia se identificó en las confesiones de Libertad. Él mismo, de joven, había militado en la única fracción trotskista volcada al peronismo: la encabezada por Abelardo «El Colorado» Ramos, antiguo referente de la llamada «izquierda nacional», quien, en los sesenta, abandonó el Partido Comunista, de un prosvietismo dogmático pero de gran influencia cultural e intelectual en los centros urbanos del país, para identificarse con los principios sociales del general Perón. Hacerse peronista era, según El Colorado, la peor afrenta que se les podía hacer a los stalinistas en busca de dónde estaban las masas de este rincón del mundo.

—¡Gran paranoico Stalin! —comentó Mito.

—Un criminal de ultraderecha, diría yo —sancionó La Troska, en honor a su apodo, a su

abuelo y a Braulio «El León» Quiles.

Cuanto más hablaba ella, más se relajaba y se dulcificaba él. Tan graciosa. Tan locuaz. Tan aguerrida. Tan joven y tan bella era, como él había sido alguna vez. Se le erizó la piel al enterarse de que el salto de Libertad del PTR a la JM73 se precipitó a partir de una relación íntima con El Hijo del Hombre («un bombón, Marucho. Pibe sufrido»), a quien había conocido durante un encuentro sindical en Corrientes. Un flashazo, definió la relación. Al parecer, Mario Nicetich Jr. abandonó definitivamente la idea de hacerse cura enredado en los tatuajes de La Troska.

—Yo ya no sé si la religión seguirá siendo el opio de los pueblos, pero la endogamia es el corral de las bestias —se le ocurrió sancionar, celoso.

—Mmmm... Te calienta...

—¡Por favor! No, la promiscuidad no me mueve un pelo.

—¡Qué exagerado, Mito! ¡Y qué mentiroso! Mirate... Cada cual tiene derecho de hacer con su cuerpo lo que se le canta, che —rebató ella y empezó a describirle, acaso para bajar la evidente sensación de persecuta que lo tensaba, quién era quién en su grupo de pertenencia—. Pepe Pueblo nos coordina, es publicista y experto en telemarketing y redes sociales. El Hijo del Hombre ya sabés. Los dos tienen vínculo con El Pibe y la gente de la conducción nacional, tipos bastante básicos pero con llegada directa, familiar, a La Jefa. ¿Vos sabías que Ojo de Águila se enteró de que iba a ser presidente gracias a una tarotista que atendía a tres cuadras del bar donde El Pibe y sus amigos empezaron a delinear la Juventud Movimiento 73, mientras tomaban «fafafa» de la mejor? Yo nunca fui, pero dicen que allá, en la Aldea del Confín, sin «fafafa» y sin la PlayStation te morís de aburrimiento. El viento es helado, te mete la nevisca en los ojos y entre la ropa, la noche interminable. Hay muchos suicidios allá, dicen. Bala Perdida es técnica en agroquímicos, sabe la fórmula de cualquier cosa. Luna Feroz trabaja en la barra de en un local nocturno topísimo, pero atenti: no es trola, ¿eh? Y El Loro es empleado de la Biblioteca Nacional: se leyó todo...

—¿Cómo se llama El Loro?

—Lorenzo... Lorenzo Astier...

—¿Astier?!

—Sí, Astier... A, ese, te, i, e con erre final... ¡Astier! ¿Por? ¿Cuál es el problema?

—Nada, nada... ¡Je! Te iba a preguntar si tendrá algo que ver con Silvio Astier, pero no existe.

—¡¿Eh!?

—Nada, nada... Pero decime una cosa... Tienen una técnica química que sabe tirar con pistola y escopeta y planta marihuana en dimensiones industriales. Y una chica en la barra de un puterío... ¿Te acordás que les hablé de Roberto Arlt? Si yo fuera él, a una la pondría a fabricar bombas y a adiestrar al resto en el uso de armas, y a las dos a financiar sus planes vendiendo faso y sexo...

—¡Qué creativo te ponen la paranoia y el vinito! Igual no estás demasiado lejos...

—¡Ah! ¿No estoy...?

—¡Mirá las películas que te hacés con nosotros! Digo que la empresa donde trabaja Bala es uno de los grandes saqueadores del país: hay que estar informados de lo que hace el enemigo. Y aunque ya te aclaré que no es yiro, Luna tiene la misión, llegado el caso, de movilizar a las chicas de la noche: «Oligarca sin concha es presa fácil», le gusta decir a Pepe Pueblo. ¡Juuaá! Ya que hacés memoria de las cosas que nos dijiste, ¿recordás que, la primera vez que nos vimos, tiraste unas anécdotas que te contó El Comandante Calvo? Bueno, en un informe suyo de los setenta que nos pasó Pepe contaba lo bien que les había ido propagandísticamente organizando a las

compañeras putas... Yo estoy lista. ¡Juaajuaá!

Volvió a la carga Libertad. Quiso jugar a cobrarle los «servicios prestados» esa noche. La ventana del este dibujó un haz de luz diurna rectangular, perfecto, que partió en dos el loft. Apenas se quedó dormida, exhausta después de una performance fuera de lo común, Valdivia tomó la posición de editar sueños, panza abajo, la frente sobre los puños en la almohada. Vio cosas difíciles de dar por ciertas.

5- NOTA DE LA COMENTADORA: Se publica textual solo lo resaltado en amarillo por el periodista, respetando puntualmente los capítulos del informe.

6- NOTA DE LA COMENTADORA: Según el relato de Valdivia, el verbo lunfardo «estiusar» proviene de la jerga de inteligencia. Se lo utiliza como sinónimo de espiar, en homenaje al célebre agente ítalo-norteamericano James Estiusi.

SEGUNDA PARTE

IV LAS EDICIONES

Naipes

«Ningún ser humano debería considerarse valiente si no ha padecido el miedo. Nada tiene que ver la valentía con la inspiración, pues no nace del alma sino de la experiencia física. De conocer los riesgos. De haber visto de frente la cara desencajada del enemigo. Viene del dolor la valentía. La inspiración genera, más bien, temeridad. La osadía es cosa de iluminados, de locos, de estúpidos. De suicidas, en fin, por lo cual bien podría sostenerse que el temerario es un cobarde arrinconado. Una rata que ha salido airosa del encierro entre la escoba y la pared. Hay quienes pretenden creer que el valor nace. Que es puro instinto, a lo sumo entrenado. Endurecido. Se equivocan: el músculo a desarrollar es el miedo. La valentía se hace. Es miedo elongado. Flexible a más no poder. Bravo es el miedo. Intrépido es el miedo. Y no es sonso, como quien dice. Hay que saber escucharlo. Valiente es quien respeta al miedo. Quien aprende a utilizar su fuerza como arma. En principio, no coincido con Borges en que hay una sola cosa en la vida de la que uno no se va a arrepentir: de haber sido valiente. En mi caso, si alguna vez lo fui, fue gracias a que primero tuve miedo, así que es del miedo que tuve de lo que no me arrepiento. A muchos les parece atinado suponer que, tal vez, el miedo de los miedos es el miedo a la muerte, y que todo lo demás a que llamamos miedo apenas son fobias, desprendimientos mínimos del miedo original, chiquilinas. Dicen que el miedo genuino, el miedo a la muerte, es miedo a lo desconocido. Yo digo que es miedo a lo que nunca vamos a conocer. Quizá sea tamaña incertidumbre lo que delimita la zona de mi angustia, ya lo sabré algún día. Por lo pronto, hay que amigarse con el miedo. Porque es indestructible. Yo soy valiente porque soy cobarde, ¿me explico? Porque supe hacer de mis pesadillas virtud.»

Las pocas veces que Anselmo Valdivia le contó a alguien de qué modo confirmaba sus primicias, y reveló las primicias mismas en privado, lo hizo con el tono atrapante, francamente seductor, de quien relata una aventura fantástica, una gran hazaña. (7) Siempre le daba un contexto histórico, antropológico, sociológico, psicológico y, desde luego, trágico a lo que estaba por enunciar. Pero, en este caso, inició su relato hablando de las inclinaciones místicas, esotéricas, sobrenaturales que definieron los «líderes caudillescos» en «este país de terror».

Le llevó más de media hora enumerar los «casos concretos e irrefutables» que, según él, le daban la razón en cuanto a que «no tenemos remedio como nación, porque, en el fondo, los fundadores de nuestra manera de ser país y los líderes fundamentales de la institucionalización y el siglo xx han sido personas enfermas de miedo que dedicaron buena parte de sus vidas al vano intento de curarse buscando fórmulas mágicas para ellos, en lo personal, y recetando injusticias y violencias para los demás».

Veamos a quiénes se refería:

«El General Roca, por ejemplo, se hizo acompañar por una vidente y consejera mapuche a la Conquista del Desierto contra el indio y su espectral resistencia. Necesitaba, aún más que una baqueana respetada entre los suyos, a alguien que supiera curar enfermedades demoníacas originadas en la maldición de un pueblo. Es muy probable que hubiera elegido a esa machí con el asesoramiento de uno de sus grandes amigos, El Pancho Sierra, padre del curanderismo y el espiritismo en el país y santo gaucho, que también se frecuentaba en la intimidad con El General Mitre, El Vice Alsina, El Gobernador Paz y El Abanderado Hernández, que tenía de hermano mayor a El Único Hernández, autor nada menos que del *Martín Fierro*.»

«La Madre María, milagrera de fuste y principal discípula de El Pancho Sierra, fue consultada en más de una oportunidad por El Peludo Yrigoyen, quien supo que llegaría a Presidente de la República por un vaticinio de ella. En la oposición a Yrigoyen brilló El Bigotón Palacios, quien, pese a haber dejado la lectura de la Biblia para entender a Marx y llegar a ser el primer diputado socialista del continente americano, se dejaba influenciar por el espiritista Cosme Mariño y coincidía en el interés por la teosofía con El Poeta Lugones, tan afín al ocultismo, el esoterismo y la masonería.»

«La Santa Evita no murió: pasó a la inmortalidad oficialmente. Su cadáver embalsamado, sacralizado, embrujado y literalmente vejado pasó a ser el fetiche más duradero de nuestro modo necrofílico de ver el mundo y hacer el país. Su viudo, El General Perón, terminó sus días asistido por El Brujo Lopecito, un policía de gatillo fácil conectado con el más allá desde un anticomunismo rabioso.»

«Más acá en el tiempo, El Turco Méndez consultaba mentalistas y astrólogas. El Puntano Alberto hablaba con los extraterrestres de un planeta lejano llamado Xillium y traducía sus encuentros cercanos del tercer tipo en cuentos y pinturas. Ahora mismo, El Ingeniero Month es asistido por armonizadoras espirituales hinduistas y su principal aliada, Felisa Carril, alias La Blonda Carril, juró que hablaba con la Virgen de Barrio Norte cada vez que le venía en gana salvar a la República. Tampoco debería soslayarse un dato electrizante: El Papa Cuervo, que es uno de los nuestros, llegó a practicar el exorcismo en el Barrio del Ángel Gris.»

Según Valdivia, todos los nombrados nos representan cultural, sociológica y hasta psicológicamente porque componemos un país en teoría bien instruido que, si logró sobrevivir, fue gracias a la permanente búsqueda de un milagro. Todos estos datos y reflexiones tenían reservadas quinientas siete páginas en los Tomos II y III de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*.

«Si el hombre vive es porque cree en algo, decía Tolstoi. Las prácticas esotéricas son herramientas culturales por las que algunos individuos o grupos intentan dar un sentido al hombre, al mundo y al universo, a la vida, la muerte, al presente, al futuro, a la salud o la enfermedad. En fin, a aquello que no controlan o que desean controlar, como la trascendencia eterna o el poder circunstancial. Los caudillos de antes y los políticos de ahora fueron y son seres humanos, también. Digo como Adorno: el ocultismo es la metafísica de los mentecatos.»

Por el lado del hombre común, siempre según las conclusiones de Mito, en el devenir cotidiano nos alumbran santos y beatos para todos los gustos. Namuncurá para los puros; El Gauchito Gil para los descarriados; Gilda y El Potro Bueno, a todo volumen, para los excluidos del neoliberalismo noventista. Y El Cura Brochero, flamante consagración vaticana en pleno calvario, resurrección y metamorfosis de los populismos, empezando por el costado jesuítico-peronista de nuestro querido y detestado Santo Padre.

—Dicho así, suena contundente —me animé a comentar.

—Y no suena extraño, dados los antecedentes y el contexto históricos, que Juan Martín «Ojo de Águila» Kohendörf tuviese una tarotista de cabecera que le anticipó situaciones cruciales de su

vida. Si La Jefa Hortigoza rechaza ese tipo de prácticas es porque quiere creer que por encima de ella solo está su peluca —me dijo Mito como preámbulo a uno de sus sueños, cuyo pormenorizado develamiento se reservaba para la publicación de su enciclopedia.

El haber nacido en La Aldea del Confín, allá, en el fondo austral del mapa, lejos de todo menos de los vientos paralizantes, las neviscas engeguecedoras y las noches invernales eternas es, en sí mismo, un condicionamiento.

Aburre vivir ahí. Tremendamente aburre. Salvo que se lo imagine o se lo alucine, jamás ocurre nada. La tasa de suicidios es alta, igual que la violencia doméstica. Sonará exagerado, demasiado determinante quizás, pero para subsistir en La Aldea del Confín hay que inventarse una vida.

Casas bajas, excepto tres o cuatro. Calles barrosas, incluso las asfaltadas. Al menos cuatrocientos kilómetros hasta cualquier lugar que valga la pena. Un club de básquet. Dos bares: uno de viejos; el otro, no. En una especie de reservado de este último, El Pibe y sus amigos (El Gallo de Vidrio —sobrino del dueño del local— El Testaferrito, El Tartamudo, El Huracán Larrosa y los demás, todos nacidos y criados en aquel submundo de la política vernácula) aprendieron a tomar la mejor «fafafa» del país. Les llegaba en vuelo oficial cada dos meses. La mezclaban con whisky, a veces con champán y muy a menudo con las chicas más lindas del lugar, obvio: pertenecer a esa élite de medio pelo permite ciertos lujos y otorga determinados privilegios.

A tres cuadras del barcito, en un pehache a mitad de pasillo, Ascención, La Tarotista, tenía su afamado reducto. Ojo de Águila solía frecuentarla, sobre todo cuando las tareas parlamentarias de su esposa la obligaban a largas estadías en la Gran Ciudad. Con El Pibe de juerga, su hermana, La Piba, cuidada por La Abuela Rosa y Catalina bien lejos, el entonces gobernador provincial se animaba a hacerse tirar las cartas. El ambiente estaba preparado para transportar a los clientes (La Tarotista los llamaba «consultantes») a una dimensión de paz extrema. Nada ocupaba su sitio por azar.

Tierra en las macetas de la ventana.

Aire moviendo con sutileza las cortinas blancas.

Agua en una fuente de feng shui, con sonidos constantes de mar.

Fuego en dos velas.

La lámpara de selenita, puesta con la intención de que las energías fluyeran y se articularan, daba una luz tenue, movediza. Vahos de incienso y mirra para estimular la espiritualidad hasta lograr, en el mejor de los casos, un estado zen de calma y quietud. Imágenes de Buda y de Jesús Misericordioso, baluartes del amor. Libros de todas las épocas y en todos los idiomas en la biblioteca: sabiduría.

En una silla mullida detrás del escritorio atendía Ascención, el mazo celosamente guardado en una bolsa de seda negra puesta, a su vez, dentro de una caja de madera labrada con candado. Vestida de marrón oscuro, clásica, sencilla, sin amuletos ni turbantes ni nada, tal vez para evadir estereotipos o evitar el ridículo, acaso para resaltar sus ojos turquesa. Frente a ella, Ojo de Águila de saco cruzado abierto y mocasines. Sonriente. Hiperquinético. Intrigado.

—Las cartas hablan de poder. Más poder. Mucho poder. Y de que algo podría corromper tu alma —lo miró La Tarotista.

—¿Mi alma?

—Deberías escuchar siempre tu voz interior, no dejarte tentar. La ambición se basa en falsas promesas. Si tenés ideales, no los dejes en la puerta. Entrá con ellos donde te toque ir. El poder vuelve inequitativas a las personas, las vuelve deshonestas.

—Pero yo no actúo de esa manera...

—No me malinterpretes. Los entornos, las circunstancias, los sistemas nos empujan a ser impuros para adaptarnos. Para confundir el placer momentáneo con la felicidad. Somos materia y espíritu, dejá que el espíritu sea libre, que no lo asfixie lo material.

—Alguien te anduvo hablando mal de mí, ya veo...

—No. Tomá el comentario o dejalo. Vas a estar demasiado tiempo sometido a tus bajos deseos, vas a sufrir de una ceguera cognitiva sobre tu verdadera esencia. Muy apegado a la materia vas a estar, eso nos hace olvidar de nosotros mismos. Los vacíos existenciales hay que llenarlos y no siempre sabemos llenarlos con lo mejor que tenemos a mano. La ambición es un manto.

—Me preocupás...

—No te preocupes. Ocupate ante la primera señal.

—Malas señales me está dando el cuerpo. Mis intestinos me están volviendo loco. ¿Voy a estar bien?

La Tarotista sacó dos cartas. Al hombre que pende cabeza abajo de una horca amarrada al tobillo izquierdo se le llama «El Colgado». El esqueleto con guadaña es, claro está, «La Muerte». Contuvo las náuseas sin una sola mueca. Decidió callar. Las cartas no indicaban nada inmediato y se había prometido no anticipar jamás semejante noticia. Era su límite moral. «Aquí no se anticipan muertes ni se revelan infidelidades» era su lema. Prefería que, llegado el caso, esas ingratas tareas quedaran en manos de los médicos y los abogados. Dijo:

—Lo inevitable se manifestará a su tiempo, siempre tendrá un canal para mostrarse. Dale valor a tu existencia. Viví con plenitud este propósito, es un regalo del Cielo. Debés saber, de todos modos, que quien llega tan alto debe estar listo siempre para dar la vida por una buena causa.

Las cartas de la Historia estaban echadas. Tres cuadras más allá, Rodrigo «El Pibe» Kohendörf y sus amigos tiraban largas líneas de «fafafa» en la mesa del bar sin conectarlas, aún, con el futuro.

Valdivia evitaba comentar sus «sueños editados» para que el contenido hablara por sí mismo. Al cabo del relato, hecho de corrido, con los altibajos tónicos y los leves silencios de los puntos y las comas cual si estuviera escrito, se quedaba callado mirando fijo a la eventual interlocutora. Le asignaba el lugar de «primer lector», a la espera de sus reacciones. Brillaba en ese lapso. Erguido de golpe. Sonriente apenas. Dueño de la verdad. Soberbio.

Desencuentros

Su angustiada obsesión por concluir la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* implicaba una doble batalla desigual contra el tiempo. Quiero decir: contra el tiempo de hoy, el suyo; y contra el tiempo del país, el de todos.

Es que, a los cincuenta y cinco años, el tiempo empieza a terminarse, no alcanza para nada, requiere ordenar tan al extremo las responsabilidades, las obligaciones, las vocaciones y los placeres que la calma, la realización y, al fin, la felicidad se tornan inalcanzables. Y si el tiempo del descanso, el de dormir, se confunde con el del trabajo, peor aún. Y si, en el tiempo de los «sueños editados», los sucesos del presente compiten con los del ayer más remoto, el tictac del reloj equivale a una tortura china.

La *Primera enciclopedia del fracaso nacional* comienza con el impiadoso sacrificio de una doncella maya de quince años, a la que un chamán estimulado por un licor de hongos alucinógenos le arranca el corazón con un puñal aserruchado sobre una pira, en homenaje al ganador de un torneo de pelota que representa momentáneamente a los dioses y será sacrificado a continuación por haber sido el triunfador.

La teoría valdiviana, bien documentada y soñada con énfasis, se origina en la idea de que somos herederos de una cultura nativa que prescindía de sus mejores exponentes para preservar un poder terrenal de improbables orígenes divinos; y en que aquellos criminales autóctonos que no toleraban a quienes pudieran hacerles sombra terminaron conquistados a sangre y fuego por los peores exponentes, es decir, los más marginales, codiciosos, mugrientos y facinerosos aventureros de la cultura europea postmedieval, que había dejado de adorar a los astros para apoderarse de las riquezas del cuerpo celeste que habitaban, la Tierra, en nombre de un solo Dios con presunto rostro humano, homocéntrico y envidiablemente todopoderoso.

Mito Valdivia pretendió reconstruir una justificada y merecida venganza racial a los atropellos de la colonización narrando con lujo de detalles el día en que los charrúas se

almorzaron a Juan Díaz de Solís asado, pero de inmediato comprobó que de aquella solución había nacido un nuevo problema: los habitantes de este culo del mundo somos ideológicamente antropófagos; no nos contenta ni nos satisface derrotar al adversario, necesitamos llamarlo enemigo, asumírnos dueños de la Patria y devorarlo hasta el último trozo con voracidad y sonrisita de hienas.

Sus indagaciones le permitieron corroborar que la división del país en provincias lideradas por caudillos personalistas que gobiernan sus territorios como si formaran parte de sus fortunas familiares se originó en que los conquistadores empezaron a mostrarse reticentes a «descubrir» lugares donde se los comían vivos. Allí habrían surgido, también, la versión autóctona moderna del miedo universal de nuestros líderes y las recetas oscurantistas para curarlo.

Fue entonces cuando la corona española decidió tentarlos con apropiarse de las regiones que logran anexar al Reino de Dios, evangelizándolas a punta de mosquete, pero con títulos de propiedad irrefutables ante los tribunales de Madrid. El resto sería obra de la herencia y de una falsa emancipación nacional encabezada por los más jóvenes e ilustrados bisnietos de los usurpadores.

Aquí siempre todo llegó tarde y a desgano porque, durante siglos, llegaba muy poco en barco desde demasiado lejos.

La modernidad llegó tarde.

La revolución llegó tarde.

El libertador de nuestra nación y Padre de la Patria fue un héroe hispano de Bailén contra las tropas napoleónicas. El creador de nuestra bandera fue un experto en comercio exterior formado en Sevilla, hijo de importadores y exportadores sevillanos. Este país es fruto de la lucha por el control de un puerto de morondanga. Declaramos nuestra libertad jurando lealtad a un monarca preso. Quisimos dejar de ser hispanos tarde. Quisimos ser franceses tarde. Quisimos ser ingleses tarde y quisimos ser norteamericanos en el sur del sur de América, tarde. Copiando mal. Vendiéndonos al mejor postor. Matándonos entre nosotros por las sobras del mundo y el miedo al otro.

Demócratas tardíos, con las potencias entretenidas en la Primera Guerra.

Nacional-populistas tardíos, con las potencias entretenidas en la Segunda Guerra.

Ni yanquis ni marxistas avalados por una pretendida excepcionalidad histórica, solo posible gracias a que las grandes potencias estaban entretenidas en la Guerra Fría.

Nuestros dictadores extranjerizantes fueron combatidos por guerrilleros extranjerizados. Un encantador y entretenido milagro del aburrimiento hemos sido. La nada misma, en síntesis. Astutos amigos de lo ajeno. Pero tan especiales y granero del mundo, viajando en colectivo y comiendo dulce de leche a cucharadas.

Valdivia sustentaba sus tesis sobre las causas del fracaso colectivo del país punto por punto con ansiosa verbosidad. Levantando la voz. Dándole a su enciclopedia en construcción las dimensiones de un balcón ante las masas, arremangada la camisa blanca con amplias manchas de sudor. (8)

En su desmesurado afán por desterrar los sucesivos tabúes, leyendas y relatos fantasiosos que irían enhebrando de ruptura en ruptura «el ideario conflictuado de una patria inexistente» se daba, también, algún margen para el sarcasmo pretencioso y el chiste fácil, autorreferencial.

Dijo en un momento, prologando lo que, para él, constituiría «la fuente de nuestro ingreso tardío a la modernidad»:

—Nos venimos matando desde el principio por ver quién será el autor de la gran obra nacional, pero una democracia ensayada en los cuarteles solo podía generar un festival

interminable de sainetes trágicos. Somos circo criollo, no teatro griego. Puñalada trapera entre gauchos malandrines. Sopapos y agachadas de payasos en alpargatas. Mansos herederos de una sola ideología con dos caras: la del enemigo interno. Espectadores de la lucha por el control de la gerencia general de una factoría...

Y dijo después, con una mueca taimada:

—Acá el único Mito consistente soy yo, imagínate la seriedad del asunto.

Amarrado a la pretendida originalidad de su homérica búsqueda (¿un pobre Ulises sin mástil, empecinado en embaucar sirenas?), Valdivia corrió hasta el perchero para extraer unos apuntes manuscritos del bolsillo interior de su saco a cuadros. Los usó como ayuda memoria para exponer los «dos períodos determinantes de nuestra historia reciente»:

Título: El ascenso del país. Contenido: a) Triunfo militar de la Generación del 80. b) Desarrollo militar del capitalismo local. c) División del frente militar: surgimiento del peronismo y del Partido Militar propiamente dicho.

Título: La caída del país. Contenido: a) La crisis de 2001: agotamiento total del modelo productivo militar y fracaso del sistema de representación política civil postdictadura. b) Triunfo y muerte de Ojo de Águila: recreación teatral del peronismo. c) La Jefa y El Ingeniero: ¿nace un nuevo «bipartidismo de Estado»?

Según la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*, vivimos en un extenso y despoblado «no-país» inventado por unas Fuerzas Armadas preexistentes al Estado y fundamentales para el copamiento territorial y el desarrollo energético e industrial entre fines del siglo xix y mediados del xx. Es decir, para casi todo salvo en materia de producción agropecuaria.

En palabras de Valdivia, «la espada se impuso desde el vamos; la pluma y la palabra vinieron atrás para convencernos de que la barbarie siempre llega de la mano de los otros, de los enemigos». Incluso los derechos civiles del radicalismo fueron tutelados y limitados por quienes detentaban las armas. Y el peronismo significó «la mejor organización posible del personal para que las influencias de la Revolución Rusa no pasaran de la literatura panfletaria o, a lo sumo, de lo diplomático: llegamos varias veces al extremo de que la Unión Soviética sostuviera al golphismo militar anticomunista, que aquí adquirió la forma del antiperonismo». Así fue como se habría cumplido la profecía de Mariano Moreno. Valdivia dicit:

—Somos el resultado de un constante «mudar de tiranos, sin desterrar la esencia de la tiranía». Aquí, tanto el desarrollo tardío del llamado Estado benefactor como su tardía debacle fueron obra de unos militares incapaces de entender que, al clausurar ese ciclo, se destruían a sí mismos sin distinción de supuestos signos ideológicos. Se suicidaron al matar el modelo productivista que no supieron consolidar, aturdidos en las ambiciones de poder de sus distintas facciones. El tiempo iniciado hace tres décadas con El Doctor Democracia sigue siendo un intento civil a ciegas de nadie sabe qué, bancado por una burguesía prebendaria de ambiciones enanas, cortoplacista y snob que terminó de remover las bases económicas e institucionales del siglo xx con Carlos «El Turco» Méndez al mando durante diez años. Ahora, con casi la mitad de la población en la pobreza y sin ideas originales a la vista, nos arriesgamos a la mala copia de lo que ya fue. Carlos Marx y Federico Engels dirían que estamos repitiendo como comedia lo que nos definió como drama. Catalina «La Jefa» Hortigoza y Patricio «El Ingeniero» Month se acusan mutuamente de dictadores, falazmente, maniqueamente, entreteniéndonos en la tensión artificial entre una supuesta izquierda bastante conservadora y una presunta derecha de ribetes vanguardistas. Estoy en condiciones de afirmar que lo hacen a propósito. Y cuando digo adrede quiero decir: en base a un plan de común acuerdo. Son socios unidos por la diferencia, por la confrontación. Indóciles. Refractarios. En disputa, es cierto, pero socios al fin. Ellos dos se

reúnen en secreto, a solas. A mí no me engañan. Yo lo soñé.

Garantía de fábrica

Ella odia. Él desprecia.

Los dos son hijos de la misma Gran Ciudad. Ella creció pergeñando aspiraciones en el Barrio Sur. Él, acomodado en el Barrio Norte. Para captarlos en sus contexturas humanas básicas puede bastar una mirada minuciosa de la urbe, aunque desde sus distintos puntos de vista.

Los orígenes de la densa ciclotimia de Catalina Hortigoza son fáciles de rastrear fijando la atención un largo rato por la ventanilla delantera del primer vagón del subte: su padre fue motorman de la Línea 1. Ella es dramática. Ve la salida siempre al final de un túnel oscuro y ruidoso.

La estructurada liviandad de Patricio Month se entiende al observar, desde cualquier piso alto de la zona portuaria, la interminable mole de edificios que tapa el horizonte: su padre es el dueño de la compañía cementera más importante del país. Él es vacío. Suma y resta. Cree que el futuro depende de un cálculo.

La Jefa se hizo millonaria gracias a la política. Su marido, Ojo de Águila, le dejó por herencia el aceitado sistema de testaferros, empresas y aportistas privados que fue desarrollando a la sombra de treinta y cinco años ininterrumpidos en la función pública.

El Ingeniero nació en cuna de oro. Heredará de su padre un influyente grupo económico amasado, en gran medida, gracias a las rutas, los puentes, las centrales energéticas, los aeropuertos y demás obras públicas que logró cementar a lo largo de medio siglo como contratista privilegiado del Estado, incluso bajo los sucesivos mandatos de Ojo de Águila y La Jefa.

Viene a cuento subrayar el dato: infinidad de veces, mientras ellos se peleaban en público demarcando las posturas irreconciliables del oficialismo y la oposición, los funcionarios del gobierno de una y los gerentes del holding familiar del otro definían los pliegos contractuales de tal o cual obra fundamental para el país. Hubo análisis de sobra en cuanto a la supuesta «funcionalidad» entre ambos en aras de reconstituir un sistema bipolar de representación y alternancia política diezmado por la hecatombe social y económica del año 2001.

Nadie hasta hoy, sin embargo, había osado confirmar que La Jefa Hortigoza y El Ingeniero Month pactaron en persona la escalada de su enemistad estratégica por lo menos en tres ocasiones.

Una: siete semanas después de muerto Ojo de Águila.

Dos: siete semanas después de muerto El Procurador Gómez Pardo.

Tres: siete semanas antes del final del mandato presidencial de ella y la asunción de él. (9)

Cumbre soñada I: proyección

Domingo, tres de la tarde. Calles vaciadas por el calor. Una van oficial blanca de vidrios polarizados pasa la guardia del country presidencial sin detenerse para identificación de rigor y estaciona frente a las viejas caballerizas, recicladas como ámbito de reuniones. El Ingeniero luce irreconocible de tan informal: chomba celeste, calzas grises a medio muslo, zapatillas de running azul eléctrico, gafas espejadas y gorrita deportiva. Pide agua y espera en el living del despacho principal. La Jefa llega cuarenta minutos después, toda de luto y sin comentar la tardanza. Él se para. Ella va derecho a sentarse en el sofá. —¡Qué facha para la ocasión! —le dice a modo de seca bienvenida, mientras el visitante abre los brazos entre galante y sarcástico: el gesto vale para que la dama se ponga cómoda y, a la vez, para evidenciar que ella también está de jogging, por más negro que sea—. Tendrás claro que vienen tiempos difíciles, supongo...

—Ya vinieron, parece... Acabás de crear un Ministerio de Seguridad y hasta hace poco ustedes decían que

la inseguridad en las calles era nada más que una «sensación». Pero bueno, está bien reconocer los problemas. ¡Y pensar que tuve que armar una Policía Ciudadana para la Gran Ciudad porque me negaste el traslado de fuerzas federales! ¿Decidiste ir el año que viene por la reelección como una viuda de mano dura?

—¡Más respeto, che! Y no te aflijas: eso de culpar a los peruanos, a los bolivianos y a los paraguayos por la violencia te lo dejo a vos, es tu papel. A tus votantes les encanta y a mí no me sale. ¿Pero te queda claro que eso solo te alcanza para seguir de alcalde, no?

—Vos no te aflijas: mis encuestadores dicen que tengo que seguir un turno más en la Alcaldía. Además, soy un caballero. No voy a salir a pelearle la presidencia a una señora que sufre por la muerte de su esposo. En este país es inútil pelearse con los muertos. Pero voy a desdoblar las elecciones locales de las generales. Yo vuelvo a ganar en la Gran Ciudad, en julio. Vos volvé a ganar, en octubre, a nivel nacional y tutti contenti...

—Me parece bien, ahora mismo les hago llegar a mis muchachos que ya entendiste que no te da el cuero. Van a ser agradecidos, como corresponde, ya viste que en el Concejo Deliberante se portan muy bien con vos, conversan y levantan la manito con una disciplina... Muy democrático todo y tu familia construye sin parar...

—Sí, sí, re bien... Algunos ya andan diciendo que vas a buscar una reforma de la Carta Magna para quedarte una temporada más larga en el poder. Eso no va, ¿eh?

—¡Ay, estos chicos! Si no fuera por ellos, no sé qué sería de mí... Y de la Patria... No les hagas caso, se entusiasman. ¡Pero cómo te gustan las encuestas! ¿Qué más te dicen, che?

—Nada, eso... Que con Ojo de Águila recién pasado a la inmortalidad sos imbatible. Que la mayoría de la gente tiene miedo de que no des abasto sin él y todo se vaya al mismísimo carajo. Que tu peor momento en lo personal es tu mejor momento político, lejos. Que estás blindada por la desgracia.

—¡Qué manipuladores son! Es como si yo saliera a decir que te casaste justo ahora por contraste, para mostrar que vos empezás cuando a mí se me termina... ¡Síganle diciendo miedo al amor del pueblo y al carajo se van a ir ustedes y su bendita Corporación Informativa! Estás verde, nene. Sos un personaje chiquito todavía. Esa es la verdad. Ya vas a entender que el país no funciona como una empresa de papi...

—Y vos algún día vas a entender que no es tuyo el país.

—¡Qué pavada! A propósito: ¿cómo va la nueva vida de casado? Es la tercera ya, ¿no? ¡Preciosa esta chica...!

—Giulia se llama. Todo va muy bien, gracias. Ya tenemos ganas de tener un hijo...

—¡Jajajajajá! ¡Pero cuánto apuro! Van a decir que hacés marketing hasta con el útero de tu mujer.

—Ustedes van a decir, ¿quién más? Lo que andan diciendo es que no estás muy bien de salud. La revista *Malicias* dijo que te tienen súper medicada, para subir y para bajar el ánimo...

—Sí, sí, es el mismo pasquín que te trata de haragán y de medio bobo, ¿no? Bueno, quedamos en eso. Me hubiera dolido aplastarte como una cucaracha en una elección presidencial. Por tu papá, digo... En el fondo es un buen hombre. Con nosotros se ha portado de maravillas. Yo no me chupo el dedo: ya sé que todo lo que hizo para abrirnos las puertas del Lejano Oriente lo hizo por él, pero está bien para el país... ¿Te molesta de veras que nos llevemos bárbaro con él? ¿O tus encuestadores dicen que te sirve tomar distancia de tu propio padre?

—Dejemos a mi viejo donde está. No anda muy bien de la cabeza últimamente...

—¡Claro! ¡Jajajajajá! ¡Solo a un chiflado se le ocurre bancar a La Loca! ¡Jajajajajá!

—¡Je! Bueno, quedamos así. Tranquila. Gracias, mejor me voy yendo.

—Sí, mejor.

—Y una vez más: mi más sentido pésame. Más allá de todo, tu marido nos sacó del pozo.

—Deberías aprender algo de Él.

—Seguro... Pero cuando todo esto pase, ¡agarrate, Catalina!

—¡Ay, no! Que se agarre tu linda Giulia, ¿sí?

—¿Qué? ¿Que la empiece a promover como mi sucesora? Nooo... De esas cosas solo ustedes son capaces.

—¡Jajajajajá, estuviste ocurrente! (10)

Es un Pershing 108. Puro lujo en cada detalle de sus treinta y tres metros de eslora. El yate le pertenece a un financista muy influyente y aún más discreto a quien, dentro del círculo rojo del poder, todos llaman El Banquero, a secas, como si fuera el único. De hecho, es el único empresario siempre dispuesto a dar una mano ante ciertas urgencias palaciegas. Hay conmoción política en el país: cuarenta días atrás, el procurador Adalberto Gómez Pardo apareció muerto de un balazo en el baño de su mansión. Estaba a punto de formalizar una inquietante denuncia por tráfico de armas y traición a la Patria contra las más encumbradas figuras del gobierno nacional, empezando por La Jefa. La justicia presupone un suicidio. El frente opositor especula un magnicidio. Es verano. Habrá elecciones presidenciales en primavera. Los intentos de reforma constitucional para que Catalina Hortigoza pueda aspirar a un tercer mandato consecutivo fracasaron. Patricio Month ya está en campaña para sucederla. Haber elegido la intimidad de un barco para reunirse sin que casi nadie lo sepa incorpora ribetes cinematográficos al clima de thriller político dominante. Hace rato que la señora dejó el luto por el fallecimiento de su esposo: está toda de blanco, desde las sandalias hasta la capelina; solo desentonan los anteojos de sol Armani, negros. La nave zarpa de las marinas del Yacht Club San Francisco. Aguas arriba se suma El Ingeniero, que llegó en una lancha de menor porte (pidió tripularla él mismo). La cabina VIP, en la proa del yate, es espectacular. Un living-comedor flotante de cincuenta y cinco metros cuadrados con triple vista al río, apto para ocho personas cómodas en la mesa o los sillones. Pero están solos. Los custodios de ambos chusmean en cubierta.

—¡Ah, llegaste! ¿Tenés licencia para manejar barquitos, che? ¡Cómo les gusta el agua a los nenes bien! — ataca de entrada La Jefa.

—Todavía no la tengo, no. Estoy por terminar el curso de timonel. Igual no te hagas la pobrecita... ¡Ja, nene bien!

—O sea que violaste la ley para llegar acá. ¡Cómo les gusta violar la ley!

—¿Y por casa? Pero bueno, a mí por lo menos nadie me acusó de andar mandando a matar gente. Ni me robé medio país, claro...

—¡No, qué esperanza! ¡Justo ustedes me hablan de robar, que sacaron ventaja con todos los gobiernos empezando por los milicos! ¡Desagradecido sos! ¡Si hasta conmigo las empresas de tu familia hicieron un montón de plata! Mirá: a mí acúsenme de lo que quieran, yo vine hasta acá nada más que para darte un consejo gratis. Ahora te vas a envalentonar con la idea de ser presidente y te va a encantar que los jueces, los fiscales, los servicios de inteligencia y La Corporación Informativa te doren la píldora. No confíes en ellos, a mí terminaron haciéndome la vida imposible después de todos los favores que les hicimos. Son unas lacras que solo defienden sus laburitos. Están seguros de que nosotros pasamos y ellos quedan. Y si vos llegaras a llegar, después vas a pasar. Son camaleones capaces de cualquier cosa con tal de no arriesgar sus privilegios. El Procurador era uno de ellos. Le dimos la papilla en la boca más de diez años seguidos y mirá cómo nos pagó la rata.

—No cierra por ninguna parte que se haya suicidado, me lo pintan como un tipo muy pagado de sí mismo...

—¡Ay, nene! ¿Podés pensar con la cabeza? ¿Vos creés que yo voy a ordenar un asesinato para que me culpen a mí primero que a nadie? Esa denuncia por tráfico de armas fue una operación infame para sacarme del medio. Una mierda floja de papeles. ¡¿Traición a la Patria yo?! Sí, justo...

—Y entonces, si estás tan tranquila, ¿por qué no pediste que vayan hasta las últimas consecuencias con lo que dijo El Procurador? Nosotros pedimos que se investigara para que no queden dudas y ayer un juez de esos a los que criticás cerró el expediente en tiempo récord. Esa es la operación, manejan todo ustedes...

—Como quieras, no vine a convencerte de nada... Si querés hacer tu campaña electoral con la cabeza de Gómez Pardo en la mano y toda esa basura, dale nomás. A esta altura del partido ya entendí de sobra las reglas del juego. Y a vos también te vendría bien empezar a aprenderlas. Pero si el tipo no se mató, vos también estás en peligro...

—¿Es una amenaza?

—¡No, pedazo de tarambana! Te digo que para llegar a donde querés llegar hay que desconfiar de todo el mundo. Hasta acá estábamos bien. Nosotros te elegimos como el principal opositor y tan mal no te ha ido, pero el sistema es frágil. Ya se hizo bolsa una vez... El ambiente de confrontación tiene un límite.

—Sí, me estás amenazando... ¡Mirá quién habla de ponerle límites al ambiente de confrontación! ¡Sos divina!

—¡Ah, te la creíste! ¡Justo a mí me salís con esa? ¡Qué fácil te olvidaste de que sos quien sos gracias a

nosotros! A mí se me acaba en diciembre. No tengo un candidato confiable y si lo tuviera... No sé... Tal vez lo mejor para todos sea que te toque el turno a vos...

—A ver con qué vas a salir ahora. ¿Qué me estás proponiendo?

—Que seas prudente para que no arda Troya y todo va andar bien.

—¿Tenés miedo de ir presa? Tu gente anda gritando por ahí que si te tocan va a haber quilombo.

—Yo no le tengo miedo a nada. Parece que no me conocieras. Con todas las que me dijeron y todas las que me hicieron, acá estoy. Vos fijate.

—Supongo que los jueces harán lo que deban hacer.

—¡Jajajajajá! Buenísimo. Porque así funciona la democracia, ¿no, ingeniero?

—¿De salud andás mejor?

—Dale, seguime tratando de demente. ¡Flor de pelotudo sos!

—¡Ja! Cuidate.

—Vos también. Mucho cuidate.

El Ingeniero se va manejando la lancha. La Jefa le pide agua mineral a un guardaespaldas para tomar una pastilla. Los tres motores del Pershing 108 alcanzan su máxima potencia. Vuela ese barco.

Cumbre soñada 3: sucesión

Ganó ahí nomás, pero ahí nomás: por apenas un voto. Tuvo sus méritos. Una estrategia proselitista diseñada barrio por barrio, cuadra por cuadra, casa por casa. Un discurso moderado, calmo, prudente, amarrado a «la necesidad de reunificar al país». Y un perfil de hombre de alcurnia pero bueno, familiar, simplificado en las apariciones públicas junto a Giulia, su bella esposa, con el bebé recién nacido en brazos. Antonio le pusieron. Antonio Patricio Month. Sin embargo, El Ingeniero contó con cuatro aliados determinantes para el triunfo:

- El desgaste de La Jefa tras una década en el trono, con denuncias de corrupción en ascenso.

- Las evidentes diferencias entre ella y el candidato de su propio partido, el vicepresidente Luciano «La Araña» Bordeu, al que consideraba más competidor que tropa propia.

- El olor a mafia destilado durante todo el año por la muerte del procurador Gómez pardo.

- Y, sobre todo, el estancamiento de la economía. Porque el bolsillo siempre pesa más.

Son jornadas tensas.

Los partidarios de la mandataria saliente no digieren la derrota, se sobreactúan víctimas de «un golpe institucional y mediático de la derecha». Los del entrante temen desmanes en los festejos de asunción. De un lado y del otro hacen arder las redes sociales con insultos, provocaciones y amenazas, en una virtual guerra de ciber-guerrillas.

El presidente electo pide «un traspaso ordenado». Su enemiga preferida, también. Hasta la noción de orden resiste una doble lectura en un país partido en dos.

La estancia «Rincón del Cañaverl» es un establecimiento ganadero ubicado en Ayacucho, a trescientos kilómetros de la Gran Ciudad. Allí pasó largos veranos de su infancia El Ingeniero: ese campo era la joya más preciada de su abuelo materno. Ahí mismo celebró su último casamiento. Ahora está de bombachas batarazas marrones, alpargatas negras, camisa cuadrillé celeste y blanca, pañuelo gris plomo al cuello y boina viendo el oleaje de pastos desatado por el helicóptero que trae a La Jefa. Toda despeinada por las aspas, de milagro no se esguinza el tobillo derecho al clavársele un tacón en el terreno. Arremete la dama, repuesta del tropiezo, está verborrágica, como en un pico de excitación:

—Hoy sí que estás ridículo. Parecés el Soldado Chamamé... (11)

—¡Pero qué comentario más a la moda! Se nota que no estás teniendo mucho tiempo para ir al cine últimamente. ¿No te alcanza para pagar el abono de Netflix? Hay series buenísimas...

—¡Qué bobo! ¿No te enteraste por Twitter de que me enganché con *House of Cards* para hacerme mala sangre? ¡Jajajajá! Frank y Claire Underwood parecen Juan Martín y yo contados por La Corporación Informativa. ¡Jajajá! Pero siempre se aprende algo, yo anoto cosas que les dicen a ellos para estar lista cuando me las digan a mí. ¡Jajajá! Kevin Spacey y sobre todo Robin Wright están muy bien, muy bien... ¿Viste que ella pidió a la productora ganar lo mismo que él? ¡Qué difícil es todo para las mujeres, Dios mío!

—Vení, pasá, que las asistentes de Giulia te ayudan a peinar un poco.

—¡Lindo campito, che! ¡Qué mal vive la oligarquía!

—Dale pasá, pasá...

Mientras La Jefa se acicala, El Ingeniero hace traer té verde frío con jengibre y unas cookies de avena y algarroba recién horneadas. Se sientan en los sillones de ratán hindú, bajo el alero del contrafrente de la casa principal, a unos treinta pasos de la imponente piscina rodeada de chañares y jarillas.

—No hay nada que hacer, la primavera es una hermosura. Es mi estación preferida. Allá en mi casa tengo todo lleno de unas lavandas preciosísimas, con unas flores así... ¡Dan un perfume! ¡Mmmmm! ¡Qué rico esto! ¿Qué es?

—Té verde con limón y jengibre. Es muy bueno para la circulación, para la eliminación de líquidos y ayuda a bajar de peso...

—¡Ah, qué simpático! —La Jefa aparta con delicadeza la pantorrilla izquierda de un rayo de sol.

—No, no... ¡Je! No todo tiene un mensaje oculto, señora. Se te ve muy bien, siempre fuiste una mujer hermosa.

—¡Epa, ingeniero, que está tu mujer allá! ¡Bueno, gracias! A Giulia la debés haber conquistado con esos ojos... ¿Vos seguís con ese asunto del yoga o qué se yo? Vas a tener que estar más equilibrado que nunca...

—No es yoga exactamente. Se llama armonización, es una técnica hinduista para mejorar la respiración y bajar el estrés. Tengo una buena guía...

—¡Ah, mirá vos! ¿Y qué te hace la doña?

—¡Ja! Me ayuda a conocerme mucho más a mí mismo, a liberar energías. La armonización hinduista me hizo mucho bien. Una armonizadora es una líder espiritual, bueno, más bien anímica, que te ayuda a reflexionar y después te genera, a través de unos cuencos tibetanos y de unos gongs, una capacidad de adentrarte en vos mismo y de conectarte con áreas de tu cerebro que por ahí no utilizás. Me hace muy bien.

—Cuencos y gongs, ¡a la flauta! Bueno, la gran novedad es que tenés cerebro... Suele hacer falta para gobernar.

—¡Ja! La novedad es que esa técnica es mucho mejor y más natural que el..., que el...

—Si querés decir clonazepam, mejor callate.

—Bueno, de buscar el equilibrio hablaste vos. Se dice que así te pudieron equilibrar bastante.

—Se han dicho tantas pavadas, nene. Vos preparate. Aprovechá la ventaja de ser varón. Conócete a ti mismo y todo eso... ¡Jajajajá! No te imagino en posición de Buda y haciendo «¡ommm!» con las manitas así y las piernas cruzadas... ¡Jajajajá! Pero acá el tema de los temas es conocer a los demás, adivinarles la próxima jugada.

—Te agradezco el consejo, pero empecemos por el principio: quiero que tengamos una fiesta de traspaso del mando en paz, que me pongas la banda y me pases el bastón con absoluta normalidad y a otra cosa, mariposa. Lo necesita el país, digo...

—No sabía que eras tan monárquico, que le dabas tanta importancia a toda esa pompa que el virreinato nos dejó...

—¿Yo monárquico? ¡Mirá quién habla! Acá la única que se movió como una reina fuiste vos. Y te colgaste de la banda y te agarraste del bastón con uñas y dientes.

—Mirá, te explico, porque sos bastante lerdo: lo que decís no le conviene a nadie, ¿sabés? Ya vas a entender que, muchas veces, los acontecimientos adquieren una dinámica propia donde la verdadera conducción pasa por encauzar las pasiones. Lo peor que puede hacer un cuadro político es tapar la pasión, el pueblo es pasión pura. Muchísima gente va a querer ir a despedirme, lo sé, y no te puedo garantizar que no respondan a las provocaciones de los que vayan a hacerte el tachín-tachín a vos.

—Nadie va a ir a provocar nada de mi parte, son los tuyos los que prometen armar despelote... ¿Pero entonces qué?

—Entonces tengamos dos fiestas en paz y no una sola, tensa, paqueta y aburrida. Yo la mía, vos la tuya y taza, taza, cada cual a su casa.

—Querés hacerme una demostración de fuerza en la cara. Cagarme la fiesta, bah.

—No seas boca sucia... Vos pensá lo que quieras. Yo te ofrezco lo más que puedo hacer para que tengas una linda fiestita y que siga la historia.

—Eso, una linda fiestita mía. No una gran fiesta de la democracia. ¿Por qué ustedes no hacen nada normal? Lo único que pretendés es mostrarte fuerte vos y débil a mí.

—¿En serio creés que el poder depende de una banda, un bastón y una fiesta? ¿Todo es imagen, marketing

y encuestas para vos?

—¡Uf, habló la reina del antimarketing! Todo va a ser normal conmigo, eso quiero que se empiece a ver.

—¿Normal? ¡Dale, nene! Por si te agarró amnesia, preguntale a tu papá, que estuvo con todo, por lo normal que es este país.

—¿Cómo les gusta el quilombo a ustedes!

—Al contrario, quilombos es lo que te estoy evitando. ¿No entendés?

—Estás evitando la foto de tu último día, la vivirías como una claudicación.

—Como de costumbre, vos hacete la idea que más te guste. Pero no deberías olvidar lo bien que te vino pelearte conmigo sin que la sangre llegue al río. Pensalo bien, no seas salamín...

—Republicano soy, ese es el mensaje que necesita el país.

—Muy bien, muy bien... Vos da el mensaje y hacé la República, que yo hago Patria y vamos viendo.

—Vos estás preparando a tu gente para cuando los jueces se te vengan encima por lo de El Procurador y el robo a mansalva que hicieron.

—¡El muerto se asusta del degollado! Seguí adivinando mis planes macabros, dale, pero date cuenta de que igual vas a ser Presidente de la Nación con bandita, bastoncito y todo. Y ya que lo decís: cuidado, porque cuando se me vengan los jueces encima también van a saltar los negocios de las empresas de tu familia con el Estado.

—Me amenazás, me chantajeás...

—¡Ay, querido! Te propongo lo mejor para los dos. Pensalo bien, ¿me hacés el favor? Tampoco creas que me vas a hacer mucho daño tirándome los perros de Tribunales. A ver si todavía no me convierten en mártir.

—¡Jeje! Tirar los perros... Si te habrás dejado tirar los perros...

—¡Perdón! ¿Qué querés decir?!

—¿Qué país! Eso quiero decir. ¿Más té?

—Sí, por favor... Vos también tomá. Necesitás sacarte un gran peso de encima. ¡Jajajajá!

—¿Y la salud? Se te ve bien, muy alegre hoy...

—¡Jajajajá! Vas a tener que empezar a preocuparte por tu salud, más que por la mía. Gobernar te gasta.

—A vos te fascina.

—¿Qué?! ¿A vos no? Mirá bien dónde te estás metiendo, entonces.

—¡Cínica!

—¡Pavote!

—Está bien, lo voy a pensar. Pero no te la vas a llevar de arriba.

—¡Muy bien, míster president! ¡Venga un abrazo!

—Estás re loca...

—Estás cagado en las patas...

—¡Yégua!

—¡Gato!

La Jefa hace una seña con la mano en alto. Más allá de la piscina, un custodio acciona el handie. El ruido del otro lado de la casona indica que la hélice del helicóptero comienza a girar. Ella se va por la gramilla suave como una alfombra con los zapatos en la mano para evitar un nuevo traspié. Es una diva. Sobre el horizonte hay nubarrones y relámpagos. Viene tormenta del sur.

Despedida

La primera bomba de estruendo explotó a las siete menos diez de la mañana. Cientos de palomas volaron despavoridas desde las cornisas y ventanas de los edificios públicos. Fue la señal de arranque para la impactante batucada de dieciséis tambores, cuatro bombos, nueve redoblantes y seis tamboriles, todos golpeados con sincronizada furia por mujeres menores de treinta dispuestas a copar desde temprano la cabecera del acto en la Plaza Mayor. Iban de zapatillas, calzas cortas negras, reveladoras, y ajustadas musculosas blancas con el rostro de La Jefa estampado en el frente y el juramento de «Vamos a volver» en la espalda. Las dirigía un muchacho saltarán de

silbato entre los dientes, frac de tafeta verde con lentejuelas, galera y anteojos espejados del amarillo pálido al naranja intenso, según la luz. Sonaban y se veían infernales, sacudiéndose como en trance al ritmo inagotable, preciso, litúrgico y sensual de los retumbos.

La Avenida Central se iba transformando en un garaje gigante para los colectivos que traían a la militancia organizada desde los barrios periféricos con sus pancartas, banderas y heladeritas de telgopor llenas de agua mineral y cerveza en lata. Poco a poco, el centro de la Gran Ciudad se volvió un caos de tránsito entremezclado con el hormiguero humano, que también emergía por las bocas del metro en pequeños grupos y hasta en parejas jóvenes con hijos pequeños de la mano, a upa, en cochecito.

En la plaza, de espaldas al Palacio de Gobierno, estaba listo el mega escenario, apto para un recital de los Rolling Stones. Pero lo que estaba previsto, recién para las seis de la tarde, era el último mensaje oficial de La Jefa.

Le habló a la multitud con una hora y media de retraso, de rojo eléctrico, la banda presidencial puesta y el bastón empuñado en la diestra.

—Escúchenme bien, porque a la medianoche me vuelvo a convertir en sapo... La historia tiene sus alzas y sus bajas y siempre nos presenta nuevos desafíos. Hasta hoy representamos al país entero, lo pusimos de pie, lo hicimos digno y grande. Desde mañana debemos organizar a la mitad del país que nos apoya sin dudar y convencer a la otra mitad, confundida por los representantes de La Corporación Informativa. Ustedes son la esencia de lo que viene, los verdaderos apóstoles de la revolución en marcha. Nos van a acusar de cualquier cosa, de las peores tropelías. Ante la ofensa, pongan la otra mejilla. Pero nunca olviden que a los mercaderes se los echa del templo a latigazos. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Los abrazo desde mi corazón! ¡Hasta la victoria siempre! —remató, llorando, al cabo de casi noventa minutos de discurso. De inmediato se quitó la banda y la tiró hacia la muchedumbre. También arrojó el bastón, que comenzó a circular en alto, de mano en mano, como un símbolo engañoso de poder popular. Nada dijo de su firme determinación de faltar, la mañana siguiente, a la asunción de Patricio Month. Ni falta que hacía. Para eso estaban los medios. Los de un lado y los del otro.

Mito Valdivia presencié el acto desde los contornos, con ropa informal, gorra y lentes negros para evitar eventuales agresiones. No preveía la peor de todas. Detrás de una columna de la vieja recova vio que La Troska se besaba y arrumaqueaba con un joven musculoso y rapado con pechera verde flúo de la Juventud Movimiento 73 y pinta de dirigente. Amagó acercarse y hacerle una escena, pero logró contenerse. Se alejó en dirección opuesta, la laringe oprimida por la angustia. Las escalinatas del Banco Nacional de Desarrollo le ofrecieron un refugio donde recobrar el aliento. Sentado en el mármol tomó el smartphone, decidido a enviar su reproche por WhatsApp:

—Más que la despedida de La Jefa, esto pareció tu despedida de soltera...

Libertad «La Troska» Frontera le clavó el visto al minuto y tardó como quince más en responderle:

—¿Ehhhhhh? —puso la chica, junto a un emoticón de asombro.

—Nada... Que te vi calentándote con el peladito ese.

—Ahhhh... Oiga, periodista romántico...

—Diga, revolución hormonal...

—¿En qué parte no te quedó claro que yo voy a garchar con quien se me dé la gana?

Valdivia estuvo a punto de reventar el aparato contra los escalones. Imaginó a Libertad apretujada por el mismo partenaire contra la misma columna de la misma recova, pero de noche y sin nadie alrededor, desenfundada, abriéndole la braguita hasta alcanzar en plena vereda el

miembro alerta del militante. El corazón de Mito parecía estallar. De celos. De odio. De deseo. Detuvo su propia erección con la respuesta:

—¡Andá a cagar!

—Siempre igual vos. Ya lo hablamos de frente y te fui muy sincera, sabés que la monogamia no es lo mío. Pero también deberías saber cuánto te quiero y que la onda que pegamos es única. Somos complementarios. El ensamble perfecto. Mañana o pasado te chiflo y nos vemos.

Los tres emojis de beso con corazoncito fueron puñaladas para Valdivia. Detestaba los emoticones, en realidad. Le parecían gestos de caretas idiotas que tiran para atrás. Prefirió dejar el chat ahí. Dudaba en regresar a la casa. Lo invadía la imagen de la Bersa calibre 22 de su padre, oculta en la biblioteca tras las obras completas del ilustre suicida Lisandro de la Torre. Una tristeza horrible estaba en él, confusa, contradictoria. Pensó que nunca más volvería a ser feliz, se sintió envejecido y solo de repente, acogotado por la angustia, oscuro de alma.

Es necesario saberlo: durante años y años, Anselmo «Mito» Valdivia fue componiendo en su mente un ideal de mujer. Llegó a convencerse de que Clara, su esposa, daba el perfil exacto. Inteligente. Bellísima. Divertida. Contenedora. Espontánea. Caliente. Pero ya estaba muerta y las sucesivas aventuras que protagonizaría de viudo le habían ido agregando dudas y peros a dicha idealización, incluso hasta poner entre signos de pregunta ciertas «ventajas comparativas» de Clara. Si la había santificado en vida, de algún modo se venía dedicando a desacralizarla desde que ella había partido. Porque una cosa es aceptar que la vida se termina y otra muy distinta, depositar al ser amado en el estante vital de los difuntos. Eso es matar, también. Estaba seguro de haber sido amado por ella, protegido, tolerado hasta el límite del absurdo, deseado, comprendido, acompañado aun en la idea más alocada en términos de análisis político, planificación familiar, desarrollo profesional o prácticas sexuales; halagado con mesura en el éxito, abrazado sin condiciones en las amarguras depresivas (y/o alcohólicas) de la frustración circunstancial y algún que otro fracaso rotundo; guiado como un niño, apañado en sus obsesiones compulsivas. Sin embargo, el haber intimado con mujeres casadas (ya en la presurosa furtividad de una ida al toilette en medio de una cena de periodistas con embajadores extranjeros, ya sacándole provecho al relax de la siesta durante la última convención de corresponsales en las Cataratas del Yacaré) le sirvió a Valdivia para dar por hecho que Clara también habría tenido sus deslices, pese a que, al igual que aquellas «hembras desenfrenadas fuera de la vista de sus maridos», ella tampoco lo hubiera cambiado por otro. Eso jamás. Se daba por traicionado al corroborar que no era un ser único. Imprescindible. Inolvidable. Por esa oquedad del espíritu se le había colado La Troska, joven y combativa como él había sido un cuarto de siglo atrás, tan chispeante y tatuada, tan fogosa y de a ratos romántica. Como esa madrugada en que, fatigados de amarse, ella lo miró desde su lado de la cama y le dijo:

—¿Sos vos? ¡Sos vos! ¡Por fin viniste!

Mito le escribió unas ciento cincuenta poesías, medio centenar más que Pablo Neruda a Matilde Urrutia. Se las enviaba por WhatsApp todas de corrido, los versos separados por barras. Las iba numerando, sin título. Podía recitarlas de memoria con solo sugerirle un número, como quien pulsa el play. Eran, en realidad, comentarios mínimos sobre situaciones vividas en cada encuentro.

Uno: «Mínima / como los grandes sueños. / Dulce / como las amarguras de la infancia. / Bella / como un amanecer en Francia. / Terrible / como una delincuencia. / Atroz / igual que la fragancia / de los dioses / que se sabe / no existen».

Trece: «Resulta interesante no saber / adónde quedan / el rostro del futuro / los ojos más filosos / la sonrisa más rock / el sexo más mojado del planeta / la palabra que abraza. / Qué genial

no saber / cómo serás / apenas me despierte... / temblando de deseo / en el abismo de la madrugada. / Mejor es no saber / nada de nada... / Te celebro, misterio. / Es lo que me hace falta. / Tiendo a suponer / intuyo / no sé... / Y el no saber me calma».

Veintidós: «Quiero nacer de nuevo / entre tus piernas / para morir de vuelta / en curda / con licor de damascos / y volver a vivir / en tus abrazos / y caer de cabeza en un pozo / de rock / y que rías / sufriente / y que llores / amante... / quiero que salga el sol / entre mis sábanas / y que te quedes / y me hagas / una resurrección definitiva».

Sesenta y ocho: «Soy territorio de todos los conflictos / guerras virtuales de palabra / en joda / de verdad verdadera y a los tiros. / He visto sangre / baba, dolor y semen / en las alcantarillas menos imaginables. / Sé que el dolor / demuele / que el mareo confunde / que el amor embriaga. / Sé que somos mendigos / suplicantes / por ay Diosito santo / bajamelá del Cielo / una limosna de cariño, por el amor de Dios / una salida digna / una esperanza / una moneda en la latita. / Nos he visto morir / a los mortales / por un exagerado exceso de pasión / y vivir por defecto de labia. / He aquí mi conclusión / que no es un testamento: / sigo buscando el sueño de la infancia... / Y reclutando gente para el Arca».

Ochenta y tres: «Y al pintar la mañana / con pinturitas de arcoíris / descubrió puertas-puente / paredes-cordillera / mares aventanados / sutiles ecos de cascada en la alacena / pasillos subfluviales / patiosbosques donde pastan las fieras... / Va pintando la vida / con pinturitas de todos los colores / besonauta / viajera».

Ciento doce: «Cuando la tomo entre mis brazos / la bebo pura / quiero decir sin soda / ni nada que la ensucie de burbujas / que al estallar desparraman vacíos / y se me sube a la cabeza sorbo a sorbo / quiero decir / abrazo tras abrazo / como una enredadera poseída / de efectos desnucantes / perfectos / que emborrachan / para llegar a los anillos de Saturno / sin despegarnos de la almohada».

Ciento veintitrés: «Es breve: / apenas cinco letras / seis espacios / dos palabras que se hacen una sola. / Es gráfico: / define sin lugar a dudas. / Es didáctico: / resume lo insondable / lo inasible / lo intransitable palmo a palmo. / Es significativo: / lugar / espacio / sentido de las cosas... / Necesitaba que dijeras / te amo. / Tan poco para tanto. / Tan luz / y tan oxígeno tus labios».

Y ahora, justo en ese estado, La Troska le venía con eso de que «yo garcho con quien se me dé la gana». Libertad Frontera. Vaya imposición con nombre y apellido. Libertad para ella. Frontera para él. Un límite. Un muro.

A Valdivia no le daban las piernas para levantarse de la escalinata del edificio histórico y dirigirse a cualquier parte. Fugarse de sí mismo quería. Sepultar de una buena vez su ya lejana juventud. Supuso que la angustia que lo asfixiaba desde la boca del estómago era el fruto podrido de su enamoradiza estupidez. En alguna oportunidad, de bajones así se le levantaron altos picos de ira. Pasó el colectivo 91. Suspiró trabado de congoja...

Noventa y uno: «El miedo-miedo-miedo / es a la muerte... / un mar abierto de tormentas perfectas / atestado de sirenas que tientan / como el sushi / pero sin filetear. / El fracaso es la muerte de los blandos. / La noche es la muerte de los sobrios. / La traición es la muerte de los pusilánimes. / La única muerte es la muerte de veras / y no le tengo miedo en buena compañía. / La soledad / es muerte / la mismísima muerte / en vida».

Recitaba en voz alta con los ojos negríssimos hundidos en el primer escalón, cabeza gacha, los codos en las rodillas flexionadas, sin prestar atención a los transeúntes que lo miraban de costado, algunos comentando por lo bajo que a «ese» lo conocían de la tele.

—¡Aleluya, Valdivia! ¡Te pegó duro la despedida de La Jefa! —lo sobresaltó una voz

femenina. Notó con algo de esfuerzo que era Bala Perdida, la rubia del grupo de pibes de la Juventud Movimiento 73, recién después de recorrerle con la vista los pies en zapatillas, las pantorrillas bien torneadas, los muslos firmes, el pubis insinuado por las calzas apretadas, el ombligo atravesado por un piercing (un proyectil de FAL en miniatura), los pechos a punto de reventar el top deportivo gris con vivos morados... Sonreía la chica, dientes de perlas y esos ojazos verdes, fulminantes, liberados por la bandana que le estiraba el pelo para atrás.

—Eeehhh... No... Me colgué repasando unas huevadas que tengo escritas. Cuando termine la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* pienso publicar un libro de poesías... Tal vez se llame *Antipoemas tirados por WhatsApp*... —Mito logró ponerse de pie sin esfuerzo.

—¡Ah, también poeta! ¡Y qué cojinche WhatsApp! ¿O no? ¿Caminamos un rato? Me tomaría una cerveza, la verdad. Hace calor.

Agarraron por el atajo de la Galería Florida, que ya cerraba, y el Callejón Empedrado los llevó, conversando, hasta la Avenida Central. La Gran Ciudad retomaba el color semivacío de una típica noche de miércoles. Francesca «Bala Perdida» Musarini («¡Fran-ches-ca!») medía más de uno setenta. Le patinaban un poquito las erres. Hablaron de política. De la Compañera Catalina y de Patricio Month, a quien ella insistía en llamar El Ingeniero Gato. De lo que se vendría, en fin.

Pasaron de largo por una docena de bares. Valdivia la interrogó, amablemente interesado, sobre su condición de tiradora con carnet. Era zurda, lo cual le generaba leves dificultades para manipular pistolas automáticas: los seguros, las trabas de corredera y los retenes de cargadores suelen estar dispuestos para diestros, aunque hay excepciones de fábrica. Le contó que, entre las posiciones de tiro clásicas, la «weaver», la «californiana» y la «isósceles», ella prefería esta última. Y de pronto se la quedó mirando en una esquina, mientras le actuaba su técnica de disparo:

—Las piernas tienen que estar así, levemente flexionadas y abiertas, sin que los pies sobrepasen el ancho de los hombros. La pierna contraria al lado hábil, en mi caso la derecha, debe ir apenas adelantada. Los brazos, también un poco flexionados pero firmes y los hombros relajados, buscando que la energía que se libere al disparar sea absorbida por las extremidades y no repercuta en las articulaciones. El torso va así: ligeramente hacia adelante, logrando el balance adecuado del cuerpo para que la potencia del disparo no te tire para atrás. Y listo: ¡pum! — explicó Bala Perdida, mano derecha sosteniendo la muñeca izquierda, los dedos índice y mayor oficiando de cañón a medio metro en línea recta del pecho de Valdivia.

—¿Qué se siente al disparar?

—No sé... ¿Seguridad? ¿Confianza? ¿Será poder? Con la autoestima baja, seguro errás el tiro. Como en la vida, ¿viste? Si le vas con miedo, no te sale. La inseguridad, la desconfianza en uno mismo no es falta de capacidad, es autoboicot. Te bloquea... Tirar libera dopamina, endorfinas, adrenalina, todo tipo de hormonas ligadas al bienestar, a la felicidad, al placer. Te lo digo como bioquímica que soy.

—¡Ah! Yo volví a leer bastante de hormonas, últimamente. ¿Sabías que hay una hormona del miedo? Se llama cortisol. La segregamos ante lo que nos amenaza y nos da sensación de peligro. Está en una guerra permanente con otra llamada DHEA, que, si le gana al cortisol, produce felicidad. Parece que los músculos de la sonrisa, aunque los accionemos de prepo con una sonrisa falsa, digamos, segregan DHEA. Pero esa felicidad puede ser pasajera, una ilusión nomás. Para equilibrar el estado de ánimo está la serotonina, que la produce el aparato digestivo como si fuese otro cerebro. Será por eso que habría que reírse más y comer rico y más sano... ¿A qué le tenés miedo vos?

—Bueno... ¡A vos no! ¡Ja!

—¡Je! ¿Y no te altera que se ande diciendo por ahí que se están entrenando para que este país

termine otra vez a los tiros?

—¡Cuánta boludez! ¡¿Y si se calman?! A ver si ahora El Ingeniero Gato va a ser John Fitzgerald Kennedy y yo voy a ser Lee Harvey Oswald... Claro que de ahí a que se la lleve de arriba... ¡Dale! ¿Qué hacemos?

Estaban a tres cuadras de lo de Valdivia. Él se excusó por no tener cerveza en la heladera, pero le ofreció champán. Francesca se mostró «hechizada, como en un cuento» al ingresar al loft en cúpula del periodista, que aprovechó para felicitarla por la casa de campo de ella, donde lo habían conocido junto a Pepe Pueblo, El Hijo del Hombre, Luna Feroz, El Loro y La Troska, en aquella reunión de ribetes clandestinos. Brindaron por la autoestima y contra el miedo y se rieron. Él fue hasta la biblioteca para mostrarle su Bersa calibre 22, porque venía a cuento. Al volverse, Francesca estaba esculturalmente desnuda. Le quitó el arma con dulce familiaridad, chequeó que no estuviera cargada, le dio la espalda, adoptó una exagerada posición «isósceles» y provocó, de reojo sobre el hombro de la mano hábil:

—Vení, matame...

Algo de eso hubo. Recuperaban fuerzas boca arriba en el somier cuando el faro del Edificio Antiguo pareció rastrear el amplio monoambiente como si los buscara un helicóptero. Se habían profugado, de alguna manera. El marido de Francesca dormiría tranquilo a unos cien kilómetros de allí, seguro de que su amada había terminado tarde de militar y había hecho escala en el departamento céntrico de una compañera. Era la segunda vez en cinco años de convivencia que «pasaba la noche con otro», según le comentó a Valdivia mirando al techo. La primera había sido con su instructor de tiro, un ex policía rudo, ermitaño y coleccionista de muñequeras, arneses y máscaras de cuero con tachas para erotizarse.

—Vos sos un tierno, parecés más bravo a simple vista. Igual me dolió cuando me tiraste de las crines...

—¡Ah! ¿Sí? Perdón...

—¡Ja! Te jodo. Me copa eso, me divierte... Yo pensé que a vos te gustaba La Troska, ¿sabés?

—¡¿Eh?! ¿A mí...? Nada que ver. ¿Qué? ¿Ella te dijo algo? ¡Ay, mujeres!

—No, no, nada... No hablamos de esas cosas entre nosotras, somos compañeras de militancia nomás. Pepe nos articula y yo vengo muy poco a la Gran Ciudad. Más que nada nos vinculamos en las redes. ¡Está linda tu torre! Y vos también... Debe pasar un harén por acá.

—No te creas, no... Soy bastante solitario. Vos sos hermosa.

—No te vayas a enamorar de mí, ¿eh? No está en mis planes. Pero si te resulto inolvidable, mucho mejor. ¡Ja!

—Nadie se habrá olvidado de esos ojos... Presiento que nos parecemos. Debería bañarme, Patricio Month asume dentro de un rato y no dormimos nada.

—Dejame a mí primero, ¿puedo? Después me visto y me voy rajando a tomar el tren, así ni me cruzo con toda esa chetada. ¿Nos vemos otro día?

—¡Vamos a volver!

—¡Ja!

El clinclín del WhatsApp se hizo escuchar mientras Francesca Musarini se duchaba. Mensaje de audio de La Troska. Traía el tema «La complicidad», del dúo femenino Perota-Chingó. Estribillo: «La complicidad es tanta / que nuestras vibraciones se complementan. / Lo que tienes me hace falta / y lo que tengo te hace ser más completa. / La afinidad es tanta / miro a tus ojos y ya sé lo que piensas / te quiero porque eres tantas / cositas bellas que me hacen creer que soy».

El grito vino desde el baño:

—¿Pusiste música? ¿Qué es?

—Nada, nada, la radio... —Valdivia deseó creer en aquella letra, no sin fastidio. Fumaba como Dios lo trajo al mundo mirando el Palacio Legislativo por el ventanal hacia el oeste. Un nuevo presidente iba a jurar allí en tres horas. ¡Qué día! ¡Qué tremenda revolución de hormonas!

Bienvenida

Podría decirse que fue casi lo mismo, pero casi al revés.

Las bienvenidas y las despedidas son eso: actos idénticos espejados, donde lo que se va viene y donde queda la izquierda está la derecha y donde hay sol naciente se percibe un poniente y así... La ansiedad característica de lo que comienza equivale, si se quiere, al desasosiego del adiós.

La misma Gran Ciudad que el día anterior rebalsaba de jóvenes mayoritariamente organizados para despedir a La Jefa Hortigoza, un día después era invadida por miles de personas desorganizadas, mayoritariamente no tan jóvenes, para recibir al sucesor. Donde hubo calles taponadas de gente ruidosa, en apariencia convencida y triste, también enojada, había veredas apelmazadas de personas murmurantes, supuestamente aliviadas y felices, enhebrando un cordón humano para dar paso al Studebaker gris descapotado a bordo del cual Patricio «El Ingeniero» Month sería trasladado desde el Palacio Legislativo al Palacio de Gobierno, ya con la banda bicolor calzada sobre el smoking y el cayado de oro blanco macizo en alto, como un trofeo.

En su discurso inaugural, el nuevo Jefe del Estado rindió un homenaje a todos sus antecesores (Ojo de Águila inclusive), menos a La Jefa. Al evitar nombrarla, hizo que brillara todavía más por su ausencia. No obstante, resultó evidente que se refería a ella en los dos párrafos más ovacionados del mensaje:

La corrupción acaba de quedar en la historia negra del país, seremos implacables en la búsqueda de la verdad y en el apoyo a la justicia.

El caso de Adalberto Gómez Pardo representa una horrible mancha de sangre sobre nuestra democracia. El Procurador y su familia nos reclaman que el crimen no quede impune.

En la Plaza Mayor, donde horas antes había brillado la luna sobre un atronador coro de voces y bombos combativos, quemaba la resolana y sonaban a todo volumen los temas más movilizantes de El Potro Bueno, santo del baile popular. El deejay oficial tenía prohibido pasar solo uno: «¡Cómo olvidarla!». La nota de color la puso Sebastián Piña, El Vicepresidente, desde el balcón principal: danzó con frenesí, girando, yendo y viniendo sobre su silla de ruedas cuando El Ingeniero se animó a cantar «Y voló, voló» como si supiera. La Gran Ciudad era una fiesta.

Desde una esquina de la plaza, Marcelo «El Comisario Utópico» Dos Reis comandaba el operativo de seguridad. Estaba de civil. Traje y corbata. Sudaba la gota gorda. Bufaba.

—¿Cómo va, Mito? ¡Qué al pedo todo esto, por favor! ¡Tres mil efectivos y cuarenta móviles para un bailongo de casamiento! No doy más...

—Gusto en verte, Marcelo. ¿Ayer trabajaste también?

—Sí, ni me hables... Si esto parece un casorio, ayer fue una conga de egresados. Pero nos hicieron amanecer revisando todos los tachos de basura de la zona, porque los servicios de inteligencia podían poner bombas. Y hoy nos hicieron hacer lo mismo de vuelta, porque los explosivos los podían meter los taraditos de La Señora. ¡Estos juegan a la guerra civil y los únicos que laburamos doble somos nosotros! ¡Todos locos! Pero bueno, te dejo... Va a empezar el

desfile. ¡Otra pelotudez! Fíjate: ¿a vos te parece que podemos tener futuro si le damos la cabeza de la columna a la banda del Cuerpo de Blandengues? ¡Ay, Dios, qué blandengues!

Valdivia le festejó el chiste para animarlo un poco. Hacía más de una década y media que no desfilaban militares por el centro histórico. Detrás de la banda, en aparente actitud de revistar las tropas, Gervasio «El Almirante» Sandoval empujaba la silla de ruedas de Bernardo «El Aviador sin Hoy» Willson Aranda, que lagrimeaba y comía un turrón de tres por diez pesos bamboleando la vista por el amplio espacio aéreo que abría la plaza entre los edificios.

—¿Ya vienen? —preguntó El Aviador.

Llamó la atención de todos y todas que los músicos uniformados de gala iniciaran su repertorio con una versión marcial de «Let it be», de Los Beatles.

—¡Oh, Almirante Sandoval...!

—¡Valdivia! ¿Vino a celebrar el fin de la tiranía?

—Vine a ver las cosas con mis propios ojos, ayer también estuve.

—¡Ah! ¡También estuvo...! Bueno... Habrá notado cómo esa gente se está organizando en escuadras y pelotones. Fue una exhibición de fuerzas. Hay que estar alertas y pararlos una vez más con todo el rigor de la ley si se pasan de la raya.

—¿Le parece para tanto?

—¿Para tanto?! Que el árbol refrescante de hoy no le tape el bosque donde ya están agazapados para volver mañana como sea, estimado Valdivia... Tengo información de que, para empezar, están armando escuadrones de tiradores de piedras.

—¡Ah! Yo hablé con mucha gente de ellos... Hay una carga importante de fanatismo en muchos, cierto, pero la mayoría dice que se van a ajustar a las reglas democráticas...

—¡Ah, jajajajajajajá! Y les cree... Usted mismo usó la palabra indicada, Valdivia: fanatismo. Yo me especialicé en eso, ¿sabe? Hice cursos acá, en París y en West Point con los mejores estrategas militares, expertos en inteligencia y los psicólogos sociales más respetados del mundo. Un agitador político es un fanático del éxito. Alguien que no duda jamás, que no cuestiona su fe por nada de nada, alguien que pretende que todo encaje en sus esquemas trágicos... El conflicto los..., la guerra los excita. Y la esencia de la guerra es la prisa, el apuro... La paz es lenta, no los calienta...

Mito lo miraba con cara de atención. ¿Era Umberto Eco quien afirmaba que la paranoia colectiva «naturaliza» la intolerancia y la violencia? Pensó que tal vez El Almirante tuviera razón sobre el delirio persecutorio de los partidarios más efusivos de La Jefa, pero le costaba no estar escuchándolo definirse, más bien, a sí mismo. Decidió incorporar a su *Primera enciclopedia del fracaso nacional* unos cuantos apuntes sobre la «contaminación paranoica del país», (12) fenómeno que excede a tal o cual ideología y surge de la concentración del poder en una persona o un grupo cerrado. Le dijo, entonces, a Gervasio Sandoval:

—Si me disculpa, Sandoval, yo acá no veo ninguna guerra ni que se haya terminado ayer o haya empezado recién ninguna dictadura... ¿El Procurador murió de un modo antinatural y violento? Sí, pero en la escena de un suicidio... ¿Tenemos un discurso intolerante hacia el otro? Sí. ¿Una especie de autismo autoritario suele definir muchas acciones de los gobiernos? Sí. Pero de ahí a la guerra hay un abismo, nadie quiere que las cosas vuelvan a desmadrarse otra vez...

—Desmadrados estamos desde ayer, por fortuna, y quiera el Señor que para siempre. Pero al abismo... Se lo digo con todo respeto: ¡a la mismísima mierda nos vamos a ir si les hacemos caso a sus mariconadas de progre universitario! Me extraña que hable de fanatismo sin entender de qué se trata, es una enfermedad terminal, ¿entiende lo que le digo? No es tiempo de teorías abstractas políticamente correctas...

—No sé, yo observo los hechos.

—¿O se queda en las apariencias? Mire, Valdivia, violentos en potencia somos todos. Es la naturaleza humana. Lo que hay que evitar es que se consoliden liderazgos que promuevan la violencia individual de forma colectiva, generalizada. ¿Tiene tiempo para que le cuente una anécdota como demostración gráfica de lo que quiero decir?

—Sí, sí...

—En 1960, la Universidad de Yale patrocinó un experimento muy importante con cuarenta voluntarios. Yo estuve ahí, como parte de mis estudios de contrainteligencia. Bajo las órdenes de un prestigioso académico como guía, los convocados debían aplicar descargas eléctricas a una persona ubicada en una cámara de Gesell, para medir sus efectos en la memoria y el aprendizaje. Mediante una botonera, podían descargar de quince a cuatrocientos voltios, es decir, de poquitos voltios a muchísimos voltios. Pero había una trampa: la supuesta víctima no recibiría ninguna descarga eléctrica, solo debía fingir que las recibía. Era un actor entrenado. Los verdaderos estudiados eran los voluntarios, en quienes se mediría hasta dónde eran capaces de llegar bajo las órdenes precisas de un líder de intachable formación. Podían frenar cuando quisieran y se les pagaría lo prometido sin más requerimientos que el de haber participado. Ninguno se detuvo antes de los trescientos voltios y veintiséis llegaron al máximo de cuatrocientos cincuenta, es decir, el sesenta y cinco por ciento. Pero la cosa no termina en eso. Antes del experimento, se encuestó a otras ciento diez personas, se les contó el estudio en marcha y se les preguntó hasta dónde serían capaces de llegar ellos, en teoría. Todos dijeron que a cierto punto frenarían y, consultados sobre cuál creían que sería la actitud de todos los demás, consideraron, en promedio, que apenas el uno y medio por ciento de los otros se animaría a brindar la descarga máxima. Como ve, mi querido Valdivia, el hombre promedio suele asegurar en público que posee un sentido de justicia que le impide hacer daño y se hace el piadoso con los demás, pero, yendo a los bifos, es un salvaje. No hay que creer en lo que dicen las personas. Hay que estar preparado ante lo que son capaces de hacer cuando se los guía mal.

—¿Usted hasta dónde hubiera llegado, almirante?

—Depende...

—¿Y hasta dónde cree que serían capaces de llegar los demás, si los demás fueran del Movimiento 73?

—Hasta los trescientos voltios, más que seguro... Pero esto no es un juego, con semejante descarga se puede matar.

La fanfarria de los Blandengues había dado la vuelta completa a la plaza. Tocaba una de Queen. Valdivia pegó el faltazo a la velada de gala en el Teatro Independencia. El Ingeniero había pedido que lo ubicaran en una de las tres mesas junto a los máximos exponentes de La Corporación Informativa y otros colegas. Avisó que estaba enfermo. No mentía del todo: se le doblaban las piernas por el cansancio. Antes de dormir, se tomó del pico lo que quedaba de champán en una de las tres botellas que habían abierto la noche anterior con la bella Bala Perdida. Estaba caliente, asqueroso. Luego tomó posición, consiguió dormirse y, pasados cuarenta minutos, se soñó secuestrado en un galpón oscuro, acaso una caballeriza o un granero, sediento, las muñecas y los tobillos amarrados con precintos plásticos. Sin señas de haber sido picaneado.

7- NOTA DE LA COMENTADORA: Cabe consignar que, por lo poco que se sabe, solo lo habría hecho ante Clara, ante Libertad y ante mí. De a ratos me vi apabullada por la versión tormentosa y acaso ficcional que ese

hombre daba de sí mismo mientras me miraba el escote y los labios con evidente lascivia.

8- NOTA DE LA COMENTADORA: Le dedicó al despliegue de sus elucubraciones una tarde completa. En un momento se desplomó en el sofá, exhausto, y dijo tras un ataque de tos: «No representa ningún éxito explicar el fracaso general de un modo irrefutable, es como fracasar miles de veces uno solo al ponerle la firma».

9- NOTA DE LA COMENTADORA: Mito Valdivia sonaba seguro y preciso en las fechas y en las circunstancias de dichos «encuentros».

10- NOTA DE LA COMENTADORA: En julio, El Ingeniero sería reelecto en la Gran Ciudad con el sesenta y cinco por ciento de los votos y lanzó de inmediato su carrera presidencial. En octubre, La Jefa reafirmaría su condición de primera mandataria nacional con el cincuenta y cinco por ciento y los suyos comenzaron a delinear una reforma constitucional para permitirle un tercer período.

11- NOTA DE LA COMENTADORA: Así se llamaba el personaje con que se hizo famoso, en los años setenta y ochenta, el cómico Albino Rojas Martínez. Chaqueño de nacimiento, practicaba un humor rural de cuestionable buen gusto. En los noventa ensayó un paso fugaz por la política: quería ser gobernador de su provincia y Presidente de la Nación.

12- NOTA DE LA COMENTADORA: Reconsideraría una y otra vez, culposo, si la ocurrencia resultaba conveniente. Temía que la crítica descalificara su obra, considerándola un simple plagio de la Primera Enciclopedia de Tlön. Un año y medio antes, la viuda de Jorge Luis Borges le había prestado, en un gesto de generosidad sin precedentes, el Tomo XI de aquella monumental fuente del saber. Los sabios de Tlön subordinaban todas las ciencias a una fundamental, la Psicología. Optó, no obstante, por seguir realizando su trabajo con absoluta libertad: «Total, en Tlön el plagio no era considerado una falta. Es más, ni siquiera existía el concepto. Se sostenía que todas las escrituras eran, en realidad, una sola».

V

LAS CAUSAS

Será justicia

Esteban Milagro del Carmen Hoyos Bidart era, qué duda puede haber, el miembro más encumbrado, culto y extravagante de La Logia del Seis Doble.

Doctor Honoris Causa de las once universidades más prestigiosas de Occidente, hablaba y escribía con fluidez en alemán, italiano, francés, inglés, ruso y chino mandarín. Podía recitar al Dante o a Shakespeare de corrido, y dicen que su imitación de la soprano greco-estadounidense Ana María Kaloyeropulu, famosísima bajo la marca registrada María Callas, podía resultar tan emotiva como desopilante, más aún caracterizado de fina geisha para su versión de Madama Butterfly. Parece que, debido a la contextura física y el registro grave, varonil, de la voz, Su Señoría lograba cautivar y al mismo tiempo arrancaba carcajadas al alcanzar unos agudos sobrehumanos en falsete, travestido de japonesita con peluca y todo.

Moreno, velludo, bronceado de cama solar, un metro con ochenta y siete centímetros. Imposible adivinarle setenta y dos años. Ciclista compulsivo desde niño, pudo haber superado la gloria de Antonio «Payo» Matesevach, el sanjuanino que voló en los Panamericanos de Puerto Rico '79, pero su madre lo obligó a seguir Derecho. Siempre vivió con ella, católica devota y viuda desde 1978, en un palacete del distinguido Barrio Chico; recién en 2012 le permitió llevarse un compañero a la casa: el caniche toy al que bautizó «Mercury», por Freddie, la mañana en que se puso a cantar «Barcelona» mientras se bañaba y el perrito le hizo coro, aullando.

El Juez fue socio vitalicio del Club de Dominó y Filantropía de Barrancas desde el primer día que puso un pie allí, presentado por El Comisario Utópico. Nunca pagó un peso de cuota ni para comer o beber, ni sacó una moneda del bolsillito del chaleco a la hora de apostar... y eso que se apostaba fuerte. El Capitalista se hacía cargo, en efectivo, y llevaba la cuenta en una libretita roja exclusiva para él. En las evocaciones aristocráticas de ese antro apartado del centro hallaba el magistrado un refugio de las tensiones y el qué dirán cotidianos, un respiro para el paladar, conversaciones interesantes y en apariencia desinteresadas y un espacio lúdico. Gozaba menos la timba que las conspiraciones. La Logia del Seis Doble, administrada por el uruguayo Martiniano «El Capitalista» Mondragón, le tenía reservado un rol estratégico para cuando llegara el momento preciso: aportar el veinticinco por ciento de lo recaudado por sus doce prostíbulos clandestinos para el financiamiento del plan.

Era el único manchón en el currículum vitae de este distinguido integrante de la Honorable Cámara General de Justicia. Su Señoría invertía en inmuebles. Además del palacete familiar y un campo de treinta hectáreas en la cuenca lechera santafesina, tenía declarados doce departamentos de dos y tres ambientes en los barrios mejor ubicados de la Gran Ciudad. Todos estaban alquilados por señoritas voluptuosas de nivel universitario. Mito Valdivia había investigado el

caso.

Invirtió tres noches en «visitas exploratorias» a sendos elegantes piringundines y otras cuatro en ordenar la información recabada, soñándola. Quedó periodísticamente comprobado que en esos lugares se ejercía la prostitución, pero la causa terminó archivada muy pronto porque «una azarosa cadena de casualidades» no hace al cafisho.

Las chicas negaron todo, aterradas.

Valdivia ni siquiera fue citado como testigo.

Hoyos Bidart sostuvo, por escrito, que carecía de tiempo para andar ofreciendo y cobrando alquileres, que de eso se ocupaban la inmobiliaria y el ama de llaves de su madre, una sexagenaria chupacirios llamada Dolores.

Dos peritajes policiales se extraviaron y el que quedó adjuntado al expediente parecía extraído del archivo de una consultora de recursos humanos: resaltaba, sobre todo, la formación académica de las jóvenes, así como el orden y la exquisita decoración de los domicilios visitados.

Los vecinos de los diez edificios eran ciegos, sordos y mudos.

El escándalo solo sirvió para que se sofisticara el mecanismo de citas. (13)

Su Señoría conoció personalmente a Mito en aquellas penosas circunstancias. Lo recibió a desgano en su despacho de los Tribunales para denunciar, en estricto off the record, «una persecución espuria, indudablemente política y homofóbica» y quejarse por «la pésima calidad y el peor gusto del periodismo nacional».

De hecho, tal acoso existía. El Juez era espiado y extorsionado por distintas facciones del servicio secreto. Valdivia, consciente de que el hombre no iba a asumir así nomás su condición de proxeneta, pretendía por lo menos determinar quién y por qué querría perjudicarlo mandándolo al frente con el rumor, fácil de confirmar, de que manejaba o protegía un negocio ilegal. Le garantizó prudencia extrema si le facilitaba alguna pista y le aclaró que, según su manera de pensar, perseguir a alguien por su condición sexual era un acto de barbarie.

El alto funcionario judicial, qué importa si conmovido o dispuesto a victimizarse, extrajo un bibliorato con tapas floreadas de la caja fuerte. Estaba lleno de fotocopias impresas en papel tamaño A4 de color rosa: eran todos los mails enviados y recibidos por la cuenta ehoyos.b@hcgi.com durante los últimos ocho meses. Le habían llegado a la oficina envueltos para regalo con una tarjetita escrita a mano: «Esto quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia... ¡Quien quiera oír que oiga! Muchas felicidades». Tenía más aparte, unas quince hojas dobladas en cuatro dentro del bolsillo interno del saco. Eran mensajes de tono intimista intercambiados con un amigo, cuyo nombre había tachado. Le extendió tres.

—Si usted publica esto es un criminal. Solo quiero que vea en qué país vivimos...

Valdivia los repasó con el ceño fruncido, a media voz. Al cabo comentó suspirando: «Sí, sí, qué país». Y se comprometió a no hacerlos públicos porque su origen constituía «un acto de espionaje fuera de la ley». De todos modos, y por las dudas, mientras leía se grabó con el smartphone sin que Su Señoría lo notara.

Mail 1:

De: «esteban hoyos bidart»

A: xxxxxxxx@hotmail.com

Asunto: Nos vemos pronto

Fecha: Sun, 15 Nov 2010 06:07:08

Aló xxxxxxxx! Terminé la ponencia para Jerusalén, un parto de nalgas! Y mi mami que me requiere tanto con sus 93 y acomodarme en el quilombo de la Maldita Cámara, pero vamos adelante! Cada una de esas cosas por

separado me hubiera dado un surmenage, pero todas juntas fue como someterse a un pelotón de chongos completo... Me entregué cual putita novata para que hagan conmigo lo que quieran sin chistar. Para bajar el estresazo me fui en la bici hasta La Plata, un récord absoluto: 4 horas, con custodia federal a distancia. Te cuento: me levantó un chico hermoso de 21, morochón, grandote, superdulce. Hacemos pendejadas todo el tiempo, jugamos al tutifrutí, hacemos crucigramas y panqueques con dulce de leche... Mmmmmmm... Se ve que me fui ablandando de jovato. Ya te contaré los detalles. Mañana salgo para Israel y después paso por Roma, me esperan unos amigos para una fiesta que promete mucho. A la vuelta te venís a casa y brindamos por el fin de este año infernal. Besitos. E.

Mail 2:

De: «esteban hoyos bidart»

A: xxxxxxxx@hotmail.com

Asunto: Ciao!

Fecha: Tue, 24 Nov 2010 15:42:50

Holalá xxxxxxxx! Roma me mata, yo debería haber nacido acá en el siglo xvi para inspirarle más amores profanos a Tiziano. No tengo a nadie de confianza para contarle lo que me pasó anoche... Me asusta el grado de putez que alcancé, más que nada mental. Fuimos a una fiesta privada donde la atracción era un cuarto oscuro con la música a todo lo que da. Entré con un tanito todo tatuado de pelos pinchos y lo mamé a piacere. En el sillón de al lado había otro tipo de mi edad y otro pendejo se la chupaba con ganas con el pantalón caído mientras un pibe musculoso le daba por atrás sin forro. Cuando el viejo y el atleta se fueron, el pibito se nos sumó y me pajeó y me tragó todo. Cuando dejamos el cuarto oscuro, el tatuado se fue y salimos a la calle con el otro, a la luz era un lindo total, rubio de ojos claros, como del norte italiano. Le ofrecí alcanzarlo hasta donde fuera y me dijo que no, que él caminaba. Le dije que tenía que cuidarse, que no podía someterse así nomás a cualquier cosa y sin protección. Nos metimos en un telo. Tomamos whisky, fumamos flores marroquíes y me lamió entero con esa sonrisa de ángel. ¡17 años tiene! Dormimos enroscados, lo llevé a desayunar café con huevos revueltos y le tiré unos euros cuando se fue. Quedamos en volver a vernos, andá a saber cuándo y dónde. Me prometió buscarme bajo tierra si fuera necesario. Le dije que no tenía pensado morirme todavía. ¡Qué bichos raros somos los putos! ¡Enamorarme así de un nene que jamás voy a volver a ver! A vos nada más podía contarte esto: me pegué un bajón termendo. Sigo en Roma unos días más, me volveré para allá el 2 de diciembre. Te quiero. E.

Mail 3:

De: «esteban hoyos bidart»

A: xxxxxxxx @hotmail.com

Asunto: De regreso.

Fecha: Sat, 04 Dec 2010 11:09:23

Hola xxxxxxxx! Ya estoy acá, en la trinchera (o el trinchete). La noche antes de dejar Roma me la pasé dando vueltas por la casa de la fiesta del cuarto oscuro y por el hotel gay donde estuvimos con el angelito. Ni una pluma del ala encontré. Y apenas llegué acá, no me vas a creer: en el cumpleaños de xxxxxxxx me presentan a un chico que podría ser el hermano mayor del tanito. Bastante mayor: ¡19! Jajajajá. Ponele que estamos en pareja, nos vimos dos noches seguidas ya. Dice que mi pija es el instrumento más noble de la Creación. Más católico que mi mamá es. Está recién salidito del ropero. Hoy va a traer a un amiguito de la facultad. Está mareado, quiere probar todo de golpe. Y bueno, habrá trípode. En el palacio hay un mar de fondo bárbaro, imaginate justo yo cuidándome el culo. Hay servicios armando y desarmando cosas de la mañana a la noche. Qué nenes! No tienen límites! Yo les digo a los colegas que con La Jefa no jodan, que recién viuda se la van a tener que seguir bancando una temporada larga. El luto es como la toga que me dieron en Jerusalén: te blindo, es el traje de Iron Man. Querían que yo haga una movida para meterla presa por enriquecimiento ilegal, qué gente más pelotuda. Algunos no entienden un corno de política. Son eyaculadores precoces... Y hablando de togas: con la colección que tengo y unas máscaras venecianas que me traje, se me ocurrió recibir el año en el campo con una fiesta de disfraces. Qué te parece? Hará mucho calor para eso? Besos. E.

El Juez y Valdivia recién volverían a verse cuando coincidieron, dos años después, en el Club

de Dominó y Filantropía de Barrancas. Llegado el momento, la opinión de Hoyos Bidart tuvo un peso determinante para que el periodista fuese tenido en cuenta como potencial *amicus certus* de La Logia. Pese a que las investigaciones de Mito sobre la red de burdeles VIP lo habían expuesto en un lugar pecaminoso, el hecho de que no sacara a la luz aquellos mails lo persuadieron de su confiabilidad (o de la conveniencia de tenerlo cerca). (14) Y ahí estaban, ahora, de sobremesa con unos profiteroles bañados en chocolate de Trinidad y Tobago y una botella del más fino encabezado de malbec que causaría estragos al licuarse con el chardonnay de la cena en sus estómagos. Tenían compañía: un silencioso veinteañero de traje, brackets turquesas y piercing al tono en la lengua con «Mercury» a upa.

—Hablemos a calzón quitado, Valdivia... ¡Jajá!

—Si usted lo dice...

—Vivimos en una sociedad podrida por los prejuicios machistas. ¡El daño que les han hecho a esas chicas, tan refinadas y atentas! ¡¿Qué pretendían?! ¡¿Que se mueran de tedio en una oficina por dos pesos?! Los prejuicios insensibilizan, tuercen el foco...

—¿El foco no sería la ley? Usted...

—¡Quíteme a mí del medio y hablemos de lo importante! Buenas chicas en buenos lugares, cuidadas por buena gente, con obra social de primera, controles de salud bimestrales y anticoncepción asegurada... ¡Y la ley! La ley, mi muy apreciado amigo, nunca llega a todas partes. Sus tentáculos tienen límites. Hay zonas de la sociedad que deben autorregularse, de lo contrario la maquinaria no funciona, porque cada pavada que sucede termina apilando expedientes en los Tribunales.

—Pero si es partidario del comercio sexual regulado, ¿por qué no impulsa una reforma legal, usted que puede hacerlo?

—¡Claaaaroooo! Y después ustedes publican esos mails y titulan: «Magistrado pedófilo propone prostitución y marihuana libres». ¿Usted quiere que a mi mamá le dé un patatús?

—Bueno, la marihuana ya no le asusta a nadie. Pero dígame, lo de la pedofilia...

—¡Ay, ay, ay, ay, canta y no llores...! ¡Le parece que a mí me atraen los niñitos de jardín? ¡Qué espanto, por favor! —El Juez acarició al caniche toy, dormido en brazos del joven de los brackets turquesas—. Que aprendan a hablar... Cambien la carátula: efebofilia... Un amigo me dice que amo a los efecos porque soy «un grecorromano clásico para el Derecho y para el Torcido»... ¡Jajá! Vea, Mito, si llevamos las cosas al extremo, tendríamos que haber arribado a la conclusión histórica de que El Padre de la Patria era flor de pedófilo porque se casó con una nena de catorce añitos y la embarazó de inmediato. Pero no: lo convertimos en ejemplo del macho nacional. Lo que hay es una satanización absoluta de la sexualidad adolescente..., de la sexualidad en general, producto del prejuicio homofóbico. Desde el punto de vista de los códigos penales, ni la pedofilia ni la efebofilia son delitos. Sí lo son el abuso y la corrupción de menores. Y yo de ninguna manera soy capaz de hacerle daño a nadie, eso es absolutamente contrario a mi modo de ser.

—Doy fe —abrió la boca por una vez en la velada el acompañante de Su Señoría.

Del vino espeso y dulzón pasaron al café y al coñac. La charla derivó hacia los asuntos de más candente actualidad. Eran las tres y media de la madrugada.

—¿Qué le parecía El Procurador? ¿Lo conoció bien?

—Bastante bien... ¡Un asco de tipo! Agresivo, pedante, trepador, celoso, bipolar... Mucho gym, mucha pilchita, mucho botox, mucha modelito anoréxica, mucha festichola... ¡Típica marica cincuentona no asumida!

—¡Ah! ¿En serio?

—Y... Parece que yo sé un poquito del tema...

—¿Está seguro? Mire que también se habló de cocaína y otras drogas, y al final parece que pastillas tomaba de todos los colores, con receta, pero drogas...

—Bueno, no me crea...

—¿Pero eso tiene alguna relación con su muerte?

—Directamente, no... ¡Jajá! ¡No, no no...! ¡Jajá! ¿Le hice hacer la película de un crimen pasional? ¡Usted también es un pillo...! ¡Jajá! Nada que ver... Quiero decir que esa personalidad fue la verdadera arma mortal del caso y alguien supo accionarla... No daba más el pobre Gómez Pardo y lo apretaron y lo apretaron y lo apretaron hasta que... ¡pum!, el apretado fue el gatillo.

—¡Ajá! Suicidio inducido...

—No, Valdivia. Homicidio indirecto. De suicidio hable usted, si quiere. Acá todos nos sentimos un poco El Procurador, porque apretados hasta los portaliagas estamos todos. Lo mataron y punto. Ahora hay que poner las velas en dirección a los nuevos vientos...

—Le encontraron cuentas bancarias en Liechtenstein y propiedades en Miami... Me dicen que el servicio secreto le pagaba un sobresueldo de cien mil dólares mensuales bajo cuerda...

—¿Y qué tal ciento cincuenta mil?

—¿Le consta o hace el cálculo en relación con lo que recibe usted en negro?

—Yo... ¡¿Yo?! ¡¿Qué tengo que ver yo?! ¿Estamos hablando de mí o de Adalberto «El Procurador» Gómez Pardo?

—De él, de él... De su relación con los capos del servicio de inteligencia...

—¿Qué quiere que le diga? ¡Un títere! Igual que su ex, bastante ofídica por cierto... Vea, Mito: en el ambiente, a ese Jerez, Garganta 1 que le dicen, lo tenemos calado todos. El problema es que él nos tiene más fichados todavía. ¿Cómo cree que se puede durar cuarenta años en un puesto así? Alguien leal a todos los gobiernos, solo es leal a sí mismo. Es gente capaz de cualquier cosa para preservar el trabajo. —La primera vez que dijo «leal», Su Señoría dibujó comillas en el aire con los índices y los mayores de ambas manos.

—¿Incluso matar?

—Cualquier cosa es cualquier cosa... Son maniáticos de la información esos muñecos. Paranoicos profesionales, todos psicópatas graves... Capaces hasta de almacenar cosas que los puedan perjudicar a ellos mismos por si acaso en algún momento les sirven para salvarse hundiéndose entre sí. Funcionan como una secta, con ritos iniciáticos, códigos de honor y todo eso. Yo los conozco bien, con tantos años de trabajo y las mil y una que me hicieron.

—¿Por qué no se presenta usted para aportar estos elementos?

—¡Ay! No me haga arrepentir de estar hablando estas cosas con usted, ¿me hace el favor? Sobrevivir es la prioridad de todos, Valdivia...

—Pero usted se llevaba bastante bien con el gobierno de La Jefa Hortigoza, la salvó de unas cuantas...

—¿Y eso qué tiene que ver? Hasta le diría que me cae simpática, pero a La Doña se le acabó el tiempo, fue demasiado ambiciosa y lo mejor para todos es que no vuelva nunca más. Alguna vez hay que dar vuelta la página. Anote esto: en breve van salir unos videítos de gente muy vinculada con esta mujer contando pilas de billetes de todos los colores, hasta yuanes chinos y yenes japoneses, y trasladándolo de un lado a otro de las maneras más desopilantes. Linda primicia, ¿no? Esos videos han de ser más fáciles de conseguir que las escuchas de Gómez Pardo, supongo. Están al horno, Valdivia. Que se cocinen solos en su salsa. Un poco más de coñac, por favor... Y deberíamos ir yendo, es tarde.

—Sí, claro, acá tiene... ¡Rico el coñac! Me quedo con que alguien debería explicar el

suicidio de Gómez Pardo...

—¡Perfecto! Hágalo usted, si le parece. Es su manera de sobrevivir. Solo le recomendaría que se cuide, me cae bien usted, a pesar de todo. Yo ya le di mi veredicto: lo mataron y punto. ¿Lo desvió mucho si nos alcanza hasta el Barrio Chico?

La cuenta estaba paga. Al Citroën anaranjado le costó arrancar. El Juez, su joven amigo y el perrito se ubicaron en el asiento de atrás.

—A casa, Perkins... —bromeó Su Señoría con tono aristocrático.

Valdivia les devolvió una sonrisa falsa por el espejito y aprovechó que estaban en su auto para ser indiscreto.

—Digamé, doctor, ¿La Logia del Seis Doble tiene un gran maestro?

—Bueno, es una logia...

—Es El Almirante, ¿no?

—Sí, sí... Y yo soy Marilyn Monroe... ¿Usted en serio cree que alguien como yo se va a subordinar a gente tan tosca? Saque sus conclusiones...

Siguieron en silencio. Hoyos Bidart hizo ingresar al chico por el portón lateral del palacete, el de las mucamas, y saludó con la mascota en brazos desde la entrada principal. Habrán sido las columnas corintias desdibujadas por la neblina y la mescolanza de chardonnay, malbec licoroso y coñac, pero El Juez irradiaba solemnes destellos de prócer.

Ave María purísima

Estuvo seco durante nueve días. Es decir, sin un solo trago ni aspiraciones de nada, sin una sola cita, sin un solo sueño revelador, sin una sola idea. Fue hasta La Puerto Rico a reencontrarse con algo de su agria normalidad en un café y, ya que estaba, por qué no con el remedio a la abstinencia en unas grasas. Desbordaba de turistas extranjeros el bar histórico. Y él, de angustia. Tal vez más tarde se cruzaría con La Troska. Tras un par de intensos reencuentros y varias charlas kilométricas por WhatsApp, rellenas de idas y vueltas en reproches, coqueteos, provocaciones, sugerencias de alto contenido erótico y versos de despedida, Valdivia había consentido las reglas: verse mucho, poquito, nunca nada y jamás un juramento. ¿Qué iba a hacer con Libertad, sino seguirle la corriente? ¿Tendría razón ella y los sentimientos de Mito no pasarían de una «obsesión maniaco-posesiva»?

Sonaban tangos.

Se colgó de la mirada negra, turca, brujeil de una gallega que movía los labios con exactitud sobre la letra de «Madame Ivonne» (última grabación de Carlos Gardel en el país, previa a su trágico final aeronáutico en Medellín): «Alondra gris, tu dolor me conmueve / tu pena es de nieve...». En un santiamén le estaba contando de mesa a mesa que tenía pendiente un viaje a Madrid y se hicieron amigos en Facebook y se siguieron en Twitter e Instagram y un ratito después se trenzaron en un beso largo, húmedo, en la oscura antesala de los baños. Ella también era periodista. Fotorreportera, para más precisión. Administraba un blog volcado a las crónicas de viajes y los dramas sociales del Tercer Mundo. Se despidieron sin la más mínima voluntad de hacerlo.

Por fortuna, el pozo de soledad fue breve. Un bache del ánimo en el sendero de su jodida angustia. Era domingo a la tarde y El Vendedor de Fragancias no podía fallar.

—¡Enhorabuena, querido amigo: los mejores perfumes para usted!

—A ver qué tiene para mí, Don Fernández, que anduve oliendo bastante a podrido

últimamente.

—Pues... Tengo el Totem, de Kenzo... El The One, de Dolce & Gabbana... El Bleu de Chanel... y, si me permite, tengo el más potente de todos: este...

El viejo canoso de traje raído deslizó por la mesa de granito un sobre blanco de quince por quince con tres discos compactos adentro. Estaban rotulados a mano con fibra negra indeleble: 1) La cueva; 2) La virgen; 3) Audios Procurador. Pagó veinte dólares el Totem de contrabando con cara de qué buena inversión y se marchó tan rápido que olvidó la caja. El contenido de esos discos sí que lo obsesionaba. Tomó un taxi hasta su casa. En el camino le escribió a La Troska:

—Venite al depto a ver una peli.

—¿Llevo pochoclo?

—Dale. Pero tendría que ser ya.

—En media hora estoy, ando al pedo.

Tardó el doble. Valdivia se ahogaba de ansiedad. Pensó que mejor hubiese sido contener el impulso de invitarla, pero tampoco le disgustaba la oportunidad de mostrarse accediendo a una primicia. Entre colegas, siempre comparaba esos momentos con «un buen polvo». Y quizás, de paso, estuviese a punto de poder arrancar esa comparación del terreno puramente teórico. Ver llegar a Libertad y abrazarla sobre su pecho lo calmaba. El pochoclo, aún tibio, había sido más que una metáfora solo apta para cinéfilos. Se sentaron en la alfombra frente a la notebook. Mito dio enter y se dispuso a tomar notas.

CD1 / «La cueva». Video tomado por una cámara fija en alto: ¿corresponde a un circuito cerrado de seguridad o fue camuflada en una lámpara del techo para espiar?

Seis hombres rodean la gran mesa ratona ovalada en un amplio living con sofás enfrentados.

Tres de ellos son fácilmente reconocibles: Jesús «El Testaferro» Monserrat fuma un habano; Matías «El Testaferro» Monserrat bebe algo rojizo con hielo en un vaso de whisky; y Santiago «El Gallo de Vidrio» Larrañaga se toquetea la nariz. El pelado parece ser el secretario de Obras Públicas, pero está siempre de espaldas. El de bigotes y el de camperita oscura parecen empleados, por la actitud.

Valijas por todas partes, no menos de ocho, cargadas con fajos de pesos nacionales, dólares, euros y otras monedas extranjeras que cuesta identificar.

Los cuentan a mano y con dos maquinitas, y los van dividiendo en bolsas negras de nylon, tipo consorcio. Las anudan como si se tratara de residuos.

Según indican los saltos del cronómetro, las imágenes fueron editadas en tres bloques de cuatro, seis y cinco minutos respectivamente.

Al cerrar la última bolsa (serán quince) los seis protagonistas del conteo se ponen en ronda y con las manos extendidas hacia el centro, superpuestas estilo mosqueteros.

El de bigotes va y viene sacando las valijas. Se llevan las bolsas.

El Testaferro vuelve al living vacío, mira con detenimiento alrededor, vacía el vaso y sale de escena.

—¿Qué hijos de puta! ¿Y vos vas a publicar eso? ¿Para qué me lo querías mostrar? No te tenía tan sádico... —inquirió Libertad, parándose de un salto.

—Lo acabo de ver por primera vez con vos, ni sabía de qué se trataba. Pero en principio no deberías enojarte conmigo, yo no le robé nada a nadie y no estaría en condiciones de decir lo mismo de los amiguitos de La Jefa y El Pibe. Ahí los tenés contando montañas de guita. La pregunta es qué piensan hacer ustedes con esto...

—¿Esto es una opereta infernal! ¡Déjame de joder, Mito!

—Más bien que es una opereta... Estas cosas no se desparraman solas por ahí, alguien las tiene bien guardaditas hasta el día indicado. Pero ¿sabés qué? Los agarraron con las manos en la masa. Deberían ir en cana, pero por imbéciles.

—Lo único que hay ahí es gente contando billetes. ¿Qué sabés vos de dónde viene esa guita?

—De nada limpio, seguro, ¿qué importa eso ahora? Millones y millones de todos los colores que llegan en valijas al living de una casa y se van en bolsas... Eso es lo que hay. Tengo dos videos más. ¿Te los bancás o sigo solo?

—¡Dale, la puta madre que los re mil parió!

CD2 / «La virgen». Video tomado desde un smartphone.

Procesión de Nuestra Santísima Inmaculada entre Posadas y Encarnación, por el Puente Internacional San Roque González.

La encabezan El Obispo Carretero, los intendentes de ambas localidades, El Gobernador Galán (antes de que La Jefa lo nombrara Ministro Coordinador) y dos altos miembros del gabinete nacional: Federico «El Recaudador» Benítez y Carlos «El Diego» Charadía.

Detrás de ellos hay alguien canoso de barba que bien podría ser El Testaferro, pero está lejos y medio tapado.

La virgen sobresale del techo de una Trafic con parlantes, reformada para esos fines religiosos: le han calado arriba una ventana de un metro y medio cuadrado, a través de la cual puede ser elevada y vuelta a guardar dentro de la cabina una vez concluida la ceremonia, gracias a un mecanismo neumático. Se la donó el gobernador a las monjitas de clausura del Convento Ascensión de María (buscar archivo).

La imagen sufre un corte abrupto y vuelve con la misma Trafic en una especie de galpón. Quien la grabó debe haber pretendido que nadie lo notara, ya que se mueve y parece tomada desde la altura de la cadera.

Dos hombres de espaldas a la cámara extraen cuatro valijas ocultas bajo la base del moderno montacargas. Chequean una de ellas abriendo apenas la tapa: está llena de fajos de billetes termosellados.

Uno de los eventuales maleteros exclama «¡Eh, Chara!» o «¡Es chara!», no se escucha con claridad. Puede interpretarse como un aviso a Charadía, quien no aparece en el cuadro, o como «¡es lana!» en guaraní.

Se corta de golpe a negro.

—¡Ah, bueno! ¡¿Y con eso qué?! ¡Ahí no aparece nadie conocido! —se indignó Libertad, a grito pelado. Desparramó el pochoclo por el suelo con un manotazo de cólera—. ¡Son capaces de inventar cualquier cosa! ¡Lo manipulan todo! La Corporación Informativa se va a hacer un festín, ¡la concha de su madre!...

—No es para menos... ¡Cómo que no hay nadie conocido! Y agradecé que La Jefa faltó al acto donde les donaron la camioneta a las monjas. Me acuerdo patente: se lo interpretaba como un gesto hacia la Iglesia para congraciarse con El Papa, pero le descubrieron el bultito en el pecho a tu ídola y al final no fue. En YouTube deben estar las crónicas de ese día. A ver... —Ahí estaban, en efecto, con El Recaudador y El Diego en primera fila, las monjitas chochas y El Obispo Carretero agradeciendo «este gesto sublime de las autoridades» en el sermón.

—¡Vos no podés publicar esa mierda! ¡Vas a quedar del lado de los hijos de puta para siempre!

—¿Quiénes son los hijos de puta, mi alma? Además, si esto me llegó a mí ya lo deben tener por lo menos otros dos o tres. La función recién está por comenzar. Veamos el que queda, por ahí te gusta más. Parece que son grabaciones telefónicas con amenazas a Gómez Pardo o algo así. Me chusmearon que iban a aparecer...

Pero en el tercer CD no había ningún audio. El único documento contenía fotos de Solange y Marina Valdivia (15) en días, horarios y circunstancias diversos: solas yendo a trabajar o entrando a sus casas, juntas en un bar del centro y cada cual con su pareja, en una cena o de paseo por la Costanera...

—¡Hijos de puta!

—¿Y esas pibas? ¿No había grabaciones ahí? Pará, ¿qué pasa...? Mito, ¿por qué te ponés así?

—se atolondró La Troska frente a un Valdivia pálido, desencajado, que se estrujaba el pecho.

—A mí no me la van a poner tan fácil, a mí no me la van a poner...

—¿Me decís quiénes son esas chicas? ¿Trampas tuyas?

—Son mis hijas.

—¿Y qué hacen tus hijas metidas en la misma bolsa de esta opereta del orto?

—Es un apriete, ¿me seguís? Pero prueba que las escuchas existen. Me están forzando a que publique lo que quieren, estas ratas. Me dicen que si hago públicos los dos videos ya veremos si me llegarán las grabaciones... Saben que las estoy buscando y me las refriegan en la cara como si fuera su sabueso. Ellos mandan... ¡Las pelotas mandan!

—¿Cómo sabés qué carajo te están diciendo? ¿De quiénes hablás?

—No importa... Ya nos vamos a ver las caras... ¡Qué cloaca de país! Perdón, pero mejor andate. Tengo mucho que hacer. Disculpame, de veras...

—Mito...

—Andá, por favor. Yo te chiflo después.

—Okey. Me preocupás. Cuidate.

Un beso al pasar. Ningún orgasmo. Ni de los unos, ni de los otros. Aún sentía el picor de las grapas en el fondo de la lengua, hecha una lija. Quedaba un vodka de Podlaquia sin abrir. Se bajó media botella de golpe, ni respiró en la sucesión de tragos. Evaluó con el espejo la doble presión a que lo sometían Libertad y sus fuentes anónimas. ¿Podía mirar para otro lado y callarse la boca? ¿Quería marcar el paso de sus pretendidos mandantes con disciplina cuartelera? Eran opciones falsas, para él. Decidió no alarmar a las «nenas», había tiempo para eso. Vació el aguardiente de papas polacas hasta la última gota. Le hubiera dado con gusto a un par de rayas, pero tenía la imperiosa necesidad de dormir. Tomó posición de sueño. Respiró hondo, cada vez más parejo. Con titánico esfuerzo conseguiría ver que Adalberto «El Procurador» Gómez Pardo lloraba y puteaba por teléfono, de remera blanca y cara de condenado. Desesperó Valdivia. Las palabras le llegaban deformadas en zumbidos de abejorro. Del otro lado de la comunicación solo se insinuaba una oquedad atroz de infrahumana negrura.

Todos presos

El revuelo de dimensiones internacionales lo desató la tele, no Mito Valdivia. Era cantado que semejante bomba, para estallar a tiempo, debía contar con más de un voluntario a pulsar el botón.

El noticiero central del Canal 1 llevó la delantera el martes al mediodía con el video de las ocho valijas y el Canal 3 incrementó el escándalo, el miércoles por la noche, con los secretos de la virgen ascendente. Curiosidad al margen: a Valdivia lo invitaron a ser «columnista especial» en ambos programas, sin mencionar siquiera que había tenido acceso a esas imágenes el domingo anterior.

El viernes fueron detenidos El Testaferro y El Testaferrito, en operativos dignos de Hollywood: esposados, con cascos de combate y chalecos antibalas, escoltados por gendarmes con fusiles. El Recaudador y El Diego recibieron sendas citaciones a indagatoria el mismo día, para una semana después. El martes siguiente fue título catástrofe de todos los diarios que Catalina Hortigoza debía presentarse a declarar dos veces. Una en el juzgado que llevaba la causa por corrupción contra los recién mencionados, en principio como testigo. La otra, en calidad de instigadora, por presunta «traición a la Patria» y «asociación ilícita» en el caso por tráfico de armas que denunciara El Procurador antes de aparecer muerto.

Era otro país. Bueno, tampoco exageremos: era el lado oculto del mismo país de siempre, que de vez en cuando y nunca por casualidad salía a la luz. Los mismos magistrados que hasta pocos meses atrás se distinguían por una inacción cómplice, de repente, con Patricio Month ya sentado en el trono, despachaban citaciones, exhortos, órdenes de requisa y de captura e interrogaban y procesaban sin respiro, cual justicieros a la carta. Nada nuevo bajo el sol, salvo los circunstanciales protagonistas.

En rigor de verdad, la politización del Poder Judicial constituía un fenómeno reiterativo, cíclico, determinante de cada coyuntura histórica. Vista gorda para garantizarles gobernabilidad a los caudillos en auge. Ojos y garras de lince para defenestrarlos en la caída y limpiarles el camino a las nuevas autoridades. No porque sí el tema ocupaba tres capítulos en la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*, sustentados en documentos inéditos, en testimonios exclusivos y, cierto, en sueños profundos.

La JM73 convocó por todas las redes sociales a una movilización frente a los Tribunales para la mañana en que debía presentarse La Jefa. Montaron un escenario tubular a cincuenta metros de la entrada. Daría un discurso al salir y, por si acaso no saliera, decenas de grafitis avisaban desde los muros: «¡Si la tocan a Catalina qué quilombo se va a armar!». Y también: «Ingeniero gato».

Entró a las diez en punto al edificio, de negro hasta las gafas y con custodia especial. Fue tensa la espera. Trece mil personas, según los organizadores. Tres mil quinientas, calcularon las autoridades. Sonaba rock a todo volumen: «¡No mires por favor! y no prendas la luz... / La imagen te desfiguró. / Este film da una imagen exquisita / esos chicos son como bombas pequeñas». Olas de pogo insinuaban desbordes. La noticia del día en la TV y las radios eran los militantes con pecheras verdes a cargo del dispositivo de seguridad en torno a un vallado metálico perimetral. ¿Y la policía? ¿No era ese su trabajo? Una ovación anunció que la mujer del día estaba saliendo. Tardó quince minutos en llegar al tablado entre la gente. Habló una hora. Recorrió el martirologio de los patriotas nacionales, se declaró perseguida y remató: «¡Condénenme, no importa, la historia me absolverá!».

Valdivia creyó ver a Marcelo Dos Reis en la tele. Le escribió por WhatsApp:

—¿Estás ahí?

—Al pie del cañón... ¡Buen día! —respondió El Comisario Utópico.

—Veo que contrataste un montón de extras. Los están matando en los noticieros por derivar el operativo.

—Tonterías, todo bajo control.

—Sí, bajo control de ellos...

—¡Esta de ellos! Tengo trescientos cabezas de tortuga y cuatro hidrantes atrás del edificio. Todo arreglado. Los pibes saben que no se jode, puro pico son estos pichis...

La desconcentración fue ordenada, cantando «¡vamos a volver, a volver, a volver...!» en honor a La Jefa Hortigoza y un candombero «¡vos sos gato, gato, gato...!» para el ingeniero Month. La división del país se consolidaba en los juzgados y en los medios. Clinclín de WhatsApp. Debía ser Dos Reis, con ganas de comentar algo más. Pero no.

—Toc, toc... ¿Valdivia? —se anunció Luna Feroz. La colorada del grupo de activistas coordinado por Pepe Pueblo le chateaba por primera vez.

—¡Qué sorpresa! ¿No estuviste en el acto?

—Obvio que sí. Ya fue. Tengo algo que te puede interesar.

—Decime.

—Por acá no, prefiero en persona.

—Ah...

- Jajajá. ¿Podés pasar esta noche tipo una y media por Canalejas 876?
—¿Tu casa?
—No, jajajá. Mi laburo.
—Ah... ¿No te compromete? Mucha gente me conoce...
—Tranqui, ahí nadie ve la tele ni lee nada. Por eso a muchos famosos les gusta ir.
—Ok.
—Te espero, dale.

Lo único que le faltaba: liarse con Luna Feroz en medio de la tormenta obsesiva con La Troska y, quizás, con Bala Perdida enamorándose. Ni más ni menos que el cien por cien de las mujeres de un solo grupo para él. «Esto termina mal», se dijo, sin evaluar que aquel «algo que te puede interesar» circulara por otro costado que no fuese sexual.

Es que las chicas funcionaban distinto en los días de su juventud. Levantarse a un tipo así, en un chasquido, antaño era de rápida. De puta, bah. Hacerse fama en tal sentido tendría su encanto y hasta su mística entre los varones, pero ante las demás significaba una marca en el orillo, sino un estigma sin retorno.

Valdivia le prestaba mucha atención al asunto. Se consideraba un «feminista evolutivo moderado» (también un «lesbiano activo», aunque muchísimo menos en serio). Había delineado esa postura de pretensiones ideológicas en ácidas discusiones con Clara, su esposa, que al morirse lo dejó a la deriva también en esa búsqueda inspirada, según él, en la aplicación práctica del materialismo dialéctico. Mito fraccionaba la historia de la emancipación de las mujeres en seis etapas, coincidentes con el salto de la modernidad a la posmodernidad: «Quisieron trabajar y trabajaron; luego estudiar y estudiaron; más tarde votar y votaron; después fumar, beber, divertirse y lo hicieron; entonces les llegó la hora de crecer en los empleos y en la política, y hoy conducen empresas multinacionales, organismos multilaterales y hasta países más y menos considerables. La principal potencia del planeta ya se animó a tener un presidente negro, no falta mucho para que se deje liderar por una mujer. ¡Y agarrense cuando Facebook y Google sean dirigidos por mujeres! Pero la inevitable instauración de un nuevo matriarcado a nivel mundial dependerá de superar la etapa actual de desarrollo. Quieren gozar con absoluta independencia, coger con quien les plazca, cuando les dé la gana y como se les ocurra. Un fantasma recorre el mundo... ¡Tiemblen, machistas! ¡Atrás, cerdos patriarcas! Mal que les pese y por más que se resistan, ellas van a lograrlo».

Su teoría del «imparable retorno a los valores sensibles del comunismo primitivo» (amparada, según decía, en la incesante reproducción de aldeanos globales que genera la revolución tecnológica), hallaba un límite en la superposición de capas generacionales derivada de los avances de la medicina y el consecuente aumento de las expectativas de vida. Explicaba las «contradicciones del sujeto social del neomatriarcado» apelando a su desbocada praxis de viudo exitoso:

—Las Sub 60 son conservadoras como nuestras abuelas y solo se plantean perdurar; las Sub 50 se animan más, pero las abrumba recuperar el tiempo perdido; las Sub 40 se resisten a perderlo, corridas por el bendito «reloj biológico», sobre todo si aún no tuvieron hijos; y las Sub 30... Esas vienen despojadas de prejuicios y han experimentado el sexo en todas sus variantes. Son un cardumen de pirañas dispuestas a comerse el mundo y a nosotros con él. Son la vanguardia. Déjenlas que crezcan, ya van a ver». (16)

Cenó temprano unas brochettes de pulpo chileno y portobellos en el Club de Dominó y Filantropía. De paso al baño, se detuvo con una sonrisa frente al cartelito que prohibía el ingreso de celulares, drogas y mujeres a la trastienda. El Almirante y El Capitalista conversaban adentro,

supuso por las voces. Al salir se cruzó con El Comisario Utópico, que arribaba envuelto en la humareda de una pipa enorme. Prometieron encontrarse pronto.

Faltaba para la hora señalada, pero Valdivia quería confirmar qué había en Canalejas 876. Dentro de lo posible, solía echar un vistazo previo desde el auto a los lugares donde debía ir y desconocía. No era el caso. Enseguida se dio cuenta de que había estado ahí, años atrás, en más de una ocasión. Quedaba a dos calles del Hospital Central, en la cortada. Siempre lo habían llevado, por eso la dirección no le sonaba. Un desproporcionado patovica en cada esquina, tres más junto al portón de hierro negro que recién al abrirse dejaba leer Lagarto Juancho en letras de neón sobre un cortinado de terciopelo borravino. Ya sabía que Luna Feroz tenía un trabajo interesante, solo le faltaba comprobar cuánto.

Un verdadero pecado

Lagarto Juancho, el night-club privado por excelencia de la Gran Ciudad, funcionaba en dos plantas bien diferenciadas.

Abajo, traspasando el telón de entrada, se desplegaba el restaurante. A modo de recepción, una barra revestida de espejitos de colores y colmada de sensuales señoritas y fornidos muchachones a la espera de quien deseara comer en buena compañía. Seis alternativas de menú, tres para damas y tres para caballeros con precios diferenciados. Luz agradable atravesada por disparos láser. Música romántica, tecno, disco y latina para cada paso de la velada. Escenario giratorio, al centro, destinado a un show de strippers femeninos y masculinos digno del sótano londinense más cool. Un crack de fútbol pasado de tragos y arrumacos en la mesa de allá. Una vedette celebrando el cumpleaños con colegas y amigos en la del otro lado. Un reconocido empresario de la noche rodeado de aduladores e infartantes escorts en la del rincón de más acá... Cada cual en la suya. Nadie interesado en nadie más.

La escalera del fondo desembocaba en un ambiente más oscuro y aún más discreto, con sofás de respaldos altos enfrentados hacia las mesitas bajas para oficiar de reservados. Dos barras con tres caños plateados hasta el techo cada una e igual número de chicas exuberantes practicando pole dance con unos tacones imposibles, semidesnudas.

Había reglas estrictas en Lagarto Juancho. Se podía beber solo, acodado en la barra, pero sin derecho alguno a rozar ni por casualidad a las cañistas que, en casos excepcionales, aceptaban que se les invite una copa, previo aviso al barman y guiño al patovica de adentro. Lo único gratis era bailar en la pista con cualquiera de las jóvenes que deambulaban por el lugar, a condición de que la elegida diera el sí. Pagarle un cóctel resultaba obligatorio para llevarla a los sillones. Irse del local con una de ellas tenía tarifa premium: una botella de champán nacional a trescientos cincuenta dólares.

Valdivia escogió la última banqueta en la barra de la derecha y pidió una cerveza carísima. Allí todo costaba por lo menos el triple que en el pub más de moda. A medio metro escaso, encima suyo, literalmente, exhibía su destreza en el caño una hembra escultural. La había mirado de soslayo al arrimarse. Piernas perfectas, tanga y sostén insignificantes, abdominales entrenados, brazos fibrosos pero sin exagerar, pechos desbordantes, pestañas postizas con brillantina verde y peluca lacia al tono. Como por descuido, la joven le pateó la mano con tal mala suerte que Mito se volcó medio vaso de birra en el saco tono hueso. En lo que se demoraron en asistirlo y reponerle la bebida, sin cargo, la bailarina finalizó su turno, fue hasta el camarín y volvió, cubierta con una bata corta de raso plateado.

—Perdón... Quise llamarte la atención, pero se me fue la mano.

—El pie, diría yo. No es nada.

—Gracias por venir, Valdivia.

Se sobresaltó al dejarse besar en la mejilla. Esperaba encontrarse con otra persona, en ese mismo sitio pero cubriendo una posición distinta. De bartender... A lo sumo de camarera estilo Hooters. Tenía el dato de que trabajaba «en la barra de un local nocturno», pero no de un modo tan confusamente literal. La miró embobado, intentando adivinar a la militante pelirroja en jeans rotos y zapatillas que habría visto dos o tres veces sin un gramo de maquillaje.

—Nunca hubiera dicho que tenías ojos color esmeralda.

—Son de contacto, acá nada es lo que parece. ¿Nos sentamos? —Luna estiró la mano hacia la barra, le alcanzaron la copa de veinticinco dólares a cuenta de Mito y enfiló hacia los sillones más apartados.

—¿Qué estás tomando? ¿Champán rosé con una guinda? Nunca lo vi preparado así —se intrigó el periodista.

—Probá...

—¡Ajh! ¡Esto es soda con..., con...!

—Jajajá, con un chorrito de granadina. No tomamos alcohol en horario de trabajo.

—¿Y te gusta este trabajo?

—Sí, claro... No te voy a decir ¡aaaahh, cómo me mata este lugar! Pero me respetan y vivo de lo que me gusta hacer, lo cual no deja de ser un privilegio en este país.

—Vivís de lo que te gusta...

—Jajajá, te aclaro: no me vendo, Valdivia. Lo mío es la danza... Bueno, el circo en realidad. Empecé de chica como acróbata, desde los ocho años vivo colgada de algo, un trapecio, unas telas y después aprendí a bailar y acá me ves. Soy pole dancer federada, hice cursos de la IPSF en Canadá y competí en el último mundial, en Inglaterra. Fui semifinalista... También estuve un par de meses sumando horas de vuelo en Auckland, Nueva Zelanda, donde aprendí mucho y me trataron como a una estrella.

—¿La IPSF dijiste?

—Sí, la asociación internacional de baile y fitness en el caño...

—¡Ah, mirá vos! Siempre se aprende algo...

—Jajajá, no te preocupes. A la mayoría le cuesta entender que no vivo de vender la cola, pero tranquilo: esta no tiene precio —se incorporó Luna Feroz y, levantando apenas el faldón de la bata, se cacheteó una nalga.

—Ya veo que no.

—Bancá un segundo... —La joven se perdió por una puerta lateral y regresó con algo en la mano: el carnet de la IPSF, a nombre de Victoria Magalí Cornejo.

—¡Ah, Victoria! —Mito estuvo a punto de decirle: «Vos sos Victoria, La Troska es Libertad... Ustedes sí que llevan la revolución en la sangre», pero hizo bien en cerrar la boca.

—Sí, soy Victoria. Me dicen Vicky, también. Quería contarte algo que te puede interesar, en medio del quilombo que se está armando en este país.

—¿Y si nos vamos a un lugar más tranquilo? La música está al taco...

—No... Te va a salir muy caro. Y nunca me fui con nadie de acá.

—Bueno, siempre hay una primera vez. Por la plata no hay problema.

—Está bien, ¡dale! ¡Que piensen lo que quieran! Vos esperame afuera.

Valdivia pagó con tarjeta de crédito. Rogó que esos casi quinientos dólares valieran la pena, en especial el champán que jamás tomaría. El ticket estaba emitido por Restaurante La Esperanza

SRL y así mismo quedaría registrado en el resumen de la tarjeta. En esa clase de lugares, si son serios, se evita comprometer a los clientes ante la eventual mirada de parejas celosas. Pasar desapercibido para los servicios de inteligencia ya sería otro cantar: había cámaras y gente rara por todas partes, incluso en los baños. El viudo Valdivia no tenía nada que ocultar, ni siquiera cuando aún no lo era. Clara estaba más allá de esas pequeñeces. Y que lo espieran era parte de su profesión. El asunto era no hacer pavadas, comportarse como un señor. Había investigado los vericuetos turbios del rubro, sus conexiones con reputados policías y jueces, políticos respetables, fiolos violentos y narcos peligrosos. Pero además, muy de vez en cuando, le gustaba conversar con prostitutas. No para redimirlas ni mucho menos someterlas, sino para enterarse de cosas al margen de su cotidianidad y observar desde su propio punto de vista ese otro lado de la vida, donde el código máspreciado es callar.

En la vereda fumó y dio vueltas en círculo durante media hora. Victoria Magalí «Luna Feroz» Cornejo salió con las ondas rojizas alisadas por un rodete, a cara limpia y con los ojos color té, de jogging anaranjado y mochila. Se rio al distinguir que el Citroën de Mito le hacía juego con el vestuario. Aceptó sin reparo alguno proseguir la conversación en la casa de él.

—¡Qué lindo bulo! —lo halagó, como tantas.

—A mí me gusta este lugar, sí. ¿Otra granadina?

—Jajajá, no, dame whisky si tenés. Veo que vodka no te quedó... —La botella de aguardiente polaco de la noche anterior estaba tirada en el piso, vacía, junto a la cama deshecha.

—Ah, sí, te doy...

—Jajajá, yo mientras te voy contando.

—Dale, me intrigás...

—El tema es así. Hace un mes se me venció el contrato y estuve buscando depto para alquilar. El dueño de Lagarto... se enteró y me recomendó a un chabón de una inmobiliaria. Buena gente, un poco nerd pero buenito. Era un fangote lo que pedían y estuve regateando varios días, hasta que el chico me dijo, para cortarla: «¿Sabés qué pasa? Es muy conveniente para alguien como vos». ¡Alguien como yo! ¿Entendés? Yo le seguí la corriente y me contó que el lugar era seguro, que iba a estar cuidada y que, después, una tal Dolores me iba a explicar una serie de beneficios...

—¿Beneficios?

—Sí... Obra social, aporte jubilatorio... Eso me dijo. Y como yo seguía dura, me quiso convencer con que había muchas como yo en otros departamentos y que estaban chochas de la vida porque podían trabajar sin que las joda nadie, porque son del juez Hoyos Bidart. ¿Qué onda el viejo ese? ¿Lo conocés?

—Bastante, sí. Tiene doce departamentos donde trabajan «chicas como vos»... ¡Je! Hace un tiempo se armó un escandalete con esto, pero la espuma bajó porque Su Señoría cajoneó la causa de enriquecimiento ilícito contra La Jefa. La versión oficial es que no funcionan más, pero yo no lo creo. Después apareció muerto El Procurador y no seguí más el tema...

—¿Esa Dolores te suena?

—Es el ama de llaves de la mamá de Hoyos...

—Bueno, parece que siguen funcionando, nomás... Por lo que le entendí, armaron un sistema ultra selecto de citas por internet donde tienen preferencia los turistas extranjeros y los ejecutivos de empresas de afuera, que garantizan buenos ingresos en dólares y en euros.

—¡Qué bárbaro! ¿Y alquilaste?

—¡Jodeme! Ya te dije que esta no tiene precio...

—Y yo te dije que ya veo.

—Jajajá, está bien, pero se mira y no se toca.

—Muy bien está...

—Jajajá, ¡qué tipo!

—¿Y qué querés que haga con esa información?

—No sé, que la sepas... Estos jueces de mierda se están zarpando.

—Ah, entiendo... Dejame que vea, la data es buena. Se hizo tarde, ¿te querés quedar a dormir?

—No me gustan los hombres, Valdivia. Y tengo novia. Pensamos casarnos y adoptar un día. Andá a saber si no terminamos metiendo unos ovulitos en el freezer.

—Ah...

—Igual me da paja irme. Si me prometés que te portás bien...

—Soy un caballero.

—¿Tenés una remera para prestarme?

—Sí, claro.

Se acostaron y hablaron de política un rato, a oscuras. Apartados. Boca arriba. Hubo un silencio extenso. Luna Feroz parecía dormida.

—Si no sacás la mano de ahí me voy, Valdivia.

El periodista susurró «perdón, perdón» y se dio vuelta para el otro lado. Ella le rascó la nuca con esas uñas larguísimas de mujer nocturna. Mito pudo conciliar el sueño sin necesidad de soñar nada publicable.

Trillizas

Era excepcional verlo en el club de Barrancas un viernes al mediodía, pero Mito andaba por la zona y pasó. Venía del médico, un chino con fama de milagrero que atendía desde pocos meses antes, con gran suceso, en un cuchitril de la cortada del Riachuelo. Ya no sabía qué hacer con la tendinitis del hombro derecho. Meter los cambios frontales del Citroën podía tener peores efectos que alzar una mancuerna de treinta kilos para mantener inflados los vuelos laterales, en especial los días húmedos. Cada puntada contenía un aviso de vejez, de decadencia en marcha. Una señal de fracaso. Un disparo de angustia. El chino le había hecho unos masajes suaves matizados con una especie de oración religiosa inentendible, le había rotado la articulación con la misma delicadeza, le había clavado unas agujetas cortas, le había dado una pomada casera con olor a ajo y le había cobrado mil ochocientos pesos. Gasto justificado, quisiera Dios, porque el dolor punzante ya se iba tornando picazón interna, como cuando cicatriza una herida. Tenía hambre.

En la mesa redonda bajo la foto de Gardel con habano y bombín cerrando una partida con ases en ambas puntas de la hilera de fichas de dominó, tres jovencitas departían animadamente con Alcides «El Dibujante Místico» Maldelman. Trataban de explicarle dos cosas: cómo abrirse un website de historietas animadas con links en Facebook, Instagram, Twitter, Google+ y YouTube; y cómo desarrollar un consultorio virtual de espiritismo para conectar usuarios de internet con el más allá. El hombre de la mirada esquiva y la sonrisa con colmillo de oro necesitaba trabajar y las muchachas le ofrecían ayuda.

Parecían hermanas. Cabelleras de un castaño en degradé, teces blancas, delineador grueso, bocas rojas, voces chillonas, no más de cuarenta y ocho kilos ni menos de veintitrés años. Mary, Peggy y July se alborotaron cuando Valdivia se acercó a saludar a Maldelman, le hicieron saber que lo admiraban por su trabajo y lo invitaron a sentarse. Aceptó con gusto. Pidió una ensalada de endivias y queso agrio especiado, agua con gas y una copa de pinot grigio.

Mary, en realidad, era la hija menor del caricaturista-cartógrafo de la Logia del Seis Doble; las otras dos integraban, al mando de ella, los equipos de social media marketing del nuevo gobierno. Llevaba la voz cantante. Gesticulaba sin cesar, con grandilocuencia. En cada frase parecía irle la vida. O la pretensión de exhibir autoridad: no en vano El Ingeniero la había nombrado su community manager, al frente de la comunicación directa con seis millones de fans en todas las redes sociales durante las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Tomaban gaseosas light. Aun así, se les soltaron las lenguas. La presencia de Mito podía generar ciertas distracciones.

Contaron que acababan de definir una campaña de viralización del hashtag #CárcelParaLaYeguaYa, que aquella misma tarde sería trending topic en la Gran Ciudad y otras dos provincias, quedando primero todo el día en el ranking nacional. Un éxito. Otro más, para ser justos. El Ingeniero y sus principales asesores estaban convencidos de que habían ganado las elecciones en las redes, donde con organización y planes precisos de trabajo era posible llegar a casi todas partes y fingir mayorías inexistentes.

Según las chicas, el Equipo Nacional de Estrategias Digitales constaba de seis jefes, veintidós subjefes y otros tantos grupos de sesenta militantes cada uno, diseminados por todo el país. Mil trescientas cuarenta y ocho personas coordinadas en un esquema piramidal, a sueldo, más centenares de voluntarios en torno de cada grupo reclutados en la misma web. Ninguno de ellos manejaba menos de cinco cuentas de Twitter, por ejemplo, gracias a lo cual se conformó un ejército multitudinario de trolls que, entre sus principales funciones, tenían la de hostigar a quienes criticaban al gobierno. Además, tenían acceso a todas las bases de datos estatales de los ciudadanos: el padrón electoral, la nómina de afiliados a la seguridad social, los clientes de las compañías telefónicas, los inscriptos en el sistema impositivo y demás, es decir, millones de nombres y apellidos con sus direcciones postales, números de teléfono y casillas de mails. Si Michel Foucault viviera, se habría vuelto a morir del susto ante semejante maquinaria de vigilancia social.

—Pero nosotros somos democráticos, Valdivia, no nos proponemos controlar a nadie. Apelamos al Big Data para llegar con nuestro mensaje a toda la población, a sus casas, a sus compus, a sus dispositivos móviles —se puso a la defensiva Mary, quizás al recordar que estaba hablando delante de un periodista.

—No importaría demasiado si se lo proponen o no, lo novedoso es que están en condiciones de hacerlo. Espiar sin orden judicial está prohibido —señaló Mito con una sonrisa sincera que le generó una especie de alivio.

—Bueno, sea como sea nosotros no inventamos nada. Solo perfeccionamos las estructuras que heredamos del gobierno anterior.

—Pero lo criticaban por eso. ¿Dónde está el cambio?

—En que nosotros lo usamos para hacer el bien, para llevar soluciones a los problemas de la gente. No para hacerla pelear unos contra otros y aferrarnos al poder... Se puede ser mejores, Valdivia, sos un poco escéptico vos.

En parte, la hija del dibujante decía la verdad. Juan Martín «Ojo de Águila» Kohendörf primero y Catalina «La Jefa» Hortigoza después habían incorporado la guerrilla virtual como modo de hacer política en el país, atentos a experiencias internacionales. La JM73 estaba ducha en eso, pero ahora le tocaba actuar desde la oposición con menos presupuesto.

—¿Creen en El Ingeniero?

—Yo no tengo ídolos ni siquiera en la música, sí creo en que lo anterior no iba más y que Patricio puede llevarnos por el buen camino —se sinceró hasta donde pudo Mary.

—Yo le creo bastante, sí, sí, me parece un tipo capaz. Y está buenísimo jajajajaja —se soltó Peggy.

—A mí... ¿La verdad verdadera? No me vuelve loca para nada la política, me parece bastante sucia en general. Pero me fascina el potencial de las redes, se pueden hacer cosas, organizar campañas de ayuda, enseñar a leer y eso. Mi trabajo es profesional —aclaró July, recién licenciada en Marketing Digital. Mary era abogada. Peggy debía dos materias de Ciencias Políticas.

—Es un bolas tristes, pero es lo que hay —se metió El Dibujante Místico, que había pasado el tiempo haciendo una caricatura muy divertida del primer mandatario en una servilleta, montado en un corcel y señalando el porvenir. Las pibas y Mito se la festejaron mientras llegaban los cafés.

—¿Campañas de ayuda solidaria del tipo #CárcelParaLaYeguaYa?

—Es bueno que actúe la Justicia de una buena vez, no hacemos más que ponernos al frente de un reclamo generalizado —fijó posición Mary.

—¡Y bueno! ¿Los otros no están desparramando #ElIngenieroEsGato?

—Este país no es serio, ¡jajá! Ayudemé, Alcides... —El Dibujante Místico no escuchó la apelación del periodista. Estaba retratando a Catalina Hortigoza con traje a rayas, detrás de unos barrotos. Terminaría siendo el meme oficial de la campaña, con setecientos cuarenta mil like de movida y otros tantos retuiteos.

Las alcanzó hasta el centro. Peggy, que no había parado de mirarlo a los ojos durante toda la charla, armó un grupo de WhatsApp para que se mantuvieran en contacto. Se bajaron del Citroën a una cuadra de la Plaza Mayor. Las observó irse. «Tres culos preciosos», murmuró. Se detuvieron. Mary sacó el smartphone de la cartera y atendió. De inmediato escribió algo a las apuradas. A los cuatro segundos, la cuenta oficial del presidente, @PatricioMonthOk, tuiteó: «Mi más enérgico repudio a la campaña #CárcelParaLaYeguaYa, de pésimo gusto. Desmiento cualquier vínculo con mi gobierno». Mito escuchó el alerta, leyó el mensaje y lanzó una carcajada. El hombro le había dado tregua. Estaba de mejor humor, digamos. Habrán sido los efectos colaterales de la risa.

Garganta 1

Era el hombre más buscado del país. De un país revuelto por las intrigas palaciegas, las acusaciones de corrupción cruzadas, las operaciones de desprestigio y la campaña electoral permanente. Detrás de cada escándalo se advertía, justificadamente o no, la mano tramposa de Leopoldo Enrique Jerez, alias Garganta 1. Con cuarenta y dos años de carrera en el Servicio Secreto, había sido el jefe operativo de la temible repartición durante los últimos veinte. Más de cuatro décadas circulando por las entretelas del espionaje nacional le alcanzaron para construir su propia leyenda.

Jerez, de muy joven, fue clave en las negociaciones entre civiles y militares para avanzar en la transición democrática, gracias a sus estrechas relaciones en ambos sectores.

Jerez desbarató el contrabando de cocaína más grande de la historia, la Operación Lechuza, tras infiltrarse entre los narcos.

Jerez encabezó el escuadrón de agentes que detuvo en Lima a Haroldo «El Comandante» Calvo, prófugo durante una década por el fallido copamiento del Cuartel de Caballería Blindada N° 7 de La Hondonada.

Jerez sobrevivió a los diecisiete balazos que le metiera, en plena fuga, la mítica banda del asalto al Banco Mega, comandada por comisarios retirados.

Jerez investigaba los vicios, las amantes, los negocios y demás trapisondas de todos los políticos y ni bien alguno de ellos llegaba a la Presidencia de la República, le regalaba en son de paz la carpeta que le correspondía, llena de fotos, escrituras y grabaciones comprometedoras, cuyas copias, por supuesto, guardaba.

Jerez manejaba mucha plata en negro. Era el maestro del rumor pago entre periodistas del sí fácil y el capo del soborno entre jueces.

Jerez, Jerez, Jerez...

Era imprescindible, Jerez.

Hasta que La Jefa lo despidió, indignada porque Jerez jugaba en todos los frentes, empezando por el judicial, contra sus intentos de re-reelección, finalmente abortados. Le había sido leal a ella y, antes, a su marido, como a todos los presidentes mientras estaban fuertes.

Adalberto Gómez Pardo había llegado a ser El Procurador gracias a los oficios de Jerez. Y Jerez fue una de las últimas personas que habló por teléfono con él antes de que apareciera muerto de un balazo en la boca, en el baño de su mansión.

Lo bautizaron Garganta de entrada, porque comenzó en esto del espionaje como soplón de barrio (Jerez prefería explicar el apodo por el llamativo tamaño de su nuez de Adán). Era empleado en una ferretería de la Zona Sur en los setenta, cuando los servicios lo contrataron para que les informara los movimientos de la comisaría ubicada cruzando la calle. Se sospechaba que sus jefes protegían burdeles y casinos clandestinos, además de haber hecho buenas migas con la guerrilla peronista.

El 1 se lo añadió él mismo, al alcanzar la cima del escalafón. Está de más aclarar por qué sus escurridizos lugartenientes, Hermes Berardi, Josué Camacho y Jorge Trullet, (17) pasaron a ser conocidos como Garganta 2, Garganta 3 y Garganta 4 a partir de entonces.

Leopoldo «Garganta 1» Jerez era alto y flaco, piel opaca, nariz de cóndor y ojos pequeños, azules, hundidos en los pozos entre las cejas pobladas, despeinadas, y los pómulos prominentes. Del tamaño desproporcionado de su nuez debería agregarse que llamaba la atención cada vez que tragaba saliva o lo que fuera, subiendo y bajando como un ascensor externo por ese cuello largo de tendones expuestos, tirantes. Las uñas mal comidas, la barba rebelde insinuada en un sinfín de puntos negros y el saco gris raído le daban un aspecto un tanto andrajoso que el pelo a la gomina y los zapatos lustrados no llegaban a corregir. Y eso que era millonario, según se afirmaba.

¿Llevaría siempre dentro del portafolios de cuero marrón gastado la pistola automática calibre nueve milímetros registrada a su nombre? ¿Llevaría siempre guardado en el baúl de su cuarto por cuatro alemana, como se rumoreaba, el mítico fusil AK-47 con que se fotografió al concluir con éxito y honores la Operación Lechuza? Seguro que sí. El tipo se sentía amenazado todo el tiempo, con razón o por pura deformación profesional. No estaba fugado. Andaba clandestino nomás, era lo suyo, atento al desarrollo de los acontecimientos con tres teléfonos encima. Operando sin pausa.

Se encontraron en un ámbito inaudito: el patio de comidas del Shopping Americano, un martes a las siete de la tarde. Lo primero que le explicó Leopoldo Jerez a Mito Valdivia fue la teoría de los «no lugares», de Marc Augé. Los aeropuertos modernos, las estaciones grandes del ferrocarril y los centros de compras, le dijo, son ideales para que nadie le preste atención a uno. La gente va ensimismada, en tránsito hacia su objetivo, su obsesión o su condena cotidiana. Todos miran. Nadie ve más allá de lo que debe hacer ya mismo.

—¿Se le ocurriría verse aquí con un amor furtivo, con un lavador de dinero, con un traficante de drogas? Claro que no, ¿cierto? Pues muy mal hecho, este es el «no lugar» más discreto que hay...

Garganta 1 había propuesto la cita, a través de un abogado penalista muy influyente en los Tribunales, el Palacio Legislativo y el Palacio de Gobierno. Le cambió el sitio exacto tres veces, minutos antes de la hora señalada, por chat. El agente de inteligencia («en este gremio se llega a ex solo si lo matan a uno») sabía que Mito estaba hurgando en la roña de El Procurador y las circunstancias previas a su oscura muerte. Quería «darle una mano para que no pise en falso». Jerez ordenó café doble con crema. Valdivia, un ristretto y ron añejo.

—Vamos al grano: creo que la está pifiando, amigo... —arrancó el espía.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Lejos. Adalberto no se suicidó, lo bajaron.

—Adalberto... Lo menciona por su nombre, tenían confianza...

—La confianza profesional que se adquiere trabajando.

—Se dice que usted era su verdadero jefe, que él no daba un paso sin consultarle.

—¡Qué disparate!

—¡Ja!

—¿De qué se ríe?

—Nada... De «¡Disparate, Adalberto!».

—No joda, Valdivia, esto es serio. Un tema de soberanía, ¿me sigue? Los árabes mandaron un comando entrenado para matarlo, se metió por el balcón de un departamento al otro, armó la escena, hizo lo suyo y adiós, que te vaya bien.

—No hay ni un mínimo indicio de eso, Jerez.

—¿Y cómo va a haber, si lo embarraron todo?! Lo tenían recontra marcado, grabado, filmado y no iban a exponerse a un bochinche internacional por tráfico de armas. La Jefa tiene mala entraña, créame, la conozco muy bien.

—Un bochorno internacional representa El Procurador muerto sin que se sepa nada...

—¡Defiéndala usted! ¡Dele!

—Yo no defiendo a nadie, trato de aferrarme a los hechos..., que bastante los ensuciaron ya. Usted trabajó años sin chistar para ella, yo no.

—¡Yo trabajo para el país! Todos ustedes vieron demasiadas películas...

—¿Todos nosotros? Bueno, supongo que la paranoia estará entre los gajes del oficio... ¿Me da un dato concreto, Jerez? Si usted me lo da, yo lo evalúo seriamente. Se lo aseguro.

—Ya van a aparecer unas grabaciones muy reveladoras de los servicios israelíes y yanquis, tenga paciencia.

—¡Ah, hablando de grabaciones! Hace unos días, mis fuentes me hicieron llegar unos archivos. Dos eran los escraches contra El Testaferro y la combi de la Virgen, lo que salió en la tele... El otro estaba rotulado «Audios Procurador» y adentro solo tenía fotos de mis hijas de todos los colores. ¿No sabe nada de eso?

—Bueno, de eso le quería hablar. Antes que nada, ¿no supondrá que yo tengo algo que ver con ese atropello a la intimidad de sus hijas que me está contando? Me acabo de enterar ahora mismo por usted.

—¿Me perdona? Sí, lo supongo. Usted «estiusa» a todo el mundo.

—¡Razone, Valdivia! ¡Ya tengo suficientes problemas para comprarme más! ¿No le parece?

—Y yo no sé cómo resuelve usted sus problemas. En este país, siempre una cosa tapa la otra.

—¡Bien! Ahí tiene razón, veo que tan perejil no es...

—No entiendo, perdón...

—Escuchemé, Valdivia. Ahora que me dice lo de las fotos de sus hijas... Acá me están armando una fea. Tengo información de que alguien más va a salir lastimado y me van a culpar a

mí. Lo único que nos falta es otro muerto. Me quieren hacer polvo, esta gente no tiene límites.

—¿Usted los tiene, acaso? ¡No me haga el verso, Jerez!

—Piense lo que quiera. Yo venía a decirle que esté con las antenas paradas. Ahora le digo que las tenga bien ultra recontra paradas...

—No me gusta que me amenacen, Señor Garganta...

—¡Cómo le cuesta entender quiénes son sus amigos! Me voy a ocupar personalmente de que garanticen su seguridad y la de su familia. Con absoluto recato, no se preocupe. Lo hago por mí, no me lo agradezca.

—¡Fantástico! El lobo cuida a las gallinas.

—Deje la fábula, Valdivia, y vuelva al periodismo. Y mil disculpas por insistir, pero cuídese.

—¿De quién, si no es de usted?

—Acá patearon el hormiguero, esto es un sálvese quien pueda. Me dicen que le enchufaron un topo. O una «topa»... Que lo están caminando con una mujer, ¿me entiende? Después me voy a enterar bien.

—¡Ah! Una mujer... Me cae mal usted, Jerez.

—Y usted me decepciona.

Valdivia se tragó el ron de una vez. Sintió su protuberancia laríngea más gigante que la de Garganta 1. Si el shopping era un «no lugar», aquella había sido una «no conversación» muy poco tranquilizadora. Ojalá sufriera de «no angustia», pensó, bajando por la escalera mecánica sin ver a nadie. Una mujer... Una mujer... Garganta 1 debía saber de sobra lo fácil que era de abrir su puerta (y su somier doble king) a la hora de recibir mujeres. Si buscaba inquietarlo más, lo había conseguido.

Escuchas

Dio vueltas por la Gran Ciudad a pie, parando en bares de mala muerte y en sus baños a esnifar cocaína. Llegó a no sentir la lengua y el límite reseco de los pulmones atiborrados de tabaco le desparramó una sensación metálica por las arterias y las venas al cruzar el Parque Almirón a la carrera. Huía sin saber bien de qué. Trepó a la Higuera Madre y se montó a caballo en una rama gigante. Le dolió el hombro, lloró, carajeó y se entretuvo con una parejita que, allá abajo, se besaba en un banco. ¡Qué armonía! ¡Qué abstracción de todo! ¡Qué lejos de él y su tormento estaban esos dos! La envidia le era ajena. No así el miedo, que nunca se daba por vencido y de repente lo ponía entre la espada y el paredón del arrepentimiento. Conjeturó que lo mejor sería dejar todo. Volverse a Córdoba y terminar sus días apañado por Estela. Irse a dar clases a Montevideo. Terminar la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* y jubilarse. Abrir una parrilla en las sierras, por qué no un puesto de artesanías en una playa brasileña y escribir poesías, o una fundación dedicada al estudio de la angustia. Pero ahí estaba, tembloroso y ridículo encima de un árbol. Con una súbita y odiosa envidia hacia todo aquel que se sintiera mínimamente feliz o cuanto menos relajado. Violento estaba. Infantil.

Ya no era él. Sobraba en todas partes. En La Logia del Seis Doble por demasiado joven, optimista y utilitario; en la JM73 por utilitario, pesimista y demasiado veterano; en su gremio, por soberbio y ermitaño; por moderado y sobrio en el país; con sus hijas por abandonico, gorila, mujeriego y borrachín; en la privacidad de su atalaya por solo y ahora, encima, ¿por mal acompañado? ¿Cuál de aquellas mujeres podría estar acostándose con él para envolverlo en el peor de los engaños? Repasó los nombres de todas con las que había estado en el transcurso del

último año. Veintiséis habían sido, sin contar las turistas extranjeras de una noche. Una mejor que la otra en belleza y buena onda, excepto cuatro: Vero, Charo, Jorgelina y Mechi, que solo buscaban olvidar a su ex o vengarse de ellos... ¡Tan chorlito no podía ser! ¡Mito Valdivia no! Se aferró a lo que le quedaba de orgullo. Una salida, nada más, tenía por delante: terminar de una buena vez la enciclopedia y descubrir cómo murió Adalberto Gómez Pardo. Si ya no era él mismo, al menos se ganaría el derecho de apartarse de todo siendo alguien para los demás.

—¿Y si El Procurador pasaba por un trance semejante? —se atrevió a preguntarse cuando, algo repuesto del shock, decidió volver a casa.

Entró de noche a su atalaya, muy tarde, con el saco y la corbata en una mano y un siete en el pantalón. Molido de bajón y de ansiedad. Amagó pegarse una ducha, pero no daba más. Subió a la cama por los pies, de rodillas, y se dejó caer panza abajo con la frente sobre los puños apretados contra la almohada. Se concentró en los ojos hundidos de Leopoldo Enrique Jerez y en los documentos que había conseguido sobre él, de buenas fuentes, así como en la chorrera de notas que había leído sobre la vida, la denuncia por tráfico de armas y la trágica muerte de Gómez Pardo... No le quedaba margen moral para fallar.

Se soñó sentado en el piso junto a Libertad «La Troska» Frontera frente a la notebook, introduciendo el último de los tres discos compactos que le había deslizado El Vendedor de Fragancias aquel domingo cruel. Le dio pánico volver a sorprenderse con sus hijas fotografiadas ahí, aun en peores circunstancias que las ya vistas. Pero no. Esta vez los audios estaban y se escuchaban sin interferencias. Eran tres conversaciones telefónicas.

El Procurador sonaba quebrado, insultaba, decía que no, que no y que no, rompía en llantos... Voces masculinas le indicaban que «tenés que ir a fondo», que «la tenés picando para el gol», que «¡dale, cagón, qué carajo te pasa», y luego que «no hay nada más que hacer», que «se acabó el juego», que «para algo tenés un arma», que «todo puede ser todavía peor». Todo se nublaba después y, entre el vaho, aparecía Gómez Pardo en remera blanca, limpiando en círculo el espejo empañado del baño con la palma de la mano derecha y un revólver calibre 38 en la zurda. Se miraba desquiciado, tembloroso, durante unos segundos eternos; inclinaba ligeramente la cabeza, martillaba el Smith & Wesson Special, se metía el caño en la boca y, en un grito de terror, ahogándose en un «¡aaaaahhhj!» de palmario terror, jalaba el gatillo.

Valdivia despertó de un salto por el disparo, mareado, con taquicardia y un sudor gélido, cremoso, por todo el cuerpo. Le llevó un «¡Dios mío!» darse cuenta de que acababa de resolver el caso que tenía en vilo al país entero. Debía pasar en limpio con imperiosa urgencia cada una de las palabras escuchadas. (18) Era un profesional.

Escucha I. El Procurador (EP) habla con Hermes «Garganta 2» Berardi (G2) a las 10:05. Catorce horas antes del deceso. Llama EP.

G2: ¿Sí?

EP: ¿Qué hacés? Beto soy.

G2: Sí, sí, ¿qué contás?

EP: Que esto es un quilombo, che, no cierra por ninguna parte.

G2: ¿Qué cosa no cierra?

EP: La letra de esta mierda, está muy verde...

G2: Tranquilo, fijate bien. Te debe faltar alguna parte, ¿querés que repasemos?

EP: No, no hace falta revisar nada. Ya lo hablamos un montón de veces y está todo... Lo que te digo es que no cierra, Hermes, ¡no-cie-rra!

G2: No jodas, dale... Tenés que ir a fondo ahora, ya te jugaste y no podés volver atrás.

EP: ¡Atrás la concha de tu madre, Hermes! Llamen a los diputados esos y díganles que a esto le falta una horneada más.

G2: Dejá de pajearte, dale, la tenés picando para el gol.
EP: Está bien, mirá: decile a Leo que yo me preparo para el gol, pero que la pelota se pinchó. ¿Okey?
G2: Sí, bajá... No pinches todo vos...
EP: ¿Yo? ¡La cara doy yo!
G2: Okey...

Escucha II. El Procurador (EP) habla con Jorge «Garganta 4» Trullet (G4) a las 14:27, nueve horas y media antes del deceso. Llama G4.

EP: Hola...
G4: ¿Cómo venís, genio? ¿Más tranqui?
EP: ¿Giorgio? Ah, mirá: ya le dije al otro, esto no va ni para atrás ni para adelante. Hasta me metieron un pedido de detención para La Vieja, ¿de dónde me agarro para eso? Ustedes quieren que me prenda fuego yo, ¡no, papi, la cosa no es así! Tengan claro que la mierda esa la tiro a la basura.
G4: ¡Ah, no es así la cosa! ¿Y cómo es, según vos?
EP: ...
G4: ¡Dale, decime cómo es!
EP: ¡Con alguna puta prueba es! ¿Vos te creés que esta mina es fácil? ¿Que la vas a meter en cana de una? A esta no la hundís ni con un misil tierra-concha... Yo entiendo todo, pero así no va...
G4: ¡Ah, no va! ¿No te das cuenta vos de que nos están metiendo en una fosa? ¿Vos querés terminar en una fosa? Tenés hijos, Betito, tenés un nombre, una carrera... ¡Dejate de joder!
EP: ¡Por eso mismo! ¡Tengo un nombre! ¡Total, de mí se van a reír! ¿Ustedes quiénes son?
G4: ¡Juajuajuauá! Te la creíste, balinazo... Se van a reír más si aflojás, Adalberto..., querido..., eso te lo garanto... Aflojá, dale, si ya sabés que acá la cuestión es meter, meter y meter. La verdad es para otro momento, dejala para después. Porque después el quilombete pasa y vemos. ¿Sí?
EP: No la conocés, vos. Yo sí. Dejame que yo sé cómo...
G4: Así es cómo, ¿te hacés el revirado ahora? Estamos en la misma, no estás solo...
EP: Giorgio, mirá, sabés que con vos todo bien... Pero ya le dije lo mismo a Hermes, llamalo a Leo y decile que yo me bajo en esta y hablamos. El turro no me atiende.
G4: Ok...

Escucha III. El Procurador (EP) habla con Josué «Garganta 3» Camacho (G3) a las 18:16. Seis horas antes del deceso. Llama EP.

G3: Aló, procurador...
EP: Sí, sí, hacete el nabo, carancho... Escuchame bien: acá los legisladores me la están poniendo hasta el cuadril, que no puedo aflojar ahora, que la verdad y que la puta madre que los parió...
G4: ¡Uf! Dale, cagón, ¿me querés decir qué carajo te pasa?! ¿No te das cuenta de que te armamos el auditorio de tu vida? Estamos hablando de tráfico de armas, de asociación ilícita, de traición a la Patria... ¿Qué carajo más querés?!
EP: ¡Una prueba contundente quiero, la concha de tu madre! ¡Eso quiero! Todas esas escuchas son insinuaciones de unos perejiles, nada concreto, nada que se la ponga en el centro del orto a La Vieja...
G4: Se acaba el tiempo, macho...
EP: ¿El tiempo de quién? Escuchá...
G4: No, no, no, escuchá vos. Y escuchá bien: si seguís en esa ya fue, no hay nada más que hacer. Estás cocinado. Ellos tienen todo lo de las cuentas, los campos, los autos, las pibas, la rula... Sé creativo, ¿querés? De los laberintos se sale caminando tranqui o por arriba. ¿Querés volar? Okey... ¡Volá!
EP: Me dejan en banda justo ahora, ustedes me metieron en esta. ¡Hijos de puta, me hicieron la cama!
G4: Estas cosas funcionan así, Adalberto, no te podés hacer el boludo ahora. Decidís vos: ya sabés lo que tenés que hacer o ya sabés para qué tenés un arma...
EP: ¿Qué decís?!
G4: Que tus pibes son divinos, eso digo... Que tus modelitos están buenísimas, eso digo... Que tenés una gran vida, que un montón de gente te envidia...
EP: ¿Entonces qué, hijo de una gran puta?

G4: Entonces, hasta acá llegamos. ¡Chau!

Escucha IV. El Procurador (EP) habla con Leopoldo «Garganta 1» Jerez (G1) a las 21:10. Tres horas antes del deceso. Llama EP. G1: Amigo...

EP: ¡Por fin, che, la puta madre! Me estás mandando al muere, hijo de puta...

G1: Beto...

EP: ¡Las pelotas, Beto! ¡Qué Beto ni Beto! ¡Amí decime doctor Gómez Pardo a partir de hoy!

G1: Perfecto... Escuche bien, doctor Gómez Pardo... Game over, doctor... Lo cagaron...

EP: Ustedes me cagaron la vida...

G1: Mirá vos, muy bien... Yo te cagué la vida... Pero a veces hay una sola forma de mantener el honor y es haciendo lo que se debe hacer. Pensá en tu familia, ellos no tienen nada que ver. Vos sabés que todo puede ser peor todavía.

EP: ¡Con ellos no se metan, hijos de puta! (*Llora.*) Dame dos días más, tres. No me da más la cabeza, todo tiene arreglo...

G1: Claro que sí. Todo tiene arreglo.

EP: ¡Matate vos, bolsa de mierda! (*Se corta la comunicación.*)

Aliados de fierro

A veces hay que perderse la angustia por el tujes y rajar. Salió a las ocho. Genial y en grave peligro, así se sentía. Orgullosa. Temerosa. Demasiado en carne viva para tomar decisiones apropiadas. Lúcido. Turbado.

Mientras ponía al buen resguardo de una escribanía la «documentación» soñada, mandó un chat a Solange y Marina. Las invitó a almorzar para contarles lo que había sabido, intimarlas a que tomaran recaudos especiales y se cuidaran mucho, muchísimo. No entendieron muy bien de qué debían cuidarse las «nenas», pero le dijeron «sí, papá, no te preocupes», como de costumbre.

Del restaurante del Yacht Club se fue al bar del Hotel Dos Mundos. Durante el almuerzo con las hijas, había citado allí por Telegram, la más «segura» competencia de WhatsApp, a los tres colegas que más respetaba y que, a la vez, ejercían gran influencia desde la radio, internet y el diario de mayor prestigio. Sabía cubrirse las espaldas.

Ernesto «El Gordo» Lamarca, Daniel «Maldad» Assef y Hugo «El Expediente» Balmaceda lo esperaban con ese cóctel de intriga, desconfianza y fastidio que suele embriagar a los periodistas cuando otro de la tribu anuncia una primicia espectacular. También le invitarían un trago y un sándwich de salmón ahumado.

—¡Qué carucha, Mito Valdivia! ¿Mala noche o Nochebuena retrasada? —lo recibió Lamarca.

—Buenísima noche, por eso los hice venir. Laburé como loco hasta la madrugada. A ver...

¡Paren las rotativas! El Procurador se suicidó, muchachos, se los aseguro... ¡Confirmadísimo! —le respondió con graciosa gravedad y pasó a detallarles a los tres de un tirón el contenido de las escuchas a las que había tenido acceso—. El hijo de puta del agente Jerez, pero antes Berardi, Trullet y Camacho lo apretaron con saña. El tipo, cuando vio los informes que le habían mandado, se quiso echar para atrás con la denuncia contra La Catalina. Lo forzaron a matarse por eso. Y Gómez Pardo, que no estaba en sus cabales, les hizo caso... Bueno..., caso no... Era la única que le quedaba, lo iban a hacer pelota... Desesperado estaba.

Se quedaron duros, callados como jamás antes Assef, Lamarca y Balmaceda, mirándose entre sí medio minuto, conmocionados por la noticia.

—Es un bombazo de la gran puta... —reaccionó a media voz Assef.

—¿Dónde lo vas a publicar? El diario está a tu disposición... —vio la oportunidad

Balmaceda.

—Estoy viendo cuándo, cómo y dónde, porque me amenazaron. A mis hijas, digo, y a mí también... —se sonrojó Mito.

—No será la primera vez. Decime, boludo: y las escuchas, ¿las tenés? —inquirió El Gordo, líder del share radiofónico.

—Bien guardadas en una escribanía, por ahora. La idea era contarles a ustedes lo que tengo y que, si pasa algo raro, sepan por dónde viene la mano.

—¡Tenés que sacarte eso del buche, Mito! Vos sabés que la mejor manera de cuidarnos es publicar todo rapidito —lo apuró Maldad, ducho en la inmediatez de las noticias online.

—Ténganme paciencia, les pido. Un par de días. Bueno... Hasta que me organice bien con todo esto y termine de chequear. No es joda.

—Vos manejaló, dale, Mito, pero tenenos al tanto. ¡Que orto tiene La Yegua de mierda esta! ¡Con lo que merece ir en cana! Igual, del choreo y del lavado de guita no zafa... —resopló Lamarca.

Se rieron, pensativos, los cuatro. Y luego, lo de siempre: intercambiaron algunos datos frescos sobre la enervada situación económica, política y judicial del país, uno de ellos miró el reloj y se fueron cada uno por su lado.

Valdivia dudó si habría hecho lo correcto. Suspiró con cierto alivio, mas en su caso el consuelo nunca era tanto. La próxima escala quedaba en el estudio de su abogado, Silvio «El Duro» Santacroce.

Con el prestigioso penalista se conocían desde los años de la universidad. Se admiraban mutuamente por una condición en común, la de comprobar hechos. Claro que Silvio lo hacía en defensa de sus clientes de toda condición y Mito, en perjuicio de personajes por lo general poderosos. Santacroce conocía todos los secretos de Valdivia, menos uno: el don de reconstruir verdades soñando. Mito jamás se hubiera permitido presumir ante un amigo de que corría con ventaja.

Su investigación tenía destino de Tribunales y no podía dejar de compartirla con su amigo, es decir, de sopesar el valor de una prueba que consideraba irrefutable y decisiva para el curso de los acontecimientos nacionales. El letrado lo escuchó con atención, dando por hecho que las grabaciones estaban protegidas.

—¿Alguien más sabe esto? —se preocupó Silvio.

—Sí. El escribano, las «nenas», Lamarca, Balmaceda y Assef, que vengo de contarles. Y ahora vos.

—No sé si hiciste bien, si no estarás avivando giles al pedo.

—A vos te lo puedo decir, Silvio: estoy cagadísimo de miedo. Esta vez me mueve más cuidar a las «nenas» que hacer ruido, te lo juro. Tengo un mal presentimiento. Camino sobre una alfombra de angustia.

—¡Qué novedad, jajá! ¿Estás bien?

—Alerta, medio sacado. Pero imaginate...

—Bueno, bueno... Hagamos así: después vos pasame la letra detallada de las conversaciones telefónicas esas y yo voy armando un escrito para presentarle al juez un rato antes de que decidas publicarlo. Tomá en serio lo que te digo, en Tribunales están más apretados y cagados que vos. Por ahora no hace falta sacar los CD de donde están, que los pida el fiscal. Y no hables con nadie más, por las dudas. ¿Dale?

—Gracias, hermano, te juro que no...

—Sabés que contás conmigo hasta para la locura más grande.

—Lo sé...

Ya lo dice el refrán: un pelo público tira más que una yunta de bueyes. Desde el ascensor le escribió a La Troska. La invitó a «festejar algo muy groso, muy pero muy heavy» esa misma noche. Al cabo de dos horas con el visto clavado, la chica le prometió llegar al loft a las doce y media clavadas.

—Voy de gala —escribió.

13- NOTA DE LA COMENTADORA: MV me aseguró que, de haber sido citado a declarar, jamás habría revelado la identidad de las fuentes ni las circunstancias en que obtuvo sus testimonios, dado que, además de «un profesional», era «un caballero». Su chequeo de la nueva modalidad para acceder a esos puticlubs quedaría pendiente ni bien apareció muerto El Procurador en el baño de su mansión.

14- NOTA DE LA COMENTADORA: También debería considerarse la posibilidad de que Su Señoría estuviera enamorado de Valdivia, pero este no aportó referencias al respecto. ¿Temía que una mujer pusiera en cuestión su virilidad heterosexual?

15- NOTA DE LA COMENTADORA: Valdivia depositaría los tres CD y las anotaciones que hizo sobre sus contenidos en una escribanía, con la condición de que se radicara una denuncia formal si le pasaba algo.

16- NOTA DE LA COMENTADORA: Era previsible que, en algún momento, Valdivia mostraría su hilacha patriarcal.

17- NOTA DE LA COMENTADORA: Los nombres verdaderos se publican dado que, al haber sido exonerados, prescribió la prohibición de hacerlo marcada por la Ley Nacional del Servicio Secreto.

18- NOTA DE LA COMENTADORA: Publicamos aquí las minutas que adjuntaría la mañana siguiente a los tres CD y las notas que había entregado con anterioridad al escribano.

VI LAS ILUSIONES

Preguntas

Su espectacular habilidad para reconstruir con precisión de relojero los acontecimientos del pasado y revelar ordenadamente sus secretos y misterios tenía un límite. A Mito Valdivia le generaba cierta impotencia verse impedido de ingresar a sus sueños reconstructivos y entrevistar a los protagonistas. Solo podía verlos, escucharlos, olerlos inclusive, lo cual no era poco, pero él vivía la restricción de hablar con ellos como una discapacidad, una tara severa. Un periodista prestigioso, en el particular modo valdiviano de ver las cosas, no es un fisgón de comisaría, ni una chusma de barrio ni, mucho menos, un voyeur parafilico. Si el periodista supera en profundidad al mero espectador es gracias a su ambición de indagar, y punto. La pregunta lisa y llana, de frente pero filosa, era, según su experimentado criterio, la herramienta básica de su profesión, y el no poder usarla en el momento pico de la producción lo frustraba bastante. Siempre decía que un ciego y un sordo podían llegar a ser grandes periodistas, pero que a un mudo le costaría más, precisamente por la dificultad de preguntar. Pero bueno, ya hemos tenido noticias anteriores sobre el angustiado perfeccionismo de Valdivia.

Lamentaba Mito que la obligación forzosa de atragantarse la pregunta (la repregunta, en realidad) dejara al sujeto soñado en alguna clase de posición aventajada, cómoda, por más que hubiera muerto en la escena que el periodista «nada más podía registrar con precisión fotográfica y magnetofónica». Estaba seguro de que, si un suicida pudiera narrar la experiencia íntima de su tragedia terminal cara a cara con un periodista, primero pediría perdón con educada falsedad por las molestias ocasionadas al matarse y, tras algunos rodeos, afirmaría que su determinación, como la de todo aquel que se ha quitado la vida, fue inducida. Es decir, impuesta por alguien o por las circunstancias, que no suelen ser otra cosa que escenarios contextuales diseñados por «más de un alguien en estado de confabulación».

Aclaremos antes de que oscurezca: Valdivia no pretendía entrar en contacto con los difuntos por las mismas causas que Alcides «El Dibujante Místico» Maldelman, por ejemplo, quien estaba obsesionado con buscar a Héctor «El Eternauta» Oesterheld, enfrentarlo y pedirle perdón de rodillas por no saber mirar a los ojos. El Dibujante Místico se había hecho espiritista por defecto, por culpa. Era él quien se desesperaba por el impulso de ir a explicar los hechos al más allá. Lo apremiaba el hambre de confesarse, de rendirle cuentas al amigo en desgracia. Era un arrepentido individualista. Valdivia, en cambio, se había hecho periodista, y soñaba los hechos para arrancarlos de la oscuridad y exhibirlos en el más acá tal cual ocurrieron. Lo urgía un sentido amplio de justicia, un deber ciudadano. Le gustaba remarcar que su pensamiento, y en consecuencia su acción, se originaban en un cientificismo que ya no necesitaba demostrar. A su manera seguía siendo socialista.

¡Ay, si se le hubiese dado entrevistar a Leandro «El Macho» Alem! Ni la más mínima duda tenía de que le habría sacado una respuesta concluyente sobre la decisión de pegarse un tiro en la sien como último servicio a los desposeídos. ¿Y a Lisandro «El Ético» de la Torre? Además de contarle por qué guardaba la Bersa calibre 22 que heredó del padre detrás de sus *Obras Completas*, le querría preguntar todo sobre el mandato moral que lo empujó a balearse el corazón. A Leopoldo «El Facho Temprano» Lugones, si era cierto que tomó cianuro a pedido de su hijo cuando este le descubrió una amante. Claro que, también, era un romántico: ninguna pregunta guardada tenía Valdivia para formularle a Alfonsina «La Vestida de Mar» Storni. Apenas cobijaba el deseo de sentarse junto a ella y pedirle que le musitara un tierno «suéñame, que me hace falta».

El haber escuchado las desesperadas discusiones telefónicas de Adalberto Gómez Pardo con los cuatro agentes de inteligencia más temidos del país, horas antes de gatillarse un plomo de 38 en la boca, lo colmaban de dudas. Mientras decidía qué hacer con la primicia que cambiaría el curso de los acontecimientos nacionales, tenía tiempo para discernir qué habría sucedido entre la última llamada con Leopoldo «Garganta 1» Jerez y el tiro del final. ¿Cómo le hubiera gustado meterse por la ventana de su electrizante sueño, avanzar hacia Gómez Pardo y ametrallarlo a preguntas!

Releyó siete veces la carta póstuma que el occiso les había enviado a sus mejores amigos, por mail. En más de una oportunidad, en alguna conferencia o uno que otro seminario sobre Técnicas de la Investigación Periodística, Valdivia había sostenido: «A los documentos, a los archivos, a los informes periciales y a las autopsias también se los interroga. ¿Cómo? Muy fácil: subrayando. Los muertos hablan a través del estado de sus cadáveres, de la intencionalidad presunta de sus últimos actos, del tenor, el tono o el pulso de sus últimas palabras verbales o escritas». Entonces, fiel a sí mismo, subrayó el papel:

Queridos todos:

Van a decirse cosas terribles sobre mí, estén preparados para soportarlo. Yo lo estoy, quédense tranquilos. Hay veces que la vida nos impone situaciones que no se eligen, como si estuviesen escritas de antemano. Los acontecimientos pueden adquirir su dinámica propia y solo suceden más allá de uno, que a lo sumo es la mano ejecutora de lo que, sí o sí, en algún momento va a ocurrir. Estoy listo desde hace tiempo para lo que voy a hacer... Podía haberme demorado un poco más, pero no mucho. Debo actuar ahora, ponerlo todo, jugarme entero. Sé que me enfrento a un poder enorme y la manera es no ahorrar nada de lo que esté a mi alcance. Así es la vida.

La verdad debe triunfar. Tiene que hacerse justicia, cueste lo que cueste. Estoy bien, no me volví loco. Gracias por acompañarme siempre. Nos vemos pronto.

Beto.

Valdivia repasó sus propios subrayados y los reagrupó con asteriscos y flechas para interpretarlos con preguntas:

Comentarios:

«Van a decirse» / «estén preparados» / «quédense»: ¿Avisa que no va a estar?

«La vida nos impone» / «no se eligen» / «más allá de uno»: ¿Acata una decisión ajena que lo excede?

«Mano ejecutora» / «listo desde hace tiempo»: ¿Había pensado antes en suicidarse? (no hay registros).

¿«Listo» puede entenderse como «terminado» / «condenado»?

«Todo» / «entero» / «no ahorrar nada» / «cueste lo que cueste»: (Sin comentarios).

«Así es la vida»: ¿Puede interpretarse como «alguna vez se termina»?

«Loco»: ¿Lo que está por hacer es parte de una misión consciente?

«Siempre» / «pronto»: ¿Balance final? ¿En definitiva todos vamos a morir y no falta tanto?

Ojalá hubiese podido hacerle todas esas preguntas a Gómez Pardo en persona. Bueno, está bien, en sueños, pero frente a frente. Ahora, todas las respuestas dependían de personas amarradas al caso por algún grado de interés afectivo, económico, de interna judicial o política. El Procurador había dejado de ser un extinto incómodo, una deuda institucional de la democracia, para convertirse en prenda de innumerables disputas cruzadas. Tal vez deberíamos incluir las hipótesis de Mito Valdivia en la lógica desquiciada del país, pero él se mostraba convencido de que había «interrogado con gran oficio» a la carta del muerto aún vivo y de que «las respuestas resultaban caídas de maduras». El documento cobraba, según él, una dimensión indiscutible a la luz de las escuchas telefónicas «cotejadas en el ejercicio imparcial, objetivo», de su profesión.

Ya casi no dormía. Mejor dicho, lo hacía solo para trabajar horas extras. Es decir, para obligarse a chequear, entre visiones nocturnas, los datos más entreverados de sus investigaciones. Estiraba los días para escribir su *Primera enciclopedia del fracaso nacional*, comía, se entretenía con alguien por lo general en la cama y a trabajar de nuevo. Acababa de resolver sumarle un capítulo más a su monumental libraco, que ya llevaba cuatro mil seiscientos seis páginas: «Rasgos suicidas de un país imposible», lo tituló.

Si sus «sueños editados» tenían por defecto la exclusión de entrevistas, también significaban un exceso de voluntad y esfuerzo. Para registrar con exactitud lo que soñaba, debía despertarse de sobresalto y transcribir de inmediato la información recabada, textual, y así evitar predecibles olvidos. Un solo método alternativo le había dado resultados satisfactorios: grabarse sin demoras y desgrabarse ni bien tuviera un rato libre, porque no iba a andar tercerizando tan sensible tarea. Demasiado analógico todo. Los huesos le pedían por favor que abreviara el trámite. No daba más. Quería más. Elegía el rumbo parado en la bifurcación del cuerpo y el espíritu.

Alineados

Repitió el vestido entallado rojo y los estiletos negros que la hacían más alta y parecida a la pianista china Yuja Wang, pero el leve tocado con palitos de sushi le daba un touch original, único. Le había anticipado que esa noche lo visitaría «de gala», no más de las doce y media, y ahí la veía, tras el marco de la puerta, hermosa, esperando que le abriera.

Libertad se le abalanzó como nunca. Lo abrazó, lo besó, le revolvió los pelos de la nuca con las uñas mal comidas, le abrió la camisa de a tirones y, ni bien traspasaron el umbral, cerró la puerta con un empujón de nalgas. Levemente inclinada como quedó, le bajó el cierre, tomó su miembro con la mano derecha y con ambas después y, cuando lo sintió al dente, abrió la boca con dimensión de túnel y lo dejó penetrar varias veces hasta la úvula. Miraba a Mito desde abajo, los párpados entrecerrados. Él no podía creer que fuese real, ni sabía si acariciarla con cariño, forzarla con furor o apartarla con autoridad, usando los palitos de manivela. Hizo todo eso y más, hasta que se le derramó en el rostro. Era su ídolo, en ese instante. Y ella, por alguna razón, quería que lo fuese.

—¿Qué festejábamos hoy?

—Que tal vez existas —respondió Mito.

Abrió dos porrones de sidra gallega y le contó lo que había corroborado la noche anterior, «trabajando como un negro» en sueños, hasta la madrugada. A Libertad se le notaban la admiración y el deseo arrollador en cómo bebía del pico. Despacio, envolviendo la botellita con los dedos cual si fuese de carne, suspirando ante cada detalle significativo del relato de su hombre, mordiendo el hilo, lengüeteándolo.

—¿Y que vas a hacer con la primicia?

—Bueno, publicarla cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo llegará?

—Lo más pronto posible, tengo que acomodar algunas cosas antes. Ya viste que me tienen agarrado de las «nenas», no quiero pisar en falso.

—¿Qué jodidos esos chabones!

—Muy...

—Contás conmigo para lo que sea, lo sabés...

—Pensaba que, por ahí, ni bien se sepa todo convendría que me corra un tiempo. ¿Te irías conmigo de paseo? Qué sé yo, lejos, un par de meses.

—Si es lo que necesitás...

—A mí me haría bien. A todos...

—¿Y tus hijas?

—Deberían rajar, también, más tiempo todavía. Les banco el viaje a donde sea, pero no lo hablamos...

—Okey, si lo tenés todo previsto... ¿Adónde vamos?

—Cuba te gustaría, supongo...

—¡Más bien, claro! ¡Cuba, qué linda es Cuba, quien la defiende la quiere más... Oye, cubano...! —canturreó La Troska.

—Están muy hechos mierda... Los viejos ya están re viejos y no es el paraíso, pero, más allá de lo que diga la contra se aprende mucho allá. Y también más allá de lo que digan los fanáticos, ¡ojo!

—Bueno, ya empezás...

—No. ¿Qué?

—Que no vayamos a un lugar donde tengamos que pelear todo el día, supongo que querrás descansar aparte de tomar distancia del país... Para eso, prefiero algún lado de Brasil.

—No, no, no... ¡Cuba!

—¡Ah, listo, querés pelear! ¿Y si nos vamos a la playa?

—La playa por la playa me aburre, a los tres días no sé qué hacer. Y en Cuba está lleno de playas...

—La playa por la playa es playa, Valdivia. Creo que tenés que bajar un poco.

—Puede ser... Bueno, elegí vos...

—Dale, ¿tengo que decidir ahora? Mirá que no tengo un mango...

—No, pensalo y decime.

—¡Qué lindo sos!

Mito puso boleros y la invitó a bailar, manteniendo la iniciativa. En la parte de «bésame mucho, / como si fuera esta noche la última vez...» la besó; en la de «abrázame y no me digas nada...» la abrazó con potencia de pulpo; y en la de «vete de mí...» la llevó hasta la cama, la empujó y, de rodillas, le quitó los zapatos de taco. Lamió sus pies y sus pantorrillas y sus muslos y le fue corriendo con la nariz el vestido rojo y le devolvió la gentileza de la bienvenida, despacio, suave, sin freno. A ella le tembló la mandíbula en el orgasmo, ya se sabe que tiritaba de calor. Se incorporó y dejó caer al suelo el vestido, plagada de tatuajes. Bailaron de otros modos, intercambiaron humedades, probaron posiciones hasta entonces inexploradas, aun las más incómodas, se dijeron de todo, puta, rey, qué bella sos, no pares más y se rindieron. De cansancio, no de cobardía. En algún momento habría que dormir.

—Mito...

—¿Sí?

—Nunca pensé que podrías hacer algo tan grande por La Jefa, tan riesgoso.

—Yo no hice nada por esa mujer, Libertad. Yo...

—Ya sé, ya sé, todo bien. Pero ahora que hiciste lo que hiciste, caigo en el pedacito de hombre que sos... Admirable sos.

—Bueno, descansá.

—Mito...

—¿Sí?

—Te amo.

La tira de boleros iba por «yo sé que mi cariño te hace falta / porque, quieras o no, / yo soy tu dueño». Seguía sin creer, Valdivia, pero cuánto disfrutaba estar ahí.

Una genialidad

Estaba madurando un par de ideas que necesitaba pulir. Daba por descontado que, cuando por fin viera la luz, la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* iba a ser un éxito de ventas y, por lo tanto, una portentosa fuente de ingresos. Reinvertirlos en instaurar una Fundación de Lucha contra la Angustia (FUNDALUAN) le parecía un propósito altruista y, para ello, ya les había enviado propuestas concretas a tres referentes de las neurociencias a nivel internacional: el neuropsiquiatra suizo Ronald Stop, con quien se habían hecho amigos en la Universidad de Lausana, su par rioplatense Macondo Funes (ex neurólogo de La Jefa Hortigoza) y la conductista polaca Czylle Szperling. Esta última, con la mayor reserva, se había empeñado en diseñar una máquina de proyectar sueños, pero había postergado el revolucionario invento por falta de fondos. A Mito le abrió la cabeza imaginar ese aparato. Con algo así en su haber, podría soñar un poco más tranquilo, despertarse recién cuando llegara la hora y acceder, fresco como una lechuga, al audiovisual en crudo de sus exclusivas. Plata le iba a sobrar.

Fue Funes quien, muy entusiasmado con la fundación anti-angustia y todavía más con lo del proyector de sueños, le recomendó a «un técnico electromecánico brillante» para que opinara sobre la viabilidad de la genial ocurrencia de Szperling. El tal Jorge Zuviría se ocupaba del mantenimiento de toda la aparatología del sanatorio-escuela donde atendía el neurólogo. Además de arreglar con maestría y a bajo costo el sofisticado instrumental de la clínica, Zuviría había diseñado un tomógrafo digital multicortes, un ecógrafo 3D-HD y un electromiógrafo de altísima precisión para ser fabricados en el país, pero las multinacionales del sector le cerraron el paso.

Creyó que Valdivia le estaba tomando el pelo cuando le comentó la idea. Parece que Zuviría había descartado un plan por el estilo tiempo atrás, harto de frustraciones industriales y temeroso de estar enloqueciendo: también sufría unas pesadillas estremecedoras desde chico y no quiso dejarse confundir profesionalmente por los efectos colaterales de una obsesión maníaca. Cuando supo que alguien tan importante como Mito era capaz de perder tiempo en lo mismo que él, avalado por una científica de renombre como Szperling, vivenció la conmoción existencial del astronauta que ha sido devuelto a la Tierra en una cápsula incendiada.

Sin vueltas, lo invitó a comer un asado a su casa de Zona Norte, porque «esa clase de asuntos deben desmenuzarse con calma, sin estrés»; y le sugirió sumar a Funes, ya que, siendo aquel un experto en el funcionamiento del cerebro, no los dejaría irse por las ramas.

Mito cayó a las once y media del domingo con tres botellas de merlot Château Petrus Pomerol 1979 de Bordeaux, Francia, un tinto ideal para maridar con el cabrito a las brasas prometido por

Zuviría en su chalet sin intenciones de lujo del Country Mayo, típico de clase media. En la parte de atrás estaba el taller donde el técnico electromecánico guardaba los prototipos de sus máquinas de diagnóstico, que le mostró con un orgullo melancólico. Su esposa Justina y su hija, Matilda, una veinteañera larga expuesta en sus shortcitos y el corpiño de la bikini, lo miraban piadosas. Macondo Funes anunció por WhatsApp que se demoraría un poco.

—¡Qué gustazo, Valdivia, gracias por venir! ¡Y qué milagro que nos junte una gran idea! — Zuviría le pasó el mojito recién preparado por Justina.

—No, no, el agradecido soy yo. Me pareció una genialidad... ¡Doble genialidad! Coincido: ¡un milagro! ¡A la salud de ustedes! —Mito se detuvo más que nada en los ojos violáceos de Matilda.

—Mirá que desarrollar ese artefacto va a llevar estudios, insumos importados, matricería original, ensayos...

—Supongo, sí, pero los expertos son vos y Funes. Y habrá que tener al tanto de cada paso a la madrina polaca... ¡Je!

—Sí, sí, desde luego, estamos todos en este barco... Mati se quedó especialmente para conocerte, termina la Licenciatura en Periodismo este año. ¡Por fin, jajajá!

—¡Ah! ¡Muy bien! Bueno, lo que necesites...

—Gracias, Mito... Estoy algo perdida, en realidad, no sé si me gusta mucho el periodismo, ya no se sabe en quién creer. Pero llegué hasta acá... —La chica tenía una voz de ángel.

—El secreto es creer en uno mismo, aprender las reglas y no traicionarse nunca... —impostó Mito.

—¡Uh, Mati...! ¿No te fijarías en las papas que están en el horno? —Justina pareció incomodarse por algo más que el punto de las papas.

Desde la guardia comunicaron que Funes estaba en el portón. Apareció al minuto con un cabernet Marqués de Casa Concha 2014 chileno en cada mano.

—Señoras y señores: ¡el mejor vino del mundo para celebrar el mejor plan del mundo! ¡Y los mejores sueños! Perdón por la demora...

—¡Oh, doctor Funes, bienvenido! —agarró las botellas Zuviría, mientras Justina le alcanzaba un mojito al recién llegado.

—Bueno, Valdivia, gracias por ser el articulador de este encuentro. Van a salir grandes cosas de acá, vengo a ponerme a disposición para lo que necesiten. Le estoy dedicando la vida al conocimiento del cerebro y si esto sale, damos vuelta la página de la historia... ¿Cómo se le ocurrió?

—En rigor de verdad, se le ocurrió a la doctora Szperling. Me lo confirmó cuando la llamé por lo de la Fundación de Lucha contra la Angustia... Se quedó sin financiamiento y el proyecto, en veremos.

—¡Otra gran idea, la Fundación! Todo mi apoyo para eso, también. Ahora, ¿por qué tanto interés sobre la angustia y los sueños por parte de un periodista tan destacado en temas políticos?

Mito se vio expuesto. El segundo mojito le sirvió por unos segundos de parapeto, justo estaba llevándose el vaso a la boca. No le quedaba otra que mostrarse un poco tal cual era, confesarse hasta cierto punto, lo cual tampoco le pareció tan fuera de lugar ante uno de los neurólogos más prestigiosos del continente. Eso sí: debía evitar a toda costa que el sendero de alcohol y confianza que estaba por abrirse lo llevara a revelar su gran secreto. Sería como contar quiénes eran sus fuentes.

—Le cuento, Macondo: desde chico tengo unas pesadillas terribles y creo que son la causa de ciertos estados de ansiedad recurrentes, como de tristeza, depresión será. Uno vive tan estresado,

se descansa tan mal... Aparte quedé viudo...

—Ay, tan joven... —comentó Matilda, joven en serio.

—Yo también sufro de pesadillas —lo terminó de salvar Zuviría—. Son así: me despierto en sueños con esa pesadez tan plácida, salgo a la vereda en calzoncillos, llueve, y en una baldosa floja me salpico y caigo como al fondo del mar o de un estanque sin fondo; empiezo a respirar agua medio sucia y a ver todo cada vez más turbio y el agua metida en las orejas me hace escuchar unos sonidos líquidos, fluidos, que parecen cantos religiosos y me voy muriendo despacio, despidiéndome de mí mismo y de todo fuera de mi voluntad pero sin fuerzas... ¡Ahí me despierto!

—A veces a los gritos y otras, llorando —añadió Justina.

—Así es, sí. Ella, ¡pobre! No sabe qué hacer cuando sueño así.

—Es posible que en los sueños esté la clave de la angustia. No digo que las pesadillas sean la causa material en sí, me refiero a que allí podría verse la razón al desnudo. O haber alguna pista, seguro —ilustró Funes.

—¡Eso pensé! Y, por lo que he leído, la angustia es una epidemia mundial que hasta ahora solo ha favorecido a los laboratorios de psicofármacos. También leí que los sueños siguen siendo un gran misterio de la ciencia. Además, el proyector de sueños hasta podría ser el inicio de una red social verdaderamente transformadora. ¿O no sería posible encontrar allí soluciones que despiertos no encontramos? —casi se traiciona Valdivia. Estuvo a punto de decir que, con esa máquina, cada cual podría dar rienda suelta a su exhibicionismo y producir contenidos audiovisuales del género que se le ocurriera, drama, comedia, thriller, ciencia ficción, dibujos animados y, como en su caso, documentales y flashes informativos.

—No sé. Puede ser. Con ese criterio, también se lo podría usar para el mal, como un sofisticado mecanismo de control social, de manipulación, hasta de adoctrinamiento. Tipo Aldous Huxley en *Un mundo feliz*. Él hablaba de la «hipnomedia», que era un modo de abordar las conciencias desde sus estados crepusculares para dominar los inconscientes. Para mí, hablando en serio, lo más importante del invento sería entender más a fondo cómo funciona el cerebro. Es el órgano del conocimiento. Y el conocimiento es el futuro —acentuó Funes.

—¿Y tus pesadillas cómo son, Valdivia? —inauguró los tuteos Zuviría.

—Un vacío muy oscuro, lleno de formas indefinidas, grises, que se agrandan, se achican y se superponen sobre un fondo de palabras, de gritos, de gemidos humanos e infrahumanos. También me despierto mal.

—Ay... —se le escapó a Matilda.

El cabrito especiado a las brasas le pareció «¡soñado!» a Mito y todos se rieron de su *timing*. El merlot francés y el cabernet chileno soltaron riendas a un intercambio intenso sobre los estados de conciencia y los efectos estimulantes, inspiradores, de los buenos vinos. Las papas no habían llegado a quemarse. Salieron crocantes, exquisitas. Los tres hombres continuaron la charla en el taller del fondo, azulejado en blanco, desinfectado, limpio como un centro de salud. El tomógrafo digital, el ecógrafo 3D-HD y el electromiógrafo Made in Zuviría daban el marco apropiado a la escena.

—El eje de la cuestión, Jorge, sería traducir a imágenes y palabras las ondas hercianas que emite el cerebro. Yo me concentraría en las ondas Delta, que son las del sueño profundo; pero también en las Theta, que son las de los estados de calma y ensoñación, las de fantasear despiertos, digamos. ¿Es posible? —planteó Macondo

—Lo tengo estudiado. A sonido no hay drama, te hago ya un electroencefalograma y saco ruido. Palabras entendibles y sobre todo imágenes definidas, ¡mamita! Ahí está el punto. Te cuento hasta dónde llegué, a ver qué te parece.

—¿A ver?

—Yo no me quedaría con tomar las ondas cerebrales con electrodos externos, también tomaría los reflejos musculares y nerviosos... Incluso, mirá lo que te digo, tendría en cuenta las reacciones en el aparato digestivo... Y lo más de lo más: una microterminal permanente en la médula, con un chip. Lo ideal sería contar con la mayor cantidad de voluntarios durante la mayor cantidad de tiempo posible, conectarlos y someterlos a estímulos de la mayor cantidad de imágenes y la mayor cantidad de palabras para escanear las reacciones y encontrar algún patrón...

—Suená bien... ¡Muy bien suena! —exclamó el neurólogo, ante la mirada perdida de Valdivia.

—Bueno, ahí vendría lo más complicado: desarrollar un software para tomar los patrones de ondas, frecuencias y descargas eléctricas asociadas a sonidos e imágenes, y otro software para que trabaje a la inversa. ¿Me explico?

—A ver: un software lee señales asociadas a estímulos visuales y sonoros; y el otro lee reacciones y devuelve imágenes y sonidos compatibles con los estímulos iniciales archivados en la memoria... ¿Eso decís?

—Sí, más o menos, pero ponele que sí...

—O sea que con cuantos más voluntarios, más diversidad de estímulos y más tiempo contemos, los resultados serán más verosímiles...

—¡Exacto, doctor, más reales! Un problema serio: ¡hay que tener a una persona conectada varios días a un electro, un miograma y un endoscopio en red con una punción raquídea! Por más buenas que sean las películas que les pasemos, no les va a gustar...

—Supongo que eso se resuelve pagándoles bien a los voluntarios. Mucha gente necesitará la plata —se animó Mito.

—Sí, sí, eso lo vemos... —le restó importancia Funes, interesado en definir los desafíos iniciales que planteaba el diseño del aparato—. ¿Y si evitamos el endoscopio con un laparoscopio? ¡No! ¡Mejor! Usemos agujas largas de acupuntura con electrodos...

—Bueno, usted manda. ¿O no es el médico, acaso? ¡Jajajajá!

—Perdón, una pregunta: ¿los voluntarios hacen la experiencia en camas?

—Y... Sí... En camas ortopédicas... En sillones aerodinámicos... Eso después se ve.

—¿Y si alguien sueña boca abajo?

—¿Eh?! —se sobresaltaron los expertos.

—Nada, nada... Decía... Eso después se ve. ¿Así que hay una onda que se llama Theta? —evadió el periodista.

—Sí, tal cual. Todas las ondas cerebrales fueron catalogadas con letras griegas: Alfa, Beta, Delta y Theta, que es la del sueño profundo. Está en discusión si no hay una quinta onda cerebral, Gamma. La Theta se usa mucho en matemáticas para definir incógnitas y como se sabe tan poco de los sueños...

—Buena onda la Theta.

Las carcajadas hicieron de paréntesis. Quedaron en avanzar por donde habían hablado. Brindaron con cabernet chilote primero y con merlot galo después. Hasta que llegó el momento de abordar lo que denominaron «El Factor Cezylle Szperling». Por algo la especialista polaca había decidido discontinuar el diseño del proyector de sueños.

—¿Cuánto saldrá el desarrollo inicial? —preguntó Valdivia.

—A todo esto, habrá que sumar lo que te decía más temprano: los insumos importados, la matricería nacional... ¡Ah, pequeño detalle! Yo no diseño software, habría que contratar a un ingeniero en sistemas. O asociarlo, qué sé yo, esto es una mina de oro. Conozco a uno muy serio.

Yo mañana mismo lo llamo, me pongo a cotizar todo y les paso el presupuesto. Pero menos de dos palos verdes no será, por abajo de las patas —concluyó Zuviría.

Volvieron al chalet. Justina los esperaba en el living con café y limoncello casero, el cheesecake era una obra maestra de Matilda. A Valdivia ni se le ocurrió hablar de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*. ¿Dos palos verdes? Debería juntar sponsors. Valía la pena el proyector de sueños. Antes de subirse al Citroën anaranjado, la chica le pidió la dirección de mail.

—Por cualquier cosa —dijo.

Ganar o no perder

De Sun Tzu a Maquiavelo pasaron mil ochocientos años y de Maquiavelo a Catalina Hortigoza y Patricio Month, quinientos más.

«Lo supremo en el arte de la guerra es someter al enemigo sin darle batalla», escribió el chino en *El arte de la guerra*.

«Es preferible rendir al enemigo por hambre que con las armas, porque para vencer con estas cuenta más la fortuna que la capacidad», escribió el florentino en *Del arte de la guerra*.

Ni La Jefa ni El Ingeniero escribieron libros. Tampoco leyeron ninguno de los otros dos. Sus asesores pusieron la lectura y ellos, el cinismo de acordar la discordia, de igualarse en la simetría, de aceptarse negándose, de ordenar una guerra irreal, sin sangre ni pérdidas materiales, salvo para un país unificado en la pelea de palabra.

Sun Tzu: «Un general sabio se ocupa de abastecerse del enemigo».

Maquiavelo: «Lo que favorece al enemigo nos perjudica a nosotros, y lo que nos favorece a nosotros perjudica al enemigo».

Al negro, blanco. Al día, la noche. A la sal, pimienta. Al privilegio, corrupción. Al tinto, blanco y a la Patria, la República, para concederle un sentido magno a la forzosa toma de partido del populacho que los miraba, enfervorizado y dividido, por tevé. Su guerra imaginaria era un acto de fe donde, sin excepción, el averno era obra del otro. Había quienes, por supuesto, se la tomaban en serio. Porque ninguna ficción es pura falsedad. Porque muchos, desde su literal punto de vista, no llegaban a ver. Y porque muchos otros, directa o indirectamente, vivían de la guerra. Es que, a veces, y por más que se la sufra, se duerme más tranquilo en la ficción.

Pepe Pueblo y El Loro venían por la Avenida Central repartiendo volantes de la campaña #ElIngenieroEsGato. Valdivia tomaba té y gin tonic en la vereda, en una mesa con sombrilla del Bar Hispano. Muchas personas arrojaban las papeletas sin haberlas mirado siquiera y Mito agarró una del piso. Quedó entre sorprendido, intrigado y molesto.

—¡Valdivia! ¿Qué onda? —saludó Pepe, mientras su compañero se trezaba con un transeúnte en que El General de acá y que Don Arturo de allá y así.

—Yo muy bien... ¿Ustedes?, ¿pregonando el inicio de la revolución?

—No jodas... Es la misma movida que armábamos la otra vez, cuando nos vimos en el boliche del penal...

—¿Me das uno?

—Sí, sí, tomá.

El periodista comparó ese impreso con el otro que había estado viendo. Mismo tamaño, igual calidad de papel, diseño y tipografías idénticas, pero distinto texto. De lejos nadie podía notar la diferencia. El que le entregó el militante de La Jotaeme contenía una explicación breve y jocosa

de «por qué Patricio es gato». El volante gemelo decía:

CÓMO PELEAR CONTRA EL GATO

Estar atentos a cada protesta que se convoque contra el gobierno y sumar fuerzas organizadas desde cada barrio.

Los compañeros coordinadores de cada grupo dispondrán de los recursos para garantizar la movilización e informarán las consignas centrales.

También informarán de cada acto donde se anuncie la presencia del Gato y la ruta que tomará para llegar e irse.

Participar de ellos sin carteles ni distintivos, como parte de la respuesta espontánea del pueblo.

En caso de desbordes, el deber de la militancia es ponerse al frente para crecer en capacidad de organización y conducción.

Si hubiese represión, organizar la resistencia y cubrir la desconcentración en orden.

Los compañeros coordinadores de cada grupo indicarán cómo muñirse de piedras y otros elementos básicos de autodefensa.

¡Vamos a volver!

Valdivia le exhibió los dos juntos, uno con cada mano, para percibir la reacción de Agustín «Pepe Pueblo» Toledano. El joven puso cara de nada y se demoró diez segundos en abrir la boca.

—¡Están a full!

—¿Quiénes están a full?

—Los servicios, Valdivia, quiénes van a ser...

—Oíme, Pepe, esto lo agarré del suelo. Ustedes repartían, la gente los tiraba y yo lo agarré. No veo a nadie más volanteando por acá.

—Mirá, miralos todos... ¡Loro, vení! —Los dos pusieron sobre la mesa los pilones que sostenían y los que les quedaban en las mochilas. No había ninguno como el que tenía Valdivia.

—Se les habrá traspapelado, Pepe, ese texto no es para cualquiera. Me suena más para la militancia orgánica...

—Bueno, vos editá la realidad como te parezca. Por otra parte: ¿qué tiene de malo organizarse y explicar cómo hacerlo?

—¿De malo? Nada. Pero ahí se habla de tirar piedras y los dos últimos actos donde estuvo El Ingeniero terminaron a los pedrazos y nadie se hizo cargo.

—La gente no está bien, Valdivia.

—Pero los pedrazos empezaron de golpe, a mí no me vengán con la «espontaneidad del pueblo», porque el pueblo no vive cagándose a cascotazos.

—No sé, nosotros no fuimos. Pero no creas que te estoy diciendo que no vamos a estar en cada protesta, como corresponde.

—Vos no olvides, gorilón, que «a la fuerza brutal de la antipatria, opondremos la fuerza popular organizada» —recitó El Loro.

—Te juro que no me olvido de nada, pichón. Este país no necesita más quilombos, necesita ponerse a trabajar. Cuídense de que no los usen de balas de cañón, ya nos pasó una vez y salió todo mal —sermoneó Mito.

—Gracias por el consejo, loco, pero mejor cuidate vos. Nosotros sabemos lo que hacemos: le están sacando la comida de la boca al pueblo y quieren meter en cana a la Compañera Catalina, ¿querés que esperemos en casa viendo la tele?

—Una cosa es quedarse en casa y otra cosa es tirarle piedras a un presidente que, te guste o no, llegó por los votos.

—¡Por un voto llegó! ¡Por uno solo!

—«El ciudadano tiene la ilusión de que elige y solo se limita a escoger entre la reducida lista que los financieros han decretado apta para el consumo popular. El político y su partido lo saben y sabe por consecuencia que antes de someterse a la elección popular ha de tener el visto bueno de los financieros, y este visto bueno se obtiene a cambio de la entrega de los intereses populares. Cuando el día del comicio llega, el pueblo no elige sino dentro de la opción que los financieros le proporcionan». Firmado: Arturo Jauretche —dijo Lorenzo «El Loro» Vilas.

—¡Ay, diosito santo! Miren, muchachos: hay que cuidarse de los microclimas. Los microclimas han sido los enemigos más terribles de la lucha popular por la democracia. Los microclimas generan ideas cerradas, verdades reveladas que solo sirven de autojustificación y se termina confundiendo la ideología, la justicia y la Patria con el interés particular del jefe. De La Jefa también. Pasa en todos lados, en las familias, en las empresas, en las iglesias y, lamentablemente, también en la militancia, que debería estar un paso adelante guiando, esclareciendo, y no un paso atrás del cordón policial tirando piedritas...

—¡Cómo te gusta El Ingeniero, en el fondo!

—A mí no me gusta nadie, no me gusta El Ingeniero ni me gusta La Jefa y mucho menos me gusta que no exista otra cosa que La Jefa o El Ingeniero. ¿Papas fritas o puré? ¿Papas fritas o puré? ¡Y dale con papas fritas o puré! ¡¿No se dan cuenta de que todo es papa? ¿Y sabés qué pasa si te alimentás solo de papas?

—No, ¿qué pasa?

—Quedás tarado y no se te cicatrizan las heridas. Eso pasa. Un país de tarados peleando todo el tiempo, ¿eso quieren? Ustedes son jóvenes... La juventud es un estado de ánimo proclive a negar la vejez, porque además las generaciones anteriores fracasaron. No entienden que el fracaso es una dimensión histórica, una cultura y una ideología de las que no se sale sin entender por qué pasó lo que pasó. Pero ustedes, claro, lo viven todo como un juego online, están de joda...

—«El arte de nuestros enemigos es desmoralizar, entristecer a los pueblos. Los pueblos deprimidos no vencen. Por eso venimos a combatir por el país alegremente. Nada grande se puede hacer con tristeza y sin ilusión.» Ahí tenés una más de Don Arturo, me las dejás todas picando vos —se regodeó El Loro.

—Bueno, basta, que esto no va para ningún lado. Cada cual con lo suyo, Valdivia. ¿Algo nuevo con El Procurador? —cambió de tema Pepe y Mito se atragantó con el último sorbo de gin tonic.

—Nada por ahora.

—¡Vamos, che! ¡Ponele un cacho más de onda! Yo te prometo que hacemos nuestro trabajo con seriedad, ¿dale? ¡Pero vos hacé el tuyo, viejo!

—Andá a saber... Por ahí un día de estos les caigo con una sorpresita. Mientras tanto, compañeros, cuando quieran les corro una carrera. Veinte metros de ventaja les doy. —Lo de «viejo» le dolió más que el hombro y la angustia juntos.

Anselmo Valdivia tenía un problema grave con la ilusión. La deploraba. Lo sacaba de quicio la ilusión. Si lo presionaban en un debate académico (lo mismo daba en una charla de café), Mito era capaz de sostener durante una hora, con argumentos vehementes, que «el triunfo cultural de la ilusión cristalizó el fracaso nacional como tendencia histórica». Decía que «fueron unos españoles toscos y sucios a los que aún les costaba creer que la Tierra ya no era plato sino bola» quienes nos metieron en la cabeza la idea fundacional de que «la ilusión es lo último que se pierde». Y que, de repetirla y repetirla y repetirla durante centurias en las casas, en las escuelas, en las

iglesias, en la feria, se volvió convicción colectiva y bandera para la acción.

—El daño estaba hecho cuando aparecieran otros españoles, los cultos carcamanes de la Real Academia, para tratar de desencantarnos un poco y poner a la ilusión en su lugar. Según el mataburros, término con el que llamamos al diccionario pese a que aún no ha matado a nadie porque casi nadie lo lee, hay cuatro maneras de entender la ilusión. «Uno: Concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos. Dos: Esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo. Tres: Viva complacencia con una persona, una cosa, una tarea. Cuatro: Ironía viva y picante.» Repasemos, entonces, qué es aquello que muere último si fuese cierto que «lo último que se pierde es la ilusión». Uno: lo último que muere es lo que no es verdad, lo imaginario, el engaño. Dos: lo último que muere es esperar que pase algo interesante, aunque solo parezca interesante. Tres: lo último que muere es chuparle las medias a alguien y tener ambiciones. Cuatro: lo último que muere son las ganas de joder al otro... Así se formaron quienes nos formaron y así formamos a los que siguen y estos a los que vendrán, en la mentira, la chatura, el acomodo, la codicia y la burla. Tenemos un conflicto serio con la verdad... Necesitamos verdades duraderas, eternas y tranquilizadoras, lo cual ya es ilusorio en sí mismo, pero en el día a día no tenemos tiempo para desmenuzar la verdad y seguimos de largo dejándonos guiar por falsedades autocomplacientes. No hay verdades eternas. Así como el hallazgo de una solución a la vez crea un problema nuevo, la instauración de una verdad implica el inicio de una nueva mentira. Y en base a esas mentiras explotamos al prójimo de verdad, despreciamos al otro de verdad y, cuando llega la hora, morimos de verdad sin saber nada. Yo quisiera que nos guíe un nuevo refrán: lo último que se pierde es la búsqueda de la verdad.

Así concluyó su conferencia sobre «La ilusión, la verdad y el fracaso nacional» en el Club de Dominó y Filantropía de Barrancas. Martiniano «El Capitalista» Mondragón le había pedido que, ya que venía con la mano caliente redactando su enciclopedia, sacara provecho de algunos conceptos y los compartiera con los socios. Solo de una cosa se enteraría después: sin consultarle, habían cobrado la entrada y subido los precios del bar a fin de juntar fondos para La Logia del Seis Doble. Las mesas estaban llenas y debieron sumar ochenta sillas para que nadie lo escuchase de parado.

—¡Bien, Valdivia, muy bien! —Se le acercó El Almirante, cuando la gente ya se iba y el reconocido periodista se refrescaba con un chop de sidra vasca bien helada.

—Gracias, Sandoval, fue un gusto.

—Nadie le entendió mucho lo que dijo, ¿sabe? Pero hasta eso nos ayuda: esas personas no vinieron a entender, vinieron a ver si podían contagiarse algo de prestigio.

—¡Ah! ¿Y cómo es eso?

—Que vinieron a quedar bien, sobre todo consigo mismos. Le aseguro que, si entendieron algo, se lo olvidaron antes de subir al taxi. Mañana van a comentar que estuvieron con usted y, si alguien les pregunta por la conferencia, dirán que «muy interesante, muy interesante» y que «qué tipo agudo este Mito Valdivia» —remató El Almirante Gervasio Sandoval, dando paso a Esteban «El Juez» Hoyos Bidart con El Aviator sin Hoy en su silla de ruedas.

—Lo felicito... Un poco barroco lo suyo y otro poco posmodernista, pero me gustó escucharlo, habla muy bien, sabe generar clímax —lo elogió a su manera el magistrado.

—Eso, eso, la ilusión es lo último que se pierde —balbuceó el veterano de los bombardeos a la Plaza Mayor.

—Yo les traigo excelentes noticias —acaparó la atención Hoyos Bidart.

—Bueno, llegué justo. —Se incorporó a la mesa El Capitalista, fajos de billetes de las

entradas en mano.

—Atiendan bien: las horas de Catalina Hortigoza están contadas, ¡la van a meter presa por tráfico de armas y asociación ilícita! —anunció El Juez con la mano derecha en sordina. El Almirante pidió «¡champán para todos!» con un grito seco y besó en la frente a El Aviador.

—Ya que hablamos de ilusión... —se contuvo Valdivia.

—¡Sí, señor, esa es mi gran ilusión! ¡Ver a esa mujer tras las rejas!

—Perdonemé, Sandoval, pero es una ilusión óptica. Eso digo. Irá presa por ese tema, pero va a salir rápido. La causa está floja de papeles, El Procurador no llegó a reunir pruebas contundentes y los que llevaron su denuncia a los Tribunales no agregaron nada más que intencionalidades políticas...

—Usted deje que actúe la Justicia, las pruebas ya van a aparecer. No sea sabelotodo, si va presa es porque debe ir presa y ese va a ser el mejor día de mi vida —exageró Sandoval.

—¿Cuándo sería eso, doctor Hoyos?

—Pronto, no sé la fecha exacta...

—Yo creo que sí la sé. —Se acercó El Comisario Utópico—. La van a citar a indagatoria para dentro de un mes, me avisó recién un colega destinado en Tribunales que el auto de procesamiento ya está redactado y la citación para que vaya a «tocar el pianito» (19) antes de declarar, también.

—Bueno, acá Valdivia dice que es todo política, que va a entrar por una puerta y va a salir por la otra —puso peros El Capitalista.

—El asunto es que entre, después veremos. Si sale, habrá llegado nuestro turno. Nosotros, ahora, entramos en el Plan B —se entusiasmó Sandoval.

—¿Plan B? ¿No puede ser más específico? —Valdivia metió el índice en el champán y lo llevó a la boca.

El Almirante se transfiguró:

—¡Que sufra! ¡Que se cague la bombacha! ¡Que se deje de joder al país! ¡Ese es el Plan B! ¡Retomar el camino correcto! ¡Ese es el Plan B! ¡Que truene el escarmiento! ¡Ese es el Plan B!

Mito tuvo la repentina necesidad de tirar otra bomba:

—Esto se va a poner calentito, parece. Me dicen que está por confirmarse que Adalberto Gómez Pardo se suicidó, pero que lo hizo forzado...

Sandoval lo miró con cara de «un poco genocida», tal cual se había definido cuando lo conoció:

—¿Pero qué dice?! ¡¿Justo ahora van a salir con eso?! ¿Es información buena? ¿No lo habrá soñado, usted? ¿No, Valdivia?

—No, no, me lo contó una fuente confiable. Desconozco la fecha exacta y por dónde va a saltar, pero me aseguran eso —mintió a medias.

—¿Habría que colgarlos a todos estos hijos de puta! Espero que usted no se prenderá en esas pelotudeces...

—Yo solo le cuento lo que sé, Almirante.

—Está bien, está bien... Para eso le pedimos que nos acompañe, para adelantarnos buena información. No voy a matar al mensajero, quédese tranquilo.

Tranquilo, pero lo que se dice tranquilo, no se quedó. El Almirante había mencionado por primera vez la intención de meter miedo, de dar escarmientos e, incluso, de matar, aunque solo llegaría a esto último si le desagradaban del todo las circunstancias. Mito volvió a tomar conciencia de que tenía fuego en las manos. Y de que el primero que podía incendiarse por completo era él.

Amar

Más que a la ilusión propiamente dicha, que consideraba una actitud impulsiva, superficial y frívola, odiaba el efecto colateral más destructivo de la ilusión, es decir, la desilusión. Seguía obstinado en descifrar cómo era posible que los seres humanos, tanto en términos individuales cuanto sociales, políticos, religiosos y demás, se siguieran ilusionando con personas, ideas abstractas o realizaciones materiales pese a todas las veces que habían padecido la desilusión. Porque la desilusión propia, según Mito Valdivia, contendría cargas destructivas peores que, por ejemplo, la traición. Significaba una terrible autotraición. Y ya se sabe que cuando alguien se traiciona a sí mismo se cuestiona y, al cuestionarse, pasa a ser «un otro» amenazante, insoportable, indestructible. Por eso es que cuando una persona se enferma de desilusión, decía Mito, no se salva nadie: suele ser más sencillo enemistarse con otro que afrontar con aplomo la necesidad de expulsar al enemigo de adentro. (Debería considerarse la evidente posibilidad de que hubiera desarrollado su teoría sobre el conflicto ilusión-desilusión por analogía de sus recurrentes estados de ansiedad-angustia.)

Muchos dirigentes, muchos colegas, muchos parientes y amigos y aún más mujeres, empezando por sus dos «nenas», habían criticado en ámbitos diversos el mordaz escepticismo de Valdivia. Esa maldita persistencia en no creer en nada, en razonar al extremo absolutamente todo, en exhibirse como una versión terrestre de El Señor Spock, aquel consejero de *Viaje a las estrellas* que carecía de sentimientos y basaba su intuición predictiva en un exceso de razón y lógica. Una vez, en la única entrevista que concedió a un semanario del corazón, la reportera quiso correrlo por ese lado y le sacó el tema del amor.

—Usted se muestra siempre rígido, implacable, pero supongo que se habrá enamorado...

—Por supuesto, todos nos enamoramos.

—¿Qué es el amor para Mito Valdivia?

—Una sucesión de procesos hormonales, químicos y eléctricos que se dan en todos los seres vivos, sobre todo los mamíferos, pero que en los humanos se manifiesta como representación simbólico-romántica porque nuestro cerebro es el más desarrollado y convierte la electricidad en metáfora.

—Qué interesante... ¿Podría explicarlo mejor para nuestras lectoras?

—Sí, sí, cómo no... En los seres humanos, el instinto animal requiere ser racionalizado, porque, a diferencia del resto de la escala zoológica, tenemos el don de pensar. Quiero decir: el don de especular para sobrevivir. La creatividad es el principal distinguo de los seres humanos. Nosotros no acechamos, no nos agazapamos para atrapar con las garras lo que vamos a comer a dentelladas. Nosotros tenemos estrategias y fabricamos herramientas e industrializamos la producción de alimentos. Así es que somos, también, capaces de fabricarnos una moral, una escala de valores que cambia con los tiempos, pero que siempre fue el modo de huir del primitivismo. Yo creo en el amor en cuanto justificación moral, ideológica y poética del hecho primitivo, instintivo, de aparearnos para reproducirnos. Es una especulación, incluso, sanitaria. Los humanos nos apareamos en ámbitos más higiénicos que los demás animales y eso nos ha dado una noción romántica, metafísica, de la intimidad. Y de la monogamia, te diría. Pero la intimidad no es otra cosa que un remedio ético contra la promiscuidad, porque el amontonamiento y el todos contra todos, o todos con todos, si preferís, ha sido un caldo de cultivo para enfermedades que atentaban contra la especie.

—¿O sea que el amor para toda la vida no existe?

—Depende... La procreación es apenas una parte de la preservación y el desarrollo de la

especie. El principio de una relación suele caracterizarse por una incesante revolución de hormonas que estimulan, desde un simulacro químico, el funcionamiento eléctrico de las neuronas. En ese sentido, lo que llamamos amor o, mejor dicho, enamoramiento, es la justificación ideológico-poética de la urgencia animal por aparearnos. Pero también la amistad es una representación ideológica, en su caso basada en afrontar los peligros de la vida unidos, organizados en clanes, en núcleos familiares o sociales. Si una vez superados los estímulos iniciales del enamoramiento se logra transformarlos en una firme amistad, digamos que lo que llamamos «amor para toda la vida» sería posible. Claro que el amontonamiento siempre tira, todos andamos cruzándonos con todos por ahí todo el tiempo y somos, en definitiva, unos animales, los más perfectos animales. De ahí deviene otro problema: ¿hasta qué punto aparearse con otro de la manada sería una traición moral para con el sujeto del amor? A mi modo de ver, el verdadero drama no sería la traición del otro, sino la desilusión de uno con uno mismo. Porque para desilusionarse hubo que ilusionarse antes, como si la relación con los demás dependiese de cuestiones mágicas, imaginarias, mentirosas...

—Debe ser difícil convivir con usted...

—No te creas, he tenido grandes experiencias al respecto. Todo depende de la predisposición a ponerse de acuerdo en cada etapa de la vida. En síntesis: no creo en el amor, lo ejerzo y aprendo en una pelea constante contra la ilusión. (20) Yo, más que en la utopía del amor eterno, creo en la utopía de la concordia.

—Buen título...

—Ya veo, sí, esta nota se va a titular: «No creo en el amor, creo en la concordia». Vos verás, llegado el momento de editar hagan lo que mejor les parezca. Pero yo apunto a otra cosa: sostengo que la mente humana ya está capacitada para pensar un futuro de concordia y equidad que le permita ingresar a una etapa superior de preservación de la especie.

El buche

La obsesión por tejer una táctica prudente, segura y a la vez ruidosa para dar a luz la primicia sobre cómo murió El Procurador lo forzó a dejar de leer los diarios durante cuatro días. Se aisló de todo y de todos con la excusa de que estaba resfriado. Harto de pensar y dar vueltas en círculo por el loft, el jueves buscó un respiro en la pila de periódicos. Mal hecho.

La noticia había ocupado espacios secundarios en los grandes medios de comunicación. Títulos pequeños a pie de tapa; crónicas a tres columnas en páginas pares, la diez, la catorce, la veinte; recuadros en otras notas vinculadas al cisma que se vivía en los organismos de inteligencia tras el oscuro deceso de Adalberto Gómez Pardo y las operaciones cruzadas entre los partidarios de La Jefa y El Ingeniero; y poco más.

La cuestión era la siguiente: las nuevas autoridades nacionales habían decidido, en un gesto de transparencia, publicar una lista con los nombres verídicos de ciento treinta y dos agentes del Servicio Secreto, la División Investigaciones de la Policía y el Batallón 106 de Inteligencia Militar, temible durante la última dictadura, infiltrados en partidos políticos, sindicatos, centros de estudiantes y organizaciones defensoras de los derechos humanos. La información probaba que el Estado había continuado espionando a activistas sociales de la oposición y del oficialismo, aun en democracia y fuera de la ley.

En la nómina figuraban algunos personajes conocidos: el secretario general de la combativa Unión Obrera del Cuero; un ex presidente de la Confederación Universitaria; un diputado en

ejercicio ligado al gobierno, que le exigió la inmediata renuncia; y otro que había ocupado cargos en tiempos de La Jefa y se le puso en contra sobre el final de su mandato: este no renunció, prefirió denunciar una campaña mediática de desprestigio en su contra.

Pero Valdivia se concentró, incrédulo, angustiado, en alguien que había conocido de pasada: Braulio «El León» Quiles, dirigente nacional del Partido del Trabajo y la Revolución (PTR), figuraba como adscripto a los servicios de las Fuerzas Armadas.

Se le nubló la vista. Creyó que se desmayaba. Hubiera preferido que lo sorprendiera un paro cardíaco ahí mismo. No podía ser. Debía estar atando mal los cabos, producto de la falta de descanso y el exceso de alcohol y cocaína.

Braulio Quiles...

Braulio Quiles...

Braulio «El León» Quiles era el mendocino de gafas negras al que había visto junto a La Troska en la vereda de su casa, mientras ella le señalaba la puerta del edificio. Su maestro, casi un padre para ella... Según ella...

—¡Mirá vos a esta hija de puta! ¡Me estaba «estiusando» nomás, la muy conchuda! ¡Y este otro hijo de puta de Garganta 1 me lo avisó! ¡Qué pedazo de forro sos, Valdivia! ¡Qué pollerudo pedazo de forro sos! ¡Estos soretes ya saben lo que tengo, por la reconcha de Libertad Frontera! —Mito entró en una crisis de decepción rayana con el ataque de pánico.

Aún no podía llamarla. Algún margen de error había. Debía chequear la información. Se había expuesto a lo peor, a poner en peligro a sus hijas, por un amor imposible... un enamoramiento de perro idiota. Destapó una botella de fernet y le dio un beso largo. Se limpió los labios con el dorso de la mano derecha. Se salpicó la camisa blanca con gotas que parecían de sangre. ¿Quién podría ayudarlo con más data?

—¡Listo! Denis tiene que saber todo...

Denis «El Papota» Rosl era el periodista mejor informado del país sobre los vaivenes y los correveidiles del espionaje y la inteligencia nacionales. En el gremio le decían «El Papota» porque siempre conseguía alguna «papa», alguna primicia reveladora. Lo consideraban el «redactor estrella» del matutino *La Mirada*.

—¡Mito Valdivia, maestro de los maestros! ¡Qué honor! —atendió Rosl.

—Te molesto por un favor, Denis: ¿viste el Serpico este, el mendocino del PTR?

—¿Quién, Quiles?

—Sí, sí, ese... Creo que se llama así, a ver... Sí, sí, Braulio Quiles. —Valdivia disimulaba su desesperación.

—«El León» Quiles... ¿Qué pasa con él?

—Necesito más letra que la publicada. Parece que un Quiles, no sé si ese u otro Quiles, estaba en una banda de narcos que estoy investigando... —mintió.

—No lo vas a creer, pero justo estoy cerrando una nota sobre él para la edición de mañana. De narcos no tengo nada, ¿eh? Si querés, para no perder tiempo ahora, ni bien termino te mando el original por mail, no me voy a guardar nada. A eso de las siete... Mirá que es largo el texto.

—No, no, mejor así. ¡Sos un genio, Denis! A ver cuándo nos vemos.

—¡Hecho, arreglamos! Termina y te mando.

Lo abrumó la ansiedad durante las siguientes dos horas. El mail de Denis Rosl llegó a las 19:07, esos siete minutos los pasó mirando la bandeja de entrada en el smartphone. Lo abrió en la notebook, imprimió el Word adjunto y se puso a leer con el resaltador amarillo flúo en una mano y la botella de fernet muy al tiro de la otra. La nota se titulaba: «El espía que bajó de la montaña». El copete decía: «La lista de espías liberada por el gobierno es una caja de Pandora. Quién es el

dirigente de la izquierda mendocina que trabajaba de “buchón”». Valdivia tomó aire, un trago y empezó a subrayar.

En una tarde de octubre de 2008, veinte jóvenes del Partido del Trabajo y la Revolución (PTR) viajaban desde San Rafael hacia la capital mendocina, ubicada a doscientos kilómetros. Iban a sumarse a una campaña de pintadas. Los últimos detalles de esa tarea se habían definido en la casa de un dirigente del Regional Mendoza Sur, Braulio Quiles, un tipo común y muy querible que se ganaba la vida en un corretaje de artículos de librería. Su formación política no era un dato destacable, pero la vida y la obra de León Trotsky lo habían marcado tanto, que pronto se ganaría un lugar en la Mesa Provincial, luego en la Mesa Nacional y un apodo muy representativo: «El León».

Mientras los militantes pintaban consignas en los muros, Quiles tomaba café en un bar y charlaba con los que se iban cansando. Algunos lo cuestionaban por «un poco burócrata», pero jamás la mayoría. Caía bien su preocupación por la vida personal de los demás, que no se ocupara de dar órdenes y ya. «Siempre estaba atento a nuestras cosas por fuera de la militancia, por nuestras familias y amigos. Daban confianza su simpatía y su actitud solidaria. Ahora me doy cuenta: es un hijo de remil putas», relata una ex activista del PTR.

Quiles es uno de los ciento treinta y dos agentes de inteligencia descubiertos, de los cuales cuarenta y ocho, entre civiles y militares, integraron el Batallón 106 de Inteligencia Militar. En democracia, estuvo infiltrado en grupos de izquierda hasta 2007. Pasó por el Partido Socialista Revolucionario (PSR) y el Movimiento al Comunismo (MAC), hasta que recaló en el PTR.

(...) Braulio Quiles admite haber sido un «servicio», pero apenas está por aportar algún dato concreto sobre su labor se arrepiente y cambia de tema. Dice que aún se ilusiona con reconquistar a sus «camaradas». «No es hora de hablar, no me conviene. Ya voy a declarar a quién reportaba y a quiénes infiltré y para qué. El pueblo merece saber», fueron las palabras de Quiles durante una entrevista telefónica con *La Mirada*.

—¿Nunca supuso que esto se iba a saber?

—No.

—¿Sabe que, si se prueba que cumplió tareas relevantes durante la dictadura, podrían juzgarlo por crímenes de lesa humanidad? ¿Y que violar la Ley de Defensa de la Democracia también tiene penas graves?

—Sí, claro.

—¿A qué edad empezó a trabajar para los militares?

—A los veintiséis.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Esperar que la Justicia me convoque y explicarles mi situación a mis camaradas. Este país necesita una salida por izquierda o no sale más.

—Perdón, Quiles, pero suena ridículo hablando como militante.

—Son mis ideales, pienso así.

—Pero trabajó para la dictadura y contra la democracia.

—Ya se sabrá toda la verdad.

—¿Está arrepentido?

—Siento una culpa muy grande por el daño que les hice al partido y a mi familia. Siento una angustia terrible. Pero si hablo, voy a confundir más las cosas.

(...) Quiles se mudó de San Rafael a Mendoza con su mujer y sus dos hijos, de un matrimonio anterior, cuando lo ascendieron a la Mesa Provincial partidaria. Ya integraba el B106 IM DI 141. Años atrás, la madre de sus hijos lo había denunciado ante la conducción del partido por sus «relaciones extrañas con militares», pero la expulsaron a ella por «despechada» y se vino sola para la Gran Ciudad.

Muchos de sus ex camaradas destacan sus condiciones de «agitador carismático» y «aguerrido polemista» comprometido «con las causas populares». Los varones lo recuerdan como «un tipo muy ocurrente», para algunos «un poco soberbio», y las mujeres ahora destacan que «era bastante baboso» y tenía «preferencia por las más jovencitas». Pero antes le agradecían que «fuese todo oídos», lo mismo que hoy los aterra e indigna. Eso sí: de él y de sus cosas no hablaba nunca.

(...) La conducción del PTR pidió ser parte querellante en la causa. El dirigente Blas «Trinchera» Ripetto

también habló con *La Mirada*.

—¿Nunca sospecharon de Quiles?

—Jamás. La lista publicada por el gobierno nos sorprendió y nos avergüenza.

—Pero su ex esposa lo había denunciado y la expulsada del partido fue ella. La estamos llamando y se niega a hablar, muerta de miedo...

—Vamos a pedirle perdón en persona y a investigar internamente su denuncia. Todos los compañeros y las compañeras saben que todos estamos bajo sospecha.

—¿Cómo eligen ustedes a sus dirigentes?

—Bueno, cada cual se gana un lugar en base a su trayectoria. El Le... Digo... Quiles parecía un camarada muy comprometido. Resultó ser un psicópata manipulador.

Valdivia quedó inmóvil. Destrozado por la nota de Rosl. Nunca la realidad le había propinado semejante cross a la mandíbula. Babeaba con la cabeza derrumbada, el mentón hundido en el pecho. Muerto en vida. Desfigurado de decepción, traicionado hasta lo más íntimo de su ser. Un polvorín de angustia estallando en cadena. Tomó el teléfono, tembloroso y sin ver por las lágrimas, y le escribió a La Troska:

—¿Así que me amás, buchona del orto? Debería matarte. O matarme yo y dejarte que te vayas a la concha de tu madre...

El mensaje de WhatsApp tardó en salir. La señal de wifi era débil. Más débil que Anselmo Valdivia. El doble tilde quedó gris un siglo. Más gris que su amenazante soledad.

19- NOTA DE LA COMENTADORA: Se llama «tocar el pianito» a la acreditación de huellas digitales que se les impone a los procesados judiciales.

20- NOTA DE LA COMENTADORA: Para la fecha de esa entrevista, Valdivia ya había conocido a Libertad Frontera, le había dicho que la amaba y le había enviado decenas de poemas por WhatsApp.

TERCERA PARTE

VII

LAS DESGRACIAS

En picada

Los clavadistas de la quebrada de Acapulco y los extremistas del bungee jumping experimentan el vértigo de caer al vacío por deporte. Para ellos es muy fácil: unos confían en que los aguarda la esponjosidad burbujeante del mar y se sujetan a la fe en la Virgen de Guadalupe, como los otros a las sogas elásticas amarradas a sus tobillos. Pero, en el caso de Mito Valdivia, el vuelo fue sin red ni voluntad propia. La clásica seguidilla de ansiedad, miedo y euforia lo asaltó vuelo abajo en una oscuridad atiborrada de objetos multiformes; le sobrevino un angustiante ahogo y, después, un golpe seco, un freno instantáneo y total de la inercia, un choque indoloro rebosante de paz en una nada negra, pesada, en principio rasposa, pero, al fin, liberadora.

Quien más, quien menos, todo el mundo se ha soñado en caída libre. Suele suceder a poco de tumbarse uno, cuando el cerebro todavía sigue dándoles vueltas a las cosas y el cuerpo se rinde a los brazos de Morfeo. El afamado neurólogo Macondo Funes, lumbrera de las neurociencias en el país, ha explicado que, «en el lapso de tiempo que va del sueño a la vigilia, se produce un desacople entre el sistema vestibular, que mantiene el equilibrio corporal, y el cenestésico, que controla con automaticidad en qué postura estamos». También puede ser patológica la sensación. El estrés vendría a ser la imposibilidad de desenchufar la cabeza cuando el físico se ha rendido y algo similar, pero mucho más grave, sería lo que se denomina «parálisis hipagógica»: una desconexión brutal entre un cuerpo relajado y un cerebro aún hiperactivo que lee mal lo que está sucediendo e interpreta la quietud como una caída estrepitosa y prolongada. Sin embargo, ha quedado clarísimo ya que la relación de Valdivia con sus sueños era por demás dramática. En ellos le iba la vida, en el doble sentido de la supervivencia y de la subsistencia. Y esa caída libre hacia el vacío evocaba, por un lado, las terroríficas pesadillas de la infancia y, por el otro, ciertas características vivenciales de sus «sueños editados», pese a que, fisurado de fernet y desilusión, se había acostado boca arriba.

No sabía qué hacer. ¿Llamar de nuevo a su hermana Estela para que lo ayudara a subsanar una previsible recaída? ¿Llamar a Libertad Frontera para deshacerse de ella si no le aclaraba su relación reverencial con un servicio de inteligencia disfrazado de izquierdista? Se despabiló un poco y abrió los diarios en internet. En la versión online de *La Mirada*, el artículo de Denis «El Papota» Rosl sobre «el espía que bajó de la montaña» era, apenas, una subnota linkeada a la principal: «Ultimarían detalles para la detención de Catalina Hortigoza». Por lo visto, el anuncio del juez Hoyos Bidart en el Club de Dominó había corrido como reguero de pólvora. A la derecha, en la misma home, un título pequeño sin bajada ni firma sobresaltó a Mito. «Caso Gómez Pardo: ¿al filo del esclarecimiento?», decía. Le dio click para leer el texto.

En las próximas horas, la Justicia recibiría novedades reveladoras sobre la muerte del procurador Adalberto Gómez Pardo. Fuentes confiables de los Tribunales aseguraron a este portal que el caso daría «un vuelco definitivo» a partir de un «testigo espontáneo de identidad reservada» que aportaría «escuchas telefónicas contundentes». (Noticia en desarrollo.)

¿Qué estaba sucediendo? ¿Tenía razón Silvio Santacroce, su abogado y amigo, cuando lo reprendió porque había hablado con demasiada gente? ¿Era uno de los clásicos aprietes online de Daniel «Maldad» Assef, dueño de *La Mirada*, para que hiciera públicas las escuchas de una buena vez? De ser así, ¿Assef habría operado por las suyas o con el consentimiento de Ernesto «El Gordo» Lamarca y Hugo «El Expediente» Balmaceda? Mito conocía las ansiedades de los tres y los estómagos resfriados de los periodistas, en general. ¿O La Troska le habría contado todo a su querido Braulio «El León» Quiles y este lo batió antes de caer en desgracia? Debía ubicarla ya mismo.

—Veo que me clavaste el visto. No sabrás qué decir... —le puso en el WhatsApp.

—Lo que no sé es qué te pasa. Supuse que estarías ebrio y esperé a que volvieras vos —respondió Libertad de inmediato.

—Me vendiste. Eso me pasa.

—¿Qué decís? ¿Vos creés que a mí no me duele lo de Braulio? Hecha concha estoy.

—Sí, sí, me imagino. Hecha concha de conchuda.

—Así no. Después hablamos en persona.

—Ninguna persona, ya no hay más en persona.

—¿Te calmás?!

—No. Me dijiste que me amabas y me recagaste. Un corchazo en la frente te merecés...

—Dale... Esto es muy difícil para mí. Yo también me siento engañada y muy sola. Los pibes de La Jotaeme no sabían nada de mi relación con Braulio.

—Lo tuyo con Braulio. ¿Cojían bien? Tus viejas camaradas dicen que era bastante babosón, que le gustaban las pendejas...

—Basta, Mito...

—Basta yo, sí... Ya vas a ver, cuando se enteren tus compañeritos de que estabas ahí para caminarlos.

—¿Qué decís? No hagas boludeces, por favor.

—Ah, mirá qué cagada estas ahora. Se te vino la noche, puta de mierda.

—Me estás haciendo mal, no es justo...

—¿Y que me «estiuses» es justo? Te lo pregunté bien y me hiciste un cuentito. ¡Qué pelotudo!

—Te dije toda la verdad... Bueno, yo le creía...

—Entendí todo, nena. Por qué ese sorete te dejó cambiar de partido, cómo te hiciste peronista, para qué te me viniste al humo...

—No es así... En un rato paso por tu casa y hablamos más tranquilos, dale.

—Acá no pisás más, olvidate. A mí no me enroscás más con tus tatuajecitos y tus temblores de pera...

—Sos malo, no me creés nada.

—¿Sabés que me dijeron? Que una minita me estaba «estiusando», que me cuidara, que están preparando algo gordo.

—¿Qué es «algo gordo»?

—Un atentado, otro muerto... ¡Qué sé yo! Muerta deberías estar vos. De vergüenza. O de un tiro...

—Si hablamos en persona te vas a arrepentir. Te digo la verdad, te lo juro. Puedo explicarte

todo.

—¿Explicarme? A ver, dale por acá ya que estamos.

—Ya te dije, Braulio era como un padre para mí.

—Reverenda hija de hijo de puta sos...

—Ya está, como quieras. Chau.

—Yo te creí...

Salió de línea La Troska. No volvió a verla conectada en los centenares de veces que revisó el chat. Repasó la conversación completa, desde la primera vez. Indignado de angustia, paró en el poema número noventa y uno. Lo copió, lo pegó y lo subrayó en señal de despedida. Pulsó «enviar» cual si fuera el botón rojo de la bomba atómica:

—Por si borraste todo (aunque no creo si sos una profesional), te recuerdo que... «El miedo-miedo / es a la muerte... / un mar abierto de tormentas perfectas / atestado de sirenas que tientan / como el sushi / pero sin filetear. / El fracaso es la muerte de los blandos. / La noche es la muerte de los sobrios. / La traición es la muerte de los pusilánimes. / La única muerte es la muerte de veras / y no le tengo miedo en buena compañía. / La soledad / es muerte / la mismísima muerte / en vida.» Me mataste, perra. La vida se va a encargar de vos. El que las hace las paga...

De «nenas» y «nenes»

¿Abuelo? ¿Cómo que abuelo? ¿Abuelo quién? ¿Cuándo abuelo? ¿Abuelito de plaza, de tirar maíz a las palomas, de upalalá, de chupetines pegoteados en los bolsillos, de ustedes vayan al cine que yo me quedo? ¿El Nono? ¿Como El Nono Alfredo? ¡Lindo viejo ese! Alfredo Demarchis, criado en las colonias italianas del sur cordobés, manos enormes, como las tuyas, pero callosas de campo y sin manicura. Con una sola de esas manotas lo levantaba como un guinche y lo llevaba dando vueltas, colgado a lo chimpancé, mareado, del pilar de la entrada hasta la bomba de agua, para refrescarse y a comer la ensaimada. Siempre trajeado y con sombrero, El Nono Alfredo, al estilo de los trabajadores de antes. Autodidacta. Peronista genérico, por descarte. Fan de Dostoievski. Él le puso «Mito». ¡Qué pena cuando se murió! Cirrosis, justo El Nono Alfredo, que jamás había probado una gota de alcohol: una hepatitis sorda mal curada se lo llevó. Fue la primera vez que le tocó asir una manija de férretro, incómoda, fría, dolorosa. ¡Cómo lloraba la mami, su adorada «Mechi»! O La Chichi, por la simplificación de «Mechi» Demarchis... ¡Abuelo! ¿Abuelo ya? ¿El Tata? ¡Tipo jodido El Tata Miguel! El padre de su papá. El hermano menor del Anselmo Valdivia original. ¡Gallego malo, El Tata! Tendero. Desarraigado crónico, su mercería se llamaba La Valenciana. Resentido. Fajador. Apolítico, radical nada más que para llevarle la contra al congénere anarquista. Campeón de tute cabrero, por plata; medio cuchillero, pero de eso no se hablaba. Su memoria no registraba un solo beso, ni siquiera de pasada en la cabeza, pero sí un brutal tirón de oreja cuando, a los ocho años, le «robó» del negocio un rollo de cinta al bies roja para el taller de manualidades de la escuela. Su velorio terminó en escándalo: tres acreedores se presentaron a cobrarse deudas de juego y se armó una batalla campal... ¿Abuelo han dicho? ¿Con tantas cosas que hacer? ¿Abuelo sin Clara ni nadie para hacerse cargo del rol? ¿Abuelo él, que acababa de sacarse de encima un amor imposible de veintiocho años? La misma edad que Solange, su hija más chica, que ahí estaba como entre niebla y avisando en cámara lenta:

—Vaaass aaa seer aaabueeelo, paaa...

¡Abuelo a los cincuenta y cinco, casi cincuenta y seis! ¡Abuelo joven! ¡Abuelo moderno!

¡Abuelo canchero! Angustiado abuelito solitario, estéril y metido en líos de toda clase...

—¡Qué emoción, Sol! Te quiero tanto... Pero ¿confirmadísimo? —le dijo en un abrazo.

—Sí... Eeehhh... No sé, sí, me hice el test hace un rato y dio dos rayitas... Tengo dos semanas de atraso.

—¡Ah! Bueno, je... ¡Hermosa! Tengamos un poco de paciencia, ¿ya elegiste médico? Hasta las doce semanas un embarazo es una posibilidad...

—Ahora le iba a pedir turno a mi ginecóloga... ¿Me equivoco o te pegó mal la novedad?

¡Tenés una cara, pa...!

—¡No, hijita! Estoy muy emocionado, pensaba en mamá, en lo rápido que pasa todo... Y si tengo mala cara es por otra cosa que les quería contar... ¡Uy, el portero! Debe ser tu hermana... ¿Ya sabe?

—Sí, le avisé por chat. Me mandó setecientos corazoncitos y caritas de bebé...

Era Marina. Pasaban por buenos momentos las dos, enamoradas, felices de convivir con sus novios, llenas de amigos y de planes. A la mayor solo le faltaba entregar su tesis sobre «Aportes culturales de los curas villeros» para recibirse de antropóloga y Solange cursaba el último año de Letras, pero ahora habría que ver cuánto le llevaría terminar la carrera. Tenían buenos trabajos, ligados a lo suyo, una en el Consejo Nacional de Desarrollo Social y la otra en la Editorial Verbo, de correctora y editora. Aunque con serios reparos y lejos de la militancia, ambas se entusiasmaron con «el clima de discusión política» durante el gobierno de Catalina «La Jefa» Hortigoza, si bien las discusiones más subidas de tono las habían mantenido con él, con gritos y portazos y demás.

—¡Llegó la tía! ¡Qué día increíble hoy! Vengo de entregar la tesis... ¡Chachán! —entró Marina, en lo más alto de su autoestima, radiante, corriendo al abrazo de Sol.

—¡Un día cargado de futuro! ¡Venga para acá, licenciada! —la buscó el padre.

Hacía meses que no pasaban por su loft. Mito había preferido, esta vez, evitar un restaurante para el encuentro, dada la gravedad de lo que tenía para contarles. Antes hablaron de si será nena o será varón, de nombres clásicos, curiosos, divertidos y aborígenes, de villas de emergencia, de curas tercermundistas, de las urgencias judiciales de La Jefa y del «Ingeniero-Gato» y otra vez de panzas y de ay, cómo será.

—Yo lamento las circunstancias, pero tienen que saber algo que no puede esperar...

—¡Ufa, pa! ¡Qué cortamambo! ¿Con qué vas a salir ahora? —frunció el ceño Solange.

—Perdón, yo no sabía que hoy íbamos a tener tan lindas novedades, pero hace un tiempo que vienen pasando cosas y no les dije nada... ¿Se acuerdan cuando les hice armar un grupo de chat para estar comunicados?

—Sí, claro: lo armé yo, al final casi no lo usamos... Yo siempre mando algo —recordó Marina, reprochona.

—Bueno, el tema es que...

Crear o reventar, el clinclín del WhatsApp de Valdivia cortó la conversación. Se miraron entre risas y él, que aún esperaba alguna señal de Libertad, miró de lado el aparato simulando fastidio. La desilusión se le volvió sorpresa e inquietud en fracciones de segundo. Bala Perdida, la bella tiradora Francesca Musarini, le hacía una tentadora invitación: «La semana que viene me quedo sola en casa diez días. Venite si querés, necesitarás descansar. El campo es tranqui». Respondió el mensaje con gesto distante, dedos rápidos y un dejo de ímpetu vengativo: «Epa, qué interesante. Lo hablamos luego, ahora reunión». Y apagó el aparato ampulosamente.

—¡Dale, pa, aflojá con las coetáneas... —provocó Sol, sin saber que daba en el clavo.

—Nada que ver, che, cosas de trabajo...

—¿Entonces? Largá el rollo, papi. —Marina se cortaba las uñas con un alicate.

¡Qué difícil ser padre y de repente casi abuelo y estar poniendo en riesgo la vida de los seres más queridos! Debía ser cauto, pero sincero y firme. Si Clara estuviera con ellos ahí, seguro tomaría la posta, caminaría hasta las «nenas», se ubicaría entre ellas, les pondría las manos en los hombros y, mirando las tres a Mito, diría: «Ustedes saben que, a veces, el trabajo de papá es peligroso. A mí me pone orgullosa eso, porque papá se mete con gente complicada, cuenta sus chanchullos, sus macanas. Alguien tiene que hacerlo, ¿saben? Yo lo sabía cuando me casé con él y cuando vinieron ustedes y ni siquiera entonces le pedí que se dedicara a otra cosa. Papá es papá y, desde ese punto de vista, puede sonar lejano, extraño, que les diga que el país necesita de personas como papá, pero es así. Ustedes ya son grandes para entenderlo...».

—¿Con qué te colgaste ahora, pa?! ¿Podés decir de una buena vez lo que tenés para decir? Me estás poniendo nerviosa y no quiero empezar nerviosa mi embarazo... —lo arrancó del silencio Sol.

Valdivia extrajo lo mejor de sí para traducir a sus palabras lo que hubiera dicho Clara y se largó:

—Estamos amenazados. Yo y ustedes quiero decir, y pongo el burro adelante para que quede claro que las amenazan a ustedes para amenazarme más a mí. Quieren que no publique cómo murió El Procurador.

—¿Qué decís?! A mí nadie me amenazó... ¿A vos, Marina?

—Tampoco... ¿De qué estamos hablando, papá?

—De esto...

Mito abrió la computadora y les mostró las fotos de ellas solas, juntas y con sus parejas, paseando, yendo a trabajar y volviendo a las casas. Marina enmudeció.

—¡No te basta meterte con La Jefa! ¡De rebote nos vas a cagar la vida a nosotras, como siempre! —rompió en llanto Sol.

—¡Frená! Es al revés, mi amor... A la gente de La Jefa le encantaría comprobar que Gómez Pardo se suicidó y que lo empujaron a hacerlo los enemigos de La Jefa. Eso es lo que sé. Eso es lo que no quieren que se publique. Hay un revuelo bárbaro de servicios de inteligencia, es un todos contra todos que nadie sabe dónde termina... ¿Siempre les cagué la vida yo?

—Siempre pensaste en vos antes que en nadie. Tu profesión, tu angustia de mierda... ¡¿Vos te creés que no nos dimos cuenta de que mamá se murió de un momento a otro?! ¡Dale, Mito Valdivia! Algo le metieron vos y tus amigos del Sanatorio Central... ¡Para que no sufiera más, ya lo sé! Pero no nos dijiste nunca nada, para que no sufriéramos... ¡Y no nos decís nada de que nos sacaron fotos hasta cagando para que no suframos! ¡¿Quién carajo te creés que sos, Mito Valdivia?! ¡¿Dios?! Vos no te callás para que no suframos. Te callás para que no te culpemos de nada y hagas tu vida loca tranquilito... ¡Sí, papá! ¡Los egoístas les cagan la vida a los demás! —estalló Marina, la mayor. Solange lloraba tomándose el vientre con ambas manos.

Jamás le habían dicho «Mito Valdivia». Ni una sola vez en la vida. Y ahora dos. De chicas, hacían juegos de palabras con Mito sobre el apellido. ¿Vamos a Bolivia, Valdivia, o a Moldavia? ¿Qué labia, Valdivia, por la calle Malabia! ¿Qué comemos, Valdivia, guiso de alubias? ¿Azúcar rubia o estevia, señor Valdivia? Le decían «pa» casi como muletilla, o «papi», a lo sumo el más duro «papá». Hasta en el epíteto de «gorila» se reconocía ese tono irónico, burlón, tan genéticamente familiar. Pero que lo reprendieran por su nombre completo, el mismo por el cual lo conocían periodistas, embajadores, artistas, empresarios y presidentes, hablaba de una distancia que acababa de medir en su total dimensión y lo hería.

—Está bien, soy un desastre...

—¡Pobrecito! ¿Vos nunca pensaste que, cuando murió mamá, no eras el único que necesitaba cosas? ¡Pero, claro, Mito Valdivia es Mito Valdivia! ¡A vos te importan un carajo los demás! Vos hacés todo para que nadie se lastime y los garrones se los comen los otros... A veces pienso que estás loco... Que te creés el redentor de todos, de nosotras, del país...

—Me metieron un topo en la cama...

—¡¿Eh?! —saltó Solange, que estaba recostada en el somier...

—No, no, una espía... Me sedujo, me voló la cabeza y me estaba controlando los pasos...

—«Te» metieron, «te» sedujo, «te» voló, «te» controlaba... ¿Ves? A vos todo «te» lo hacen, vos nunca hacés nada... ¿Edad?

—Veintiocho, si es que en eso dijo la verdad...

—¡Ajh, me dieron náuseas! —Hizo una arcada Sol, que también tenía veintiocho.

—¡Ah! El embarazo...

—¡Qué embarazo ni embarazo! Me das asco, ¿no ves que no tenés remedio vos?

—Bueno, listo, ustedes ya saben lo que tenían que saber y yo ya sé lo que tenía que saber. Les pido un taxi.

—Las dos tenemos auto, papá...

Tenían razón las «nenas». Clara había sido más madre de lo padre que él había sido. Si no era el trabajo, un viaje, una nota tremenda, una recepción oficial, eran las pesadillas y los sueños activos y esa angustia sin fin. Hasta lo que había hecho bien lo había hecho sin darse cuenta, distraído, ensimismado. Una crianza sana, con valores elevados y los mejores colegios, que supieran defenderse, que conocieran el mundo, que fueran independientes y se graduaran en las mejores universidades... Él les había regalado los autos. Ni se acordaba.

—Las vidas no se compran hechas, estimado —lo aleccionó el hombre del otro lado del espejo antes de salir.

Iba al encuentro de Maldad Assef, El Gordo Lamarca y El Expediente Balmaceda. Le habían pedido juntarse con urgencia y los invitó a cenar al bodegón del Club de Dominó y Filantropía de Barrancas. El Citroën anaranjado tardó más de lo común en arrancar, pero llegó a horario.

Les contó la historia del lugar para darse corte, pero les ocultó que atrás funcionaba un garito donde se prohibía el ingreso de smartphones, drogas y mujeres, y nada les dijo sobre los planes de La Logia del Seis Doble. Había ranas frescas esa noche y las recomendó acompañadas con vino semillón, «la combinación preferida por Lorenzo de Medici». Cualquiera hubiera dicho que era el dueño del lugar, pero Martiniano «El Capitalista» Mondragón ayudó a despejar eventuales sospechas:

—Bienvenido, Valdivia, y gracias por traer invitados de semejante nivel. El aperitivo corre por cuenta de la casa.

El cuarteto de periodistas se deleitó con unos pistachos enormes salpimentados a la sartén, las aceitunas negras turcas, la burrata especiada, el chorizo seco de Tandil, la tortilla de papas y pimientos, bien babé, y la primera botella de vino blanco.

—Assef...

—Sí, Mito, qué buen lugar este... Decime...

—¿Me contás de dónde salió esa nota sin firma en *La Mirada* online sobre las novedades que se vienen en el Caso Gómez Pardo?

—Fuentes de Tribunales, ¿por?

—Miren, muchachos, hablemos en serio de entrada. Primero, nada de esto es para publicar.

¿Okey? Estoy pasando las mil y una por este tema, estoy amenazado, están amenazadas mis hijas y me espiaron hasta el ojete. No me pidan detalles, pero es así. Posta. Por eso, Maldad, si me estabas mandando un mensaje con esa «noticia en desarrollo» o el mensaje era para otro, por favor decímeló.

—Pará, Mito, ¿qué te pasa? Fue una nota, nada más.

—Te acabo de decir lo que me pasa. Que me aprieten los servicios y no sé quién más, vaya y pase, ya estamos acostumbrados. Son las reglas. Pero entre nosotros no nos vamos a andar apurando con indirectas...

Lamarca saboreaba una aceituna con los ojos cerrados y dijo:

—Mito, querido... Yo no sé si este animal te quiso apretar o se comió un amague, ninguna de las dos cosas me extrañaría. Lo que sé es que tenés que salir ya mismo con eso, es evidente que te está haciendo mal. Y si te está haciendo mal, es evidente que te puede hacer peor todavía. Ya no es problema de ellos, es tu problema, ¿me seguís? Sacáelo de encima. Venite mañana a la mañana a la radio y chau, te lavás las manos y nadie está en peligro. Ya sabés que estos pibes aprietan donde hay jugo. Si te secaste, van y aprietan a otro...

—En principio, aclaremos que yo no apreté a nadie —se hizo el molesto Assef.

Balmaceda, que miraba callado y servía semillón en las cuatro copas, propuso un brindis para distender:

—Por vos, Mito... La vida es así: hoy por ti, mañana por mí... ¿Qué necesitás? ¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo? Por ahí estaría bueno que, en vez de ser uno solo, seamos cuatro los que insinuamos que lo sabemos todo. Tiramos una puntita hoy, otra mañana y, si hay muchachos de los servis con tantas ganas de joder, se van a confundir. También sabemos que son bastante fáciles de confundir, ¿o no?

—Me gusta esa. Un poquito para cada uno no le hace mal a ninguno y te hace bien a vos. —Assef era el más incómodo de la mesa.

El Gordo Lamarca hizo una línea zigzagueante de cascaritas de pistachos en el mantel que, al final, se abría en dos. Iba a hablar en serio:

—Es cierto lo que dice Valdivia, dejémonos de joder... Hubo un tiempo en que, con idas y vueltas, todos íbamos para el mismo lado. Y en estos años de fanatismo, la enfermedad se nos contagió y agarramos para lados distintos. Pero seguimos siendo las mismas mierdas, dependemos de la información. Si la tenemos, bien: sacamos pecho. Si la tienen los otros, bien: nos hacemos los boludos. Pero si está por ahí, da vueltas, se insinúa y nos histeriquea, todos estamos en problemas. El peor enemigo del periodismo es la incertidumbre. Habría... Sería... Podría... ¡La concha de tu tía!

Ahora la copa la levantó Valdivia, que volvió a sonreír después de días:

—Te entiendo, es así. En otra situación, yo podría estar diciendo lo mismo que decís vos. Y me arrepiento de que la pulsión de publicar me haya llevado en muchos casos a ser muy forro. Pero es mucho lo que me juego y hay mucha gente a la que me siento en la obligación de gestionar, de neutralizar y de cuidar. Están ustedes, hay abogados, escribanos, gente que todavía no me cae la ficha de para quién juega, están mis hijas...

—Yo te banco, Mito, es una cuestión ética. Está bien así, la papota la tenés vos y vos decidís. Así son las cosas —se solidarizó El Expediente al darse por vencido.

Valdivia lo miró emocionado. Maldad tiró la cabeza hacia atrás y se restregó la frente con las dos manos. El Gordo eructó y pidió disculpas, sin la más mínima convicción, mientras se aproximaba la bandeja con cuatro porciones de ancas de ranas. Un exceso.

«La pieza más dinámica, disonante y conflictiva de la maquinaria periodística somos los

periodistas», pensó Valdivia frente a la panorámica de los otros tres enchastrándose los dedos y las bocas con el aceite de los batracios fritos. Los vio primitivos, comiendo con las manos, destrozando esas piernitas de formas humanoides con los dientes, rumiando carne animal arrancada de huesos animales, movilizándolo de arriba hacia abajo los músculos de esas gargantas ensanchadas por el acto salvaje de la deglución. Se le vino a la mente la desagradable nuez de Adán del temible Leopoldo Jerez y se le atragantó la idea de que ellos también eran espías y eran bestias, de que él mismo lo era, rastreadores de carroña en busca de dinero para subsistir y acumular provisiones y alguna cuota de poder. Cuatro admirables apóstoles de la verdad desenmascarados por el sencillo acto de comerse un manjar que hasta pocas horas atrás salturreaba y croaba por ahí. Gente respetable que caza, procesa y come malas famas ajenas, las deshace hundidas en jugos gástricos y caga prestigio propio. Tipos admirables por lo mismo que se los desprecia, valientes de tan cobardes, refinados de tan básicos, sublimes de tan asquerosos, justos de tan arrastrados, fatalmente humanos. A Valdivia le quedaba un pasito para llegar a la cumbre de su carrera, con El Procurador «asesinado por sí mismo» en una mano y la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* en la otra. Era, también, la cima de su enojo, el pico de su escepticismo, el pozo más hondo de su angustia. El más deprimente y más glorioso capítulo de su vida.

—¡Qué lo parió! ¡Lo bueno que está esto, boludo! Te pasaste, Valdivia. —A Lamarca se le escapó otro provechito, empujado por una provocación—: Entonces, Mito, cuando estés en condiciones de bancártela, me avisás y pasamos las escuchas esas por la radio. Porque las tenés, ¿no?

—¡Chicanero sos! Me encantaría que estés en mi lugar, gordo...

—¡Ah, esa sí que no te la creo! ¿Cuándo fue la última vez que nos tuviste a todos agarrados de las pelotas, esperando? En el fondo nos gozás, lo cual no deja de ser un mérito... Para compensar nuestra paciencia, tirate algún dato más...

—Te juro que no estoy gozando nada... Ya les dije: a Gómez Pardo lo forzaron a matarse porque quería dilatar la denuncia contra Hortigoza. Lo amenazaron con quemarlo vivo. No puedo decir más por ahora, entiendanme, hasta mi abogado me recomendó que gane tiempo.

—El Duro Santacroce es tu boga, ¿no? —preguntó Daniel «Maldad» Assef.

—Vos sí que sabés todo de todos nosotros, ¿eh, Danielito?

—Ah, ¿era un secreto? No sabía... —Assef se encogió de hombros—. ¿En un tiempo no fue abogado de Ojo de Águila? Buen profesional, lo hizo zafar de aquel caso de tráfico de influencias y después Kohendörf se murió.

—¿Qué querés decir? —Valdivia cerró los puños sobre la mesa.

—Yo nada, se me disparó la coincidencia...

—Te explico yo lo que quiere decir, por si hace falta. Vos sabés que con lo de El Procurador Gómez Pardo le hacés un grandísimo favor a La Jefa, por lo menos de carambola —se sinceró Lamarca.

—¡A mí me chupa un huevo La Jefa y lo que mejor le venga a La Jefa! Lo único que me importa es que se sepa la verdad...

—¡La verdad! ¡La sagrada e inspiradora verdad! La verdad es que si vuelve La Jefa este país de imbéciles se mete de patas y cabeza en una dictadura interminable —El Gordo siguió explicitándose—. Nos hizo la vida imposible la chiflada esa, nos robaron respeto, libertad y plata...

—¡¿Plata?! A vos no te fue tan mal, gordito... —Valdivia estaba dispuesto a continuar la pelea en la esquina sin ochava de la calle Santa María Elena.

—¡Calma, calma! Festejemos, que laburo no nos va a faltar. Cuando Mito tire su bomba, va a ser un escándalo. Y ya veremos a quién beneficia, porque La Jefa está a punto caramelo de ir en cana. ¡Pero guarda! Me dicen que otro que va a quedar hasta las manos es el padre del presidente Month, parece que le van a tirar a él todo el fardo de las cuentas en paraísos fiscales, las coimas del Túnel Panamericano y el lavado de dinero por contrabando de cemento.

—¡Qué país! —dijo Lamarca.

El Capitalista Mondragón se arrimó nuevamente. Les preguntó si habían cenado a gusto y anunció que los postres y el champán también serían invitación de la casa. Ese tiramisú no reconocía rival.

Volar

Reventaba de peso, de ego y de audiencia. Ciento treinta y ocho kilos. Un gigante de ojos azules muy cinematográfico, rapado al ras, cejas en punta, rubias, invisibles a cierta distancia; cogote ancho, cicatriz de cinco centímetros en la mejilla derecha y aro plateado en la otra oreja, voz gutural, triple bypass aortocoronario un año antes, con cincuenta y siete recién cumplidos. Adicto al trabajo y a la comida, ni un vicio más. Hobbies: coleccionar soldaditos de plomo y escribir novelas policiales, con interesante suceso, por cierto. Premios nacionales e internacionales de todos los colores. Paso fugaz por la política: fue precandidato a alcalde en 1999, su gran fracaso. Tres hijos. Cuatro matrimonios y novia flamante, una escultora brasileña en ascenso de treinta y dos años. Sesenta y uno por ciento del share. Una enfermedad de gente sintonizaba, cada mañana de ocho a once, *Lamarca en el orillo*, el programa conducido por Ernesto «El Gordo» Lamarca en la FM Gran Ciudad.

Mito Valdivia esperó la hora de inicio sin poder dormir, indignado por la discusión de la cena, pero más que nada paranoico por si El Gordo también hubiera quedado tenso y se le ocurría cobrársela exponiéndolo de alguna manera en su comentario editorial, cosa que acostumbraba hacer. Si algo le disgustaba a Lamarca, era que se refirieran a cuánto ganaba y en qué invertía su dinero. Las audiencias masivas suelen tener prejuicios para con los millonarios y él tampoco sabía manejar los propios, hijo único de una empleada doméstica y un albañil. Acertó Mito. Estaba irritado el conductor, pero solo se limitó a decir:

—Todos conocen a Daniel Assef, a Hugo Balmaceda y a Mito Valdivia, tres de los colegas más influyentes del país. Anoche nos la pasamos hablando hasta tarde sobre lo caliente que va a estar este año electoral, con internas políticas cruzadas, operaciones de todo tipo, una ex presidenta procesada, la familia del actual presidente bajo sospecha y un muerto que sigue pesando como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Intercambiamos información y pareceres y hubo discusiones fuertes, también, porque los periodistas somos personas jodidas, apasionadas, y no tenemos por qué pensar igual. Y ya se sabe que Catalina Hortigoza nos enfermó a todos en su década manipulada y afanada, a algunos más y a otros menos, claro, pero algo de su locura pependciera nos marcó a todos. Bueno, quería contarles que anoche... comimos unas ranas exquisitas, sí, ranas, estaban increíbles... y también tuve que tragarme un par de sapos, pero eso no viene a cuento por ahora. —Y se desvió por los andariveles judiciales de La Jefa, que había subido un video a YouTube para registrar, con excitado histrionismo, el momento en que imprimía sus huellas dactilares en la Oficina de Reincidentes de la Aldea del Confín.

Las redes sociales estallaron con el rumor de que los cuatro periodistas se habían peleado y se comenzó a especular con los motivos más disparatados. Los tuiteros partidarios de Hortigoza

daban por hecho «evidentes desacuerdos en el complot de La Corporación Informativa contra la Compañera Catalina». Los de Patricio Month hacían hincapié en «la grieta que fracturó al periodismo nacional», colocando de pronto a Balmaceda y a Valdivia en el incomodante «bando de la corrupción». El teléfono y el WhatsApp de Mito sonaban sin parar: cronistas de todos los portales online de escándalos mediáticos querían preguntarle qué había ocurrido. No los atendió. Tenía conflictos más trascendentes que atender, para qué andar oscureciendo con aclaraciones. El Gordo había respetado los códigos de convivencia al no adelantar nada de las novedades en ciernes sobre el ominoso final de El Procurador Adalberto Gómez Pardo, actitud muy distinta a la adoptada por Assef en su notita sin firma en *La Mirada*. Solo había señalado de refilón a «un muerto que sigue pesando como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas». Bien. O no tanto. Lamarca, con su cuantioso poder de fuego, había creado el ambiente propicio para que, cuando Valdivia decidiera publicar su primicia, esta cayera en media opinión pública o más como una maniobra tendiente a salvar a La Jefa. Con sus «nenas» amenazadas y ahí nomás de quedar como un «vendido», debía pensar con obsesivo detenimiento «cómo carajo actuar». Estaba inmovilizado en su cepo de angustia, sin advertir que la realidad podía ser aún peor.

El locutor del informativo de las nueve y media llamó su atención al imposter con gravedad: «¡Tragedia en el Barrio Catedrales! Una mujer murió contra el asfalto al caer desde un piso catorce. ¡Vamos al móvil!». La cronista informó:

—En horas de la madrugada, una joven cayó al vacío desde el balcón del departamento 1404 del edificio ubicado en Arrabales 1732. Habría fallecido en el acto. En ello coinciden el vendedor de diarios de la esquina de Arrabales y Comarca —quien corrió hacia ella y llamó de inmediato al 911— y los policías que acudieron al lugar en pocos minutos y la hallaron ya sin vida. El cuerpo fue trasladado al Hospital Iriarte y de allí, a la morgue judicial, donde se le practicará la necropsia de rigor. Las actuaciones están a cargo de la Fiscalía N° 7, que caratuló el expediente como «muerte dudosa». A priori, los investigadores descartarían un accidente, debido a la altura de la baranda del balcón, y también un suicidio. Uno de ellos explicó a FM Gran Ciudad que, dado que el cuerpo se estrelló contra la calzada, la parábola de caída podría indicar que la empujaron con fuerza, es decir, que la muchacha fue asesinada. Este agente de la policía científica sostuvo que, tanto en los accidentes como en los suicidios, la caída suele ser más recta, más a plomo, y en tal caso, el cuerpo debería haber impactado en la vereda. La policía tiene cercado el lugar y los peritos trabajan en el departamento desde hace dos horas. ¿Estamos ante otro tremendo caso de violencia de género? ¡Ampliaremos! Geraldine Wagner, Radio Gran Ciudad informa primero...

La sensación fue repentina. Se le subió el estómago a la glotis al recordarse a sí mismo en la pesadilla de tres noches antes, cayendo a pique hacia una inmensa nada oscura, negra, rodeado por deformidades indescriptibles. «¡Pobre! Ella no lo soñó», se dijo y quiso subirse al periplo fatal de esa mujer asesinada, suicidada o accidentada, pero seguramente llena de pánico, tal vez de ansiosa resignación, al verse venir el piso encima a toda velocidad. ¡Y el golpe! ¡Y el dolor!, por más breve que fuese... ¡Qué espanto! Tenía la piel de gallina, Valdivia, cuando El Gordo Lamarca dio paso al móvil para un flash de último momento. Eran las diez y diez.

—Dale vos, Geraldine. ¿Qué tenés?

—Gracias, Ernesto... Seguimos aquí, en Arrabales 1732, con el caso de la joven que murió al caer del piso catorce. La policía ya descarta de plano un accidente y un suicidio. Por los testimonios de vecinos y del diariero que la vio caer, era una chica muy alegre, conversadora, interesada por las cosas de todos, preguntona, solidaria, una señora la definió como «un canto a la vida», estaba planeando un viaje a Cuba... A la misma conclusión, es decir, que fue un homicidio,

estarían llegando los forenses en la autopsia, según me comentan...

—Perdón, Geraldine, ¿vivía sola? —preguntó Lamarca.

—No. Alquilaba con su pareja, un muchacho de nombre... A ver... Acá todos lo conocen como «El Flaqui». El joven llegó hace un rato al domicilio. Se volvió loco, se pegaba la cabeza contra la pared, se lastimó, lloraba a los gritos... Ya está declarando en la fiscalía. Es el principal sospechoso, porque alguien escuchó una voz fuerte, de hombre, antes del hecho, y enseguida el grito desesperado de la víctima, pero tendría una buena coartada: el portero, mientras terminaba de sacar la basura, lo vio salir con su mochila a las nueve de la noche y el joven le dijo «hasta mañana». Hacía unas changas de sereno, al parecer, y todos lo señalan como «un pibe divino, un dulce que trataba con mucho cariño a...», perdón, Ernesto, casi se me escapa el nombre de la víctima. Nos piden que no la nombremos todavía por el secreto de sumario, al menos hasta que termine de declarar el muchacho. —¿De dónde le sonaba «El Flaqui» a Mito?

—¿Qué boludez, si ya está muerta! Los medios podrían ayudar a que se presenten más testigos, otra gente que la conocía...

—Lo mismo les decíamos a los investigadores con los colegas de otros medios, pero nos pidieron un poco de paciencia y, ante la duda de estar interfiriendo en la pesquisa, mejor hacerles caso, ¿no?

—¿Había señales de pelea o algo, de un robo, por ejemplo, en el departamento?

—Nada, Ernesto, estaba todo ordenado y un asalto no fue: había seiscientos pesos sobre la mesa, una laptop importada, de primera marca, y un smartphone de última generación, presumiblemente de la joven. Los aparatos fueron secuestrados para revisar mensajes y llamadas que puedan resultar de interés para la causa.

—¿La guita se la devolverán al novio?

—Je. Buena pregunta, Ernesto... ¡Perdón! Si te parece bien, volvemos en unos minutos...

—¡Dale, Geraldine, estamos atentos a tu llamada! Debe haber aparecido alguna fuente del caso, seguro habrá más novedades... Alcira, por favor, pasame los datos que tenés ahí... —le pidió Lamarca a la locutora del programa.

—Sí, Ernesto... Parecen datos fríos, distantes, que reducen violencias concretas y tragedias con nombre y apellido a números, pero las estadísticas no pueden obviarse. A nivel nacional, hay cincuenta ataques sexuales por día. Durante 2015 hubo tres mil setecientos cuarenta y seis violaciones consumadas, en un marco escalofriante de trece mil quinientos veinte delitos sexuales en general. En los últimos siete años, se registró un aumento del setenta y ocho por ciento de los femicidios y, solo en el último año, el incremento fue del veintiséis por ciento. En la segunda mitad del año pasado, hubo doscientos setenta y cinco femicidios en el país. Atiendan esto: en el setenta y uno por ciento de los casos, los agresores son o fueron parejas de las víctimas, lo mismo que el cincuenta y ocho por ciento de los homicidas...

—¡Tremendo! Más de la mitad de los asesinos de mujeres eran sus parejas y casi tres cuartos de los agresores en general... Bueno, en este caso habrá que ver si el novio tuvo algo que ver; por lo que nos comentó Geraldine, el pibe tendría una buena coartada. ¡Ahí justo volvió el móvil! ¿Alguna novedad del novio, Gerald?

—Sí, Ernesto, el joven se llama Nahuel Muriel y, en efecto, le dicen El Flaqui. Terminó de declarar y fue liberado, aunque quedó a disposición de la fiscalía. Parece que los encargados del taller de refrigeración donde hace changas de sereno confirmaron que pasó la noche en el lugar y aportaron los videos de las cámaras de seguridad para corroborar su presencia, con horario de entrada y de salida...

—¿Se sospecha de alguien?

—Los investigadores suponen que debería ser algún conocido de la víctima, ya que la puerta no fue forzada, no hubo destrozos ni señales de robo y había dos cigarrillos de distintas marcas apagados en un cenicero: se les están realizando pruebas de ADN...

—Un conocido... ¿Amigo? ¿Familiar? ¿Un amante?

—No lo saben, Ernesto, pero debería ser de sexo masculino, por la fuerza del empujón... Lo que sí estamos en condiciones de confirmar es la identidad de la chica, de apellido Frontera... Libertad Frontera... Veintiocho años, oriunda de Mendoza y casi colega nuestra, Ernesto... Alcira... Estudiaba para locutora en la Escuela Nacional de Radio y Televisión. Reitero: la víctima se llamaba Libertad Frontera...

A Mito Valdivia le pasó el tren Transiberiano por la columna vertebral, (21) una granada M67 le estalló dentro del cráneo, se le vencieron las rodillas y, enceguecido de pavor, quedó tendido en el parquet en decúbito ventral. En esa postura caducante, afiebrado, babeando el piso, lo embistió el racconto de los encuentros furtivos, los devaneos político-eróticos y los chats desenfundados con La Troska. Su carita oriental. Los diecisiete tatuajes en acción. El deseo siempre listo. Sus arranques de virulenta liberación y diversidad sexual. Los pequeños poemas de él. El setenta y siete, de cuando terminó el primer año de la carrera: «Libertad Frontera / locutora / te cuenta cómo viene la mano con el tiempo / y te dice la hora. / Hubo un asalto... / El Ingeniero es gato. / La Jefa gata flora. / Libertad Frontera / en las noticias / cronista de la aurora... / Qué importa lo que pasó ayer. / Ya se verá lo que pase mañana. / Solo interesa lo que sucede / ahora... / Vóz de Libertad. / Frontera de la historia». Y ahora ella era la noticia, la peor noticia de la galaxia. Había llegado a amarla tanto como la odió después. Había sido su mayor aproximación al todo o nada. ¿Qué importaba ya, si estaba muerta?

—¡Muerta, Libertad?! ¡Sí, muerta, muerta! ¡Asesinada! ¡Reventada contra la calle! ¡¡¡Hijos de puta!!! —se desgañitó.

Algo tenía que hacer. Se levantó y fue hasta el baño a lavarse la cara, para empezar. El agua fría le despertó la impresión de que corría más peligro que nunca. Pero sabía poco y nada de La Troska: ¿por qué su muerte debería contener, sí o sí, un mensaje macabro para él? ¿Y si se trataba de un crimen pasional? ¿Y si detrás había una interna política o de los servicios? ¿La señal, si es que había una señal, no podía estar dirigida a Braulio Quiles, por ejemplo? ¿O acaso Libertad no le había dicho que era su discípula preferida, casi una hija para El León? De todos modos, no lograba dejar de torturarse con la idea de que si el sablazo, tal cual preveía, se lo hubiesen dado a través de alguna de sus «nenas», a esas horas sería un hombre definitivamente terminado. Pues bien, ¿alguien habría evaluado que lastimando a La Troska el efecto sería doble, por el espanto y la desprevisión? Quienes la mandaron a espiallo ¿sabrían cuánto llegó a quererla? ¿Le habría contado a su novio, tan abierto, y a sus vecinos con quién planeaba viajar a Cuba? ¿Y a sus jefes? Mito se inquietaba cada vez más...

—¡El teléfono! ¡El putísimo teléfono, la concha de mi madre! —Se agarró la cabeza. La cronista de FM Gran Ciudad había informado que los investigadores habían secuestrado el smart y la laptop de Libertad. Sus últimos mensajes por WhatsApp habían salido cargados de furia. Los revisó.

«Debería matarte. O matarme yo y dejarte que te vayas a la concha de tu madre.»

«Un corchazo en la frente te merecés.»

«Se te vino la noche, puta de mierda.»

«Muerta deberías estar vos. De vergüenza. O de un tiro.»

«La traición es la muerte de los pusilánimes.»

«Me mataste, perra. La vida se va a encargar de vos. El que las hace las paga.»

Gravísimo. Una vez analizado el teléfono y extraídos los amenazantes mensajitos, el fiscal sería un tonto si no decidiera tomarlos como prueba material contundente. Valdivia podría tener un pretexto salvador si los custodios del edificio declaraban a su favor, pero, a diferencia del novio de La Troska, tenía un móvil manifiesto por escrito para matarla. Sus únicos aliados eran aquellos dos puchos de marcas diferentes en el cenicero de la víctima. Pasó por el espejo y lo puteó.

La Fiscalía N° 7 solía coincidir en sus turnos con el equipo de médicos forenses encabezado por el doctor Felipe Nohir, hijo de una lumbrera de la especialidad con quien Mito había trabado una linda amistad un par de décadas atrás. Resolvió llamarlo.

—¡Feli, querido, soy Valdivia! Gracias por atenderme.

—¡Qué bueno saber de vos, Mito, tanto tiempo! ¿En qué te puedo ayudar?

—Esta mañana temprano entró un caso a la morgue... Pará... Una chica que se cayó de un piso catorce... Pará... Frontera... Libertad Frontera. ¿Te suena?

—No se cayó, Mito, la cayeron. La necropsia la hice yo en persona. ¿Pero qué pasa con la piba, era testaferra de La Jefa? Jajajá...

—No, no que yo sepa... Je. Pero podría haber alguna vinculación indirecta con lo de El Procurador Gómez Pardo, ¿me seguís? Me dicen que esa piba era supernumeraria de los servicios...

—¡Ah, yo qué sé, si vos lo decís!

—¿Así que la mataron, che?

—Sin ninguna duda. Los hematomas de presión en los brazos, debajo de ambos hombros por las axilas, indican que la agarraron y la tiraron como una bolsa de papas. La piba pesaba menos de cincuenta kilos, te diría que la lanzó un tipo más alto que ella y bastante fortachón. La hizo volar como cinco metros y cayó como a seis y medio de la línea municipal, ni siquiera tocó los cables de la luz. Dio de cara contra la calle, pese a que instintivamente puso las manos y las rodillas hacia adelante, para tratar de protegerse en «cuatro patas» y eso le provocó fracturas múltiples en las cuatro extremidades y las costillas, además del habitual estallido de órganos, hígado...

—Bueno, tantos detalles no me hacen falta... No te quiero hacer perder tiempo.

—No, no, es que el dato es muy relevante: esa posición de caída es más frecuente en homicidios que en accidentes y suicidios. ¿Querés que te mande la autopsia por mail?

—Dale, después, cuando tengas un minuto... Decime: los ADN de las muestras tomadas en su domicilio no los hacen ahí, ¿no?

—Podrían hacerse acá, en el laboratorio, pero no sé adónde mandaron eso... Te averiguo... Pero lo que te decía de las dimensiones corporales del supuesto asesino es una guía, sería un tipo de no menos de un metro ochenta. Pero lo más importante, Mito, puede aparecer cuando desbloqueen el celular de la chica y le hackeen las contraseñas... ¿Viste que los pibes de ahora viven adentro de los fonitos?

—Y... Sí... ¿Cuánto demora descubrir las claves?

—Supongo que saber con quiénes habló últimamente será un trámite con las telefónicas, pero eso va a dar los titulares de las líneas, no de qué hablaron. Igual, las autopsias de teléfonos no son lo mío... Jajajá... Depende de lo precavido que sea el dueño del aparato... ¿Querés ver el cuerpo? Está lleno de tatuajes por todos lados, por ahí te sirven para algo. Acá están viendo si alguno puede indicar si estaba en una secta o cosa por el estilo... Mirá que mucho más no va a estar acá...

—Eeehhh, no, no. —Tuvo el impulso de salir disparado a verla, pero mejor no, para qué: eso que estaba depositado en la morgue judicial ya no era ella—. ¿Te puedo pedir que me avises si

sale alguna novedad del teléfono? De oídas, digo, vos estás todo el tiempo con la fiscalía...

—Con todo gusto, Mito, no me cuesta nada y sabés que te respeto un montón. Aparte, cada vez que hablamos me hacés acordar a mi viejo, no imaginás cómo lo extraño... ¿Tus hijas, bien?

—Sí, sí, muy bien. Por suerte.

Correr

Muchos periodistas entrenados llegan a sufrir la desinformación como un síndrome de abstinencia, incluso ante circunstancias tensas o confusas de sus vidas domésticas. Tan atados suelen estar al qué, al cuándo, al dónde, al cómo y al porqué, sobre todo al porqué si hablamos de temas privados, que un desperfecto mecánico del auto, el extravío de una lapicera en el desorden de la casa o una discusión matrimonial por una mala terminación de los albañiles o por celos, puede llevarlos a ponerse insoportables a fuerza de preguntas, especulaciones e hipótesis incriminatorias.

En su condición de workaholic incurable, aspecto profesional de una personalidad adictiva a casi todo, Mito Valdivia le había insuflado adrenalina periodística hasta a sus sueños. Todo lo vivenciaba en un compás de crónica negra, de entrevista exclusiva, de relato épico, de columna de opinión. Podría decirse que, así como editaba sus sueños en formato de primicias, más que vivir narraba sus días y sus noches de insomnio con la distancia de lo que le sucede a otro. Era el protagonista de un artículo en elaboración constante por parte de un autor que no era él, aunque habitaba en alguna parte de él.

La Troska se le había metido en la intimidad como heroína, había salido como villana y ahora pasaba a ser un testimonio fatal de su fracaso, a la vez que un espectro amenazante. ¿Habría guardado las conversaciones con él por WhatsApp? ¿Las compartiría con quienes la mandaron a espiarlo? ¿Las tiraba para evitar incómodas intromisiones de su novio? El Procurador Gómez Pardo, por ejemplo, solía tirarlas. Las únicas charlas significativas las habían aportado sus interlocutores y el FBI llevaba meses intentando reconstruir al menos con quiénes conversaba por esa vía, por más que fuese imposible ya saber de qué. Información era lo que le faltaba y desconocía cuánto tiempo tendría para actuar, suponiendo que descubriera qué hacer. Presentarse *motu proprio* ante el fiscal sería echarse tierra encima sin necesidad, hacer de su cola de paja una cortina de humo nacional que duraría semanas; políticos y periodistas se darían un festín de morbo. El suicidio sería declararse culpable. Era urgente hablar con su abogado.

Silvio Santacroce lo recibió en su estudio como siempre, sin demoras y fumando un habano. Le decían El Duro porque así era, en la defensa y en la imputación. No le importaba sacar presos o meterlos, su sentido de la ambición pasaba por ganar. Por demostrar. Por tener la razón. Sus gustos eran caros, refinados, pero no movía un dedo básicamente por dinero. «Si hacés bien tu trabajo, la plata viene sola» era su lema. El preferido, porque usaba una colección de aforismos cual bastones.

«La presión es inversamente proporcional a la superficie.»

«El remedio que cura, en exceso mata.»

«La función hace al órgano»...

Sus clientes eran accesorios para él, meros vehículos de situaciones turbias a esclarecer y concatenar. Despreciaba a las personas, mas adoraba los casos que le traían detrás de sus datos filiatorios. Se consideraba un «cirujano de hechos», en un tiempo había usado unas tarjetas personales con esa inscripción debajo de su nombre en lugar del clásico «abogado penalista».

Decía que los cardiocirujanos salvan corazones, no vidas, porque si pensaran en que aquello que queda más allá del bisturí es un ser humano les temblaría el pulso y adiós. Su percepción de la libertad tampoco era ortodoxa: «Pura cuestión de resultados». El territorio de Silvio «El Duro» Santacroce quedaba en la periferia de la libertad, donde no suele haber espacio para los sentimentalismos. Esas nociones de la profesión (y de la vida) lo unían a Valdivia de un modo fraternal e histórico. (22)

—Que me perdone Doña Mechi, pero ¡la puta que te parió, Mito! Esta vuelta sí que te metiste en un quilombo —lo cortó en seco, ni bien le quedaron en claro el problema y la parte que no conocía del asunto, porque Valdivia nunca compartía con su amigo sus aventuras amorosas. Silvio había sido un verdadero devoto de Clara en cuanto «custodia existencial» de su amigo del alma.

—¿Qué hago, boludo?

—Primero dejame ver qué hago yo, porque acá tenemos un temita afectivo que no me deja pensar bien. Lo lamento, hermano, pero me voy a servir un whisky yo y vos te quedás quietito en el molde. Te necesito fresco como una lechuga, ¿entendés? Si te la bancás, te hago traer un café o lo que quieras. Pero alcohol, por un ratito, no... Ahora mando yo, me parece... ¡Un ratito, la concha de tu madre! Si llega el momento de que declares, en pedo yo no te llevo.

—Está bien, está bien...

—¿Qué mierda está bien, pelotudazo?! Dame el teléfono y abrí los chats con esa minita... A ella también le contaste lo de Gómez Pardo, ¿no?, a pesar de que te dije que te callaras la boca.

—Tomá, ahí los tenés... Sí, le conté...

—¿Qué nabo sos! Quedate acá, yo me voy un rato al balcón a leer y a pensar qué puta vuelta le encontramos a este lío... —Mito aceptó y, apenas Santacroce le dio la espalda, echó un chorrito de whisky en el café. «¡Qué nabo!», le había dicho, frío, duro como era El Duro. Valdivia supuso que, al contarle, había condenado a muerte a Libertad Frontera. La culpa era un cáncer de angustia. Lo tenían «agarrado de los huevos», contra las cuerdas. Él no la había matado, pero le había deseado y prometido la muerte y, con eso solo, había puesto, sin querer, el cuerpo de ella contra la baranda del balcón y su propia cabeza en una bandeja para que el país entero se la comiera con papas. Ni falta que hacía ponerse a soñar el previsible título a cinco columnas de todos los diarios: «El periodista Mito Valdivia, sospechado de homicidio». Eso valía más que Catalina Hortigoza cada día más cerca de la cárcel, que Patricio Month en la mira por los negocios familiares y que la muerte de Adalberto Gómez Pardo en veremos y sin chances de que se supiera nada porque Valdivia quedaba out. Knockout. Silvio regresó del balcón:

—¿La mataste, Mito? A mí decime la verdad...

—¿Lo creés en serio?

—¿La mataste?, ¿sí o no?

—No, hermano, no... No la maté. Se lo merecía, me recagó... Pero no, yo no la maté. Te lo juro por las «nenas». Pero de veras me interesa saber si lo creés en serio...

—No. Lo que necesito es la certeza de que, por primera vez en mi reputísima vida, puedo tomarte como a un cliente cualquiera. Hacerme a la idea de que no te conozco, de que me importás un carajo y enamorarme de tu caso para ganarlo. Si no me permito sospechar de vos, mejor buscate otro abogado.

—Entonces, gracias por sospechar de mí.

—De nada, pelotudo. ¿Usaste forro siempre?

—No siempre, soy estéril. Me hice la vasectomía.

—¡Ah, mirá qué posmoderno! ¿Y eso frena el HIV y los gonococos, pedazo de tarado? Aparte del telefonito de mierda, ¿puede haber ropa de ella con algún rastro tuyo?

—No sé, creo que no...

—¿Fuiste a la casa?

—Nunca, ni sabía dónde quedaba. Siempre nos veíamos en la mía o en la calle, de casualidad... Escuchame: nadie me vio ahí porque no fui; los guardias de mi edificio saben que estaba en casa y en la radio dijeron que, en un cenicero, había dos puchos recién apagados de distintas marcas...

—Perfecto. Déjame averiguar eso. ¿Tenés algún lugar seguro donde guardarte unos días? Pero seguro, ¿sí?

—Déjame pensar... Servime un whisky, dale, no jodas. Estoy declarando con vos, ahora.

—Tomá... Estás hecho mierda, Mito, ¿cómo no me dejaste dar cuenta antes? ¿Te puedo pedir que no hagas ni una pelotudez más?

—Sí, dame mi fono. —Le tocaba irse al balcón «a pensar». Y a revisar adónde irse hasta que su amigo le indicara. Con las «nenas», no, demasiado evidente y conflictivo. ¿Y el Club de Dominó y Filantropía de Barrancas? Arriba, sobre la sala de juego del fondo, había un cuartito... No... Le faltaba confianza, ¿qué excusa les iba a dar para pedirles semejante mano? Además, estaba prohibido traspasar esa puerta con un smartphone, con una mujer o con un papel de cocaína. Irse... Irse lejos... A Tailandia se iría y no volvería más. Pasó por alto el mensaje de Bala Perdida en la casilla del WhatsApp y volvió para atrás. Ella lo había invitado a ir, porque se quedaba sola y le prometió tranquilidad, aislamiento. De paso, podría tirarle de la lengua sobre La Troska, sus amigos y su tragedia, que los debía tener enloquecidos, y explicarle todo de paso... ¡Eso! ¡Gran idea! —. ¡Listo! Una amiga me había invitado a irme unos días al campo, es acá nomás, a cien kilómetros. Y hay señal, por si tenemos que comunicarnos.

—¿Quién es?

—Una amiga, te dije...

—¿Qué amiga, Mito? ¿Otra de tus minitas?

—Tranquilo, en el campo no hay balcones...

—¡Qué gracioso! ¿Quién es?

—Francesca Musarini, se llama. Todo bien con la flaca. Y tiene una escopeta, por las dudas. Tira bien...

—¡Ah, qué bueno! ¡Tira bien! No me gustan las mujeres con escopetas, por más bien que tiren... No me gusta ninguna mujer al lado tuyo, debo confesarte, hoy por hoy. Lo único que le critico a Clara es haberse muerto...

—Déjemos en paz a Clara...

—Sí, claro, ¡en paz! ¿Quién es esa Francesca, Mito?

—Alguien que se ofreció a ayudar, sin saber...

—Sos un hijo de puta, siempre te las arreglaste para que confie en vos. Y fijate dónde estamos parados.

—¿Te parece que estoy en condiciones de hundirme más?

—Te garantizo que no, pero tu vida es tuya. Yo no te voy a sobreproteger ahora, sos mi cliente. De aquí en más, me importás un carajo. Soy una máquina.

—¡Gracias! Si eso es cierto, ya gané...

—Pero teneme al tanto, yo veo cómo se van dando las cosas. Tomá. —El abogado abrió un cajón del escritorio y extrajo un smartphone nuevo en su packaging original—. Es para que lo uses solo para comunicarte conmigo.

—Te quiero...

—Yo también, asesino perfecto.

Se abrazaron. Mito sollozó. El Duro, no. Al bajar, un taxista insultó a Valdivia por la ventanilla. Estuvo a un tris de hacerse atropellar mientras le escribía a Bala Perdida.

—Hola, ¿sigue en pie la propuesta? —Hubo un delay de quince minutos, más o menos, hasta el visto.

—Mal momento... Nos van a matar a todos, estos criminales.

—De eso también te quería hablar. ¿Voy?

—Pensaba en otra cosa cuando te invité, pero vení si querés.

—¿Me pasás el Google Maps? Voy ya...

—Ahí va. Estoy aterrada...

—No es para menos. Saliendo.

La «gallega» del GPS lo hizo tomar por la Avenida Central hacia el sur, subir a la autovía y dirigirse hacia la puesta de un sol voraz, rojo. El Citroën anaranjado parecía blanco. Pálido. Mortecino. Mito también.

El granero

A cien el auto temblaba, pero no pensaba desacelerar. La bola enorme, incandescente, del final del camino lo atraía sin pausa. Al tío Anselmo, el anarquista inspirador de su nombre de pila, le gustaba repetir que la humanidad caminaba despacio hacia un horizonte rojo. Acaso como esa lejanía hacia la cual Mito Valdivia iba derecho, a escasos y dificultosos cien kilómetros por hora. Temblando. El coche y él. Ese sol impresionante simulaba un túnel de fuego que, en algún momento del itinerario, habría que atravesar.

Recordó Mito aquella madrugada en que no era el sol, sino la luna la que se había posado allí detrás, al costado del camino, desproporcionada y, también, rojiza *in extremis*. Fue durante el único viaje que hicieron desde Córdoba para vacacionar en Mar del Plátano, junto a su hermana Estela y su papá y su madre, que esta última les habló de Aristóteles y de las ilusiones ópticas, que siempre nos empequeñecen. Esa mujer golpeada por la vida y por su esposo era capaz de desanudar, con palabras sencillas, los misterios de la naturaleza que nos permiten tomar noción de lo insignificantes que podemos llegar a ser.

Valdivia iba derecho al sol dispuesto a quemarse a lo bonzo. Le pesaba que Silvio, su amigo del alma y encima su abogado, estuviera en ascuas al respecto. Le había mentado. Bueno, una verdad a medias es una media mentira. Pero él iba. La pulsión por enterarse de lo desconocido era la clave de su esencia.

Salió de la autopista, enfiló hacia Julio Keen, se pasó los tres kilómetros que debía y, antes de alcanzar el molino alto de Parada Ruiz, dobló a mano izquierda por la senda de tierra y frenó contra la tranquera con el cartelito de chapa que indicaba «La Tiroteada». Detrás, la doble hilera de eucaliptus hasta la casona blanca de estilo inglés rodeada de cítricos le resultó familiar. Ahí mismo, pero casi tres años atrás, Agustín José «Pepe Pueblo» Toledano, Lorenzo «El Loro» Astier y Mario Edgardo «El Hijo del Hombre» Nicetich le habían permitido destaparse los ojos para ingresar a la reunión semiclandestina donde también conocería a Libertad «La Troska» Frontera, a Victoria Magalí «Luna Feroz» Cornejo y a Francesca «Bala Perdida» Musarini, la dueña del lugar que ahora lo esperaba sola y aterrada por el homicidio de su compañera de la Juventud Movimiento 73. Caía la noche. Los focos del Citroën alumbraron a la escultural Francesca saliendo a recibirlo con una bandeja en las manos. El delantal de cocinera, sobre el shortcito y el top sin breteles, daba la sensación de ser la única prenda que llevaba puesta.

—Es budín de zanahoria y nuez, está recién hecho. —Entre la bandeja y la incómoda ansiedad de la bienvenida, estuvieron a un milímetro de chocarse las cabezas y se besaron en el aire.

—Gracias, qué rico, no comí nada en todo el día. ¿Cómo estás?

—¿La verdad? Hecha mierda. Todos quedamos hechos mierda... Quería compartir con vos mi lugar en el mundo como una travesura, no adentro de esta pesadilla. No sabemos qué hacer, nos supera esto. Estamos todos en alerta, esperando directivas. Quietitos y guardados, por el momento, y en cadena para avisar si vemos algún movimiento raro. Primero El Procurador y ahora esto, ¿qué más tiene que pasar para que quede claro que nos quieren arruinar de cualquier manera?

—Hay que esperar, falta información todavía... Antes de denunciar un crimen político deberían estar seguros.

—¿Entramos?

El aroma del budín horneado daba ganas de que aquella cocina típica de campo fuera el refugio ideal para cualquier amenaza. Y eso que Valdivia no había notado aún la pistola Bersa Thunder 380 que reposaba sobre la mesa, ni la escopeta española Zaldi calibre 16 parada junto a la heladera Siam con manija.

—Ya veo lo que quisiste decir con «en alerta», Francesca...

—No... Siempre que me quedo sola les pido a «mis amigas» que me acompañen. Es raro que pase algo por acá, pero algún cuatrero siempre puede aparecer. Y con esto de La Troska, qué sé yo.

—¿Le tiraste a alguien alguna vez?

—Estuve a punto, pero menos mal que fui prudente. Mi marido tampoco estaba, él viaja cada dos meses al sur por trabajo y falta unos días, como hoy. La única persona que puede venir de noche es el capataz, pero es raro que lo haga y siempre avisa por celular. Eran como las tres y sentí pasos en la galería de afuera. Lo llamé y daba el contestador, cosa que jamás sucede. Había un tipo entre sombras y aproveché que una ventana estaba abierta para sacar el caño de la escopeta y apuntarle a la nuca, lista para disparar. «¡Quietos!», le grité y el tipo se paralizó. Era el capataz, estaba tratando de ver dónde se habría olvidado su teléfono, que se había quedado sin batería. Pudo reírse recién media hora después, al cuarto vaso de agua. Pero no, nunca le disparé a nadie... ¿Sabés algo de Libertad? Me dijiste que querías hablar de eso.

—Hablé con el forense que le hizo la autopsia. Da por confirmadísimo que la mataron. Al parecer, un tipo grandote o bastante más grande que ella.

—¿Lo vieron?

—No. Lo suponen por las marcas en los brazos y la fuerza con que la tiró. Y porque un vecino escuchó un grito seco de voz masculina. Debía ser alguien conocido de ella, porque la puerta no estaba forzada, ni había señales de pelea ni de robo. El novio no fue, demostró que estaba trabajando. ¿Se te ocurre quién podría ser? Podría fumar negros extra fuertes con filtro, había un pucho de esos en el cenicero y otro rubio de los que fumaba Libertad recién apagados.

—Ni idea... ¿Vos pensás que pudo haber sido alguien de La Jotaeme? Me dejás helada... Con El Hijo del Hombre tenían buena onda, creo que pasó algo entre ellos... Lo ví fumar a él, seguro, pero no sé qué marca.

—¿Nunca hablaron entre ustedes de que la JM73 pudiera estar infiltrada por los servicios de inteligencia?

—¿Eh?! ¿Qué decís, Valdivia?

—Eso... Te pregunto si tenían alguna sospecha... ¿Sentiste nombrar a un tal Braulio Quiles? ¿El León Quiles?

—¿Ese dirigente de la izquierda que el otro día saltó que era del Batallón 106? ¿Por eso

preguntás si estaremos infiltrados?

—¿Vos sabías que La Troska era su discípula en el PTR, que él fue su maestro y se seguían viendo?

—¡Pará, che! La Troska es la víctima, no la asesina.

—Claro, pero conociendo los vínculos de la víctima se puede llegar al asesino. Sabemos que podría ser alguien que la visitaba o le tenía cierta confianza.

—¿Vos decís que nos estaba buchoneando a nosotros? Era una mina re dulce, buena compañera, recontra combativa...

—A ustedes no sé. A mí sí...

—¿A vos sí, qué?

—Me vigilaba La Troska.

—¡¿Qué te pasa, Valdivia?! ¡¿Me querés volver loca?! ¡¿Cómo que te vigilaba a vos?! ¡¿De dónde sacaste eso?!

—Los ví a los dos en la puerta de mi edificio, ella le marcaba a Quiles la entrada con disimulo. Me alarmó en un principio, pero después lo hablé con ella y se me pasó. Todavía no se sabía que Quiles era servís, eso se supo recién hace unos días.

—¿Lo hablaste con ella, decís?

—Sí, hablábamos bastante. Como estudiaba para locutora, un día me dijo que le vendría muy bien conversar conmigo cosas de la profesión...

—¡Ajá! Cosas de la profesión... Y las hablaban en tu casa, seguro.

—Sí. También tomamos algo por ahí alguna vez...

—Yo vi cosas entre ustedes, ojitos y eso... Era evidente para mí que te gustaba La Troska, ponele. Pero te lo pregunté y lo negaste...

—Pero sí, caí como un adolescente. Tuvimos una relación intensa, de muchos altibajos, pero de bastante confianza. Ella sabía cosas mías que pueden haberle costado la vida...

—¿Por ejemplo? —Francesca lo miraba fijo, mal, sin poder creer lo que escuchaba.

—Yo tengo probado que a El Procurador Gómez Pardo lo hicieron suicidar y se lo conté a Libertad. Hay gente dispuesta a cualquier cosa para que esa verdad no se sepa. Y si se sabe, hacer mierda la credibilidad de quien la publique.

—Te juro que ya me importa tres carajos cómo murió ese sorete. Lo que no termino de entender es por qué matando a La Troska te joderían a vos. ¿Porque sería público que te gustan las pendejas y no podés parar? Eso podría hacerte más bien que mal...

—No, Francesca... Viví amenazado últimamente, me apretaron fuerte con hacerles algo a mis hijas para paralizarme y callarme la boca. Un capo de los servicios del Estado me advirtió que me habían puesto a una mujer a espiarme, yo no podía imaginar quién sería, creí que el tipo solo pretendía inquietarme, pero cuando saltó lo de Quiles me cayó la ficha, me enfurecí, discutí con Libertad y le escribí que merecía la muerte. Es muy probable que ya tengan esos chats, pero de todos modos los van a tener: están peritando su celular...

—Y sos un tipo grandote al que se la abre la puerta fácil...

—Pero que fuma rubios, estaba en su casa y no es un asesino.

—No sé... Lo que sí queda claro es que reverendo hijo de puta sos.

—Yo no la maté, jamás haría una cosa así.

—No sé... La usaste a ella y a mí también, seguro, el que buscaba información sobre nosotros eras vos para tus notitas de mierda... ¿A Luna Feroz también te la garchaste?

—Estás mezclando todo.

—¡¿Yo?! —Bala Perdida puso la mano izquierda sobre la pistola, sin levantarla de la mesa.

—¡Eh, pará! ¿A vos te parece que si yo maté a La Troska voy a venir acá a contarte todo esto y pedirte refugio?

—¿Refugio?! ¡Ah, vos tenés la cara más dura que una roca!

—Ya no la podemos traer de vuelta, pero si sabemos quién la mató va a cerrar todo el círculo de estas mafias de los servicios... Pero yo me tengo que correr unos días, hasta ver cómo pintan las cosas. Vos me habías invitado y, por más duro que sea esto, aproveché para venir a dar la cara, contártelo y pedirte ayuda...

—Y a ponerla un rato, ya que estamos...

—No, no, Francesca... ¿Vos te pensás que esto me divierte?

—La verdad es que sos un tipo bastante perverso, te pintaste solo de cuerpo entero.

—Entiendo que desconfíes y tengas tanta bronca... Pero pensá bien si yo estaría acá de haberla matado, contándote lo que, además de vos, solo sabe mi abogado.

—¿Y si viniste a matarme a mí?

—No podés pensar eso, además las armas las tenés vos.

—Eso es cierto. —También había arrimado la escopeta más hacia ella.

—Pensalo... Si me dejás, paso al baño. Y cuando salga, si querés me voy.

—Es ahí, dando la vuelta al pasillo.

—Sí, ya me ubiqué. La otra vez fui...

El hombre del espejo levantó las cejas y se encogió de hombros, como diciéndole que más convincente no hubiera podido ser. La chica tenía miedo y no era para menos. Él también, pero debía apelar a todo su profesionalismo y aplomo para utilizar a su favor las cosas que sabía y otros no. Salvo que Bala Perdida lo delatara, lo cual era posible en ese estado, quedarse allí le permitiría ganar tiempo y preservarse, aislado de todo menos de su gran amigo El Duro Santacroce, que le había dado un teléfono para que hablara solo con él. Se le ocurrió cómo terminar de convencer a la joven y salió rápido a decírselo:

—Francesca...

El culatazo de escopeta en la nuca lo encandiló con un estallido de luz blanca frontal y se hundió en un vacío donde solo se escuchaba un pitido constante, hasta que dejó de ver y de oír, se le aflojaron las piernas y se dio de bruces contra el piso del distribuidor. Sí, Valdivia era grandote. Hizo ruido.

Primero fue la sed. Una sed bíblica. Lengua de lagarto. Paladar de cartón. Tubo esofágico de cemento arenoso. Estómago de cuero disecado, humeante, maloliente. Luego vino la cara. Hachazo de piedra en el pómulo derecho, en el ojo derecho, en la mitad derecha de la frente. Después, la nuca de trescientos kilos, atravesada por un gancho de grúa portuaria. Tirante. Doloroso. El corazón acelerado al ritmo pulmonar. Las muñecas amarradas por detrás a la pared, con alambres o precintos plásticos, filosos. Los glúteos acalambrados, imposibles de acomodar en ese tablón rígido y liso. Los tobillos encadenados a la pata del banco. El pantalón orinado... Iba recuperando el sentido parte por parte, con meticulosidad de burócrata en tiempos de inventario. Abrir los párpados era sentirse vivo y, a la vez, arrepentirse de estarlo. Un galpón, un viejo granero. Gallinas y pollitos por allá, cerca del portón de chapas acanaladas, un ratón huyendo por el tirante del gato tuerto que acababa de entrar. Aperos, herramientas de reparar y de labrar, una carreta desvencijada. Un haz de sol matutino por la ventanita para teñirlo todo de infinitas gamas del azul. «Soy Mito Valdivia», se dijo en voz alta para restablecer, por fin, los hilos turbadores de la memoria. Un click llamó su atención desde la izquierda y giró la cabeza con tal premura que se

mareó. Al final de los setenta y un centímetros del doble caño de la escopeta estaba, desdibujada, Francesca Musarini, con bandana y ropa verde oliva de fajina.

—Decime la verdad: ¿vos la mataste?, ¿a qué viniste acá?

—Yo no la maté, lo juro por mis hijas. Y vine a buscar refugio por unos días y a contarte todo, aprovechando que me habías invitado.

Bala Perdida elevó la escopeta quince centímetros sobre el cráneo de Valdivia y disparó el primer tiro.

—¡Decime la verdad, la concha de tu madre! —lloraba la joven.

—¡Pará, por favor! ¡Te digo la verdad! Dame agua, me muerdo de sed...

—¡De sed! ¡Mirá cómo se mata la sed con sediento y todo! —Vacío el segundo cartucho y volvió a cargar.

—Agua... Dame agua o matame ya... —Mito cerraba los ojos con fuerza, esperando el final mientras Francesca martillaba otra vez para continuar el simulacro de fusilamiento—. ¡Yo la amaba!

—¡Ah, la amabas, hijo de puta! ¡Hablá! —El tercer disparo pasó tan cerca de la pierna de Valdivia que se quemó el pantalón con restos de pólvora y, por milagro, ningún perdigón lo rozó.

—¡Sí, la amaba! ¡¿Y qué?! Pero ella me cagó, me cagó... ¡Yo no la maté, Francesca, yo no fui! ¡Ayúdame a saber quién fue! ¡Dame agua, por favor!

—¿Y por qué te metiste con las dos? ¿Qué andabas hurgueteando?

—Yo en ella confié, la quería... pero no tenía freno, no paraba nunca, andaba con el que se le cantaba. —Mito lloraba con una angustia desbocada, compuesta de despecho, de indignación y de vergüenza...

—¡La mataste por celos, hijo de puta! —Con el cuarto disparo arrancó un pedazo de pared.

—¡Basta, Francesca! ¡Matame igual! ¡Es lo mejor que me puede pasar!

—Primero decime que la mataste...

—¡Es que yo no fui! ¡No fui yo!

Bala Perdida salió del granero y volvió a los pocos minutos con tres baldes enormes y un botellón de cristal labrado con agua de la bomba, helada, en una carretilla. Tomó las cubetas y las fue vaciando con todas sus fuerzas encima de Mito, contra el tórax, contra el abdomen y la entrepierna, pero no en la cabeza ni en el rostro. Literalmente lo baldeó. Valdivia trataba de lamerse como un perro cuanta gota de agua pudiese alcanzar de la ropa, de donde fuera. Sollozaba a los gritos y tiritaba de frío, parecía un chico golpeado cumpliendo la penitencia más atroz de su vida. Entonces, ella se le acercó y lo abrazó, apretándole la cabeza sobre su pecho. Los tres botones superiores de la camisa de combate estaban desabrochados y por el escote iban y venían sus senos bien formados, henchidos de un placer en ascenso, insinuando escaparse hacia ese hombre atado de pies y manos, vencido, que solo pretendía beber o morir.

—¿Te gustan? ¿Querés que ellas te den agua, hijo de puta? —le dijo, erotizada por la situación límite, por el acto de dominación extrema que estaba ejerciendo. Fue cuando se abrió la camisa por completo de un tirón, agarró el botellón y comenzó a vaciársela de a chorritos leves sobre las clavículas para que circularan en canales sobre sus pechos y esos pezones endurecidos por el agua fría se volvieran irresistibles para Valdivia, que se puso a beber de ellos con el arrebatado de un beduino en la cascada del manantial de un oasis. Mientras Mito saciaba su sed, Francesca mitigaba la suya, dejándose chupar por esa boca desesperada y tocándose hasta acabar el agua y el espasmo de sus instintos.

Bala Perdida se convenció de que Valdivia le había dicho la verdad y prometió «no levantar la perdiz» mientras le fuera posible, de modo tal que el periodista ganara tiempo «para enfrentar lo que venga» y lograra, incluso, tener las manos libres para investigar el Caso Frontera. Bajo sospecha de homicidio eso le sería imposible y su credibilidad sumaría cero para exponer ante la opinión pública las revelaciones sobre el Caso Gómez Pardo.

Lo dejó quedarse tres días en el campo y le curó con ungüentos rurales las heridas de la cabeza, el rostro, los tobillos y las muñecas. En ningún momento sus cuerpos volverían a rozarse siquiera. Mito se encerró en la habitación de huéspedes. Miró el techo sin parar desde un camastro antiguo durante las primeras veinticuatro horas. Jugaba a evitar los pestañeos hasta que le hervían las conjuntivas y a contener la respiración, hasta que se ahogaba en gemidos de angustia. Si lograba combinar ambos resultados al mismo tiempo, magullado como estaba y tieso, daba imagen de cadáver. Francesca se asomó una vez a sus ojos secos, pegoteados e inmóviles en la telaraña que aparentaba sostener el machimbre. Tranquila de que seguía vivo, le dejó unas croquetas sobre la cómoda. Y el botellón con agua. Comió al segundo día, que dedicó entero a dar vueltas por el cuarto, en círculos, en diagonales, de pared a pared en línea recta, con pasitos pequeños y a las zancadas. Abrió la ventana de par en par dispuesto a recibir el último amanecer de los pactados. La brisa era fresca, húmeda, perfumada de azahares, eucaliptus y tilos. Permaneció acodado quién sabe cuánto ahí, observando un silencio que solo se cortó con el griterío de unos loros y dos disparos del 16 para espantarlos. Ni una nube había. La tormenta estaba en su espíritu.

A Valdivia se lo llevaría Silvio Santacroce en su todoterreno alemana. El Citroën, por modelo y color, era un blanco móvil: se quedaría un tiempito más en «La Tiroteada», guardado en el granero a la espera de que lo retiraran de algún modo seguro. Cuando El Duro llegó a buscarlo, Francesca tenía listo un desayuno especial con tostadas, bizcochuelo de quinotos y polvorones.

Subió con ellos a la camioneta y los acompañó hasta la tranquera, bajó, se acercó a la ventanilla de Valdivia y le dijo al oído:

—Cuidate mucho, sabés que te deseo lo mejor. Un solo favor te pido: no quiero verte nunca más. —Y se quedó saludándolos, con la escopeta en alto y los dedos en ve.

Sin salida

—¿Qué te pasó en la cara y en las muñecas, Mito? —preguntó Silvio, atento al camino e intuyendo más problemas.

—En la cara, me llevé puesto un aparejo de fierro enorme que hay colgado en el galpón donde quedó mi auto. Casi me desmayo por boludo. Y en las muñecas pasó que... ¡Uy, me olvidé!

—Ah, cierto que los caballeros no tienen memoria... ¡Qué pibe sos! Brava, la flaca... Esos ojazos meten más miedo que la escopeta.

—Toda ella mete miedo, hermano. ¡Gran mina!

—Ya lo creo, si te dejó en ese estado... Estás pálido, demacrado, hecho un desastre. Vos no estás nada bien. ¿Dormiste?

—No... Voy a ser abuelo, ¿sabías?

Hicieron un silencio prolongado, especulativo. Los dos pensaron y callaron que ojalá esa criatura no lo conociera en prisión. Valdivia pensó él solo y calló que, por lo menos, al ser hijo de Solange no llevaría su apellido. Humillado estaba y no era lo peor que le podía pasar.

Cada hora sin hacer nada significaba un paso atrás. Solo ellos y Bala Perdida sabían, con

diferentes grados de convicción, quién no había matado a Libertad Frontera, además de conocer ciertas circunstancias de su vida privada, social y laboral, siempre y cuando al espionaje se le pudiera llamar trabajo. Del otro lado de la difunta, un sinnúmero de agentes fiscales y policías ansiosos por sumar puntos y no pasar papelones, estarían tratando de hacer hasta lo imposible para definir eventuales sospechosos y empezar a ponerles rostros a su investigación. Era de suponer que, a esa altura, ellos seguirían sabiendo lo mismo que antes y los sabuesos irían sabiendo cada vez más. Si su amigo Silvio y la dulce Francesca habían dudado de él, ¿por qué no habrían de hacerlo un sargento primero panzón y un fiscal con ambiciones de juez? Las opciones seguían siendo dos: esperar quieto y bien guardado o entregarse y que arda Troya. Su futuro inmediato dependía de elegir entre dos clases de encierro. El impuesto y el autoimpuesto. Ya no estaba libre. Lo bueno de entregarse hasta que aclare se resumía en evitarse el calvario de ser arrastrado de imposición en imposición. Por el contrario, lo único provechoso de seguir en veremos sería descubrir si, en medio de ese caldo pastoso de angustia, le quedaría un mísero atisbo de fe. Ahora estaba preso de sí mismo. ¿Quién no lo está?, pensó y también lo pensaba, sin hablar, El Duro Santacroce. Hasta el más pintado anda por ahí rompiéndose los sesos y el alma para salir de su encierro sin que nadie lo note. Pero que a uno lo metan preso es un escándalo. Genera el asombro y la indignación de los demás, a quienes les encanta el alboroto si no son ellos los afectados.

—Vamos para la fiscalía, hermanito. Me quiero entregar —se hizo el héroe Valdivia.

—¡Estás mal del marulo vos! Sos una persona pública, va a ser una carnicería... Decime... ¿Cuántos días de encierro te bancás?

—Por lo menos tres, ¿no viste? Me estás sacando de eso: ¡tres días entre cuatro paredes y acá estoy!

—¡Y así quedaste! Oíme bien lo que vamos a hacer... Porque a partir de ahora se hace exactamente lo que yo diga, ¿sí?

—A ver...

—¡A ver nada! La mano viene así: están en bolas, no se supo gran cosa desde que te viniste al campo. Estuve moviendo mis contactos en la Fiscalía N° 7, son buena gente... Un poco rosqueros, pero buena gente y con la exposición en los medios están ahí, son prudentes, digamos. Hay dos buenas: del informe de las telefónicas no salió ni una llamada de tu noviecita con vos...

—No era mi noviecita, ni mi pareja ni nada...

—Bueno, dale, no te pongas mimoso... La otra buena es que tampoco se mandaban mails: la compu y el correo tenían claves fáciles y la descularon enseguida. O sea que nada, tampoco, por ahí. Ni un archivo de nada, ni una mención y, por suerte, por alguna razón no usaba el WhatsApp desde la laptop... ¿Vos sabías que la piba era de la Juventud Movimiento 73 y la re bancaba a la Hortigoza?

—Sí, sabía... Por eso la conocí, te dije que estaba investigando cómo se mueven esos pibes. Es más, Francesca..., la piba del campito..., ¿viste?

—Sí, qué tiene...

—Que también milita con ellos. A Libertad le decían La Troska, a esta le dicen Bala Perdida. Ya te estarás dando cuenta de por qué...

—¡¿Cómo?! ¡¿Pero vos querés que me estrole contra un camión, pedazo de pelotudo?! ¡¿Esta rubia es del mismo grupo que la muerta?!

—Sí... Pero está todo bien con ella...

—¡Siiii! ¡Con la otra también estaba todo bien y te metió los cuernos hasta con la CIA! ¡No, Mito! Mirá: así no va. Ningún cliente mío termina en cana. ¡Y menos por pelotudo!

—Te dije que está todo bien, calmate...

—¡Claro, sí, yo me tengo que calmar! Bueno, cuestión que la muerta era ultra cuidadosa con el telefonito. Nadie le puede entrar, todavía, pero ya le van a entrar a los passwords... Ese es nuestro límite de tiempo...

—Se te está pasando algo por alto: es posible que los servicios tengan esos chats, porque ella se los haya mandado o porque me tienen pinchado a mí, y estén regulando los tiempos para tirar la bomba, como hacen siempre. —La lógica periodística de Valdivia era ya su único cable a tierra.

—Está bien, tenés razón... ¿Cuántas veces te dije que uses Telegram y no WhatsApp? Es más seguro... Pero, bueno, eso nos apura más todavía. Yo lo que quiero arreglar es cómo entregarte antes o presentarte después sin quilombos mediáticos. Que haya códigos... ¿Hay cámaras de seguridad en tu edificio?

—Sí, claro.

—Eso necesito con urgencia, antes de que las borren.

—A ver...

—Si estabas en tu casa y el auto estaba en la puerta... Porque lo seguís dejando en la puerta, ¿no? Tenés que haber llegado a alguna hora y vuelto a salir a otra hora. Eso vale más que los testimonios de los muñecos de seguridad, porque se los puede coimear y son capaces de jurar que sos Sylvester Stallone.

—¿Entonces?

—Entonces te quedás en mi estudio, ya viste que en el resto de la unidad tenés todas las comodidades... Una sola cosa... Y de esta sí depende tu vida.

—A ver...

—Está viviendo mi hermana desde hace un año y medio ahí. Ella misma, cuando le conté que estabas en quilombos, me preguntó por qué no te había ofrecido quedarte allá. Te lee, te ve por todos lados, más de una vez me comentó que quiere ser periodista, siempre me anda preguntando algo sobre vos... Pero, ¡Mito!

—¿Qué?

—Le tocás un pelo y el próximo que cae por un balcón sos vos... ¡¿De acuerdo?!

—Si es tu hermana, es mi hermana... Tengo sed y necesito dormir. ¿Paramos a comprar vodka?

Santacroce pisó el acelerador a fondo y avisó al estudio que iban volando hacia allá. Que subirían directo desde el garaje del segundo subsuelo por el ascensor interno. Que les dejaran sin traba la puerta de servicio. Que nadie debería verlos entrar.

Llegaron bien. Es decir, bastante rápido. Costaba redescubrir al hombre admirable y buen mozo que era Mito Valdivia en aquel tipo golpeado, cabizbajo, la barba larga, revuelta, la camisa estampada de arrugas y medio salida del pantalón con manchas y quemaduras como de soplete al descuido. Un vagabundo novato. Un náufrago reciente. Un prófugo ni siquiera hecho y derecho. Alguien al borde del abismo psíquico, capaz de saltar sin escalas del derrumbe depresivo al pico más alto de la verborragia con solo escuchar un femenino «¿cómo estás?», suficiente para largarse a hablar y hablar y hablar días enteros con sus noches, adicto a la palabra y a sí mismo y al alcohol y al diclofenac y a la cocaína y a las mujeres y al trabajo y a la angustia.

Una pregunta, una simple pregunta de la hermana de Silvio Santacroce:

—¿Cómo estás?

Y Valdivia lanzado en un misil de ansiedad a desahogarse de este relato increíble pero real donde los espejos aconsejan, aun rotos, y los sueños matan pesadillas para confirmar hechos contundentes, reveladores, incriminatorios. Donde las ausencias pesan y hay viejos que imaginan

un futuro retrógrado y hay jóvenes que infantilizan el pasado y todos (las ausencias, los viejos y los jóvenes) juegan a que conspiran mientras otros deciden a hurtadillas sus destinos verdaderos y vuelven peligrosas aquellas confabulaciones. Una historia donde vencer al fracaso nacional sería posible con una enciclopedia; donde matar al padre y a un dictador podrán haber sido deseos meritorios y hasta heroicos, pero no así a La Troska. Porque Mito amó a esa chica y la odió y le deseó la muerte, pero no la mató. Jamás lo hubiera hecho. A ninguna, pero a Libertad menos...

Mientras Valdivia no podía parar de confesarse a borbotones con la hermana de Silvio y ella grababa el monólogo, el abogado recibía un mensaje de voz por Telegram que se autodestruiría en cinco minutos y le llevaría una hora decidirse a responder. Denis «El Papota» Rosl, redactor estrella del diario *La Mirada*, quería saber si Santacroce seguía patrocinando a su amigo del alma, porque no lograba encontrarlo por ninguna parte y necesitaba preguntarle «algo muy delicado». El Papota le caía pésimo a Silvio. Por más maravillas que le hubiese hablado Mito de él, de «su criterio periodístico» y de «su lealtad reverencial de ex alumno», Rosl no le inspiraba la más exigua confianza. Es cierto que Santacroce menospreciaba en general a los petisos, en quienes advertía personalidades taimadas y engorrosas «de tanto haberse adiestrado para mostrarse como más de lo que son», pero lo que menos le agradaba en el caso de aquel era la capacidad que adquirió para «mimetizarse con los servicios de inteligencia». Debería evaluarse, además, alguna carga de celos: Valdivia consideraba poco menos que su heredero a ese personaje ínfimo de anteojitos redondos que se había mudado con diecinueve años a la Gran Ciudad desde un pueblito andino, con una mano atrás y otra adelante, para ponerle el cuerpo a su vocación de comunicador social. Mito siempre contaba que Denis se había deslomado como changarín en el puerto para pagarse los estudios, que por entonces dormía en pensiones infestadas de chinches y roedores y llegó a cenar dos turronecillos, de esos que se venden en las estaciones ferroviarias por moneditas.

El Duro lo invitó a almorzar en el Museo del Marisco. Pidieron la cazuela de la casa. A Rosl se lo veía incómodo. Santacroce fingía tranquilidad.

—¿Dónde anda Mito, doctor?

—Se fue de viaje con las hijas, ¿te puedo ayudar en algo en su lugar?

—Más bien le diría que usted y yo tendríamos que ver cómo podemos ayudarlo a él.

—No entiendo, Denis.

—Se anda corriendo la bola de que Valdivia mató a una mujer...

—¿Qué decís? ¿A qué mujer? Jajajá, ¡qué pavada! ¿Y cómo la mató? ¿Con la indiferencia?

—Perdonemé, pero esto es serio... Hace unos días, él me llamó para pedirme datos de un tal Braulio Quiles, un dirigente de la izquierda que fue descubierto como servicio del Batallón 106. Resulta que ese tipo..., El León le decían..., se mandaba mails con la piba que cayó del piso catorce, ¿se ubica? Una tal Libertad Frontera...

—¡Ah, sí, sí! Por el Barrio Catedrales fue, ¿no?

—Exacto, pero acá no importa el barrio, sino lo pequeño que es el mundo...

—...

—¿Usted no sabe si Mito andaba metido con alguna chica?

—No... Él no me cuenta esas cosas, su esposa era como una hermana para mí...

—¡Ah! Bueno, mire: me dicen que Mito la amenazó de muerte por WhatsApp a esa piba y después voló por el balcón...

—¡Ahájjjj...! —A Silvio se le fue un tentáculo de calamar por la nariz.

—¿Todo bien, doctor? —Rosl amagó pararse para socorrerlo.

—Sí... Sí... ¡Vos y tus «me dicen», Rosl! Me dicen... Me dicen... ¡¿Quién carajo te dice

qué?! ¿Te volviste loco vos?

—Una fuente me mandó este mensaje, vealó. —Le alcanzó el smartphone abierto en un texto que decía: «Chats de Mito Valdivia a Libertad Frontera: 1) “Debería matarte”. 2) “Un corchazo en la frente te merecés”. 3) “Muerta deberías estar vos... de un tiro”. 4) “Me mataste, perra... El que las hace las paga”. Chequealo»—. ¿En qué anda, Valdivia, doctor?

—¿En qué andan tus fuentes? ¡Esa es la pregunta, Papota! ¡Qué sé yo de que mierda me hablás! ¿Vos vas a publicar eso?

—Yo no publico nada que no esté cien por cien confirmado. Por eso quería contárselo a Mito, pero no aparece y se lo cuento a usted...

—Listo, listo, está bien... Hacés bien... Escuchame: dejá que averigüe, que lo ubique a Mito y te cuento, ¿dale? Mientras tanto, supongo que no harás macanas. Una pelotudez así puede hacerle muchísimo daño... Yo sé que él te aprecia mucho...

—Y yo a él, que le quede claro. El problema es que hay que apurarse...

—¿Apurarse? ¿Por?

—El Maldad Assef... Usted lo conoce, si a mí me dicen esto, deben estar por decírselo también a él. Si es que no lo sabe ya... Y si sabe que yo sé y yo no publico nada, me raja...

—¿Por esta opereta de servicios de cuarta te van a rajar?

—¿Sabe qué pasa, doc? Lo que más me altera es que esta fuente jamás me tiró carne podrida. Ni una sola vez me hizo pisar el palito, ¿entiende por qué estoy tan preocupado? Yo no me animo ni a pensar que Mito pueda estar metido en algo así, pero de ese lado siempre me vino data de primera.

—Espero que seas prudente, no deja de ser un trascendido. Ni siquiera es la palabra de tu fuente contra la de Mito, porque a tu fuente no la conoce nadie y Mito no está...

—¿Y si me mandan los mensajes originales en lugar de la transcripción?

—No creo que eso sea posible. Simplemente, porque no creo que Mito tenga nada que ver en el asunto.

—Ojalá... ¿Me avisa si tiene noticias de Valdivia? ¿Le dice que me llame?

—Sí, fumá vos...

—Okey, gracias. Y por estos bichos también, estaban increíbles.

Apenas Denis Rosl le dio la espalda, Silvio Santacroce comenzó a mandar mensajes a sus contactos en la Fiscalía N° 7. Pudo sonsacarles que el teléfono de La Troska todavía estaba sin desbloquear, que el caso había ingresado en un impasse sin salida visible. Pensó que, tal vez, Mito tuviera razón cuando le dijo que los servicios podían haber accedido a sus chateos desde antes, porque Libertad Frontera se los había pasado como parte de sus tareas o porque tenían pinchado el móvil del periodista.

Debía moverse a toda velocidad. Decidió que era tiempo de quemar las naves. Solicitó hablar con el fiscal a solas y fue a su encuentro en el Palacio de Justicia. Le contó todo, menos la identidad de su cliente y los detalles que pudieren dejarla en evidencia, y le dio su palabra de entregárselo junto con las pruebas de su inocencia si le prometía tomarle declaración como testigo de identidad reservada y no como imputado. Lo convenció con el argumento de que, más que un femicidio, tendría en sus manos la llave para destrabar el Caso Gómez Pardo. El titular de la Fiscalía N° 7 reunía tres requisitos para ubicarlo en posición de aliado presunto. Uno, sus antecedentes: se trataba de un profesional con fama de independiente, confiable y arriesgado. Dos, sus ambiciones: pretendía llegar a juez federal por mérito propio y no en base a escándalos ni cadenas de favores. Tres, con El Procurador habían sido amigos un tiempo: creía en el suicidio como principal hipótesis de su muerte y se había ganado rivalidades políticas por eso.

Juramento

Salió catapultado hacia el departamento de Mito con una lista de puño y letra en su libretita Moleskine negra (las usaba desde que su amigo periodista le había regalado una con la dedicatoria «para que seas un abogado a la altura de Picasso, Hemingway y, sobre todo, el papá de Chatwin»):

Ropa limpia: traje oscuro, 3 camisas, corbatín, 4 medias, 4 calzones, zapatos, zapatillas, 4 remeras, jean, jogging.

Compu y papeles escritorio.

18:30 - Jefe vigilancia edificio: videos / custodios noche crimen.

Marina-Solange / Llamar.

Los tres primeros puntos representaban simples trámites. La ropa y el escritorio estaban ahí; el jefe de vigilancia lo esperaba con un pen drive y los datos del personal dispuesto a declarar «y todo lo que el señor Valdivia necesite». Lo de las «nenas» sí que le pesaba. El Duro veía en ellas a Clara, su casi hermana, su consejera incondicional cada vez que se dejaba voltear por esos baches afectivos que habían hecho de él un divorciado crónico, un solitario sin descendencia. Cuando Clara estaba, Mito también funcionaba de puntal. «Y véanlo ahora, ¡la puta madre!», se dijo, de camino a cenar con Solange y Marina en el vegetariano más top del Barrio Diagonales, con la ingrata misión de comunicarles que su padre podía quedar preso al día siguiente si le fallaban los cálculos.

Conversaban, radiantes como siempre, acodadas en la barra de mármol antiguo iluminada con faroles colgantes de campo. Radiantes y nerviosas, preparándose para lo peor. Su última charla con Mito había sido desgarradora y alarmante, y estaban a punto de comer a solas por primera vez en sus vidas con quien, además de «Tío Silvio», era «el abogado de papá».

—¡Hola, hermosas! A verte, ¿así que me vas a hacer tío abuelo?

—Hola, Silvio... No... La embarazada es ella —lo abrazó Marina.

—¡Ah! Bueno, ¡a verte, Sol!

—Hola, tío, mejor contanos rápido lo que pasa, que a este pibe lo voy a terminar cagando en vez de parirlo...

—¡Típico humor negro Valdivia!

—Sí, sí, dale: contanos el último chiste del viejo, así nos morimos de la risa...

Se los contó de pe a pa. Risas no hubo. Sobraron llantos, insultos y una pregunta que, de tan repetida, se perfeccionó con el correr de los minutos y los detalles:

—¿Por qué estás tan seguro de que no la mató?

—Porque conozco a su padre, antes que nada... Pero al fiscal le va a interesar más otra cosa: tengo probado que, en el momento del asesinato, él estaba en su casa después de haber cenado con tres periodistas famosos. Hay testigos, hay videos... Miren, chicas, a mí tampoco me gusta el cambio de mi amigo después de quedar viudo y a veces me enoja cómo lo veo, pero eso no lo convierte en una porquería de tipo ni le quita el derecho a tapar la ausencia de su madre como le dio el cuero.

—Está bien, tío, todo lo que quieras. Pero cualquiera de nosotras podía haber sido esa piba, si la mataron para joderlo —dijo Marina.

—Y él les avisó el peligro que corrían, ¿o no? Se expuso... No le quedaba otra, perfecto, pero se expuso ante ustedes... También es probable que estos hijos de perra lo alarbaran sobre la

seguridad de sus hijas para que él no previera otra clase de represalias. Y dijiste bien, Marina: todo partiendo de la base de que a esa chica la hayan matado para joderlo a él y no por otro motivo que desconocemos.

—¿Qué tenemos que hacer, aparte de comérnosla doblada? —preguntó Solange.

—Mantener la calma y esperar a que yo les vaya avisando cómo viene la mano. Tal vez tengan que declarar, aunque voy a hacer lo imposible para evitarles ese mal momento...

—¿Declarar qué? Nosotras no sabemos nada —se sobresaltó Marina.

—Si queda preso, habrá que estar preparados: se va a decir cualquier cosa de él. Ustedes saben lo más importante de todo: qué clase de persona es Anselmo Valdivia, alias Mito.

Las dejó ahí, conmocionadas pero un poco más tranquilas, ante unas pizzetas integrales y unos bocaditos de berenjenas ya fríos. A Santacroce le quedaba una sola tarea pendiente para concluir un día tan agitado: avisarle a su amigo que a la mañana siguiente tenían cita con el fiscal y lograr que se presentara sobrio.

Lo encontró en el sofá como en trance. O grogui. Respaldado con la cabeza hacia atrás, los ojos abiertos y las pupilas agrandadas, sudoroso, los brazos desplomados junto las piernas, las palmas hacia arriba, temblequeantes. Eran síntomas de abstinencia. Silvio supo por su hermana que Mito había estado hablando a más no poder hasta media hora antes, sin probar un sorbo de alcohol. Solo agua y más agua. La mandó a dormir y se dispuso a quedarse toda la noche con él. Lo despabiló con una gasa embebida en whisky sobre la nariz y le llenó un vaso a condición de que sería el único. Pareció escuchar el plan con atención. Ningún reparo puso. Eligió el ambo italiano gris petróleo y la camisa blanca de lino para ir a la pelea. Los acomodó en sus respectivas perchas. Sacudió las solapas del saco pese a que estaban impecables, olió la camisa y pidió permiso para darse un baño de inmersión. Permaneció tres horas sumergido en agua tibia y sales termales antiestrés. Daba la sensación de haberse dormido. Luego, aún húmedo, se recortó el bigote, la barba y de inmediato las uñas de los pies y las manos y echó dos gotitas de colirio en cada lagrimal. Habló solo en el baño. A las 7:30, Mito era casi Valdivia. Elegantisimo. Más acorde a un «sí, quiero» por amor frente a un juez de paz que a un «sí, juro» por la verdad en un despacho del fuero penal. El fiscal se sorprendió al verlo llegar con Silvio Santacroce.

—Buenos días... ¡Mito Valdivia, qué gusto verlo por acá! No sabía, doctor, que venía la prensa. ¿Cuál es la idea? Usted sabe que lo mío es el perfil bajo...

—Mito es el testigo protegido del que le hablé, doctor...

—¿Mito Valdivia? No me joda, ¿quiere...? —El fiscal recurrió a las anotaciones que había hecho durante el relato pormenorizado de Santacroce la tarde anterior y las releyó en silencio. Carraspeó sin mirarlos, se asomó a la ventana y salió de la oficina. Regresó con un termo de café y el secretario atrás, que cerró la puerta—. Pónganse cómodos, esto va a ser largo...

Valdivia se sentó con Santacroce a su diestra, los dos de frente al fiscal, que ahora sí los miraba serio, jugando con el labio inferior entre el pulgar y el índice. El secretario tomó las riendas de la PC para ir redactando la declaración.

//////////En la Gran Ciudad, a los 2 días del mes de Junio del año 2017, comparece ante el Sr. Fiscal Dr. Pedro Gandolfi y el Secretario autorizante, Dr. Abel Ordóñez, una persona debidamente citada a la que se le hace saber que se le recibirá declaración testimonial bajo identidad reservada.

Acto seguido se la impone de los derechos de que goza, conforme lo normado en los arts. 79 y 80 del Código Procesal Penal de la Nación y de las penas impuestas en que incurren los que se pronuncien con falsedad, y se da lectura al contenido de los arts. 275 y 276 del Código Penal, prestando en tal sentido juramento de decir verdad con arreglo a sus creencias religiosas, mediante la fórmula «sí, juro».

A continuación, es interrogada por el Sr. Fiscal acerca de sus datos personales y profesionales —art. 249

segundo párrafo del citado cuerpo legal— que quedarán bajo resguardo, en sobre lacrado, en la caja de seguridad de esta Fiscalía N° 7.

Preguntado sobre si posee vínculos de parentesco o interés con las partes o si con respecto a estas le comprenden las generales de la ley, que le son explicadas, contestó que no, pero aclarando que mantuvo una relación primero profesional y luego íntima con la damnificada.

Invitado por el Sr. Fiscal a manifestar todo cuanto supiere sobre el hecho investigado art. 118 del Código Procesal Penal de la Nación. Declara: Que se presenta en ésta de manera espontánea y bajo sugerencia de su letrado patrocinante, Dr. Silvio M. Santacroce, Matrícula Profesional XXXVI426-C44, quien lo asiste en el presente acto. Que desconoce quién o quiénes exactamente pudieron haber ultimado a la señorita Frontera, pero que estaría en condiciones de aportar datos sobre ciertas circunstancias que podrían resultar de sumo interés en tal sentido. Y que teme ser acusado por el hecho, debido al contenido de conversaciones en soporte digital que aportará en este acto.

A preguntas a fin de que indique cuándo vio por última vez a la víctima, señala que ello ocurrió diecisiete días atrás, pero que hace diez días se comunicaron por la red social WhatsApp y discutieron. El dicente explica sin que se le formulen preguntas que dicha discusión se motivó en que él descubrió que ella lo espiaba por orden de algún servicio de inteligencia de la Nación.

Ahora sí, a preguntas a fin de que indique cómo fue que se enteró de ello, dijo que la damnificada mantenía una relación política, afectiva y según ella «casi familiar» con el agente del batallón 106 Quiles, Braulio (a) El León, quien antes de que se supiera esa noticia le había pedido a la víctima que le «marcara» la casa del dicente, que él los vio en dicha actitud pero que en principio le restó importancia al hecho.

A preguntas a fin de que indique el contenido de la señalada pelea por vía virtual, el dicente entrega su smartphone abierto en esa parte de la conversación a lo cual su patrocinante interrumpe y agrega: que la ofrece como prueba, bajo solicitud de que sea resguardada fuera del expediente junto a los datos filiatorios del declarante, dado que su cuenta de WhatsApp puede ser conocida. El Sr. Fiscal acepta la solicitud y solo se incorpora a este un resumen transcrito de la pelea, con particular interés en las partes donde se hace referencia a: «Debería matarte. O matarme yo y dejarte que te vayas a la concha de tu madre»; «Un corchazo en la frente te merecés»; «Se te vino la noche, puta de mierda»; «Muerta deberías estar vos. De vergüenza. O de un tiro»; «La traición es la muerte de los pusilánimes»; «Me mataste, perra. La vida se va a encargar de vos. El que las hace las paga».

A preguntas a fin de que indique si es consciente de que dichos elementos pueden involucrarlo como sospechoso aun siendo él mismo quien presenta la prueba sin que se la solicite, el dicente responde que «sí» pero el letrado lo contradice porque asegura tener pruebas materiales para sostener lo contrario y que serán entregadas al Sr. Fiscal al cabo de este mismo acto.

A preguntas a fin de que indique si conocía el domicilio de la víctima, dijo: No, pues siempre que nos veíamos a solas era en mi casa; nunca fui a la suya ni sabía dónde era, me enteré dónde vivía por la radio el día que murió, puede verificarse ello con vecinos ya que soy una persona que a veces sale por televisión y puede reconocerse cualquiera.

A preguntas a fin de que indique en qué otras circunstancias podía encontrarse con la víctima en presencia de terceras personas, dijo: que la conoció junto a un grupo de ciberactivistas de la Juventud Movimiento 73 porque los necesitaba como fuentes periodísticas para unas investigaciones que estaba haciendo sobre la «nueva militancia» en el país y que a los demás solo los conocía por sus alias: @PepePueblo, @BalaPerdida, @ElLoro, @ElHijoDelHombre y @LunaFeroz, por lo cual no está en condiciones de ofrecerlos como testigos, y que la damnificada utilizaba el alias @LaTroska.

A preguntas a fin de que indique si tiene indicios para pensar que alguno de los nombrados en el párrafo anterior tuviere motivos para deshacerse de la damnificada, dijo: No, el vínculo entre ellos parecía ser de simple complicidad en la militancia política.

A preguntas a fin de que indique si supone quién, quiénes y por qué pudieran haber tenido interés en terminar con la vida de la víctima, dijo: Sí, a lo que el letrado patrocinante interrumpe para solicitar que esa parte de la declaración sea volcada en acta aparte, también reservada, dado que dicha información podía comprometer la identidad del dicente. A lo que el Sr. Fiscal accede, dando por finalizado por ello mismo el presente testimonio, siendo las 10:37 horas del día de la fecha.

—Vea, Valdivia, cualquiera de mis colegas lo relevaría ya mismo de su juramento de decir la verdad, pediría que lo detengan y solicitaría al juez que le tome indagatoria —se molestó el fiscal, quizás aturdimado por el conocimiento público de quien tenía enfrente, que de seguro, según la paranoia del funcionario, estaría intentando embaucarlo con sus influencias por lo cerca que estaba de ser el primer sospechoso en firme del homicidio de La Troska.

—Doctor Gandolfi...

—¡Callate, Mito, dejame a mí! Perdón, doctor...

—¡No, no, no! Me dejan los dos a mí... Ya me contó ayer lo que sigue, doctor Santacroce, todo el asunto de cómo se habría matado El Procurador Gómez Pardo y las presiones y amenazas que recibieron el señor Valdivia y sus hijas antes de que la muerte terminara siendo Libertad Frontera. Seguir con la otra parte de la declaración es una formalidad en la que preferiría no perder el tiempo si no vale la pena... Yo llevo el Caso Frontera, no el Caso Gómez Pardo. Así que, por ahora, todo queda acá y me saca al señor Valdivia de la escena del crimen con pruebas relevantes o queda preso. Así de fáciles están las cosas.

—Bien, doctor... Aquí le adjunto un pen drive con los videos de las cámaras de seguridad del domicilio de Valdivia: prueban que a la hora del crimen él ya había entrado y que no volvió a salir, todo lo cual queda ratificado por su auto en la puerta. Por otra parte, aquí tiene los datos de los dos vigilantes de la agencia de seguridad del edificio, que están dispuestos a declarar en cuanto los convoque. Y lo más importante: acá está mi cliente, dispuesto a hacer lo que usted ordene, pero de cuerpo presente y por propia decisión... Yo cumplí: le conté todo, le prometí que se lo traía y aquí nos tiene, mientras ustedes, perdoneme que se lo diga, estaban empantanados en la nada.

—Sí, sí, a la espera del análisis del teléfono de la señorita Frontera, que ya no nos hace falta.

—Sí que les hace falta...

—¡Callate, Mito!

—¡Un carajo me callo, Silvio! Acá el único que puede terminar adentro soy yo. Y yo no hice nada más que meterme con la mujer equivocada... De ese teléfono, mi estimado doctor Gandolfi, puede salir muchísima información de su interés... Verdaderamente de su interés... Es más: de interés nacional puede ser esa información. Y dígame, ¿tiene ya el ADN de los puchos en el cenicero de Libertad? ¿Por qué no me hace a mí un examen de ADN y compara? ¿Por qué no me pregunta qué marca fumo? Tome, pregunte por ahí si alguien me ha visto fumando alguna otra cosa... —Valdivia le tiró de mala gana sobre el escritorio la marquilla que llevaba en el bolsillito inferior interno del saco. Si había fumado «alguna otra cosa» no venía en paquete, ni al caso, ni tenía testigos de cargo.

—Buena idea, vamos a hacer todo eso... Pero mientras tanto, y ya que está corriendo tanto peligro, lo vamos a tener muy bien cuidado en la alcaldía. ¡Doctor Ordóñez! —gritó el fiscal.

—Diga, doctor —entró el secretario, con la primera parte de la declaración impresa.

—Deje eso... Lealé sus derechos al detenido, tomelé las impresiones digitales y comuníqueme con el juez.

—Pare, pare... —se levantó Santacroce.

—Dejalo, Silvio, estos son todos iguales. Les gusta el quilombo en la tele, de eso viven más fiscales y jueces que periodistas...

—Mire, Valdivia, no se altere de sobra: es mentira que las paredes de este palacio hablan; los que hablan somos sus inquilinos y yo no voy a decir nada, por ahora... —se hizo cargo el fiscal —. Que lo esposen y lo bajen por el ascensor de atrás, Ordóñez. Y que lo haga personal civil, no quiero policías en esto para evitar filtraciones. Por ahora... ¡Ah! Y que le tomen una prueba de

saliva para el ADN.

—¡Ufff! ¡Te dije que te callaras la boca, Mito! —lo amonestó por lo bajo El Duro.

—¡Dejá, dejá! Acá tiene la muestra, doctor —Valdivia le escupió el escritorio al fiscal.

Barrotes

El ascensorista frenó de golpe medio metro antes de llegar a destino y siguió bajando de a tramos cortos, palanca en mano, cual astronauta ducho en hacer flotar la nave antes del alunizaje. Tras el agudo rechinar de la puerta jaula, la bienvenida corrió por cuenta de un comité de pobladores del inframundo: seis cucarachones en fuga. Las luces mortecinas de tubos, los muros ruginosos, el cablerío revuelto de indolencia en las alturas y el olor a encierro frotado con desdén y fenol daban al subsuelo del Palacio de Justicia un aspecto de mazmorra clandestina. Al fondo de un corredor sin ornamentación alguna, la entrada oficial a la alcaldía estaba demarcada por un escritorio con una pata postiza de ladrillos, ocupado por un agente penitenciario morocho y pálido, de pistola nueve milímetros al cinto, ithaca contra la pared y un impresionante manajo de llaves colgado de un gancho de carnicería en la cara lateral del mueble. La reja frontal, de unos doce metros cuadrados, daba paso a la prisión propiamente dicha: un inmenso calabozo común para ciento cuarenta internos, treinta y seis celdas individuales masculinas y quince femeninas. Desde la N° 14, un penado sin condena le dijo al pasar:

—¡Por fin un garca sobre! Mirá qué pilchita, papá, ¡lástima que te chorearon el cinto y los cordones! Jajajajá...

A Mito Valdivia le tocó la N° 22. Las esposas le habían remarcado el rastro de los precintos plásticos de Francesca «Bala Perdida» Musarini. Transcurrió su primera hora de encierro masajeándose las muñecas, sentado en el colchón de lana tajeado en una punta. Recién entonces observó que, desde la celda de enfrente, la N° 21, otro detenido se fijaba en él. Lo saludó con la palma derecha en alto, a lo indio. El vecino hizo lo propio, pero con la izquierda, en espejo. Era un doble perfecto del actor francés Jean Reno. Calzaba unos borceguíes negros gastados, embarrados, botas de siete leguas eran. Mirándolas hipnotizado pensó: «¿Qué es la justicia? Se supone que esta es, de algún modo, su antesala. Porque, si se hizo justicia, de aquí a uno lo llevan a cumplir condena y se supone que eso es lo justo. Primera conclusión: a la justicia se ingresa por la mugre. ¡Justicia, las pelotas! ¿Qué tiene de justo estar acá? En todo caso, llegué a este lugar irrespirable por una suma de injusticias. Fue injusto que alguien matara a Libertad. Es injusto que pague yo por esa injusticia. ¡Yo no te maté! Lo hubiera hecho, pero de mentira. Borrándote de mi cabeza, si hubiera podido, con un balazo de razón, de sensatez... ¡Mirá vos, Libertad! Al final, tu injusticia es mi injusticia... ¿A cuánto queda la justicia de la injusticia? ¿Cuál es el límite? Ni hablemos de quién lo pone: un tipo que no se aguanta una escupida... ¿Será que la justicia queda tan lejos de la injusticia que se pegan, que son casi lo mismo? Porque la justicia depende de los hombres y la injusticia, también. Pero hay hombres que cometen injusticias para que otros hombres vengan a repararlas, justamente. ¿Ah, sí? Estamos todos de acuerdo en que lo justo es la ley, que también la hacen los hombres. ¿Y quién dijo que son justos los hombres que hacen la ley y los hombres que hacen la justicia? Los hombres que hacen la ley son políticos, como La Jefa o El Ingeniero. Y los que hacen la justicia son hombres, como El Procurador Gómez Pardo y Esteban Hoyos Bidart y el pelotudo este de Gandolfi. ¡Y el injusto soy yo! ¡El ilegal soy yo! ¡En bruto quilombo me metiste, Libertad! ¿Ves? Debía haberte matado y me mandaban acá por mérito propio y chau... ¡Será Justicia! ¡Injusticia será! Aristóteles decía que llamamos justo a lo que protege la

felicidad... Sí, sí... ¡Pero qué viejo forro! La justicia es virtud, la injusticia es el vicio... ¡Me cago en la virtud! ¡¿O lo mejor entre nosotros no fue el vicio, Libertad?! El vicio bueno... El vicio que no jode a nadie... ¿Cómo se mide la injusticia? ¿Quién tiene la injusticia más larga? La desigualdad también es injusticia... Gandolfi es un desigual de mierda... Él es el justo en esta parte de la historia y yo, el injusto, el que mató sin haber matado... Porque él trabaja de justo... ¡¿Y de que mierda trabajo yo?!».

El vecino de la N° 21 cruzó la pierna. Los ojos de Valdivia siguieron el revoleo de la bota y desembocaron en la figura que venía por el pasillo.

—¡Hablando de justicia! —se le escapó: era el juez Hoyos Bidart.

—Creer o reventar... Las paredes de este palacio hablan... ¿Mito Valdivia? ¿Cómo va a estar Mito Valdivia de punta en blanco en la alcaldía?, me dije y vine corriendo para acá. No me lo iba a perder —Su Señoría sonó sarcástico.

—Sí, sí, soy yo... Pero no se preocupe, todo es un malentendido. Ya se está arreglando...

—Ah, ¿sí? —Se apoyó en la reja con los codos, los brazos colgando adentro del calabozo, y empezó a hablar bajito—. Pero ¿qué clase de malentendido será este? De polleras será... De plata no me da el perfil, pobre Valdivia.

—Prefiero no hablar, doctor, mi abogado me dijo que ya está...

—Claro, claro, ya está... La idea no era incomodarlo, más bien ver si necesitaba algo.

—Gracias, doctor Hoyos, perdone si no soy buen anfitrión. Este no sería mi espacio, ¿vivo?

—Tranquilo, hombre, tranquilo. Todo va a estar bien, cuente conmigo...

—Gracias, gracias...

—Oiga... —Volvió sobre sus pasos El Juez, ya susurrando.

—¿Sí...?

—De pedófilo a pedófilo le hablo... Yo no creo que usted sea capaz de matar ni a una mosca. En serio le digo, ¿eh? Pero, déjeme dormir bien: no la mató, ¿verdad?

—¿Yo...?

—Lo haré saber, calma, calma,... ya veré cómo...

—...

—Ahora bien: tanta promiscuidad con las chiquitas de La Jefa lo va a dejar marcado, entiende eso, ¿verdad?

—No sé de qué me habla...

—No, no, claro, claro... Tranquilo, tranquilo... Si dependiera de mí, no va a quedar preso por eso. Cosa suya...

Mito no pudo emitir palabra. Desconfiaba de Hoyos, de las paredes del palacio, de todos. El recluso de enfrente vio irse a Su Señoría, miró a Valdivia, se paró, fue hasta su reja y, tras asegurarse de que no venía nadie, le dijo:

—¿Es tu novio?

—¡¿Eh?! ¿Quién?

—Hoyos Bidart, ¿quién va a ser?!?

—No, no, nada que ver... ¿Por?

—Es un jodido El Juez... La va de amigo y, cuando te la están por poner, se la tenés que poner a él o cagaste.

—Conmigo es un caballero...

—¡Jhjhjhj! No me hagás reír, que estoy herniado. ¿Te va a sacar?

—No... No sé... No es el juez de mi caso...

—Es de los nuestros.

—¿Eh?!

—Que es de los nuestros, es más trucho que dólar falso. ¡Y mirá que yo de dólares falsos sé un montón! Yo ahora voy adentro, caí por boludo, pero mi boga ya apeló y, apenas llegue a Cámara, Hoyos me saca. ¡Posta! Vos sos el periodista, ¿no?

—Sí...

—Tito... Tito...

—Mito Valdivia.

—¡Eso! ¿Y qué hacés acá?

—Perdón, ¿vos quién sos?

—Tullini... Ariel Tullini... El Bebe Tullini...

—¿El pirata del asfalto?

—Bueno, más respeto... ¡Jhjhjhj! No me hagas reír...

—¿Cómo te herniaste?

—Saltando una tapia... Si no me herniaba, pasabas el día solo vos.

—¿De dónde lo conoces a Hoyos? Yo del periodismo, aclaro.

—¿Viste el anillo de diamantes que tiene?

—Sí, sí, en el meñique...

—Cuesta ciento cincuenta lucas verdes. Se lo di yo... Bueno, mi boga, la última vez que pasé de visita por acá. ¿No viste cómo me miró y se hizo el boludo?

—¡Ah!

—Vos no te dejes apretar por estos cagatintas, en el fondo son más apretables que vos. Se hacen los que son la ley, se creen la justicia... Mierda pura son.

—¿Tu abogado quién es? El mío es El Duro Santacroce...

—Claro, vos sos high-high... El mío es Víctor «Sting» Valle, gran amigo.

—¿Caíste muchas veces?

—Desde los dieciocho... A ver... Vida y media me pasé viniendo por acá. Vos me decís pirata... Yo digo que fabrico puertas giratorias. Sin nosotros, esta gente no es nadie. ¿Cómo te creés que viven como viven? Todos vivimos del excedente, ¿no? Pero la diferencia es que yo lo salgo a buscar y me la juego..., el pellejo me juego y la familia y todo... Pero ¿vos? ¿Qué hacés acá, Tito...?

—Mito...

—¡Mito, sí, Mito!

—Piensan que maté a una mujer que no maté...

—¡Jhjhjhj! Me suena... Piensan que reventé un camión que no reventé... ¡Jhjhjhj! ¿La violaste?

—¿Eh?! Ni loco, no...

—¿Seguro?

—Nada que ver.

—¡Listo! Si la mataste o no la mataste, problema tuyo. ¡Mirá si salto a defenderla y la guacha se lo merecía! ¡Jhjhjhj! Lo digo en joda, pará, no me mirés así... En serio, lo digo en joda. Ya sé que no la mataste. ¡Mirate! Cualquiera se da cuenta de que sos demasiado tierno.

—Su Señoría me acaba de decir lo mismo...

—¿Tierno te dijo? ¡Cagaste: te hechó el ojo!

—Que no la maté, que me cree dijo... —Valdivia se masajeaba de nuevo las muñecas. «Tierno» le había dicho Bala Perdida, la primera noche que pasaron juntos. ¿Por qué le dirían «tierno» las personas de armas tomar?

—¡Ah! ¡Jhjhjhj! Ese cree en la guita nada más, yo sé lo que te digo. Si dice que te cree, seguro cree que algo te va a sacar.

—Yo sé cosas de él que no publiqué y él ahora creerá que sabe cosas de mí y estamos a mano... Supongo...

—¿Qué sabés de Hoyos?

—Tengo unos mails muy... Muy subidos de tono, digamos... Él sabe que los tengo y me los guardé.

—Está bien: no me cuentes, es tu carta... ¡Guarda, Tito! Esta gente nunca está a mano con nadie, siempre se la rebuscan para ser más que uno. Porque la libertad la pone uno, ¿viste? Ellos siempre caen parados, pero, bueno, de última nos sirven.

—A ver si me equivoco: parece que no te molesta tanto la cárcel.

—Gustarme, no me gusta. Tan loco no estoy. Pero sí, un poco son vacaciones. Los conozco a todos: a los ratis, a los colegas, a los candados, a los fiscales, a los jueces... Lo que uno no se banca es caer, el momento que te pescan, ¿entendés? ¡Y por una hernia, boludo! Se te cagan de risa, eso jode. Uno es un profesional. Cuando te liberan la zona es fácil: vas, hacés tu laburo, garpás el peaje y chau, hasta la próxima. Lo lindo es cuando sabés que viene pesada la mano, tenés el dato y te la jugás solo... Sabés que una de tres te sale mal, pero uno tiene su orgullo: yo no soy peón de los patas negras estos... El código es no bajarles a uno, ahí no salís más. Y no por aguante ni por lealtad ni nada... Es demasiado compromiso para ellos, la plata la pueden encanutar, pero atrás de un ratí muerto les cae la familia y los compañeros, que saben cómo viene la mano aunque no estén en el tongo. El drama de los porongas es que les tiren los perros de asuntos internos, ahí se les acaba el kiosco.

—Sos un libro, Tullini...

—Y bueno, ¿se paga eso? Cuando vuelva del all inclusive hablamos... Llamalo a Sting Valle. Tranquilo vos.

Vinieron a buscarlo. Lo hicieron poner de espaldas a la reja del calabozo y lo esposaron manos atrás. Sonreía El Bebe Tullini cuando le dijo «suerte, Tito» con un guiño. Y Mito se animó a recostarse en ese colchón de porquería. Halló tres formas reconocibles en los manchones de humedad, añares y vahos de presos estampados en el cielorraso: un dragón marino entre olas de tormenta, con doble aleta dorsal, garras de halcón y lengua bífida; el ángulo púbico de la maja de Goya; y el rostro de Salvador Allende con anteojos que, mirándolo bien en sus contornos, también podía ser Moisés, Jack Sparrow o Steve Jobs, según en qué parte de la trama borroneada decidiera colocar o no los lentes y una barba y dónde recortarla. El de la N° 14 tosía como un perro y, por efecto del eco, parecía que alguien más lo imitaba desde el fondo en una especie de pelota a paleta catarral o torneo de truenos. Unos gritos masculinos de mujer llegaban desde el otro pabellón: «¡Vení, vigilante, bancate la contradicción! ¡Puto de mierda!». Valdivia se abrazaba a sí mismo boca arriba. Jamás había vivido despierto nada tan similar a su pesadilla de la infancia, ni siquiera en el encierro inútil de su cuarto cuando los padres se mataban a golpes. La angustia le oprimía el cuerpo entero desde afuera. Sumergido en el pantano espeso y pestilente del desasosiego estaba cuando el fiscal Gandolfi se asomó a los barrotes.

—Valdivia... ¡Eh, Valdivia!

Lo miró sin entender quién le hablaba ni desde dónde, menos para qué. La luz de tubo del pasillo hacía de ese hombre una silueta violácea. El cuerpo le pesaba, lo incrustaba en el catre con algo de placentera resignación. El monstruo marino, la maja y Allende recuperaron su mala calidad de manchas. La tos del N° 14 volvió a ser una expectoración y le dio asco. Se sentó con la mano derecha en visera y pidió agua sin saber aún a quién, perdido en el espacio y en el tiempo.

—Acá le traigo, sí —se apiadó el funcionario judicial mientras el guardia le abría la reja. Mito destapó la botellita plástica, se la bebió de un solo impulso y dejó caer el último chorro en su rostro desencajado de confusión. Ahí estaba el fiscal. Y él, en un calabozo de dos por dos. A eso se le había reducido el mundo.

—¿Me escucha, Valdivia? Soy el fiscal Gandolfi.

—Sí, sí, me había quedado dormido —mintió.

—Lo vamos a dejar ir...

—¿Adónde?

—¿Cómo que adónde? En libertad, Valdivia, ¿se siente bien?

—Libertad... Libertad Frontera... Yo no la maté...

—Voy a llamar a un médico, mejor... ¡Guardia!

—No, no, estoy bien...

—¿Quién soy?

—El fiscal... Gandolfi, el fiscal siete.

—Bien... Vi los videos de su edificio y declararon los vigiladores, las pruebas preliminares de ADN dan negativas... No sabía que eran amigos con el doctor Hoyos Bidart...

—¿Eh?

—Eso... Que me vino a ver al despacho y me dijo que, la noche del crimen, usted estuvo comiendo con tres personas más en un lugar al que también él acostumbra ir. Y los horarios aproximados entre que usted salió del restaurante y estacionó el auto frente a su casa coinciden.

—¿Declaró como testigo Su Señoría?

—¿Su Señoría? ¡Jaj! ¡Qué protocolar! No. No declaró. Ya le dije: los escándalos no son lo mío. Pero bueno, el doctor Santacroce está firmando todo para llevárselo de acá. Y quédese tranquilo: su testimonio va a quedar en la caja fuerte. Cuando se reponga, tal vez lo llame para que siga colaborando en la causa.

—Sí, sí, claro... Perdón por la escupida, doctor...

—No se preocupe, la limpió su abogado.

—¿Qué hora es? ¿Qué día...? —De pronto se sintió El Aviador Sin Hoy.

—Las dos y diez de la madrugada del sábado 3 de junio.

—Hoyos Bidart sabía todo, lo primero que me dijo fue que las paredes de este lugar hablan...

—Las mías, no. Y yo y mi gente tampoco.

Más de trece horas en el infierno había pasado. Pocas para dimensionar en su totalidad una injusticia. Suficientes para probar en carne propia la vivencia de ser uno el preso equivocado. «Somos nuestros prejuicios en acción. Amamos y odiamos a fuerza de prejuicios y así es que gobernamos, legislamos, hacemos justicia y, a la larga, siempre fracasamos sin entender por qué. ¿Haremos periodismo así?», se dijo. Antes de trasponer el portón de la alcaldía vio que un penitenciario salía de una celda del sector femenino abrochándose el pantalón de fajina. Valdivia dio por hecho que en aquel cubículo estaba encerrado el travesti que antes le había gritado «¡puto de mierda!» al mismo carcelero. Nadie se lo confirmó. A quién le podría importar ese detalle, si acababan de restituirle nada menos que la libertad.

Dormir

Silvio Santacroce lo esperaba con todas sus pertenencias en la oficina del fiscal. Él mismo enhebró los cordones de los zapatos de Mito, mientras este se ponía el cinto, se acomodaba la

camisa y escuchaba cómo era que había salido tan rápido, sin fianza y manteniendo la condición de testigo anónimo. Era bueno El Duro. Un relámpago. De todas sus cosas, le importaba sobre todas el smartphone. Si los mensajes de WhatsApp fuesen papeles, podría haber llenado con ellos el auto de su amigo abogado.

Mensajes de Marina y Solange en el grupo:

—¡Te quiero, pa! Tío Silvio ya nos contó todo —escribió la mayor, antes de disparar diez corazoncitos.

—¡Ay, papi, me das miedo! ¡Qué bueno si estuviera mamá para cagarte a piñas! —puso Sol.

Mensaje de Marcelo «El Comisario Utópico» Dos Reis:

—Se andan diciendo cosas horribles de vos, a ver si me aclarás un poco la cabeza que me estoy volviendo loco. ¿Transaste con La Jefa? Dale, hablá.

Mensaje de Denis «El Papota» Rosl, cronista estrella de *La Mirada*:

—Maestro... ¿Es cierto que estás en cana? Nadie me lo confirma. Ya sabés: a tus órdenes.

Mensaje de su hermana Estela:

—No sabemos nada de vos. A ver si la llamás a la mami por lo menos.

Mensaje de Macondo Funes, el neurólogo:

—Hola Mito, quería contarte cómo va la máquina de proyectar sueños. No te pierdas.

Mensaje de Pepe Pueblo Toledano, el ciberguerrillero de la JM73:

—Hijo de puta. Por ahora te salvás, pero ¡VAMOS A VOLVER! Preparate...

Había veinticinco más. Los leyó del primero al último, lo cual, por orden de aparición, era exactamente al revés.

Les escribió a las «nenas»:

—Estoy bien. Las amo. Nos vemos pronto.

A Dos Reis:

—No creas todo lo que te dicen. Te aviso cuándo paso por el club.

A Denis Rosl:

—No formulo declaraciones a la prensa. Je. Te llamo en estos días.

A su hermana:

—Estelita querida... Perdón. No sabés todo lo que me pasó. Un día de estos me voy para Córdoba una semanita, ¿sí? Beso a la mami.

Al neurólogo Funes:

—Necesitaría verte urgente. Consulta profesional. Problemas graves con el sueño. Y, ya que estamos, hablamos de la máquina.

Antes de responderle a Pepe Pueblo, decidió contactar a Bala Perdida, por más que ya fueran las cuatro y pico de la mañana:

—Estuve preso. Ya libre. Inocencia demostrada. Parece que Pepe Pueblo está furioso. ¿Vos bien? —Francesca dio el visto enseguida.

—¿Preso? Ah, perfecto. Ellos saben que vos no fuiste, les conté todo lo nuestro y lo de La Troska. Conmigo todo mal también. Creo que la militancia ya fue para mí, me dijeron cosas horribles. Puta. Que en los setenta me fusilaban por indisciplina. Que el único buchón sos vos. Muy rico todo.

—¡Uh! ¿Querés contarme?

—No. En serio no quiero verte más. Hacé que me saquen ya mismo de acá tu cachivache naranja y adiós, que te vaya bien.

—Como digas. Me ocupo. Silvio te avisa cuándo. Perdoname, Fran, y gracias de todo corazón —ya no volvió a responder la joven tiradora.

El Duro prometió mandar al campo un auxilio de confianza ni bien se hiciera una hora prudente para llamar. Pararon frente al edificio de Mito. Al cruzar el hall de entrada, le dio un abrazo al vigilador de turno. Si estaba de regreso era, en buena medida, por el testimonio de aquel ante el fiscal. En su atalaya se sintió revivir. Santacroce fue directo a preparar dos cafés exprés. Valdivia desarchivó del freezer un guindado de vodka ruso, agarró dos copitas y se detuvo unos segundos en el espejo roto. Ese tipo no había sido nunca él exactamente. Ahora menos. Le mostró la botella y el del otro lado se cruzó la boca cerrada con el índice derecho, como esas enfermeras que piden silencio desde una foto blanco y negro en los hospitales. Desobedeció. Hablaron horas con el abogado-amigo, de quién los viera y quién los veía, de lo combativos que habían sido de jóvenes en la universidad, de lo aventureros que eran todavía, de Clara, de tener hijos y no haberlos tenido, del país, del fracaso nacional, de dejar el periodismo y el Derecho y abrir juntos un boliche de comidas regionales en las sierras cordobesas: «Mito Duro (tierno el bife)»; de la soledad crónica de uno y la angustia indeleble del dueño de casa. El clinclín del WhatsApp sonó a las 7:15.

Macondo Funes:

—Salgo a correr. Cuerpo sano, mente sana. Estoy en casa 9:30. Av. Carrascales 1660 piso 7. Me quedo, no tengo consultorio. Te espero.

Antes de llevarlo, aliviado porque Valdivia se iba a hacer ver por un profesional, Silvio arregló la «repatriación del Citroën» con el auxilio y con Bala Perdida para esa misma tarde. Se rieron del curioso nombre del neurólogo rioplatense. Nada más que en el Uruguay se le podría ocurrir a alguien ponerle Macondo a un botija. Mito le iba a contar sus problemas con el sueño justo a Macondo, emblemático nombre de la capital literaria del insomnio a nivel planetario. Tal vez debería visitar a Melquíades, el curandero que salvó a Macondo de la peste del no dormir con el contenido de sus frasquitos mágicos. Y Funes, ni más ni menos que Funes, como el memorioso e hipermnésico Ireneo Funes del cuento, que también era uruguayo, aunque en su caso de Fray Bentos y no de Tacuarembó, cuna de Macondo Funes y acaso de Gardel. Le pareció gracioso decirle a Silvio que era como estar yendo a ver a García Márquez y a Borges para que lo medicaran contra el insomnio y la angustia.

La empleada lo acompañó hasta el living, extendido hacia el balcón-terracea gracias a un cerramiento vidriado, y le ofreció café. Más café. Así de cafeinómano jamás iba a lograr dormirse. Se paseó frente a la biblioteca. Macondo Funes tenía un estante dedicado a sus dieciocho libros sobre el funcionamiento del cerebro y las neurociencias, solo tapados por las estatuillas de tres premios internacionales y dos portarretratos: en uno se lo veía con Catalina «La Jefa» Hortigoza y otros especialistas en salud mental, y en el otro, con Patricio «El Ingeniero» Month y varios asesores del área Salud Pública. Funes había integrado el equipo de neurólogos, psicólogos y psiquiatras que atendieron a La Jefa durante sus más altos picos de ciclotimia y tras los golpes en la cabeza recibidos por obra de sus frecuentes lipotimias. Pero si le daban a elegir, El Ingeniero lo representaba un poco más en materia política. Todo el tiempo evaluaba ofertas para ser candidato, funcionario, charlista o invitado a tal o cual ágape oficial.

—¡Mito Valdivia! ¡Ejemplo de cerebro privilegiado! —saludó Funes, ampuloso, recién bañado y vestido de blanco. Se habría cortado al afeitarse: un hilito de sangre amenazaba el cuello mao de la camisa.

—¿Quién? ¿Yo? No voy a desmentirte hoy, vengo a ponerme en tus manos. —Lo tomó de las dos en el saludo.

—Si no te enojás, dejame que te cuente primero lo de la máquina de proyectar sueños. Es muy concreta la novedad y después nos tomamos el tiempo para que me cuentes qué te anda pasado...

—Okey.

—La otra tarde pasó Zuviría por el consultorio... Jorge, ¿viste?

—Sí, sí, nuestro fabricante.

—¡Eso! Me contó algo increíble: no sé qué amigo suyo lo contactó con otro que, a su vez, tiene alguna clase de vínculo con la CIA...

—¿La CIA?

—La mismísima CIA, sí, señor... Los americanos están destinando un presupuesto tremendo a un programa nuevo que se llama BRAIN...

—Cerebro...

—Sí, cerebro en inglés, pero son las siglas de Investigación del Cerebro a través del Avance de Neurotecnologías Innovadoras. Nuestro proyecto es, en sí mismo, la aplicación de neurotecnologías innovadoras.

—¿Y pagan la patente?, ¿cubren la investigación?, ¿qué hacen?

—No sabemos todavía. Jorge no quiso avanzar hasta que le demos el visto bueno.

—Con escuchar no se pierde nada, ¿no?

—Eso mismo le dije yo. Bueno, le aviso. ¿Qué te anda pasando, Valdivia?

—No duermo. Y cuando duermo, trabajo soñando —generalizó.

—Te tengo buenas y malas noticias, para empezar.

—Primero las malas, ¿sí?

—Bien. El sueño está asociado a funciones inmunes, endócrinas y de memoria. El insomnio es uno de los principales trastornos del sueño, el sonambulismo es otro. En síntesis: dormir mal hace mal. El hecho de que dormir sea un acontecimiento voluntario y por eso a veces difícil de conciliar, desajusta el funcionamiento cerebral. El cerebro vive dando señales equivocadas. Pero dijiste que trabajás dormido, por lo que entiendo que soñás bastante las pocas veces que dormís...

—Digamos, sí...

—Ahí viene la parte positiva. Soñar es una parte fundamental del proceso de memoria y emoción. Mi amigo Bob Stickgold, experto de Harvard, demostró que, entre personas que realizan determinadas tareas, quienes más progresan son aquellos que reportan haber estado soñando sobre esa misma tarea al momento de despertarse. Te voy a dar una serie de ejercicios para hacer y, eventualmente, alguna droga para ayudar un poco.

—Yo no duermo de angustia, creo.

—¿Cómo es eso?

—Que vivo lleno de angustia. Me obsesiona. Hice de todo, hasta consulté a endocrinólogos capos y me hice estudios de hormonas y glándulas...

—¡Ah! ¡Qué interesante! ¿Te estudiaron la orexina?

—No. Creo que no...

—Es una proteína involucrada en la regulación del sueño, una especie de excitante natural...

La otra vez comentaste que tenías unas pesadillas terribles y ahora mencionás tu angustia. A ver: si uno duerme poco, sueña poco. Y si lo poco que duerme y sueña es para trabajar, hay flor de desorden. El dormir y el soñar ordenan la memoria, y la memoria, en cuanto organizador de la experiencia y la perspectiva, es selectiva. El sueño ordena, despeja los malos recuerdos y potencia los buenos, las buenas experiencias. Digamos que, tal vez, te da miedo dormir. Y si te da miedo dormir, será porque tenés lo malo de tu vida muy presente y eso te pone ansioso, permanentemente alerta, y esa ansiedad permanente es una señal constante de peligro hacia el cerebro y la angustia es la respuesta trágica a esa situación. Estoy simplificando, ¿eh? El cerebro funciona como la alarma de un auto. Si alguien quiere forzar la puerta y suena la alarma, está todo

en orden. Para eso está la alarma. Pero si suena por cualquier sonido ambiente, suena más que lo necesario debido a una señal equivocada. Si al cerebro le decimos todo el tiempo que estamos en peligro, la alarma vive sonando por sonar. Es un estado de hipervigilancia que llamamos «ansiedad anticipatoria», que en tu caso estaría siempre anticipando la vuelta tenebrosa del pasado. ¿Tomás alcohol o drogas?

—...

—Esta es una consulta profesional, estoy obligado a guardar el secreto de todo lo que digas.

—Bueno, bastante... Alcohol más.

—Eso empeora las cosas. El alcohol incrementa la sensación persecutoria y, cuando caés planchado, te dormís con todos tus fantasmas. Y la cocaína... ¿Hablamos de cocaína? Bien. La cocaína vendría a ser una súper orexina química, no natural. Cuando baja el efecto, todo ese furor se convierte en vacío. El tabaco es otra complicación para dormir bien y he visto que fumás bastante. ¿Cuánto hace que no dormís?

—Como dos semanas, supongo...

—¡No, no, no! Mirá: te voy a dar un menú de ejercicios para hacer. Mientras lo vas leyendo, voy a buscar algo que tengo por ahí para que te lleves. A ver... Tomá, ya vengo. —Era una carilla impresa con diez recomendaciones:

CONSEJOS PARA EL BUEN DORMIR

Deben establecerse un conjunto de hábitos que indiquen la proximidad de la hora de dormir:

- Arreglar el dormitorio de tal modo que favorezca el sueño. Establecer una temperatura agradable y niveles mínimos de luz y ruido.

- No utilizar la cama para estudiar, comer u otras actividades que puedan hacerse en otro lugar.

- No beber alcohol al menos dos horas antes de acostarse.

- No consumir cafeína al menos seis horas antes de ir a la cama. - Conocer las comidas, bebidas y medicamentos que contienen cafeína. Los efectos de la cafeína pueden estar presentes hasta veinte horas después de la ingesta.

- No fumar durante varias horas antes de irse a la cama, la nicotina es un estimulante.

- Evitar el ejercicio físico excesivo varias horas antes de irse a dormir, pues provoca una activación fisiológica.

- No comer al levantarse por la noche.

- Evitar el consumo de líquidos cerca de la hora de acostarse.

- No utilizar un colchón excesivamente duro.

- Evitar la tecnología, sobre todo si se relaciona con cuestiones laborales, al menos dos horas antes de irse a la cama.

—Tené esto. —Le dio dos cajas de cincuenta píldoras celestes con diez miligramos de diazepam—. Ni mires el prospecto, esto te va a ayudar a relajarte, a bajar la ansiedad y a dormir de noche. Para empezar, tomate media después de almorzar y una y media una hora antes de dormir. Tenés para unos cuantos días, pero el viernes sin falta me avisás cómo funcionó y, si me necesitás antes para cualquier cosa, me escribís. Bajá el alcohol, le merca y el pucho todo lo que puedas. Y si podés olvidarte de toda esa basura, mucho mejor.

—Bueno, gracias. Espero no fallarte.

—A mí no me debés nada, a vos no tenés que fallarte. Yo te dije en serio que, a mi juicio, sos un cerebro privilegiado. Cuidalo. El país lo necesita.

—Je... Sos un capo. Gracias por todo. Y avisame cuando empecemos a trabajar para la CIA. Seguro que estas píldoras me van a ayudar a eso también.

—¡Jajajá! Sí, lo único que nos faltaba. Pero puede ser divertido, ¿no? ¡Jajajá! ¡Ah, pará! Me

olvidaba, qué bobo: el tipo ese que le dijo lo de la CIA a Jorge se sorprendió cuando él te mencionó. Le comentó al pasar que vos andabas en alguna movida rara, eso dijo, movida rara... con el caso de El Procurador Gómez Pardo. No me digas que eso es lo que te tiene sin dormir.

—Bueno, me obsesiona como a cualquier periodista, sí. ¿No le dijo nada más?

—Eso solo.

—No le des bola. Los servicios de inteligencia son raros en todas partes del mundo, lo único que los distingue es la bandera que ponen atrás para la foto.

Se fue más ansioso y angustiado de lo que había llegado. Necesitaba esa píldora relajante más que el oxígeno para respirar. Aunque no era domingo, se fue en un taxi hasta La Puerto Rico. Allí tomaría la medicación después de almorzar. Saludó a la estatua de Don Enrique Cadícamo y ocupó la mesa de siempre. Pidió matambre con ensalada rusa y agua mineral con gas. Estaba decidido a hacer las cosas bien. Mientras comía, la dueña de la cafetería le acercó un sobre. Lo había dejado El Vendedor de Fragancias a su nombre. Contenía un papelito escrito a mano: «Game over», decía. Abandonó el plato por la mitad y le pidió al mozo que le trajera «lo de siempre». Empujó la pastilla entera con el café doble y el café doble con la primera grapa. Dejó el bar cuando le avisaron que cerraba. Game over. Game over. Game over. ¿Qué demonios quería decir game over?

El Citroën naranja estacionado en la puerta de su casa le arrancó una sonrisa espontánea. Se felicitó por tener de amigo a Silvio Santacroce. Saludó al guardia que lo esperaba con las llaves del auto en la vereda. Subió, acarició el volante, la palanca de cambios frontal y el tapizado del asiento del acompañante. Silvio, las «nenas» y ese auto eran su familia. Puso la llave y dio arranque. Tardó un par de intentos largos y se lo agradeció sin fastidio. Le escribió al comisario Dos Reis:

—Voy para el club.

Debía estar ocupado, el mensaje ni entró. Cual caballo entrenado, el coche pareció encarar por su cuenta hacia la casona sin ochavas de la calle Santa María Elena. Antes de llegar, el linyera de siempre lo saludó haciéndole cuernitos. Tenía una pata de cordero sin terminar en la otra mano. Paró a media cuadra, le llamó la atención que hubiera más autos estacionados que de costumbre. El Comisario Utópico estaba en la puerta del bodegón.

—¿Qué hacés acá? —le dijo de mal modo el policía.

—Te avisé que venía por WhatsApp...

—No lo vi.

—Qué raro, no me dijiste buenas noches...

—¡Estás borracho! Ni notaste que te bloqueé.

—¿Eh? —Valdivia recién registró el desagradable detalle al revisar, afligido, el smartphone

—. ¿Qué pasó?

—Que se te cayó la careta pasó.

—¿Qué careta, Marcelo?

—Ahí viene El Almirante, supongo que te vas a enterar. Chau, cagador.

Gervasio Sandoval salió a la puerta con El Aviador Sin Hoy en la silla de ruedas. Por primera vez, el anciano lo miró a la cara:

—Los bombarderos están listos. Busque un lugar seguro donde refugiarse...

—Ya no es bienvenido acá, Valdivia —le dijo El Almirante.

—No entiendo...

—Abreviemos, a ver si entiende: acá no es bienvenido ningún agente de La Yegua esa.

¿Entendió?

—Yo no soy agente de nadie, Sandoval. No sé de qué me está hablando.

—De que yo le perdonaría que mate a una mujer... Mejor dicho, lo hubiese preferido antes de que viniera acá a meter las narices para vendernos. ¿Está claro?

—No. Está muy oscuro. —Por encima del hombro del militar, Valdivia vio que en una mesa comían Ernesto «El Gordo» Lamarca, Daniel «Maldad» Assef y Hugo «El Expediente» Balmaceda—. Allá hay tres amigos míos, ¿me permite pasar, por favor?

—A ver si entiende de una vez... Usted acá ya no tiene ningún amigo, ni uno solo... —El Almirante abrió la chaqueta y exhibió la pistola que llevaba en una sobaquera de cuero marrón.

—¡Qué locura, por favor! Allá hay tres periodistas, ¿los ve? Están charlando con El Capitalista Mondragón. Hace unos días estuvimos cenando los cuatro, yo les hice conocer el lugar y Mondragón nos invitó el champán.

—¡Ah, bueno! ¡Gracias por hacernos propaganda! Es cierto, ellos son periodistas. No tendrán sueñitos raros, pero se sabe quiénes son y para dónde patean. ¡Retírese, hágame la gauchada! Antes de que esto termine peor....

—Escuchemé, Sandoval, se equivoca feo.

El Almirante desenfundó, martilló y le apuntó a la cabeza. Bernardo «El Aviador Sin Hoy» Willson Aranda lo miró fijo por segunda vez en su vida, extendió el brazo derecho, hizo chasquear los dedos y ordenó:

—¡Raja, turruto, rajá!

Rojo de indignación y vergüenza, Valdivia se alejó trastabillando marcha atrás, por poco no se cayó al bajar el cordón. La angustia era una bola estomacal con puntadas hasta la espalda, una nube química en los pulmones, una contrarrevolución de hormonas y proteínas en exceso mal sintetizadas, una vaga noción del tiempo y el espacio. Detuvo el Citroën en el puentecito del Riachuelo, esa baranda era ya su lugar en el mundo para vomitar. Las luces estiradas y temblorosas en el agua renegrida de noche, petróleo y mal olor agravaban los mareos entrecortados por ahogos de congoja y las arcadas. Logró respirar hondo y caminó a los tumbos hasta un barsucho en la otra cuadra. Compró dos botellas de whisky barato Añejo W bajo la mirada piadosa de unos evidentes malandras en hora de recreo. El pasado pueril de La Jotaeme y el futuro reaccionario de La Logia del Seis Doble lo habían arrinconado ese día en un presente sin atrás ni adelante, congelado en el sinsentido de su ser. Se le vino a la mente la palabra «fracaso» y fue como una brisa de entusiasmo. Tenía cosas por hacer, pero no entereza. Ató cabos borrosos, deshilachados: La Troska hablaba con El León Quiles y El León con alguien del Batallón 106 que, vía Inteligencia Naval, le llevaba al almirante Sandoval los mismos chismes que, por otro lado, recibiría Leopoldo «Garganta 1» Jerez; y seguro que Su Señoría le había bajado el pulgar, como lo había levantado alguna vez para que lo dejaran acercarse a La Logia y, así, tenerlo bajo control, eventualmente de su lado. Si soñara esos elementos todos juntos, pensó, no solo habría resuelto el Caso Gómez Pardo, sino también los enmarañados contornos de la guerra consensuada entre La Jefa Hortigoza y El Ingeniero Month. Pero necesitaba dormir. Sin sueños ni pesadillas. Dormir profundo. Mucho. Inventarse una noche prolongada de, al menos, cuarenta y ocho horas seguidas. Por qué no setenta y dos. El auto arrancó al primer intento, mal presagio. Empezó el regreso a casa despacio, a veinte, pegado a la vereda como si fuese posible agarrarse de algo en caso de perder el equilibrio. Repasó todo en voz alta con el grabador del smartphone en rec, para recordarlo en cuanto estuviera en condiciones de soñar periodísticamente. Frenó el coche como pudo frente al edificio. Le dio la llave al guardia:

—¿Lo estacionarías bien? Y si alguien muere hoy, sea quien sea, presentate solito a declarar que yo no fui. ¿Querés un trago? —El custodio rechazó el whisky malo con una sonrisa cómplice.

Dejó la puerta sin llave. Cerró las ventanas de doble vidrio y bajó los blackouts, dispuesto a seguir las indicaciones del doctor Macondo Funes para un buen descanso. Mientras se desvestía, tapó el desagüe de la bañera y empezó a llenarla. Vació un blíster del diazepam sobre el escritorio y otro más y se llevó las diecinueve pastillas a la boca cual picada de maníes celestes. Las bajó con Añejo W del pico, alejando la botella en chorros estilo bota de vino española. Bebió sentado en la tapa del inodoro hasta que la bañera estuvo a punto y vació lo poco que quedaba en el agua caliente. Apoyó el envase en el piso y, con el mismo impulso, metió el pie izquierdo sosteniéndose con la mano en la mampara de vidrio con tal suerte que, al girar, se desplomó de nuca contra la canilla y el cristal templado del tabique reventó. El golpe coincidió exactamente con el culatazo de Francesca Musarini. Quedó tendido con un tajo en la articulación interna del codo, sumergido hasta la base del cuello en un caldo de alcohol y sangre. Mito Valdivia, por fin, se ganó el derecho dormir. El gesto lucía placentero.

21- NOTA DE LA COMENTADORA: Al revivir ese dramático episodio, MV corrió hacia el balcón y, cuando parecía que se iba a tirar, frenó y abrió los brazos en cruz, quedando en esa posición, paralizado, con los ojos quietos en el vacío durante minutos.

22- NOTA DE LA COMENTADORA: Tenía seis biblioratos etiquetados como «Mito V.», bajo llave. Contenían vida y obra del periodista, sus casos con derivación judicial más resonantes, hasta los detalles que no había llegado a confirmar y las anotaciones manuscritas de cada charla que había mantenido con él en la privacidad de su escritorio.

Epílogo

LAS ÚLTIMAS NOTAS

Mucho gusto, soy Romina Santacroce. Me dicen Roma. Mi hermano mayor, Silvio, el abogado de Mito Valdivia, juega con que tengo un apodo premonitorio, porque algún día todos los caminos van a conducir a mí. Ya ven: El Duro no es tan duro y ojalá tenga razón, pero, por ahora, yo soy quien desconoce hacia dónde va.

Cumplí treinta y un años, quise ser modelo y fracasé; intenté por el lado de la Psicología y me aburrí; cursé tres años de Comunicación Social y abandoné la carrera. De vez en cuando me gano unos pesos ayudando a mi hermano en el bufete. Me encantaría ser periodista o escritora, que en algún punto son lo mismo. Es fascinante conseguir información y traducirla en una buena historia.

Admiré a Valdivia desde chica, su estampa, su prestigio, su talento, su leyenda y debo confesar que su desgracia me cambió la vida. Esos cuatro días enteros que pasé anotando y grabando el relato exasperado de quien hasta entonces consideraba yo una especie de héroe me sirvieron para entender que nada es exactamente lo que parece; que las cosas, y sobre todo los hombres, tienen un lado desconocido, secretos comprometedores bien guardados, facetas insondables.

Hasta la página anterior, ustedes me han visto aparecer en primera persona con las breves notas al pie de La Comentadora. En algunas de ellas, me permití cuestionar ciertos aspectos de la versión en crudo de Mito sobre sus circunstancias y sobre sí mismo. Temí pasar por ingenua o por obnubilada frente a ese señor experto en conquistar señoritas que más de una vez se quedó mirándome los ojos, el escote o la entepierna sin fijarse en que, para mí, siempre fue como un tío ejemplar. Más adelante verán por qué me arrepiento de algunas de dichas dudas. Confío, eso sí, en haber sido extremadamente rigurosa y fiel para la transcripción de su atribulada epopeya y su calvario en el texto principal, que complementé con algunos datos archivados por mi hermano en seis biblioratos rotulados «Mito V.», con lo que el propio Silvio me contó a partir del instante en que Valdivia marchó preso y perdimos contacto, y con la grabación que dejó en el smartphone la noche del accidente.

Me reservé para esta «Nota final de La Comentadora» una serie de documentos guardados en su notebook y una entrevista que le hice al cabo de aquellas jornadas de locura, en la cual me autorizó a hacer con todo esto lo que me pareciera, un libro o lo que fuese. Lamento haber olvidado pedirle que me diera su permiso por escrito. Lamento más, en realidad, que él no pueda confirmar mis dichos en persona y corregir el resultado.

Empecemos por la entrevista, si les parece. La reproduzco textual:

—¿Siempre discutiste con el espejo?

—Sí, desde chico. Pero te corrijo: no siempre discuto. Es lo más común, pero a veces nos ponemos de acuerdo. Y no sé por qué decís «el» espejo, si yo me relaciono con todos.

—No entiendo bien. ¿Tenés un interlocutor distinto en cada espejo?

—Claro... Los hay más odiosos y más cordiales, aunque lo más común es que sean jodidos los espejos. Hasta el más compinche tiene alguna guardada para echártela en cara cuando menos te la esperás.

—Vos me dijiste que los espejos son fábricas de paranoicos y de místicos, que tienen un poder de engaño tremendo...

—En la mayoría de los casos es así. Te escudriñan, te interpelan y te ilusionan con devolverte algo hermoso y en cuanto te la creíste, ¡zas! Te hacen pelota. Entonces, vas aprendiendo a mirarlos con desconfianza y a fabricarte una imagen más allá de ellos y acorde con lo que creés ser o pretendés ser, para no irte vos solo, desprotegido, a lo que puede resultar una lucha desigual, que casi siempre lo es. Porque uno entra y sale del cuadro y los espejos siguen ahí, firmes, siempre en la misma, convenciéndonos de antemano a todos de que ellos no mienten. ¡Y no sabés lo tramposos que pueden llegar a ser los espejos! Lo peor que podés hacer con un espejo es parártele adelante desprevenido y solo. El peor es el de casa.

—¿Por qué?

—Porque en casa uno trata de sentirse seguro, de relajarse un poco. Y desde que se rompió está intratable. Menos mal que no soy supersticioso, porque se partió en siete: un pedazo para cada año de mala suerte... ¡Jajajá!

—Otra cosa dijiste: que «casi nada se ha escrito sobre la condición del fracasado», que «fracasado se nace». ¿Es para tanto?

—Llega un punto en que sí. Cuando fracasaste un día y fracasaste al día siguiente y volviste a fracasar, al cuarto día ya te levantás fracasado y no parás más de fracasar. ¿Me explico? Hablemos en términos del país: una historia de fracaso tras fracaso va creando generaciones de fracasados, gente que ya nace fracasada porque su contexto temporal e histórico es el fracaso. Mi noción es que nadie puede darse por triunfador en medio del fracaso colectivo, porque la excepción solo confirma la regla. Entonces, cae un nuevo iluminado y dice: «Los anteriores fracasaron, ahora déjenme a mí», olvidan que los anteriores empezaron igual, cuestionando el fracaso del anterior y el anterior, el del anterior... Primero, el fracaso se vuelve crónico y después, se hace genético. Así funciona. El fracaso es un ambiente que se habita. Un territorio. Es un aire que se respira.

—Sos demasiado pesimista, me parece.

—¡Nooo! Realista soy, es mi manera de ser optimista. La *Primera enciclopedia del fracaso nacional* es un himno al optimismo. Es trágica, por supuesto. Triste, si querés... Pero es educativa, sobre todo. Por eso es una enciclopedia. Si partís del fracaso como hecho ajeno, solo vas a edificar tu propio fracaso. El fracaso que viene. Mejor dicho: el fracaso que nunca se va.

—Suena a manual de autoayuda...

—Suena a manual de anatomía patológica. En cada página suceden cosas horribles, pero sin mostrar y entender las enfermedades, ninguna tendría cura. Es un espejo de nosotros mismos.

—¡Ahí está! Vos no querés pararte frente al espejo, querés ser el espejo frente al cual se paren los demás...

—Los espejos tienen límites, Roma. No les entra un país. Y menos la historia de un país. No. Tan egocéntrico no soy, pero sí: confío en mi punto de vista, está documentado.

—No estoy tan segura. Por lo que me contaste, tu angustia se parece demasiado a la impotencia. Y creo que tu enciclopedia es un grito desesperado que, a lo sumo, te va a servir para hacerte ver y seguir en carrera. Me pregunto si no será puro marketing...

—¡Ah, sos más dura que tu hermano! La mayoría de las veces, vivo mi angustia como una enfermedad. Pero empecé a pensar si no será un estado de alerta contra el fracaso. Alguien tiene que ser el primero en plantarse y decir la verdad. Ahí tal vez esté mi error, porque la verdad ya no vale nada de nada. Es un cacharro quebrado en la Modernidad, una pieza de arqueología. Los modernos mataron a Dios con las ideologías, en el posmodernismo murieron las ideas y ahora murió la verdad. Vivimos en la postverdad, en una involución a la creencia mística, cuasi religiosa, en pleno imperio de la tecnología y las redes sociales. Habitamos una aldea global organizada en tribus de individualismos colectivizados. Desde esa lógica supongo que hay que salvar al país, porque solo una noción genuina de país nos puede salvar individualmente.

—Vamos, no me digas que te lanzás a la política con la enciclopedia...

—No, ¿qué política? Trato de escaparle a la angustia, nomás.

—Perdón, pero yo creo que de la angustia te escapás buscando refugio en mujeres jóvenes. La muerte de

Clara te quebró. Tus hijas crecieron, te critican y te descolocan... Seguíis siendo ese hijo de padre golpeador y mujer golpeada que no sabe cómo escapar de sus pesadillas infantiles. Ahí entran las chicas, ¿o me equivoco?

—No mucho, pero bastante. Es cierto que mi viejo me fajaba, tenía el cinturón y el manguerazo fácil y ver a la madre golpeada no es un buen espectáculo para ningún pibe. También es verdad lo de Clara y lo de las «nenas», pero las pibas de veintipico me gustaron siempre, ¿qué tiene que ver eso con la angustia?

—Que ahora tenés cincuenta y cinco, Mito. ¿Te parece poco?

—Por eso, no quiero volver a casarme y las de veinte buscan experiencias, no compromisos. Después de los treinta se ponen problemáticas.

—Gracias.

—No lo decía por vos. Aparte...

—¿Aparte?

—Nada... Que estás súper buena, pero a vos no te puedo ver como mujer. Sos la hermana de mi mejor amigo. De mi único amigo. —Juro que me miraba con ganas.

—Está bien, está bien. Pero de Libertad Frontera te enamoraste, ¿no?

—Eso creí, La Troska me voló la cabeza. Pero me enamoré de mí, no de ella. A ver... De las evocaciones de mi juventud que ella me traía, de la militancia que alguna vez tuve me enamoré, del desparpajo y la calentura sin freno, de esa sensación de ser indestructible... Después me desenamoré.

—Después te sentiste traicionado y enseguida la mataron.

—Me traicionó, sí. Y la mataron, sí —se acongojó.

—Traición y muerte, dos grandes clásicos del fracaso nacional...

—Así es. La traición ha sido la contracara del autoritarismo. Nunca dejamos de ser monárquicos en esencia y el único modo de suceder a nuestros déspotas fue traicionarlos y el único modo de contener a los traidores fue matándolos. Somos, además, eslabones de una larga cadena de crímenes sin condena ni solución. Aquí matar es gratis, nadie paga el precio de matar. El precio del fracaso es morir, ser muerto, por eso tenemos tantos santos por fuera de la Iglesia...

—San Fracaso, ayúdanos...

—¡Eso! ¡Jajajá! Sos inteligente, despierta... La muerte nos espanta y, a la vez, nos convoca. No debatimos, nos matamos. No hacemos periodismo, tiramos a matar. Pero guarda: que no nos vayan a decir una palabra más alta que la otra, porque ahí pasamos a ser las víctimas más victimizadas. Odiamos, pero si nos odian damos lástima.

—Cuando me empezaste a contar la muerte de La Troska, creí que la habías matado. Casi matás a tu papá, casi matás a un presidente...

—Antes que nada, casi matar no es matar. Y casi asesinos somos todos, porque el instinto de matar está en el hombre. En cuanto a mi viejo, el impulso no era matarlo a él: era impedir que siguiera lastimando a mi mamá. Lo del teniente general Madero era otra cosa. Nos habían metido en una guerra demencial, alguien tenía que parar la locura.

—Alguien tenía que parar la locura: vos, envenenando al presidente. Alguien tiene que ser el primero en plantarse y decir la verdad: vos, publicando tu enciclopedia... ¡Qué megalómano!

—La megalomanía es un trastorno mental. Yo no estoy loco.

—Es la frase preferida de los locos...

—Firmado: La Dura Santacroce. No estoy loco, Roma, quedate tranquila.

—Vos no estás tranquilo.

—No, la verdad que no. En mi lugar, tampoco lo estarías.

—En mi lugar, vos no creerías que alguien pudiera resolver en sueños temas tan delicados como la muerte de El Procurador Gómez Pardo. Hammett hacía soñar a los detectives en sus novelas negras. Chandler inventó a Philipe Marlowe y a sus pesadillas reveladoras. Yo creo que con ese cuentito de tus sueños encubriste a tus fuentes y, de paso, levantás minitas.

—¿Sabés qué pasa? Hammett, Chandler y Chase y Spillane y demás crearon personajes de ficción.

Mírame bien, tocame si querés... Bueno, si tenés miedo de que te quiera levantar, mejor no me toques. Pero ¿qué? ¿No te parezco real?

—Raro me parecés. Y me resulta más extraño todavía que, con la confianza que se tienen, mi hermano no sepa nada de tu... de tu... mecanismo.

—Jamás lo haría sentir en desventaja, es un hermano para mí también. Admiro su lógica deductiva, es

brillante Silvio. Jugamos mucho desde hace muchos años a ver quién resuelve primero un enigma, un caso. Y te lo advierto: me ganó un montón de veces. Además, a él le encanta Cesare Pavese: «Se puede ser el autor del sueño, pero nunca se sabe cómo acabará». ¡Jajajá! Pero contaseló si querés, ya es hora de que sepa todo de mí. Si no me creés, lo lamento. Problema tuyo.

—Sí, sí... Pavese también decía que nadie se suicida, que la muerte es destino. Y mirá dónde llegaste con El Procurador... Vos decís que La Logia del Seis Doble quiere atentar contra La Jefa y que la JM73 planea algo contra El Ingeniero, pero también decís que La Jefa y El Ingeniero se ponen de acuerdo por atrás. ¡Qué rebuscado!

—Nada rebuscado. Tampoco nada nuevo. Hace siglos que los generales no van al frente, dirigen las batallas desde lejos y cuando hay que pactar, pactan. Nosotros, además, tenemos dirigentes anticuados que solo manejan la dialéctica de la confrontación, son binarios, son pendulares. El problema es que pierden demasiado tiempo en eso y nunca les queda nada de tiempo para resolver los problemas de veras. Son ególatras, no líderes. Construyen conflictos, no soluciones. Generan audiencias, no ciudadanos. Hacen circo, no historia. Dividen y ni siquiera reinan: ganan plata.

—Me hiciste reír con eso de que Roberto Arlt inventó el peronismo dieciséis años antes que Perón.

—Vos reíte todo lo que quieras, pero es verdad. Nuestros estadistas son, más que nada, guionistas. Toman prestado de quien sea el relato que más les convenga para cada circunstancia y ¡adelante! Son editores. Contadores de cuentos. Por eso nos detestan.

—¿A quiénes?

—A los periodistas.

—¿Por qué?

—Porque para un cuentero no hay nada peor que un contracuentero.

—No te hagas la víctima, tampoco. El periodismo perdió credibilidad.

—El periodismo se muere junto con la verdad. Y los periodistas lo dejamos morir tomando partido por unos o por otros.

—La Troska te pidió que no publicaras los videos de El Testaferro y El Testaferrito y el de la Virgen Ascendente. Salieron primero en la tele, fuiste de columnista a los dos programas donde los mostraron y nadie se enteró de que vos ya los tenías. ¿Los filtraste para quedar bien con ella?

—Sí. Pero me ocupé de que salieran no en un canal, sino en dos.

—¿Cuándo vas a publicar lo de Adalberto Gómez Pardo?

—Pronto, espero... No es seguro todavía.

—¿Tenés miedo?

—Ya no.

—¿No te da miedo ir preso injustamente?

—No. Me da miedo haber cometido una injusticia alguna vez y que alguien haya ido preso sin merecerlo. Pero bueno, acá todo el mundo sale enseguida.

—¿Te sentís viejo?

—¡Ja! ¡Qué pregunta!

—¿No me la vas a contestar?

—No.

—No te sentís viejo...

—Que no te la voy a contestar, digo.

Ya les dije que me arrepiento de haber dudado de su fórmula para confirmar primicias, pero todavía no les expliqué por qué. En el desktop de su notebook había una carpeta con «Sueños inéditos» y ahí me topé con un documento verdaderamente increíble. El viernes 17 de febrero de este año, es decir, hace casi cuatro meses, Valdivia soñó con el día en que «fue presa» Catalina Hortigoza. Bueno: eso acaba de suceder ayer, jueves 8 de junio, por la mañana. El país está convulsionado. La coincidencia de horarios, lugares, personas y circunstancias es apabullante. No puedo dejar de compararlas con las crónicas de los diarios y los reportes de las radios y los

noticieros de la tele de hoy. Veán ustedes mismos con qué precisión narró los hechos Mito Valdivia, ciento once días antes de que sucedieran en la realidad:

Rodrigo Kohendörf abrió el portón a las 11:18, protegido de la intensa llovizna por un paraguas gris. El más alto de los dos efectivos policiales de capotes oscuros le extendió un papel oficial, que estaba mojado, y El Pibe lo sacudió antes de leerlo. Tres patrulleros en el frente, uno en cada esquina y dos ambulancias completaban el operativo, por cierto exagerado. El corresponsal de Canal 1 en la Aldea del Confín había llegado temprano con un móvil para registrar la noticia del año: desde la tarde anterior se rumoreaba que Catalina Hortigoza sería detenida en su domicilio de la Región Sur. Su hijo aprovechó la cámara para denunciar «la consumación del atropello más anunciado de la historia nacional».

—Responsabilizamos al ingeniero Month por la seguridad de mi madre y por la paz social en el país — dijo, entre temeroso y amenazante.

La ex mandataria llevaba tres horas y media maquillándose. Su acné crónico se había complicado por el estrés de imaginarse presa. Quería que eso sucediera, porque de ese modo se consagraría como perseguida y mártir. Desde ese *physique du rôle* se había defendido durante más de un año ante la opinión pública y en el juzgado, pero cuanto más se acercaba la hora del encierro, más se le destatarla el ánimo. Toda brotada se veía, fruto de un estado de desequilibrio que la hacía saltar en cuestión de segundos desde el fondo de un pozo depresivo al pico máximo de la irritabilidad. Le administraron una dosis combinada de valproato semisódico y clonazepam para estabilizarla. Sus abogados en la Gran Ciudad llegaron a los Tribunales antes que nadie, incluido el juez, para solicitar a través de un escrito que se le permitiera cumplir su eventual detención, por estrictas razones de salud, en la estancia del empresario conocido como El Banquero por todo el círculo rojo del poder.

Se vistió de negro, seguro para evocar aquellos duros tiempos de viuda debutante y digna de la más absoluta solidaridad popular. Salió del brazo de su hija Candelaria con piloto negro, bolso negro, capelina negra y lentes negros, pese a que parecía de noche. Una suboficial rubia, bonita y muy respetuosa la escoltó hasta el patrullero estacionado más adelante, le abrió la puerta trasera izquierda y la acompañó mientras entraba con la clásica maniobra de sostenerle la cabeza al detenido para que no se golpee contra el marco. El Pibe y La Piba la siguieron en una cuatro por cuatro verde metalizada de fabricación alemana.

Un pequeño grupo de activistas con banderas de la Juventud Movimiento 73 la esperaban en el Aeropuerto «Juan Martín Kohendörf» de Aldea del Confín. Cantaban «qué quilombo se va a armar» y «El Ingeniero es gato, gato, gato...». La Jefa bajó del patrullero en la pista de aterrizaje con el impermeable colgado del brazo y la misma policía rubia tomándola por debajo de este. Llovía con fuerza. El perramus estaba donde no debía para evitar la foto menos deseada: fuera de protocolo, Catalina Hortigoza había sido esposada a su custodia y no con sus dos muñecas amarradas entre sí hacia adelante, como se debe. En esa posición viajaron juntas en clase ejecutiva, fila uno de un Embraer 190 dispuesto por Aerolíneas del Estado para cubrir el vuelo 2844, que jamás había transportado tantos agentes de inteligencia ni policías de civil.

—Perdonemé, señora, entenderá que cumplo órdenes. Estas cosas son muy incómodas —le dijo la uniformada.

—No te aflijas, nena, ya sé que esto no se te ocurrió a vos. ¿Me ves con muchas ganas de escaparme? ¡Qué ratas! ¡Qué falta de respeto! ¡Las cosas que hay que aguantar por ser mujer!

—Bueno, si le hacen doler me avisa...

Mantuvieron la misma postura durante las tres horas de vuelo, aun durante unas turbulencias bastante amenazadoras, y así descendieron en el Aeroparque de la capital. Desde la pista fueron trasladadas al Palacio de Justicia. La Jefa y su guardiana salieron de la estación aérea por la zona militar en un auto negro con vidrios polarizados, con una escolta de seis patrulleros y ocho motos.

Los seguidores de Hortigoza concentrados frente a Tribunales debían ser unos dos o tres mil. La mayoría de los autos parados en el perímetro exhibían marcas de furia con aerosoles de colores:

LIBERTAD A CATALINA
FUERA GATO
JM73

LIBRES O MUERTOS FUERZA JEFA

Las vallas y el cordón de doscientos efectivos de infantería, con cascos, escudos, bastones largos y lanzagases, daban la idea de que se abría un momento distinto en el país. Diferente al día anterior. Similar al pasado. Violencia latente. Olor a odio. Ruidos de venganza. Cuatro tanquetas hidrantes detrás del edificio. Siete carros de asalto más allá.

Al subir la escalinata, La Jefa se frenó y por poco no hizo caer a la policía. Alzó la mano derecha con los dedos en ve, arrastrando hacia arriba la zurda de su custodia. Las esposas quedaron a la vista, brillantes, al caer el piloto. La multitud se abalanzó contra el frontón de agentes del orden y estallaron dos granadas de humo lacrimógeno. Los efectivos avanzaron en línea y, en el desbande, comenzaron a volar pedrazos desde el parque. Saldo de la primera media hora de refriega: dos vigilantes y seis manifestantes heridos, catorce detenidos...

Catalina Hortigoza fue notificada de su nueva situación por el juez de la causa, que aceptó fijar su lugar de detención en la estancia ubicada en la localidad de Don Venancio, a setenta kilómetros de la Gran Ciudad. Dispuso que la trasladaran de inmediato en un helicóptero del Servicio Penitenciario, con custodia femenina y sus dos abogados. El magistrado adujo «razones de seguridad» y de «preservación del orden público», sin hacer referencia alguna al estado de salud de la detenida. Desde el aire, las imágenes alrededor de los Tribunales daban un espectáculo dantesco.

—Una vez, Juan Martín estaba de campaña en la Región Norte y el helicóptero que lo llevaba se vino abajo —le comentó La Jefa a uno de sus letrados, que miraba hacia abajo con cara de susto.

—Espero que este no se caiga.

—¿Te parece? Mirá que perseguida y santa no me para nadie.

La Justicia ordenó disponer ocho motorhombres con guardias armados en torno al señorial casco del Establecimiento Agropecuario Las Nieves, un imponente château de estilo francés parquizado por Carlos Thays en 1904, con dos fuentes de agua y un laberinto de ligustrinas. A Hortigoza se le permitió la compañía de sus dos hijos y la asistencia de una ama de llaves y una cocinera, pero se ordenó colocarle un grillete inteligente en el tobillo derecho para controlar que no se aleje más de treinta metros a la redonda de la residencia. Sus excepcionales condiciones de detención darán mucho que hablar, sin lugar a dudas.

¿Cómo pudo saber Valdivia el 17 de febrero a la noche que el 8 de junio a las 11:18 clavadas iba a lloviznar en la Aldea del Confin y que El Pibe recibiría en la puerta de su casa la orden de detención para su madre bajo un paraguas gris? ¿Y la cantidad de patrulleros y ambulancias? ¿Y las palabras exactas de Rodrigo Kohendörf al corresponsal del Canal 1? ¿Y la policía rubia? ¿Y las esposas debajo del impermeable? ¿Y la primera fila del avión? ¿Y los grafitis en los autos en los alrededores de los Tribunales? ¿Y la cantidad de heridos y detenidos al cabo de la primera media hora de disturbios? ¿Y que La Jefa sería trasladada en helicóptero justo a esa estancia en la localidad de Don Venancio?

En algo me había mentido, sin embargo: Mito aseguraba que sus sueños no eran predictivos, sino retroactivos, confirmatorios, reveladores hacia atrás. ¿Lo hizo para no pasar por un vidente cualquier? ¿Estaría perfeccionando su método y aún no se sentía seguro de sus avances? Ojalá pudiera explicármelo él mismo. Sea como fuere, este hallazgo, además de validar sus investigaciones anteriores, me faculta para dar por verídicos y mostrar aquí otros tres documentos archivados en esa misma carpeta. Puedo entender por qué Valdivia no publicó el anterior: carecía de sentido periodístico antes de tiempo, lo tendría ahí a la espera del momento apropiado y hoy él no está para contarla. Me intrigan los textos que siguen. ¿Formarían parte de investigaciones de más largo aliento, como pareció insinuar en el primero? ¿Los tendría reservados para los últimos capítulos de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional*? Suena lógico. Si los hubiese guardado bajo el rótulo «Sueños sin chequear» o algo así, les garantizo que de ningún modo verían la luz.

El 21 de marzo de 2012, Rodrigo «El Pibe» Kohendörf fue trasladado de urgencia a la Gran Ciudad en el avión presidencial. Acusaba un cuadro de fiebre alta y dolores agudos en la zona ventroglútea, que en un principio fueron tratados como una intrascendente inflamación del nervio ciático por algún mal movimiento, pero, al agravarse y expandirse con el correr de las horas, hicieron temer una peritonitis. Los especialistas del Sanatorio Central terminaron diagnosticando una artritis séptica bacteriana de cadera derecha, es decir, una infección alojada en el líquido sinovial de dicha articulación. Se detectaron estreptococos, por lo cual se descartó de inmediato una gonorrea u otra enfermedad de transmisión sexual, origen frecuente de ese tipo de afecciones articulares en adultos. Hasta ahí llegó la escueta información oficial y el caso se fue borrando entre rumores de todo tipo. A cinco años del episodio, una prestigiosa fuente del nosocomio explica qué pasó:

—Los riesgos de padecer una artritis séptica se incrementan por distintos factores: implantes de articulaciones artificiales; infección bacteriana en alguna otra parte del cuerpo; enfermedad crónica como diabetes, artritis reumatoidea o problemas con las células; consumo de medicamentos que inhiben el sistema inmunitario; un traumatismo reciente en la articulación, una cirugía, una artroscopia... Nada de eso surgió de la revisión completa ni del interrogatorio al paciente. Actuamos con prudencia y confirmamos que el origen de la afección era el consumo de «fafafa» por vía intravenosa. Los adictos tienen un riesgo elevado de desarrollar artritis infecciosas, incluso puede ser el factor principal de muerte en este tipo de pacientes. El estafilococo y el estreptococo son los agentes más habituales, aunque se presentan otros, producto de la contaminación de jeringas y agujas. La infección circula por la sangre y su origen puede ser lo que llamamos endocarditis indolente, una inflamación de las válvulas cardíacas del corazón muy frecuente en adictos, como este paciente. Todo el cuadro se trata perfectamente con penicilina. No volvimos a ser consultados.

La relación de Rodrigo Kohendörf y sus amigos con la «fafafa» viene de lejos. Es *vox populi* en la Aldea del Confín, donde mandan el aburrimiento y el chisme, incluso entre policías capaces de abrir expedientes y hacerlos añicos en una sola noche, sobre todo si el afectado es alguien influyente o un niño bien.

El Pibe cayó dos veces. Una con diecinueve años, en plena explosión de la inocencia. Hacía un frío de perros y a los dos agentes que patrullaban el centro de la aldea en un jeep les llamó la atención un muchacho de pelo largo y barbita incipiente que deambulaba, solo y en remera, por la plaza principal. Corría, daba saltos, caminaba sobre los bancos y hacía equilibrio por el borde superior del anfiteatro hasta que tropezó y rodó por las gradas. Lo llevaron a la comisaría con un corte en la frente y la ropa ensangrentada. Miraba sin ver, balbuceaba y era incapaz de pronunciar su nombre de corrido. El test de alcoholemia le dio altísimo: 2,2. Al meterle la mano en los bolsillos en busca de alguna identificación, el oficial de guardia corroboró quién era y les exhibió a sus colegas un papel plateado con «fafafa» y tres cigarrillos de «flores», uno de ellos fumado por la mitad. El padre llegó hecho una tromba. Dos agentes impidieron que le cruzara el rostro herido de un sopapo. Le preguntaba a los gritos por la campera, le habían dado una frazada. Tiritaba de frío y miedo. Tratándose de quienes se trataba, les permitieron irse. Ojo de Águila lo metió en la camioneta de una patada en el culo.

La segunda vez fue más áspera. Ya pisaba los treinta, el papá presidía el país y sus leales en la Aldea del Confín se le habían sublevado. La fiesta era en un departamento de tres ambientes a cuatro cuadras de la gobernación y a tres de la jefatura de policía. Con la excusa de una denuncia por ruidos molestos, una patrulla de seis efectivos se presentó con violencia en el lugar. Apenas les abrieron la puerta, ingresaron al domicilio sin orden de allanamiento e hicieron parar a todos con las piernas abiertas y las manos contra las paredes: trece personas entre varones y mujeres, algunos semidesnudos. Había botellas de champán y whisky por todas partes y, sobre la mesa del comedor, un espejo enorme surcado por rayas de «fafafa» de treinta centímetros de largo y bombillas de mate sin sus bulbos, listas para inhalar. El único que no lograba levantarse del sofá blanco de seis cuerpos con diván era El Pibe, sonriente, relajado, actitud que los requisadores interpretaron como un evidente desafío a su autoridad. Uno de ellos lo tomó de los pelos para forzarlo a levantarse y otro de mayor jerarquía lo frenó de inmediato, mientras le decía algo al oído. A ese se dirigió Santiago «El Gallo de Vidrio» Larrañaga, organizador de la fiesta e hijo del ministro más importante del gabinete nacional, pidiéndole permiso para hablar un minuto a solas. La charla duró menos que eso y los policías esperaron a que se fueran todos para retirarse. Larrañaga les cerró la puerta y se sentó al lado de su amigo. Desde entonces, en las calles y las oficinas públicas del pueblo se asegura que «El Pibe y su gente toman mate de “fafafa”».

También se los asocia con el tráfico. El primer rastro documental data del 3 de noviembre de 1990, cuando la justicia federal de la Aldea del Confin abrió un expediente por «comercialización de sustancias prohibidas» contra Guillermo «El Chimpancé» Minelli, tío menor de Larrañaga por parte de madre y miembro del grupo de amigos. Lo pescaron bajando del avión sanitario provincial con cinco kilos de «fafafa» en un bolso, pero la justicia determinó que era para «consumo personal». El Chimpancé abrió el bar donde se juntan todos en el centro de la aldea y otro en el barrio más cool de la Gran Ciudad. Los dos se llaman Fa. El plan es habilitar una tercera sucursal en Punta del Este. Desde que funcionan, se acabaron sus problemas con la policía.

Los dos documentos que siguen tienen que ver con El Ingeniero y ciertas aristas ocultas de su gestión presidencial. En efecto, el que viene a continuación encajaría justo en el capítulo de la *Primera enciclopedia del fracaso nacional* dedicado a los lazos místicos, esotéricos y sobrenaturales de nuestros líderes a lo largo de la historia.

La billetera está vacía. Los presidentes jamás pagan la cuenta. Pero mantuvo la costumbre de llevarla encima y quedaron allí las dos tarjetas de crédito Ultra Premium, una foto de Giulia con el bebé y un cartoncito amarillo escrito a mano, plastificado: «La última pincelada del país será dada por un pintor gris. Porque el país tendrá su triunfo, su Revolución Francesa, y habrá sangre en las calles si no llega el instante de ese Hombre Gris». Es una de las profecías del pintor y escultor Benjamín Solari Parravicini (1898-1974), el preferido del «galerita» Marcelo Torcuato de Alvear; el bisnieto del capitán de puertos Martín Jacobo Thompson, primo hermano y marido de Mariquita Sánchez, la que puso la casa y el piano para el estreno del Himno Nacional. A Patricio «El Ingeniero» Month lo han persuadido de que es «la encarnación de ese Hombre Gris que la Nación entera esperaba para salvarse». Fue su armonizadora espiritual de cabecera, María de Todos los Santos «La Budista» Unzué, quien le metió esa idea cuando le llevó un cuadro de un rostro impreciso con unos ojos eléctricos iguales a los de Month, pintado por Parravicini en el '57.

Se supo que El Ingeniero, una vez que asumió el mando, tardó tres semanas en ocupar la residencia presidencial y un poco menos en comenzar a atender sus nuevas ocupaciones en el despacho del Palacio de Gobierno. La demora, en realidad, se debió a que La Budista Unzué estaba trabajando con agua, sal gruesa y distintos aceites en varios ambientes de ambos lugares para limpiarlos de «las malas vibras de la señora Hortigoza y sus secuaces». El procedimiento para la «consagración sanadora» de tan sencillos elementos es similar al recomendado por el Vaticano para bendecirlos y utilizarlos en misas y otros rituales cristianos, hasta el extremo del exorcismo. Se les habla con invocaciones a los buenos espíritus presentes, entre los cuales también puede estar el Jesús católico sin ningún problema, mientras se enfoca la mente en buenos deseos, paisajes bonitos, sonrisas de niños, músicas espirituales, sonidos de arroyos entre las piedras y se los rodea con las palmas de las manos, sin tocarlos. Todo ello permite «canalizar las energías que anidan tanto en las personas como en los ambientes», en una especie de fotosíntesis anímica: el agua, la sal y el aceite chupan las malas ondas y expulsan las buenas. El trabajo finalizó con la participación de Patricio Month en varias sesiones de relajación, ventilación profunda y meditación en todos aquellos espacios.

A la realizada en el dormitorio de la residencia se sumó su esposa, desde luego. La Budista llevó su propio tapete de yoga marca Nike y lo extendió en el piso de la alcoba. Patricio y Giulia, descalzos y con ropa floja blanca, se ubicaron sobre la cama contra el respaldo, de la mano y en posición de loto. Aflojaron los hombros y las cervicales y entrecerraron los ojos hasta que nada les quedó en foco. María de Todos los Santos abrió los ventanales y permitió que la brisa moviera a su gusto los cortinados de voile francés. Sintonizó en la tablet una grabación sin fin de teclados sintetizados en ondas delta. Les pidió con una suavidad absoluta que aflojaran las mandíbulas y prestaran atención a sus gargantas para dejarlas abiertas a una serie de suspiros dedicados a vaciar los pulmones e iniciar un ritmo respiratorio normal, pausado, haciendo un repaso por cada parte del cuerpo y así descubrir si alguna estaba tensa y relajarla sin premura y sentir el peso corporal y dejarlo que pese. Ya era tiempo de concentrarse más en que la respiración adquiriera un ritmo propio, lejos de cualquier presión externa o interna, de sentirla y vivirla como un mensaje desde otra dimensión, hasta percibir el breve lapso entre la exhalación y una nueva inhalación en cada órgano, tras la meta de conocerse más, cada uno, a sí mismo. Permanecieron

detenidos en sus respiraciones mínimas cuarenta y cinco minutos. La primera en abandonar el trance fue Unzué, quien se puso en cuatro patas y comenzó a estirarse como un felino después de la siesta.

—Mis enemigos me dicen gato —reaccionó apenas El Ingeniero, al verla.

—Si te acusan de eso, no saben lo que hacen. En el budismo, los gatos representan la espiritualidad. Son seres iluminados que transmiten calma y armonía, por eso suele decirse que quien no se relaciona bien con su propio inconsciente nunca llega a conectar por completo con un gato ni entenderá sus misterios. Los gatos son seres de paz e íntima unión. Ven mucho más allá de nuestros sentidos. Muchos monjes budistas les han reconocido un poder sanador a los gatos y hasta Freud ha dicho que el tiempo pasado con gatos nunca es tiempo perdido.

—Perfecto, parece que el Hombre Gris es gato —se consoló Month.

—¡Ay, mi gatito gris! —apuntó Giulia, recién despabilada.

Dejo para lo último un encuentro secreto entre La Jefa y El Ingeniero que Mito Valdivia evitó contarme por razones que aún no me llegó a explicar. Tal vez haya considerado que el tono procaz de algunos pasajes del diálogo lo tornaban impublicable.

Van a cumplirse veinte años desde que ocurrió y todavía nadie quiere creer que Alfredo Enrique Dayub Malbrán, el jefe de la mafia de los aeropuertos nacionales, se suicidó de un escopetazo en la garganta. Vimos el cuerpo, vimos la sangre y la escopeta 12/70 High Standard tirada en el piso, vimos el estudio de ADN y el velorio y llorar a los deudos en el entierro, pero nadie lo quiere creer. La superstición de que el poder nunca muere nos tranquiliza como país. Porque aquí las culpas siempre serán del otro, pero cuánto más cómodo nos resulta que el otro sea el que hace y uno vea la función para criticarla. Tampoco la muerte de Juan Martín Kohendörf gozó de credibilidad. Las exequias a cajón cerrado, la invención de la leyenda de Ojo de Águila y el aplastante luto electoral de La Jefa compusieron la idea mágica de que JMK no murió. El Cartero Malbrán y Ojo de Águila Kohendörf se conocieron. Fueron socios, digamos. En vida lo fueron. A través de su consigliere en la Aldea del Confín, el capo mafioso aportó millones de dólares para que al político lo eligieran y luego lo reeligieran gobernador de la Región Sur. El padre de Patricio Month también fue amigo de Malbrán. En 1996 armaron una Unión Transitoria de Empresas y estuvieron a punto de quedarse, por cuenta del Estado, con la fabricación de los documentos de identidad y los pasaportes de toda la población. Imagínense, ¡la «fábrica de identidades» en manos de una mafia! Por suerte se armó escándalo mediático y el negociado quedó ahí. Kohendörf y Papá Month aprendieron del enigmático Alfredo Enrique Dayub Malbrán que hay un lugar por sobre todos donde las personas importantes pueden encontrarse sin ser vistas y conversar sin ser escuchadas: arriba de un avión privado, en pleno vuelo. Así selló El Cartero infinidad de acuerdos, en el aire, sin importar otro destino que el negocio. Tenía su propia compañía de taxis aéreos Malbrán, Imperial Class se llamaba, y tanto le gustó el procedimiento a Papá Month que armó la suya: MontAir. En sus aviones viajaron a todas partes seis presidentes. Ojo de Águila Kohendörf, La Jefa Hortigoza y, claro, El Ingeniero Month, que ya está por cumplir un año en el trono, fueron los últimos tres mandatarios que usaron el servicio.

El Gulfstream VI matrícula LV-BIC aguarda en la pista de la Base Militar Los Palomares, cinco kilómetros al noreste de la Gran Ciudad. Sus dos motores Rolls-Royce BR725 le otorgan una autonomía de vuelo de siete mil millas. La cabina principal es de las más lujosas que ofrece la aviación ejecutiva; se trata, más bien, de un amplísimo camarote con sofá-cama, escritorio y dos sillones ergonómicos frente a una mesa de dos por dos; un pasillo lleva a un baño completo y al dormitorio con somier king-size. Un piloto, un copiloto, dos azafatas y un mozo de la Presidencia integran la tripulación, que ya está lista. Patricio «El Ingeniero» Month llega primero, al comando del helicóptero oficial y vestido de aviador, estilo Tom Cruise un cuarto de siglo después de *Top Gun*. Se ríe, casco en mano, acompañado por un asistente y se sienta a matar el tiempo en la escalerilla del avión. Una Hummer H2 negra trae, diez minutos después, a Catalina «La Jefa» Hortigoza por la pista auxiliar. Al bajar, se la ve diez años menor: lentes ahumados de marco blanco, cabellera rojiza suelta con extensiones ondeadas, remera negra de mangas largas al cuerpo y calzas al tono con botas de taco aguja. Se besan al pasar, en la mejilla, mientras El Ingeniero se incorpora y le abre paso. Será una cumbre de alto vuelo.

—¡Qué lindos recuerdos! Siempre me fascinó este avión, acá fuimos con tu papá a Seúl y a Hong-Kong. A

Juan Martín no le gustaba nada volar, pero esa cama le parecía muy divertida... ¿Qué me mirás? ¿Nunca usaste esa cama con tu mujer?

—No, con Giulia...

—¡No te puedo creer! La habrás usado con alguna otra... ¡¿No?! ¡Ustedes tienen todo y no saben disfrutar la vida, che!

—Es que no se dio, nada más. ¿La verdad? Es la primera vez que traigo una mujer acá. ¡Jajaj! No lo había pensado.

—Bueno, ¡qué honor! ¿Y adónde me va a llevar en su primera cita en el avión de papi, señor presidente?

—Creo que vamos hasta Villa Austral, que el aeropuerto tiene buena vista contra la bahía y podemos almorzar ahí antes de pegar la vuelta.

—Entonces me gustaría centolla y vino blanco.

—¡Excelente! Ya te la hago encargar, vinos tenemos de los mejores a bordo. Me dicen que el tiempo está bárbaro.

—Mejor así...

—¿Te gusta la ópera?

—¿Eh?

—Sentate, abrochá el cinturón y cerrá los ojos que vamos a despegar. Te va a gustar. Subir al cielo con la soprano eslovaca Edita Gruberová interpretando a Mozart al máximo volumen puede ser una experiencia de por sí alucinante. Pero si el aria elegida es la súper dramática «Reina de la noche», de *La flauta mágica*, y allí va Catalina Hortigoza concentrada en su esfuerzo por entender de qué se trata, la escena rozará lo genial. Incluso si, como pareciera ser, al presidente Month le hubiese salido de casualidad, sin premeditación ni alevosía ni el más ínfimo conocimiento de causa.

—¡Ah, muy bueno! ¡Y qué pulmones! —aplaudió La Jefa.

—¡Y no sabés con Queen lo que es! *Una noche en la ópera* quería poner. El tema «Rapsodia bohemia», pero no estaba...

—Oíme, zapallo... ¿Por qué no me decís que estás vendiendo estos aviones? ¡Bah! Divino despelote te estás comprando... Este y tres más son, ¿no?

—Yo no vendo nada, son cosas de mi viejo.

—¡Buah! ¡Dale que me chupo el dedo yo! Todos sabemos que tu viejo ya no pincha ni corta, que es todo de tus hermanos y tuyo, pero vos les pasaste tu parte a tus pibes para decir que no hay conflicto de intereses... Igual no te hablo de eso, digo que querés meter una aerolínea extranjera montada en tu empresa familiar. ¡Sos arriesgado, nene!

—¿Y qué querés? ¿Qué me maneje con Aerolíneas del Estado? Si ahí me dejaste una cueva de negocios de ustedes...

—¡Qué pavada! Ahí lo que tenés son trabajadores con derechos y con sindicatos... Pero voy a otra cosa, dejame hablar. ¿Es cierto que estás vendiendo MontAir en diez palos verdes?

—Algo así, no sé, ya te dije que no estoy yo en el tema.

—Oíme, Patricio: de aviones nomás tenés más de ochenta millones y estás vendiendo el caballo del comisario. ¿Vos querés ir preso antes que yo?

—Callate, Catalina, ¿o vos no metiste a Arauca Lines con coimas para cagar a los españoles, cuando manejaban Aerolíneas del Estado?

—Y el entonces ministro de Transportes está en cana. ¿Qué tengo que ver yo? Igual no me entendés, ¡mirá que sos dormido! Te estoy diciendo que te cuides más, recién empezás, y deciles a tus jueces amigos que me cuiden menos a mí. Hay que empezar a pensar con mucha seriedad en que tengo que ir presa. Te imaginarás que mucha gracia no me hace, pero...

—¡No tenés límites vos! Los de la revista *Malicias* tenían razón, al final: vos gozás con todo esto, te erotizás, te calienta que te aten ahora, que te encadenen...

—¡Epa! ¡Mirá cómo te ponés! Oíme, bobo, antes que nada escuchá el consejo de mamita: ¡deciles a los que manejan las empresas de tu familia que no sean pavos! A mis muchachos, cuando huelen sangre no se los puede frenar...

—Otra vez me amenazás...

—¡Ay, qué pánfilo sos! Sí, nene, sí: ¡yo gozo! ¡¿Y qué?! Y si gozo, ¡¿qué?! ¡¿Qué problema tenés vos con gozar, por qué carajo sufrís tanto todo?! No seré Catalina la Grande, pero tengo lo mío... ¡Jajajá! Dame un minuto, ya vengo... —La Jefa enfiló hacia el baño y a mitad de camino giró el rostro para atrás sobre

el hombro izquierdo—. ¿Qué mira, míster president?

Month la señaló y le hizo un guiño sin hablar. El mozo presidencial apareció con una bandeja de saladitos y dos copas de chardonnay neuquino bien frío, a juzgar por la transpiración de las copas. Hortigoza regresó con un gesto pícaro.

—¿Sabés qué? Ya que acá no nos escucha nadie, te voy a confesar algo.

—Soy todo oídos.

—¿Te acordás cuando dijiste que a todas las mujeres nos gusta que nos piropeen y nos elogien el culo?

—¡Claro! Creo que llegué a presidente gracias a eso...

—¡Qué boludo misógino! Bueno, pero tenías razón: nos gusta. Y recién me miraste el culo.

—Sí, te ibas y te acompañé con la mirada.

—...

—Te quedan muy bien las calzas, me sorprendiste hoy. Y los tacos ayudan. De presidenta se te veía más... más señora.

—Me cuido. ¿Por qué brindamos?

—Por tu culo me parece un exceso.

—¡Jajajá! Por mi culo y por tus ojos...

—¡Salud!

—¡Chinchín!

—Parece que estamos llegando.

—Se me abrió el apetito.

Tienen suerte Catalina y Patricio. En la bahía, veinte metros más allá de donde quedó estacionada la aeronave para el almuerzo, dos ballenas jorobadas ofrecen un show de saltos y olas fuera de programa. Se dice que los machos de esa especie, aparte de bailar en vuelos majestuosos junto a sus hembras, son los cantores más excelsos del reino animal. La centolla llega en dos versiones: un tartar con ensalada fresca de verdes y unas croquetas a base de salsa bechamel, de principal van a comer un papillote de trucha arcoíris con crema de hongos del bosque y papas estrelladas.

—Vos tenés claro que somos los nuevos padres de la Patria, ¿no?

—De la República...

—¡Ufff! Tengamos mellizas, dale, ¿pero entendés eso? —insistió La Jefa, croqueta en mano.

—Sí, entiendo que si vas presa te quedás con todo. Eso es lo que buscás, no te importa nada más.

—¡Qué pelotudos son los machos! Procrean sin darse cuenta. Como el ballenato aquel, mirá: se florea, salto va, cantito viene y lo único que le interesa es tenerla a ella, sin entender que lo único importante que está haciendo es preservar la especie.

—Dicen que las ballenas son los mamíferos más parecidos a nosotros...

—Sí, eso dicen... Pero al macho, lo que más la interesa es hacerse ver.

—Vos te hiciste ver, tu especialidad es hacerte ver.

—¡Mi especialidad es hacer y cada cual que vea lo que quiera! ¡Las minas procreamos a conciencia, bobo! Nos excita el futuro, lo que viene... ¡Ustedes son el acto!

—Esto no es entre ustedes las mujeres y nosotros los hombres. No me jodas... Ustedes son una banda de saqueadores que nos necesitan a nosotros para hacerles caminos, puentes y edificios para inaugurar y ganar la próxima elección. Pero se les acabó la joda, Catalina...

—¡Bien! ¡Por eso! ¡Meteme presa, pelotudo! ¿No ves que estás perdiendo empuje? Vos sabés que me necesitás. Y yo, con lo del elogio al culo, te quise decir que yo también te necesito. Te digo que nos está saliendo bárbaro a los dos, pero ahora tenemos que redoblar la apuesta. ¡Meteme presa, Patricio! Te juro que no te vas a arrepentir...

—No creo que me convenga, para nada.

—A ver si de una buena vez te queda claro, pedazo de bruto. Juan Martín y yo teníamos el plan de alternarnos entre nosotros y pensamos en vos como una variante por si perdíamos empuje. Él se fue, quedamos vos y yo nomás. Esto es entre nosotros, ¿entendés?

—¿Querés café? Deberíamos ir volviendo, a las nueve y media tengo una recepción con embajadores extranjeros...

—Sí, quiero café. Con crema, por favor. Sin azúcar para mí. Y más vino blanco también.

Van a tomarlos en vuelo. Esta vez, el despegue será con «¡Mamma mia, mamma mia, magnificooooo!» a todo lo que da. Los saltos de las ballenas son manchas blancas en el semicírculo de la bahía de la Villa

Austral. El Ingeniero repasa su discurso de la noche recostado en el sofá. La Jefa se levanta de la poltrona ergonómica y va hacia el toilette sin decir nada. A los presidentes no se los interrumpe cuando trabajan. Una turbulencia seca, lateral, la tira encima de él. Quedan face to face, ambos sienten las respiraciones espesas de pescado y chardonnay en las narices.

—¡Perdón! —dice ella, desparramada sobre las rodillas de Month. —No era la idea dejar acéfalo al país...

—¿Estás bien?

—Sí...

—¿Necesitas algo?

—Sí...

—¿Qué necesitas?

—Que no compliquemos más este embrollo. Dale, meteme presa... —Ella se levanta y sigue su camino. No volverán a dirigirse palabra.

Mientras ustedes leían estas líneas tan significativas, yo hablaba por teléfono con una especialista en «sueños especiales», obsesionada con documentarme un poco más sobre el Caso Valdivia. La antropóloga Flavia Carrión es cofundadora de la Escuela de Espiritualidad Natural y desarrolló un «sistema de entrenamiento en sabidurías ancestrales aplicadas» al que denominó Chamanismo Integral. Ella me acaba de explicar que cualquiera de nosotros puede tener ocho tipos de sueños diferentes, de los cuales no debemos asustarnos, y por qué Mito —a quien no mencioné por su nombre— sería un «ser normal». Transcribo textual el paper que me mandó por WhatsApp a fin de evitar interpretaciones capciosas:

¿Tuviste alguna vez un «sueño raro», algo que parecía «más que un sueño»? ¿Soñaste con algo que después ocurrió en la realidad? ¿Te encontraste en la vida onírica con alguien que ya no está presente en el mundo? Quizás te preguntaste si estabas sufriendo alguna clase de desequilibrio. Probablemente no se lo contaste a nadie, para que no te miraran de forma extraña. Sin embargo, en el mundo de los sueños existe mucho más de lo que nos han enseñado y es muy probable que ya hayas experimentado alguno de los «sueños especiales» que describo a continuación:

1) Sueños precognitivos. Son aquellos sueños en los que parecemos anticiparnos al futuro. Vemos una situación que después sucede o recibimos una noticia que después se confirma. Muchas personas experimentan estos sueños con mucho dramatismo, ya que la mayoría de las veces la información llega en forma de pesadilla, con alto impacto emocional. ¿Coincidencia? ¿Premonición? ¿Información que llega telepáticamente?

2) Sueños de visita. Son sueños en los que vemos o interactuamos con personas ya fallecidas. Estos «encuentros» suelen estar rodeados de una sensación de paz, como si esa persona hubiera venido a comunicarnos que se encuentra bien. A diferencia de la categoría anterior, las personas que experimentan este tipo de sueños suelen despertarse con una sensación de alivio y revelación de una profunda certeza de la vida después de la muerte.

3) Sueños lúcidos. En estos sueños nos damos cuenta de que estamos soñando. A la manera de la película *Inception*, tenemos conciencia de que nuestro cuerpo está en la cama mientras visualizamos y vivimos escenas. A veces, incluso podemos cambiar algunos aspectos del sueño a voluntad. Tener sueños lúcidos es una capacidad natural que todos poseemos. En la antigüedad, se utilizaban para la sanación. Es posible entrenarse para experimentar sueños lúcidos y de esa manera utilizarlos para hacer cambios en nuestras actitudes o descubrir soluciones para nuestros problemas.

4) Sueños compartidos. En estos sueños, dos personas sueñan lo mismo o aparecen aspectos similares en los sueños de ambas, como detalles del lugar o los sucesos del sueño. Son poco frecuentes, pero se producen. Hay que estar atentos. Para descubrir que hemos tenido uno de estos sueños es necesario que adoptemos la costumbre de contarles nuestros sueños a las personas que aparecen en ellos. Es sorprendente encontrarse con estos casos porque nos muestran cuánta conexión tenemos con los demás, más allá de las distancias.

5) Sueños anidados. A veces soñamos que nos despertamos, incluso que nos levantamos, pero de pronto, nos damos cuenta de que es un sueño y nos despertamos de verdad. A esto se le llama «falso despertar» y a veces suceden varios en una misma noche. Si en lugar de despertar volvés a soñar, entonces has experimentado un sueño anidado. Un sueño dentro del sueño. Es como si nuestra mente hiciera trampa, fingiendo que ya nos hemos levantado, para seguir durmiendo «un ratito más». Es una de las formas del sonambulismo.

6) Sueños prodrómicos. En estos sueños, la persona recibe información acerca de una enfermedad que está padeciendo pero de la que no ha manifestado síntomas. El cuerpo, con gran sabiduría, envía señales; pero a veces, en la locura de la vida cotidiana, no estamos tan atentos como para detectarlas. Entonces, la información se filtra al mundo del sueño. Muchas personas han descubierto una enfermedad de este modo y existen varias investigaciones muy serias al respecto, ya que mediante este tipo de sueños sería posible detectar rápidamente aquellas que requieren tratamiento temprano.

7) Sueños numinosos. Son los sueños en donde contactamos con figuras espirituales, guías o seres de luz. La persona que sueña recibe consuelo, mensajes o incluso orientación concreta para la vida cotidiana. Se percibe en seguida que estos no son sueños «ordinarios», sino que existe en ellos una energía especial. Vale la pena, después de un sueño de estos, meditar sobre el mensaje recibido. Muchas veces suceden grandes revelaciones en ellos.

8) Sueños «Eureka». Son sueños en donde se descubre la solución a un problema. Es un clásico de los investigadores de este tema el famoso sueño del científico alemán August Kekulé, a través del cual resolvió un problema de química que lo estaba volviendo loco. No fue el único. El creador del helicóptero (Jan Bahyl), el de la máquina de coser (Thomas Saint) y cientos de inventores y artistas (entre ellos John Lennon, con su tema «Imagine»), afirman haber traído de un sueño sus mejores creaciones. Los sueños no solo son las maquinaciones nocturnas de nuestro subconsciente. También constituyen un campo enorme de información y experiencia que nos permite explorar la realidad, transformarnos a nosotros mismos e, incluso, sanar. Comenzá a valorar tus sueños. Cada uno guarda un tesoro maravilloso de crecimiento.

Mañana, a las once, tengo que volver a declarar en la Fiscalía N° 7. El doctor Pedro Gandolfi sostiene que soy sospechosa de «intento de homicidio» porque fui quien halló a Mito Valdivia desangrándose dentro de la bañera y avisó al 911.

¿A ustedes les parece? Yo iba a devolverle sus cosas, habíamos quedado en eso. Llegué a las ocho, tal cual lo pactado, y me encontré con la puerta entreabierta. Me salvaron mi hermano, Silvio, quien atestiguó que dormí en casa, la sobredosis de diazepam y el alcohol en la sangre de Valdivia. La carátula es «intento de suicidio», yo les digo que la cambien, porque también es una barbaridad. Mito solo quería dormir.

Después de declarar, voy a volver al Sanatorio Central, como todas estas mañanas. Valdivia está en coma profundo desde hace doce días. Mantiene el gesto plácido. Le hablo. Le leo cuentos y noticias del día. Le pongo música. En cuanto se despierte, voy a contarle algo que, sin dudas, lo va a gratificar. No creo que alcance para curar su angustia, pero le va a caer bien. De muy buena fuente confirmé que La Troska no lo «estiusaba».

Ya que estamos, aclaro: yo tampoco.

Edi Zunino
Locos de amor, odio y fracaso / Edi Zunino. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires , 2017.
Libro digital, EPUB

ISBN 978-950-49-5826-0

© 2017, Edi Zunino

Primera edición en formato digital: junio de 2017
Digitalización: Proyecto451

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios

privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.